
G
MÁFIA
GALANIS
Grupo Editorial
Portal
Prometida
al Mafioso
GRIEGO
Éxito de ventas internacional
JÉSSICA MACEDO

MÁFIA
GALANIS

Prometida al Mafioso GRIEGO

Best-seller internacional

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal
Segredo
MADRID | 2025

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra, ya sea física o electrónica, sin la autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Portada y diseño gráfico: Jéssica Macedo

Revisión: Grupo Editorial Portal

Esta es una obra de ficción. Los nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que realmente existieron en algún momento de la historia se han utilizado para ambientar la trama. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

Índice

Sumário

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49

Capítulo 50
Epílogo
Agradecimientos

Sinopsis

Un contrato firmado con sangre.

Una inocente entregada al diablo.

Y un matrimonio que comenzó con un disparo...

Athan Galanis es el rey de Atenas. Frío, despiadado y gobernante absoluto del inframundo griego, no conoce el amor ni tiene el menor interés en conocerlo. Para él, el matrimonio es solo otra transacción comercial: una alianza para aplastar a sus enemigos y garantizar un heredero.

Exige una esposa virgen, dócil e invisible.

Eleni Kouris ha vivido encerrada en una burbuja de cristal, soñando con romances que nunca viviría. Hasta el día en que su padre la vendió para pagar sus deudas con el juego. Arrancada de su mundo y arrojada a los leones, se compromete con el hombre más temido de la ciudad.

Ella esperaba ver a un monstruo. Lo que no preveía era que él sería la única barrera entre ella y la muerte.

Cuando un atentado convierte el día de la boda en un baño de sangre, el contrato cambia. Athan ya no ve a Eleni como una mercancía. Al ver el miedo en sus ojos y la sangre en su vestido de novia, algo oscuro y primitivo despierta en su interior.

A partir de ese momento, ella no es solo su esposa. Es su propiedad, y Athan Galanis quemará toda Atenas para proteger lo que es suyo.

⚠ ADVERTENCIA SOBRE CONTENIDO SENSIBLE – LECTURA SENSIBLE ⚠

Este libro contiene **temas sensibles y desencadenantes emocionales** que pueden causar incomodidad a algunos lectores. Se recomienda precaución a quienes tengan antecedentes o sensibilidad con los siguientes temas:

- **Violencia física y psicológica**
- **Tortura emocional y secuestro**
- **Escenas de persecución y privación de la libertad**
- **Relaciones marcadas por la dominación, el control y la obsesión**
- **Embarazo en situación de riesgo emocional**
- **Referencias a la violencia armada y el narcotráfico**
- **Muerte y traumas familiares**

Esta es una **novela sobre la mafia**, con elementos intensos, sombríos y cargados de emoción. Aunque contiene escenas de amor y entrega, la obra explora las profundidades del dolor, el deseo y la redención, no siempre con el consuelo de las historias tradicionales.

Si buscas una lectura ligera y segura, tal vez este no sea el momento adecuado para este libro. Pero si estás dispuesta a sumergirte en una trama donde la luz y la oscuridad caminan de la mano, **bienvenido al caos.**

¿Quieres divertirte conmigo y con otras lectoras durante la lectura?

¡Únete a mi grupo de WhatsApp!

¡Haz clic aquí!



Athan
GALANIS

Capítulo 1

La lluvia en Atenas no lava los pecados, solo hace que el mármol blanco de las lápidas brille con una palidez fantasmal, reflejando el cielo gris que se cernía sobre nosotros como un sudario.

Sentí un nudo en el pecho, un nudo frío que no tenía nada que ver con la temperatura. Observé cómo el ataúd de caoba descendía a la tierra húmeda y, por un breve segundo, la máscara que llevaba puesta casi se rompió. Aquél no era solo el "Don" o el tirano que el mundo conocía. Era mi *Pateras*[1]. El hombre que me enseñó a caminar, a luchar y a gobernar.

¿Cómo había sucedido? La pregunta resonaba en mi mente, más fuerte que las oraciones del sacerdote ortodoxo. Konstantin Galanis era el hombre más protegido de Grecia. No confiaba en nadie. Su comida era probada, el agua era analizada, los guardias de seguridad eran veteranos de guerra, sin embargo, alguien se había

acercado lo suficiente como para asesinarlo dentro de su propia fortaleza.

Mis ojos recorrieron la multitud que había detrás de nosotros. La mitad de la élite criminal del Mediterráneo estaba allí, fingiendo estar de luto. Sin embargo, yo veía la verdad. Eran buitres que rondaban el cadáver, esperando a ver si las crías del león eran lo suficientemente fuertes como para defender el territorio o si seríamos destrozados.

— Se les hace agua la boca —susurró Andreas a mi derecha. La voz de mi hermano era un gruñido bajo. Estaba rígido dentro de su traje negro, sus ojos verdes recorrían el perímetro como un radar de amenazas—. Puedo oler la traición desde aquí, Athan.

—Mantén la calma, Andreas —murmuré, sin mover la cabeza —. Si mostramos ira ahora, mostramos miedo y la guerra comenzará antes del atardecer.

A mi otro lado, Alex se ajustó las gafas de sol. El rostro de nuestro estratega estaba impasible, pero yo conocía a mi hermano menor. Estaba calculando, analizando quién había venido, quién faltaba y quién sonreía demasiado.

—El rey ha caído —dijo Alex en voz baja—. Quieren saber si la corona te queda bien, hermano.

El sacerdote dio por concluida la ceremonia. Di un paso adelante, sintiendo el silencio del cementerio pesar sobre mis hombros. tomé un puñado de tierra blanca y lo esparcí sobre la madera pulida. El sonido sordo fue como un disparo en la oscuridad.

Descansa, padre... Encontraré al responsable.

Le di la espalda a la tumba abierta. No esperé a las falsas condolencias. Caminé por el pasillo de mármol claro hacia los coches, sintiendo las miradas quemándome la espalda.

Mi madre esperaba cerca del Maybach blindado. Cassandra Galanis. La Viuda de Hierro.

Estaba impecable, como siempre. El vestido negro de alta costura parecía una armadura. Su cabello plateado estaba recogido en un moño severo, sin un solo mechón fuera de lugar. Pero, al acercarme, vi lo que nadie más vería: la tensión en las comisuras de sus labios. El brillo excesivo en sus ojos azul hielo, idénticos a los míos. Estaba sufriendo, pero el orgullo la mantenía en pie.

—Mitéra[2] —la saludé con voz ronca.

—Athan. —No me abrazó. No allí, donde todos podían vernos. Solo hizo un breve gesto hacia el coche—. Entra. El duelo es un lujo que ahora no nos podemos permitir.

Entré en el vehículo y noté cómo el aislamiento acústico amortiguaba el sonido de la lluvia. Me senté frente a ella.

—¿Has visto cómo nos miraban? —preguntó ella, quitándose lentamente los guantes de cuero.

—Sí. Están esperando sangre. Creen que sin ella somos vulnerables.

—Y lo somos —dijo ella con dureza—. Tu padre mantenía las alianzas con mano de hierro y miedo. Tú te has ganado su respeto, Athan, pero aún no les infundes un miedo absoluto. Hay rumores de que los rusos quieren el puerto. Hay movimientos en el norte.

Me pasé la mano por la cara, cansado.

—Andreas y yo reforzaremos la seguridad. Alex está revisando las cuentas. No dejaremos entrar a nadie.

—Los muros altos no bastan —me interrumpió mi madre, con los ojos fijos en los míos—. Para evitar una guerra civil en el inframundo, necesitamos algo que demuestre una estabilidad inquebrantable.

Hizo una pausa, girando el anillo de diamantes en su dedo.

—Necesitas fortalecer la familia, Athan. Necesitas una esposa.

Fruncí el ceño mientras me servía una copa de whisky para intentar calmar el dolor de estómago.

—¿Ahora? Acabamos de enterrar a mi padre.

—Precisamente por eso. —Su voz era implacable—. Un hombre soltero es visto como inestable o, peor aún, distraído. Un hombre casado, con un linaje garantizado, es un pilar y una tradición. Los socios necesitan ver que la dinastía Galanis sigue siendo sólida y tradicional.

—No tengo tiempo para cortejos, Mitéra. Ni paciencia para mujeres que solo quieren gastar el dinero que me cuesta tanto ganar.

—No estoy hablando de amor, hijo mío. Se trata de negocios. —Se inclinó hacia delante—. Estoy hablando de un trato. Una unión que acallará a nuestros rivales y nos aportará recursos que ni siquiera tu padre consiguió obtener.

Bebí el whisky de un trago, sintiendo cómo me quemaba el líquido. Miré la lluvia fuera, la ciudad de Atenas, que era mi responsabilidad. Sabía que mi madre tenía razón. Para proteger el legado, tenía que ser el monstruo que fue mi padre... o algo peor.

—¿Quién será la candidata? —pregunté secamente.

Mi madre se recostó en el asiento, con un brillo calculador sustituyendo al dolor en sus ojos.

—Déjame eso a mí. Tengo a la candidata perfecta en mente. Alguien que nos dará lo que necesitamos y que no te dará trabajo.

—Siempre y cuando entienda cuál es su lugar —advertí, sintiendo el peso de la corona apretándome las sienes—. No quiero distracciones. Solo lealtad.

—Tendrás más que eso —prometió mi madre.

El coche aceleró, alejándonos de las tumbas de mármol y llevándonos hacia un futuro que tendría que dominar. El misterio de

la muerte de mi padre aún latía en mi cabeza, pero tenía otro problema más urgente: me iba a casar.



Eleni
KOURIS

Capítulo 2

La pálida luz de la mañana suiza entraba por la ventana del dormitorio, reflejándose en la nieve que cubría los Alpes. Era un blanco tan perfecto, tan inmaculado, que me llegaba a doler a los ojos.

Respiré hondo, sintiendo el aire helado que se escapaba por las rendijas de la antigua ventana. Ese era mi mundo desde hacía cinco años: el Instituto Le Rosey. Un castillo de cuento de hadas enclavado en las montañas, donde las hijas de reyes, diplomáticos y magnates eran moldeadas para ser perfectas, cultas y, sobre todo, dóciles.

Me revolví en la cama, observando el caos en la cama de al lado. Thalia, mi compañera de cuarto y mejor amiga, dormía como si hubiera boxeado con las sábanas de hilo egipcio. Su cabello rubio estaba esparcido por la almohada y una pierna colgaba fuera de la cama.

Sonreí. Thalia era lo único real en ese lugar. Hija de un diplomático brasileño, desprendía una energía solar que ni siquiera el eterno invierno suizo podía apagar.

Me levanté sin hacer ruido, siguiendo la rutina que tenía grabada en los huesos. Baño tibio, jabón de lavanda, el uniforme azul marino impecablemente planchado. Mientras me cepillaba el pelo castaño frente al espejo, me miré a mí misma. Ojos grandes y marrones, una boca que me parecía demasiado pequeña y una expresión de expectación.

Era la última semana de clases antes de las vacaciones de primavera. La sensación de libertad inminente me revolvió el estómago de una manera agradable.

—¿Ya estás despierta? —La voz ronca de Thalia surgió de debajo de la montaña de mantas—. Eso debería ser delito antes de las ocho de la mañana, Eleni.

—Son las siete y media, Thalia. Tenemos clase de Historia del Arte en veinte minutos.

—Historia del Arte... —gimió, sentándose y frotándose la cara —. ¿Por qué tengo que saber la diferencia entre el Renacimiento y el Barroco si voy a pasar las vacaciones en Ibiza besando a chicos que ni siquiera saben leer?

Me reí mientras tomaba mis libros.

—¿Quizás para tener tema de conversación cuando dejen de besarte?

—Eleni, querida, eres tan inocente —Thalia me tiró una almohada, riendo—. Cuando un chico besa bien, nadie quiere hablar.

Mientras caminábamos por los pasillos de piedra del internado, con sus alfombras persas y cuadros al óleo, mi mente divagaba. Thalia no paraba de hablar de chicos, fiestas y viajes. Ella ya había estado en Tokio, Nueva York, París... conocía el mundo.

¿Yo? Conocía este edificio y los libros.

Llevaba tres meses sin hablar con nadie de mi familia. Tres meses de silencio absoluto desde Atenas. Para la mayoría de las chicas de aquí, eso sería motivo de llanto. ¿Para mí? Era un alivio.

No echar de menos mi casa era mi vergonzoso secreto.

Amaba Grecia: el mar, la comida, el sol; pero mi casa no. La mansión de los Kouris era un lugar frío, lleno de hombres que hablaban en voz baja y entraban y salían a horas extrañas. Mi padre, Yannis Kouris, era un fantasma en mi vida, que solo aparecía para criticar mi comportamiento o mis notas. Y mi hermano... siempre preferí ni siquiera pensar en mi hermano y en los "negocios" que decía gestionar.

Aquí, en Suiza, podía fingir que solo éramos una familia rica dedicada al sector del transporte. Podía olvidar las armas que vi una vez, sin querer, en la oficina de mi padre cuando tenía doce años, y olvidar la tensión constante que se cernía sobre nuestra mesa de comedor.

—¡Eh, tierra llamando a Eleni! —Thalia chasqueó los dedos delante de mi cara.

Habíamos llegado al comedor. El aroma del café recién hecho y los *croissants* calientes llenaba el aire. Nos sentamos en nuestra mesa habitual, cerca de la ventana con vistas al lago helado.

—Lo siento —murmuré, sirviéndome té—. Estaba pensando en lo que voy a hacer cuando nos graduemos el año que viene.

—¿Qué vas a hacer? —Thalia mordió un croissant, esparciendo migas—. ¿Vas a volver a Atenas y hacerte cargo del imperio naviero de tu padre?

—¡Dios no lo permita! —El escalofrío fue real—. Quiero viajar, Thalia. Quiero ir a París, visitar el Louvre sin un monitor de la escuela vigilándome. Quiero ir a Viena a ver la ópera. Quiero... no lo sé. Quiero vivir algo que no esté escrito en un libro.

Thalia me miró con ternura, limpiándose la comisura de los labios.

—Quieres enamorarte. Eso es lo que quieres.

Sentí cómo se me enrojecían las mejillas.

—No seas tonta.

—¡Vamos, Eleni! Veo los libros que lees. *"Orgullo y prejuicio"*, *"Cumbres borrascosas"*... Eres una romántica incurable atrapada en una torre de marfil. Estás loca por encontrar a tu príncipe azul.

—No tiene por qué ser un príncipe —me defendí, mirando la nieve que caía fuera—. Solo tiene que ser alguien que me ame, que no me vea como "la hija de los Kouri", sino como "Eleni", y que me haga sentir segura, pero también viva. ¿Entiendes?

Thalia suspiró dramáticamente.

—Amiga, los hombres así son difíciles de encontrar. La mayoría solo quiere la dote[3] o una aventura de una noche. Pero... —Sonrió con picardía—. Quizás en tus vacaciones en Atenas encuentres a algún dios griego. Esos morenos de ojos oscuros, piel bronceada...

Me reí, sacudiendo la cabeza.

—¿En Atenas? Lo dudo. Mi padre probablemente me encerrará en mi casa y me obligará a tocar el piano para sus socios. Pero voy a convencerlo. Cuando me gradúe, le pediré mi herencia a mi madre y viajaré por el mundo. Seré libre, Thalia. Siento que mi verdadera vida está a punto de comenzar.

Había una ingenua certeza en mi voz. Realmente creía eso, que las paredes del internado eran lo único que me retenía y que la distancia física de mi familia había borrado las manchas oscuras de nuestro linaje.

Mientras tomaba mi té de manzanilla y me reía de las historias de Thalia sobre un camarero italiano, no sabía que mi

libertad ya había sido negociada. No sabía que, a miles de kilómetros de allí, en un cementerio lluvioso, mi nombre había sido firmado en un contrato de sangre.

El timbre sonó, anunciando el comienzo de las clases.

—Vamos—dijo Thalia, levantándose—. Si llegamos tarde, Madame Giry nos hará conjugar verbos hasta Navidad.

Tomé mis libros y seguí a mi amiga, ligera y despreocupada. Me sentía segura en ese castillo de cristal, sin imaginar que alguien estaba a punto de lanzar la primera piedra para destrozarlo todo.

—¿Sabes una cosa? —dijo Thalia, entrelazando su brazo con el mío mientras caminábamos por el pasillo—. Tengo un presentimiento sobre ti, Eleni. Creo que este año va a ser inolvidable.

Le sonreí, llena de esperanza.

—Yo también lo creo, Thalia.

No sabía entonces lo acertado que era ese presentimiento ni lo terrible que resultaría ser.



Athan
GALANIS

Capítulo 3

El puerto del Pireo por la noche era un laberinto de sombras industriales y metal frío. El olor a sal y gasóleo impregnaba el aire, en una mezcla que había aprendido a asociar con el dinero y la muerte.

El funeral de mi padre había tenido lugar hacía menos de doce horas. La tierra sobre el ataúd de Konstantin aún estaba fresca, pero los buitres ya intentaban picotear el cadáver.

Bajé del coche blindado, ajustándome los puños de mi camisa blanca. El traje italiano azul marino, hecho a medida, parecía fuera de lugar en ese escenario de grúas oxidadas y contenedores apilados como torres gigantes de Lego.

Andreas me esperaba a la entrada del Sector 4, la zona restringida donde almacenábamos las cargas "sensibles".

—¿Son estúpidos o valientes? —pregunté, caminando hacia él.

—Estúpidos. —Andreas escupió al suelo—. Una banda menor, vinculada a los serbios. Pensaron que, con el "Viejo León" muerto, los cachorros estarían llorando en casa.

Me entregó una *tablet* con la imagen térmica de un dron. Cinco figuras se movían entre los pasillos de contenedores, tratando de forzar la cerradura de un cargamento de fusiles de asalto destinados a Yemen.

—Cinco hombres —constaté—. Para robar a los Galanis en la noche del duelo.

—¿Quieres que envíe al equipo Alfa? —preguntó Andreas, con la mano ya en la radio.

Negué con la cabeza, me quité la chaqueta y la doblé cuidadosamente sobre el capó del coche. Empecé a desabrocharme los gemelos de oro y los guardé en el bolsillo del pantalón.

—No. Han ofendido la memoria de nuestro padre. Esto requiere una respuesta personal.

Andreas sonrió, esa sonrisa salvaje que reservaba para la violencia.

—Te vas a manchar el traje, Athan.

—Me compraré otro. Quédate aquí. Si alguno de ellos se me escapa, tú lo derribas.

Saqué mi pistola, comprobé la recámara y entré en el laberinto de metal.

No corría, me movía como una sombra, deslizándome entre las pilas de contenedores. Escuchaba el sonido del viento marino golpeando el metal, que amortiguaba mis pasos.

Llegué a la esquina del pasillo donde estaban.

—¡Rápido! ¡La cerradura está atascada! —susurró uno de ellos en serbio, forzando la barra de hierro contra la puerta del contenedor.

Eran unos aficionados. Todos estaban concentrados en la puerta, de espaldas al pasillo principal.

No grité, solo levanté el arma y disparé.

Dos disparos secos. Dos cuerpos cayeron antes incluso de que el sonido resonara por el puerto. Un disparo en la nuca, otro en la columna vertebral. Limpio y eficaz.

Los otros tres se giraron, con el pánico estampado en sus rostros cubiertos por máscaras baratas.

—¡Galanis! —gritó uno de ellos, levantando una metralleta.

Rodé hacia atrás, detrás de una pila de palés de madera, mientras una ráfaga de balas acribillaba el suelo donde estaba un segundo antes. Las astillas de madera salieron volando.

No esperé a que cesara el tiroteo. Calculé el intervalo. Él era indisciplinado y desperdiciaba munición.

Me levanté y disparé. La bala le dio en el hombro al tirador, haciéndole soltar el arma y girar con el impacto.

Quedaban dos. Corrieron, tratando de esconderse entre los estrechos pasillos.

Guardé mi arma en la funda de mi espalda. Cazar con balas era demasiado fácil. Tenían que entender que el dolor era personal.

Perseguí al primer hombre. Giró en una esquina ciega e intentó emboscarme con un cuchillo.

Previsible...

Cuando bajó la hoja filosa, intercepté su muñeca con mi antebrazo izquierdo, bloqueando el golpe. Con la mano derecha, lo agarré por el cuello y lo empujé con fuerza contra la pared corrugada del contenedor.

El sonido de su cráneo golpeando el metal fue hueco y satisfactorio.

Intentó darme una patada, pero le di un rodillazo en el estómago, doblándolo. Agarré su brazo armado y lo torcí. El hueso crujió con fuerza. Gritó y el cuchillo cayó al suelo.

—¿Quién te envió? —le pregunté, tranquilo, apretándole la tráquea lo justo para dejarla morada.

—Nadie... fue idea nuestra... pensamos que...

—Se equivocaron.

Con un movimiento seco, le giré el cuello. El cuerpo quedó flácido en mis manos. Lo solté, dejándolo caer como basura.

Faltaba uno. El líder, a juzgar por las órdenes que gritaba antes.

Lo encontré cerca de una grúa, intentando escalar una escalera de mantenimiento para escapar.

Lo agarré por el tobillo y lo tiré hacia abajo. El tipo cayó de espaldas sobre el cemento, gimiendo, pero rápidamente se dio la vuelta y sacó una pistola de su cinturón.

Le di una patada al arma antes de que pudiera apuntar.

Se levantó tambaleándose y sacó una barra de hierro del suelo.

—¡Estás loco! —gritó, blandiendo la barra—. Deberías estar de luto.

—El funeral ha terminado —respondí, desabrochándome el cuello de la camisa para tener más movilidad—. Ahora empieza la limpieza.

Él avanzó, balanceando la barra en un amplio arco apuntando a mi cabeza. Me agaché, sintiendo el viento del golpe pasar sobre mi cabello.

Avancé hacia su guardia. Le di un puñetazo en el plexo solar, sacándole todo el aire de los pulmones. Mientras se doblaba, le

agarré la barra de hierro de la mano y se la arranqué con un tirón violento.

Me miró con los ojos muy abiertos por el terror y levantó las manos.

—¡Espera! ¡Podemos negociar! Sé quién está comprando las rutas de los Kouris...

—No negocio con ladrones de tumbas —dije fríamente.

Agité la barra de hierro. El impacto contra su rodilla lo hizo caer gritando. Otro golpe en el hombro le rompió la clavícula.

Estaba en el suelo, arrastrándose, tratando de escapar de un hombre que lo destrozaba metódicamente.

Tiré la barra de hierro a un lado. El ruido metálico resonó en el silencioso puerto. Me acerqué a él, que sollozaba de dolor y miedo. Le pisé el pecho, inmovilizándolo en el suelo.

—Mírame —le ordené.

Me miró. Vio la muerte en mis ojos.

—Dile a tus amigos del infierno que Atenas tiene un nuevo dueño.

Volví a sacar mi pistola y le disparé en la frente.

Respiré hondo, el olor a pólvora y sangre llenó mis pulmones, calmando la tormenta dentro de mí.

Miré mi camisa. Había una pequeña mancha roja en el puño derecho. La sangre del hombre al que intenté estrangular.

Saqué el pañuelo del bolsillo y limpié la mancha con cuidado, aunque sabía que la camisa estaba arruinada.

Andreas apareció en la esquina del pasillo, con el arma baja, observando la escena de la masacre. Cinco cadáveres. Ningún disparo suyo.

—Estás oxidado —comentó Andreas, mirando mi cuello desabrochado—. Te ha llevado cinco minutos.

—Estaba disfrutando de las vistas —respondí, guardando el arma y caminando de vuelta al coche—. Haz que limpien esto. Quiero que el puerto esté funcionando con normalidad en una hora.

Llegué al coche y me volví a poner la chaqueta, cubriendo la funda y la camisa manchada. Me ajusté la corbata en el reflejo de la ventana blindada. El monstruo que acababa de romper huesos y quitar vidas desapareció, oculto bajo la seda italiana y la expresión impenetrable.

Miré el reloj.

—Vamos —le dije a Andreas—. Tengo una reunión con Yannis Kouris. Necesito comprar una esposa.

Me subí al coche, dejando atrás la muerte, listo para los negocios.

***

La oficina de mi padre aún olía a él. Cigarros cubanos, cuero envejecido y ese olor metálico indefinible que siempre asocié con el poder. Sin embargo, Konstantin Galanis estaba bajo tierra, y la silla de cuero detrás de la enorme mesa de caoba ahora era mía. Me senté en ella, sintiendo el respaldo rígido contra mi columna. No era cómoda. *Los tronos nunca lo son.*

Al otro lado de la mesa, Alex revisaba una pila de documentos con la precisión de un cirujano, mientras Andreas estaba recostado contra la ventana panorámica, observando Atenas desde arriba como un perro guardián esperando a un intruso, y sentada en el sillón de terciopelo, con las piernas elegantemente cruzadas, estaba nuestra madre.

—Los Kouris están sangrando, Athan —dijo ella con voz tranquila, en contraste con la tensión que se respiraba en la sala—. La adicción al juego de Yannis ha consumido su liquidez. Tienen las

rutas del norte y acceso exclusivo a ciertos inspectores del puerto, pero no tienen dinero para seguir pagando sobornos.

—Si están arruinados, ¿por qué no los aplastamos de una buena vez? —gruñó Andreas desde la ventana, sin girarse—. Una noche. Mis hombres entran, limpian la casa y las rutas son nuestras.

—Y a la mañana siguiente tendremos una guerra civil con sus aliados —respondió Alex sin apartar la vista del papel—. Los rusos utilizan las rutas de los Kouris. Si eliminamos a la familia violentamente, los rusos pensarán que ellos son los siguientes. El coste político es demasiado alto.

Nuestra madre asintió, de acuerdo con el estratega.

—Alex tiene razón. La violencia es para cuando falla la diplomacia. —Giró sus ojos helados hacia mí—. El matrimonio es la solución quirúrgica. Yannis Kouris está desesperado. Necesita protección contra los prestamistas y necesita mantener la apariencia de poder. Unir a las familias Galanis y Kouris lo protege y, a cambio, nos entrega el control operativo de las rutas.

Golpeé la mesa con los dedos. La lógica era impecable. Era irritante, pero impecable.

—¿Y la chica? —pregunté—. ¿Qué sabemos de ella además de lo que consta en el papel?

Mi madre sacó una carpeta fina de debajo de su bolso y la deslizó sobre la mesa hacia mí.

La abrí rápidamente.

No había informes de delitos ni escándalos. Solo calificaciones escolares, certificados de piano e idiomas, y algunas fotos tomadas a distancia, probablemente por un detective privado.

Tomé una de las fotos. La chica estaba en un jardín cubierto de nieve, riéndose de algo que otra chica le decía. Parecía pequeña y frágil. Tenía el pelo castaño largo y un rostro limpio, sin el maquillaje recargado que solían llevar las mujeres de nuestro círculo.

—Es un lienzo en blanco —dijo Cassandra, observando mi reacción—. Criada en internados. Lejos de la podredumbre de su padre y su hermano. No te dará problemas, Athan. La han entrenado para obedecer, sonreír en las cenas y criar hijos. Es lo contrario de las mujeres que intentan seducirte por interés.

—Parece que se va a romper si hablo alto —murmuré, devolviendo la foto a la mesa con desdén.

—Entonces no hables alto —replicó mi madre—. Ya lo he llamado, Yannis está esperando en la antesala.

Hice una señal a Andreas.

—Trae al ratón.

Segundos después, se abrieron las puertas dobles de roble. Yannis Kouris entró. Lo recordaba de las fiestas de antaño, era un hombre que intentaba parecer imponente. Pero ahora, parecía haberse encogido. El traje gris le quedaba un poco grande y tenía la frente brillante de sudor, a pesar del aire acondicionado central.

El hombre miró la silla vacía de mi padre y luego a mí. Vi el momento exacto en que tragó saliva. Esperaba negociar con el hijo en duelo, pero se encontró con el nuevo rey.

—Athan... —comenzó, esbozando una sonrisa que se desvaneció—. Mis condolencias. Tu padre era un gigante. Es difícil creer que...

—Siéntate, Yannis —lo interrumpí sin levantarme. No le ofrecí ninguna bebida ni cortesías.

Se sentó en una silla de respaldo bajo, quedando a un nivel inferior al mío. Táctica básica de poder. Alex puso un grueso contrato delante de él.

—¿Qué es eso? —preguntó Yannis, mirando el papel y luego a Cassandra, buscando una aliada, pero mi madre ni pestañeó.

—La salvación de tu familia —respondí—. Sabemos de tus deudas, Yannis. Hipotecaste los almacenes del sector 4 y los albaneses te están cobrando intereses que no puedes pagar.

Su rostro se puso gris.

—Es algo momentáneo. El mercado...

—El mercado no perdona la debilidad y tú eres débil. —Me incliné hacia delante, apoyando los codos en la mesa—. Mi padre te toleraba por el pasado que tuvieron. Yo no tengo ese apego. Puedo dejar que los acreedores te descuarticen y luego comprar tu imperio por centavos en la subasta.

Yannis tembló. Sabía que era cierto.

—Pero... —continué, suavizando la voz lo suficiente como para darle una falsa esperanza—. Mi madre cree que la tradición tiene valor. Estamos dispuestos a saldar tus deudas y a poner la protección de los Galanis sobre tu hogar. Nadie toca a un aliado nuestro.

—¿A cambio de qué? —susurró.

—El control total de las rutas del norte. Y el 51 % de las acciones de Kouris Maritime. —Señalé el contrato.

—¡Eso significa quitarme todo! ¡Me convertiré en un empleado de mi propia empresa!

—Te convertirás en un hombre rico y vivo. Es una oferta generosa.

Yannis miró el papel, derrotado. Pero aún no había terminado.

—Hay otra condición más. Para asegurarnos de que no nos traicionas a la primera oportunidad, necesitamos un vínculo de sangre.

Yannis frunció el ceño, confundido.

—¿Sangre?

—Tu hija —dijo mi madre, imperiosa—. Se casará con Athan.

El hombre parpadeó, aturdido.

—¿Eleni? Pero ella es una niña. Está en Suiza. Tenía planes de casarla con el hijo del embajador...

—Los planes cambian —declaré con frialdad—. La boda será en dos semanas. Ella vendrá a Atenas inmediatamente.

Yannis abrió la boca para protestar, tal vez en un vestigio de instinto paterno surgiendo en medio de la cobardía.

—Athan, por favor. Ella no es de este mundo. No sabe nada sobre nosotros. Eleni es delicada. Tú tienes una reputación, dicen que eres... —Tragó saliva, sin poder terminar la frase.

—Mi reputación mantiene esta ciudad en orden —gruñí, dando un golpe en la mesa. El sonido hizo que Yannis diera un respingo—. Escucha bien. Konstantin está muerto. Ahora yo soy la ley. O me das a la chica y el puerto, y te pasas el resto de tus días jugando al póquer con mi dinero, o sales por esa puerta y te enfrentas a los lobos tú solo.

El silencio en la sala fue absoluto. Andreas, en la ventana, chasqueó los dedos con un sonido seco que sonó como un disparo.

Yannis Kouris bajó la cabeza. La codicia y el miedo pudieron más, como siempre ocurre con los hombres pequeños.

—¿Dónde firmo? —preguntó con voz quebrada.

Observé cómo vendía la vida de su propia hija con un bolígrafo Montblanc. El tipo ni siquiera leyó las cláusulas ni preguntó si yo cuidaría de ella. Simplemente vendió a la chica para salvar su propio pellejo.

Cuando se marchó, dejando el contrato firmado, sentí un sabor amargo en la boca. No era remordimiento, era desprecio.

Volví a tomar la foto de Eleni. Sus ojos inocentes parecían juzgarme a través del papel brillante.

—Has hecho un buen negocio —dijo mi madre, levantándose y alisándose el vestido—. Será una buena esposa.

—Solo es una garantía, Mitéra —respondí, guardando la foto en el cajón y cerrándolo con llave—. Solo una garantía.

Sin embargo, por alguna razón, la imagen de esos ojos grandes y asustados quedó grabada en mi retina mucho después de haber cerrado el cajón.

Acababa de comprar una esposa, y ojalá Dios ayudara a su alma, porque no tenía la menor intención de ser el príncipe que probablemente ella esperaba.



Eleni
KOURIS

Capítulo 4

El sonido de las teclas de marfil resonaba en el salón de música vacío, llenando el espacio con la melancólica melodía de un Nocturno de Chopin. Tocar el piano era mi refugio. Cuando mis dedos se deslizaban por las notas, no estaba atrapada en la nieve ni preocupada por el futuro. Solo era música.

Cerré los ojos, dejando que la última nota vibrara en el aire, sintiendo una paz poco común. Por un momento, creí que ese día sería como cualquier otro: clases de francés, la risa estridente de Thalia durante el almuerzo y tal vez un chocolate caliente escondido en la biblioteca por la noche.

—*¿Mademoiselle* Kouris?

La seca voz de Madame Giry, la directora del internado, cortó mi trance como una fría navaja. Abrí los ojos y me giré en el banco del piano. Ella estaba de pie en la puerta, con las manos cruzadas

sobre su impecable vestido gris. Su expresión, normalmente severa, tenía algo diferente... ¿Lástima?

—¿Sí, Madame?

—Su padre está aquí. Le espera en la oficina principal.

Mi corazón dio un vuelco. *¿Papá? ¿Aquí?*

Yannis Kouris nunca me visitaba. Enviaba cheques (a veces con retraso) y tarjetas de Navidad firmadas por su secretaria. Una visita en persona solo podía significar una cosa: tragedia.

Me levanté, sintiendo las piernas repentinamente débiles.

—¿Ha pasado algo? ¿Mi madre...? —Mi madre había muerto cuando yo era pequeña, pero el miedo irracional siempre buscaba una pérdida.

—Solo dirígete hacia allí, niña. —Madame Giry me abrió paso y sentí un escalofrío en la espalda. No me miró a los ojos.

Caminé por los pasillos de piedra de *Le Rosey*. El olor a cera de abeja y madera antigua, que tanto me gustaba, en ese momento me parecía sofocante. Cada paso que daba sonaba demasiado fuerte, como la cuenta regresiva de una bomba.

Cuando empujé la pesada puerta de roble del despacho, el olor me golpeó antes que la vista: humo de cigarrillo viejo y un perfume cítrico barato, que intentaba disimular el olor a sudor.

Mi padre estaba de pie, mirando por la ventana que daba a los Alpes. Su traje parecía una talla más grande de lo que debería, y tenía los hombros encorvados, como si llevara un peso insoportable.

—¿Papá? —lo llamé con voz temblorosa.

Yannis Kouris se giró. Parecía haber envejecido diez años desde la última vez que lo vi. Tenía profundas ojeras bajo los ojos y la piel tenía un tono grisáceo y enfermizo.

—Eleni. —No sonrió ni abrió los brazos para abrazarme, solo señaló la silla de cuero frente al escritorio de la directora—. Siéntate.

Obedecí, sintiendo cómo se me enfriaban las manos. Entrelacé los dedos sobre mi regazo para ocultar el temblor.

—¿Qué haces aquí? Las vacaciones no empiezan hasta la semana que viene...

—No vas a esperar a las vacaciones —me interrumpió con voz ronca y apresurada. Mi padre sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente, aunque la sala estaba fría—. Hoy volverás a Atenas conmigo.

—Pero... ¿y mis exámenes finales? La graduación...

—¡Olvídate de la graduación, Eleni! —exclamó, dando un golpe en la mesa. El ruido me hizo encogerme en la silla. Respiró hondo, tratando de recomponerse—. La situación ha cambiado. La familia te necesita.

El "te necesita" sonó extraño. Nunca fui necesaria, era el adorno, la muñeca guardada en una caja suiza.

—¿La empresa tiene problemas? —me arriesgué, recordando los rumores sobre las deudas—. Puedo ayudar, puedo trabajar en verano...

Yannis soltó una risa amarga, sin humor. Se acercó a mí y me agarró por los hombros. El apretón era demasiado fuerte, desesperado.

—Vas a ayudarnos, Eleni. Vas a salvarnos a todos. He cerrado un acuerdo que salda nuestras deudas y garantiza nuestra seguridad.

Hizo una pausa y el silencio que siguió fue el más aterrador de mi vida. Lo vi en sus ojos. No estaba allí como *mi padre*, sino como un comerciante que acababa de vender su última mercancía.

—Te vas a casar, hija mía.

El mundo se detuvo, el sonido del reloj de péndulo de la pared desapareció y el aire se esfumó de mis pulmones.

—¿Casarme? —La palabra salió como un susurro—. ¿De qué estás hablando? Tengo veinte años. Quiero ir a la universidad. Tengo sueños...

—¡Tus sueños no pagarán mis deudas con los acreedores! —gritó, soltándome los hombros y dándome la espalda, incapaz de mirarme a los ojos—. El contrato está firmado. Es una alianza poderosa. La mayor que Grecia haya visto jamás.

—¿Con quién? —Las lágrimas comenzaron a arderme, nublándome la vista—. ¿Quién es él? ¿El hijo del embajador?

Mi padre se quedó en silencio durante un largo rato. Cuando habló, su voz era tan baja que tuve que inclinarme para oírlo.

—Athan Galanis.

El nombre me golpeó el pecho como un puñetazo. Conocía ese apellido. Todo el mundo lo conocía. Eran los dueños del puerto, los reyes del inframundo, los monstruos que las madres usaban para asustar a los niños en Atenas.

—¿Galanis? —Me levanté, tirando la silla. La conmoción dio paso al pánico—. No puedes estar hablando en serio. ¡Son criminales, papá! ¡Matan gente! Dicen que el hijo mayor es el mismísimo diablo...

—¡Cállate! —Se giró, con los ojos muy abiertos por el miedo —. No hables así de él. Ahora es tu prometido y tú vas a ser su esposa.

—¡No! —El grito rasgó mi garganta—. ¡No lo haré! No puedes obligarme. ¡Estamos en el siglo XXI! ¡Nadie está obligado a casarse por la fuerza! Voy a huir, voy a...

Mi padre me agarró del brazo, clavándome los dedos en la piel con violencia. Su rostro estaba a centímetros del mío, sudoroso y patético.

—¿No lo entiendes, idiota? —susurró, tembloroso—. No existe un "no". Si no vas, nos destruirán. Matarán a tu hermano y me

matarán a mí... Después vendrán por ti de todos modos. No te vendí por dinero, Eleni... fue para sobrevivir.

Miré al hombre que debía protegerme. Vi la cobardía estampada en cada rasgo de su rostro. Mi padre me había entregado a los lobos para salvar su propio pellejo.

—Haz las maletas. —Me soltó el brazo, se arregló la corbata y volvió a fingir dignidad—. Salimos en una hora. El avión de los Galanis nos espera.

Salí tambaleándome de la oficina. No sentía las piernas. El pasillo parecía girar. Quería vomitar.

Corrí hasta que me ardieron los pulmones, subí las escaleras de piedra de dos en dos, ignorando a las otras alumnas que me miraban.

Entré en mi habitación, cerré la puerta de un portazo, me apoyé en ella y me deslice hasta el suelo.

Thalia estaba en la cama, pintándose las uñas de rojo. Levantó la cabeza, sonriendo, pero la sonrisa se le borró en cuanto vio mi cara.

—¿Eleni? ¿Qué ha pasado? Estás blanca como un papel.

—Se acabó —sollocé, abrazándome las rodillas—. Mi vida se acabó, Thalia.

Saltó de la cama y se arrodilló a mi lado, sosteniendo mi cara.

—Oye, respira. ¿Qué ha pasado? ¿Tu padre…? ¿Ha muerto alguien?

—Yo he muerto —susurré—. Me ha vendido, Thalia. A los Galanis. Voy a tener que casarme con Athan Galanis.

Thalia parpadeó, confundida, como si estuviera hablando en griego antiguo.

—¿Casarte? ¿Cómo? ¿De repente? Eleni, eso es una locura. ¡Es ilegal! ¡Nadie puede obligarte a casarte en pleno siglo XXI! Llama

a la policía, a la embajada...

—¡Ellos son la ley, Thalia! —grité, y el miedo en mi voz nos asustó a las dos—. No lo entiendes. En Grecia, hombres como ellos son la ley. Mi padre firmó un contrato. Si no voy, matarán a mi familia.

Thalia palideció. Corrió hacia la mesa y abrió su laptop.

—Athan Galanis... —murmuró, tecleando frenéticamente—. Vamos a ver quién es ese desgraciado.

Me arrastré hasta su lado, temerosa de lo que vería, pero incapaz de apartar la mirada.

La pantalla iluminó nuestros rostros. La primera imagen que apareció fue de un evento reciente. Un hombre alto, con un impecable traje negro. Tenía el pelo oscuro, peinado hacia atrás de forma severa. Su rostro era de una belleza clásica, esculpido, pero duro como el mármol. Pero fueron sus ojos los que me hicieron contener la respiración. Eran azules. Un azul tan claro, tan gélido, que parecía atravesar la pantalla y congelar mi alma. No había calor en ellos, y mucho menos humanidad. Solo poder y una crueldad silenciosa.

Los titulares debajo de las fotos eran terribles: *"El nuevo rey del inframundo asume el trono". "Violencia en el puerto del Pireo: Galanis es sospechoso". "La Trinidad de Atenas: los Galanis son intocables y letales".*

Thalia se llevó la mano a la boca.

—Dios mío, Eleni... —susurró, y su tono jovial habitual había desaparecido por completo—. Parece alguien que mata gente antes del desayuno.

—Es con él con quien voy a dormir. —Mi voz falló—. Es a él a quien mi padre me ha entregado.

Cerré los ojos y la imagen de esos ojos de hielo quedó grabada en mi oscuridad. Imaginé las manos de ese hombre sobre

mí, las mismas que empuñaban armas y daban órdenes de muerte.

Me levanté mecánicamente y saqué mi maleta de debajo de la cama.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Thalia, con lágrimas en los ojos.

—Recogiendo mis cosas. Su avión está esperando.

—¡No puedes irte! Vamos a huir. Tengo dinero ahorrado, podemos irnos a Brasil, a la casa de mis abuelos...

—¿Y dejar que ejecuten a mi padre y a mi hermano? —Metí mi ropa en la maleta sin doblarla. Mis vestidos de seda, mis novelas románticas, mis partituras. Ahora todo me parecía ridículo. Eran reliquias de una chica que ya no existía—. No tengo elección, Thalia. Nunca la tuve. Solo que no lo sabía.

Cayó la noche mientras terminaba de cerrar la maleta. El sonido de la cremallera sonó como el cierre de un ataúd.

Me senté en la cama, mirando la habitación que había sido mi santuario durante tantos años. Thalia se sentó a mi lado y me abrazó con fuerza. Nos quedamos así, en silencio, mientras la nieve caía fuera.

Cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro de Athan Galanis. El Diablo de Atenas. Me estaba esperando y yo sabía, con una certeza helada en el estómago, que ninguna oración, llanto o ley del siglo XXI podría salvarme de él.

Era la prometida del monstruo y mi sentencia comenzaba ahora.



Athan
GALANIS

Capítulo 5

A las seis de la mañana, mucho antes de que saliera el sol sobre el mar Egeo, ya estaba de pie en el gimnasio subterráneo. El sonido de mis guantes de boxeo contra el saco de arena resonaba como disparos en el silencio. *Izquierda, derecha, gancho...* El sudor me corría por la espalda, pero mi mente estaba fría, calculando cada movimiento del día.

—El cargamento del norte ha llegado sin problemas, jefe —dijo la monótona voz de Kostas desde la puerta.

Dejé de golpear, sujetando el pesado saco que se balanceaba. Kostas, mi jefe de seguridad, estaba allí de pie como una gárgola con traje negro. No parpadeaba, no sonreía y probablemente dormía con los ojos abiertos. Era precisamente por eso por lo que le confiaba mi vida.

—¿Y los inspectores del puerto? —pregunté, desenrollando las vendas de mis manos.

—Alex se ha encargado de ellos. Un "bonus" navideño anticipado. Por ahora están ciegos y sordos.

—¡Genial!

Tomé la toalla y subí las escaleras. La casa ya estaba en pleno bullicio. Despina, el ama de llaves que dirigía aquel lugar con más rigor del que yo dirigía la mafia, estaba en el vestíbulo, gritando órdenes a una fila de criadas.

—¡No quiero ni una mota de polvo en el ala este! —Su voz era aguda—. La señorita llega hoy. Si la señora Cassandra encuentra una mancha en la alfombra, rodarán cabezas, ¡y empezaré por las suyas!

Pasé junto a ellas. Las criadas bajaron la cabeza, encogiéndose contra la pared. Despina, sin embargo, solo se arregló el moño grisáceo y me lanzó una mirada crítica.

—Está sudando, *Kyrie*[4] Athan. Dese una ducha. ¿El desayuno está servido en el comedor?

Despina era la única empleada que tenía permiso para hablarme así, un privilegio que se había ganado por haber cuidado de mis rodillas raspadas cuando era niño y limpiado mi sangre cuando regresé de mis primeras misiones.

Pasé por mi habitación y me di una ducha rápida, luego me dirigí a la terraza, donde la "Trinidad" ya estaba reunida.

Andreas estaba tirado en un sillón, con una taza de café negro en una mano y una *tablet* en la otra, vigilando las cámaras de los muelles. Llevaba una camiseta gris que apenas contenía los músculos de sus hombros, y su barba sin afeitar le daba el aspecto de alguien que había pasado la noche en una pelea de bar.

Alex, por otro lado, parecía salido de una portada de GQ[5]. Llevaba un traje de lino beige y tenía el pelo impecable, mientras leía el periódico financiero y comía una tostada con la elegancia de un príncipe.

—Los papeles del matrimonio civil ya están en manos del juez —informó el menor, sin levantar la vista del periódico—. La ceremonia religiosa será la semana que viene. La prensa está ávida de fotos. "El rey y la plebeya", es como lo están llamando.

—¿Plebeya? —Andreas se rió con sorna—. Su padre debe más dinero que un país pequeño.

Me senté en la cabecera y María, nuestra cocinera, apareció inmediatamente con mi café solo y mis huevos. Sonrió con esa calidez maternal que yo ignoraba, dejó el plato y se marchó.

—Ella no es una carga —lo corregí, cortando el pan—. Ella es la llave del Pireo. Yannis Kouris nos entrega el control operativo de las rutas del norte como dote. Es un intercambio limpio.

—¿Limpio? —Andreas me miró con escepticismo—. El matrimonio es un lío, Athan. Mujeres en casa, llantos, dramas... Tendrás que lidiar con una chica que probablemente se desmaye si ve un arma.

Bebí el café, sintiendo el amargo sabor en la lengua.

—No me dará problemas, se quedará en su ala, cumplirá con su papel social y me dará un heredero. Después de eso, puede pasar el resto de su vida gastando la tarjeta de crédito en París si quiere.

El móvil de Alex vibró sobre la mesa de cristal. Miró el mensaje y levantó una ceja.

—Hablando de la novia: el avión acaba de aterrizar.

Se hizo un silencio en la mesa.

—Ilias lo ha confirmado —continuó Alex—. La han llevado directamente a casa de su padre.

Andreas se inclinó hacia delante, con una sonrisa provocadora en los labios.

—¿Y bien, hermano? ¿No vas a ir a darle la bienvenida? ¿A llevarle flores, a besarle la mano a la doncella? ¿A comprobar que la

mercancía ha llegado sin defectos?

Me limpié la boca con la servilleta de lino y la tiré sobre la mesa con indiferencia.

—No.

—¿No? —preguntó Alex, curioso—. El protocolo dicta que el novio debe hacer una visita de cortesía cuando la novia llega a la ciudad.

—Me importa una mierda el protocolo —respondí, levantándome y abrochándome la chaqueta—. El contrato está firmado. Ella sabe lo que tiene que hacer. Yannis sabe que si ella se escapa, él muere. Mi presencia allí solo validaría al gusano de su padre.

Caminé hasta el borde de la terraza, contemplando la ciudad de Atenas que se extendía bajo nosotros y la Acrópolis destacando en el horizonte, como un recuerdo del legado que pesaba sobre mí. En algún lugar de esa mancha urbana, en una mansión decadente llena de deudas, Eleni Kouris estaba deshaciendo las maletas.

No sentía curiosidad ni ansiedad. Para mí, saber que ella estaba en Atenas era como saber que un cargamento de armas había llegado al almacén: una etapa logística completada.

—Envía al sastre y al equipo de estilistas a la casa de los Kouris —le ordené a Alex sin volverme—. Quiero que esté impecable para la boda. No puede parecer la hija de un hombre en bancarrota.

—¿Y tú? —preguntó Andreas—. ¿Cuándo vas a ver a la chica?

Me giré hacia ellos, con mi expresión fría e impenetrable.

—En el altar.

Andreas se rió, sacudiendo la cabeza.

—La chica se congelará antes de la luna de miel.

Ignoré el comentario y me dirigí a mi oficina. Tenía un imperio que gestionar y enemigos que vigilar. Eleni Kouris podía esperar. Al

fin y al cabo, ya era mía. Solo que aún no sabía hasta qué punto.



Eleni
KOURIS

Capítulo 6

La mansión Kouris olía a grandeza decadente. Era un olor dulzón a madera vieja, polvo acumulado en pesadas cortinas de terciopelo y habanos baratos fumados a escondidas.

En cuanto el chófer de mi padre aparcó el coche y pisé la grava de la entrada, sentí un escalofrío que nada tenía que ver con el viento de Atenas. Ese lugar debería ser mi hogar, el refugio al que acudiría a llorar. Sin embargo, al mirar las ventanas oscuras y la fachada descascarillada, me sentí como una intrusa visitando un mausoleo.

Entré en el vestíbulo principal, arrastrando mi pequeña maleta. El silencio era absoluto, solo roto por el tictac arrastrado del reloj de péndulo que, curiosamente, estaba cinco minutos atrasado, como si el tiempo allí se negara a avanzar.

—Mira quién ha decidido descender del Olimpo suizo.

La voz arrastrada provenía de la sala de estar. Mi hermano, Leandros, estaba apoyado en el marco de la puerta. Sostenía una copa de bebida ámbar, aunque apenas pasaba del mediodía. Su rostro, una versión distorsionada e hinchada del mío, mostraba una sonrisa burlona.

—Leandros —lo saludé, sintiendo un nudo en el estómago—. Te ves bien.

—No mientas, Eleni. Tengo un aspecto horrible y los dos lo sabemos. —Se rió y dio un largo y ruidoso trago—. Pero ahora que la "Santa Eleni" ha venido a sacrificarse en el altar del diablo, quizá las cosas mejoren por aquí, ¿no? Los acreedores dejaron de llamar hace dos horas. Es un milagro.

Apreté el asa de la maleta con tanta fuerza que se me pusieron los dedos blancos.

—No lo hago por ti —respondí con voz temblorosa, pero firme —. Lo hago porque no tenía otra opción.

Leandros se apartó de la puerta y dio un paso tambaleante hacia mí. El olor a alcohol me golpeó.

—¿Opción? Nadie tiene opción, hermanita. Al menos vas a vivir en un palacio de verdad, con un marido que caga dinero. Deberías estar agradecida, vas a llegar a lo más alto de la cadena alimentaria.

Las lágrimas me quemaban los ojos, pero me negué a dejarlas caer delante de él. Sin decir nada más, le di la espalda y subí las escaleras crujientes hacia mi antigua habitación.

Cuando cerré la puerta detrás de mí, apoyé la frente en la madera fría y respiré hondo, tratando de no vomitar.

La habitación estaba exactamente como la había dejado meses atrás. La colcha rosa descolorida, la estantería llena de novelas con los lomos rotos de tanto leerlas y la caja de música que mi madre me regaló antes de morir.

Me acerqué al tocador y toqué el marco de fotos plateado. El rostro de mi madre me sonreía, congelado en el tiempo. Ella era la única luz de esa casa. Me acordaba de cómo tocaba el piano en los días lluviosos y de cómo su risa llenaba esos pasillos vacíos.

"Sé valiente, Eleni", solía decirme. *"El mundo es grande y te está esperando".*

"El mundo no me esperó, mamá", le susurré a la foto. "Me tragó".

Me senté en la cama, sintiéndome una extraña. Aquella ya no era mi habitación. Era una huésped, esperando a que se ejecutara la sentencia. Ya no pertenecía a ningún sitio. Ya no era una estudiante en Suiza, ni una Kouris libre, ni siquiera una Galanis. Me sentía como mercancía en tránsito.

Mi móvil vibró en el bolsillo de mi abrigo. Lo saqué rápidamente, desesperada por cualquier conexión humana.

Thalia:

¿Has llegado? Por favor, dime que te has escapado en el aeropuerto.

Eleni, he leído más sobre él. Dicen que nunca sonríe. Dicen que su familia controla la mitad del parlamento. Tengo miedo, amiga. ¡Contéstame!

Escribí la respuesta con los pulgares temblorosos.

Eleni:

Estoy en casa. No me escapé. No tengo adónde ir, Thalia. El lugar parece una tumba.

No leas más sobre él. Por favor.

Necesito fingir que solo es un hombre, de lo contrario,
voy a tener un infarto antes de la boda.

Tiré el móvil sobre la colcha, incapaz de leer su respuesta. Thalia estaba nerviosa, pero estaba a salvo. Ella podía cerrar su laptop e ir a tomar un café, pero yo estaba viviendo la pesadilla.

Unos golpes secos en la puerta me hicieron saltar.

—¿Señorita Eleni? —Era la voz de una de las pocas empleadas que quedaban en la casa—. Hay gente abajo que quiere verla. Enviados por el señor Galanis.

Mi corazón se aceleró contra mis costillas, un frenético tamborileo de pánico.

¿Él había venido?

—¿Quién... quién es? —pregunté sin abrir la puerta.

—Un equipo de estilistas, señorita. Han traído el vestido.

El aire se escapó de mis pulmones.

El vestido...

Bajé las escaleras como si me dirigiera a la guillotina. El salón había sido transformado. Percheros con ropa de seda, cajas de zapatos de terciopelo y un equipo de tres personas que se movían con eficiencia militar.

En el centro de todo, un hombre alto y delgado, vestido impecablemente de negro, sostenía una capa protectora blanca con el logotipo de los Galanis bordado en oro.

—*Mademoiselle* Kouris —dijo sin sonreír. No parecía un diseñador creativo, solo un empleado que cumplía órdenes—. Soy Stefan. El señor Athan Galanis ha enviado instrucciones precisas. El vestido ha sido diseñado a medida basándose en sus fotos. Ahora debemos hacer los ajustes finales.

—¿Basándose en fotos? —Mi voz sonó débil—. Ni siquiera me ha preguntado qué me gusta.

Stefan levantó una ceja, como si la idea de que yo tuviera una opinión fuera absurda.

—El señor Galanis tiene un gusto impecable. Exigió modestia, elegancia y tradición. Empecemos.

Me llevaron detrás de un biombo improvisado. Unas manos desconocidas me desnudaron, quitándome la ropa de viaje y dejándome expuesta y vulnerable. Me sentí como un maniquí, un objeto inanimado.

Luego, el vestido.

Era pesado. De seda mikado blanca, estructurada, con mangas largas de encaje francés que cubrían mis brazos hasta las muñecas, y un cuello alto.

Mientras Stefan abrochaba los innumerables botones de mi espalda, sentí cómo la tela me apretaba. No era un abrazo, era una restricción. El corsé incorporado me aplastaba las costillas, dificultándome respirar profundamente.

—Date la vuelta —ordenó Stefan.

Salí de detrás del biombo y me detuve frente al gran espejo ovalado de la sala.

La chica que me devolvía la mirada era una desconocida. El vestido era deslumbrante, una obra de arte de alta costura que probablemente costaba más que toda mi casa. Me hacía alta, majestuosa, intocable, pero también me hacía pálida. Parecía como si toda la sangre se hubiera drenado de mi rostro. El encaje del cuello parecía manos que me estrangulaban suavemente.

—Perfecto —murmuró Stefan, ajustando el dobladillo—. Estará satisfecho. Lo cubre todo, pero muestra la silueta. Digno de una reina de la mafia.

Reina de la mafia... La frase me revolvió violentamente el estómago.

—¿Puedo quitármelo ahora? —pregunté, sintiendo un sudor frío en la nuca—. Me aprieta demasiado.

—Solo un minuto más. Tengo que comprobar cómo te quedan los hombros.

Me quedé allí, paralizada, mirando mi reflejo. Ese vestido era la prueba física de que mi vida había terminado. No habría viajes a París ni romances prohibidos en bibliotecas. Mucho menos besos apasionados bajo la lluvia con alguien que yo eligiera.

Solo estaría Athan Galanis y este vestido era el papel de regalo con el que me entregaría a él.

Cuando finalmente me dejaron quitarme el vestido y el equipo se marchó, llevándose la seda blanca como si fuera una reliquia sagrada, subí corriendo a mi habitación y cerré la puerta con llave.

La habitación estaba a oscuras. El sol se había puesto, llevándose consigo el poco color que quedaba en mi mundo.

Me tumbé en la cama, acurrucada en posición fetal, abrazando la almohada que olía a lavanda vieja.

"Soy tan estúpida", sollocé en silencio. *"Tan estúpida con mis sueños absurdos".*

Recordé las noches en el internado, susurrando con Thalia sobre cómo sería nuestro futuro. Quería ver las luces de Tokio, aprender a pintar en Italia, enamorarme de un poeta pobre o un músico rebelde y sentir mi corazón acelerarse por la pasión, no por el terror.

En ese momento, mi corazón latía como el de un pájaro en la boca de un gato.

Mis lágrimas mojaron la almohada, calientes y saladas. Lloré por la niña que era ayer y por la mujer en la que me vería obligada a

convertirme mañana y, sobre todo, lloré porque, en el fondo, sabía que nadie vendría a salvarme.

El castillo de cristal se había roto y yo estaba sola, sangrando entre los pedazos, esperando a que llegara el monstruo.



Athan
GALANIS

Capítulo 7

Eran las diez de la noche y Atenas brillaba afuera a través del vidrio blindado, en un tapiz de oro y sombras que me pertenecía por completo.

Mi rutina no había cambiado con la muerte de mi padre. Si algo cambió, fue la intensidad. Me desperté a las cinco, entrené boxeo hasta que me dolieron los puños, revisé las ganancias del trimestre con Alex y coordiné con Andreas la seguridad de un cargamento de armas que saldría hacia el Líbano al amanecer. Funcionaba como un reloj suizo: preciso, frío e incansable. Sin embargo, había una pieza suelta en el engranaje y tenía nombre y apellido.

La puerta de la oficina se abrió sin llamar. Solo una persona tenía esa audacia.

—Te estás escondiendo, Athan.

Levanté la vista del informe de embarque. Cassandra Galanis entró, trayendo consigo el inconfundible aroma de rosas y laca. Sostenía una pequeña caja de terciopelo azul marino en sus manos enguantadas.

—Estoy trabajando, *Mitéra*. Alguien tiene que pagar las facturas de alta costura de esta familia.

Ella ignoró mi sarcasmo y se detuvo frente a mi escritorio, colocando la cajita sobre el pulido caoba con un suave golpe.

—La boda es en dos días. La prensa ya está especulando si la novia existe o si es un invento para calmar a los accionistas. No has ido a verla. No le has enviado flores...

—Le envié un estilista y un vestido de veinte mil euros —respondí, recostándome en la silla—. Creo que eso cubre la cuota de romanticismo.

Mi madre suspiró, ese sonido de impaciencia que reservaba para cuando mis hermanos o yo nos mostrábamos particularmente tercos.

—No se trata de romanticismo, Athan. Se trata de propiedad. —Empujó la caja hacia mí—. El mundo necesita ver que es tuya y Eleni necesita sentir el peso de lo que significa ser una Galanis.

Miré la caja. Sabía lo que había dentro.

—¿El anillo de la abuela Elena?

—El anillo que tu padre me puso en el dedo hace treinta y cinco años. —La voz de mi *Mitéra* se suavizó, solo por un instante—. Es una tradición. La matriarca se lo pasa a su sucesora. Lo he usado durante guerras, crisis y victorias. Ahora es su turno.

Abrí la caja.

La joya era obscena por lo grande que era. Una zafiro azul oscuro, del color del fondo del mar, rodeada de diamantes en bruto

en una montura de platino antiguo y pesado. No era delicada, ni bonita en el sentido convencional. Era una declaración de poder.

Sentí un peso en el estómago. Ese anillo había estado en la mano de mi madre en todos los recuerdos de mi infancia. Verlo allí, listo para ser entregado a una extraña, hizo que la realidad del matrimonio me golpeara con fuerza.

—Quieres que vaya allí —constaté. No era una pregunta.

—Quiero que se lo pongas en el dedo. ¡Hoy mismo! —Cassandra me miró con esa intensidad gélida—. Sella el acuerdo, hijo mío. Haz que ella entienda a quién pertenece y que Yannis Kouris sepa que su hija ya no es suya.

—De acuerdo. —Cerré la caja con un chasquido seco y la tomé. El terciopelo era suave, pero el contenido parecía pesar una tonelada.

—Ilias —llamé por el intercomunicador—. Prepara el coche. Nos vamos.

El trayecto hasta la casa de los Kouris fue corto, pero pareció un viaje entre dos mundos. Dejamos atrás las calles iluminadas y seguras de Kolonaki y entramos en la parte antigua, donde las mansiones aristocráticas se desmoronaban, víctimas de la crisis y la mala gestión.

Cuando el Maybach se detuvo frente a la oxidada verja de los Kouris, sentí cómo el desprecio me subía por la garganta. El jardín estaba descuidado y las luces del porche parpadeaban. Era el olor del fracaso.

—Estén atentos —ordené a Ilias y a los dos guardias de seguridad del coche trasero—. No confío en Yannis ni para vigilar una piedra.

Bajé del coche, ajustándome los botones de la chaqueta. La noche era bochornosa. La grava crujía bajo mis zapatos italianos mientras caminaba hacia la puerta.

No tuve que llamar. Yannis Kouris abrió la puerta antes de que llegara al escalón, con una sonrisa nerviosa y oliendo a coñac barato.

—¡Athan! ¡Qué honor! ¡Qué sorpresa tan maravillosa! —Gesticulaba demasiado—. ¡Entra, entra! Mi casa es tu casa. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Un cigarro? ¿Una copa?

Pasé junto a él sin aceptar su apretón de manos y entré en el vestíbulo. El lugar era deprimente. Los muebles, que en su día fueron caros, ahora parecían viejos y polvorientos. Había sombras en las esquinas, como si la luz tuviera miedo de entrar allí.

—No he venido a beber, Yannis. He venido a ver a mi prometida.

Su sonrisa vaciló.

—Ah. ¡Claro! Eleni... Debe estar en la habitación. Voy a llamarla.

—No hace falta. —Su voz llegó desde lo alto de la escalera.

Levanté la cabeza.

Eleni estaba parada en el rellano, con una mano en la barandilla de madera oscura.

Mi respiración se detuvo por un segundo, en un reflejo involuntario que me irritó de inmediato.

Las fotos y las cámaras de seguridad no captaban la realidad. En persona, parecía aún más joven. *Demasiado joven*, fue mi primer pensamiento crítico. Llevaba un vestido sencillo de algodón azul claro, sin maquillaje, con el pelo castaño suelto cayendo sobre los hombros como una cascada de seda.

Bajó los escalones lentamente. No tenía el porte de reina que tenía mi madre, solo vacilación, un temblor visible en sus piernas. Me miraba con unos enormes ojos marrones, muy abiertos, como una cierva mirando los faros de un camión antes del impacto.

Frágil. Esa era la palabra. Parecía hecha de cristal y miedo.

Eleni se detuvo en el último escalón, a un metro mío. Yo era mucho más alto y ancho, y mi sombra la engullía.

—Buenas noches, señor —susurró. Su voz era dulce y melódica, pero temblaba.

Señor. El respeto forzado me agradó, pero la formalidad me recordó la distancia que había entre nosotros.

—Athan —la corregí, con la voz más grave de lo que pretendía en el silencio de la casa—. Tutéame.

Di un paso adelante, invadiendo el espacio personal de la chica. Volví a olerla, irritante y embriagadora, con aroma a inocencia, vainilla y algo floral. Ella no retrocedió, pero vi cómo se aceleraba el pulso en su cuello. Su corazón debía de estar latiendo contra sus costillas como un pájaro enjaulado.

—Te he traído algo —dije, metiendo la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacando la caja de terciopelo.

Yannis, que estaba acurrucado en un rincón, dejó escapar una exclamación codiciosa al ver la caja, pero lo ignoré. Toda mi atención estaba puesta en ella.

Abrí la caja. El zafiro brilló, frío y majestuoso, capturando la escasa luz del ambiente.

Eleni miró la joya y luego a mí. No vi codicia en sus ojos, sino pánico. Ella sabía lo que eso significaba. No era un regalo; era un collar.

—Dame la mano —le exigí.

Ella dudó. Por un segundo, pensé que iba a negarse, y mi cuerpo se tensó, listo para imponer mi voluntad. Entonces, lentamente, extendió su mano izquierda.

Su mano era pequeña, con la piel pálida y suave, sin las marcas del trabajo o la violencia que cubrían la mía. Cuando mis

dedos envolvieron los suyos, el contraste fue brutal. Mi mano era áspera, caliente y lo suficientemente grande como para aplastarla. La suya era fría.

Deslicé el anillo por el dedo anular de Eleni.

Quedaba un poco holgado. La piedra era demasiado pesada para su delicada mano, y se inclinaba ligeramente hacia un lado.

—Es el anillo de mi madre —le expliqué, sin soltar la mano de mi futura esposa. La mantuve sujeta entre las mías, sintiendo la textura de su piel, el temblor de sus finos huesos—. Pertenece a la familia desde hace generaciones.

Ella miró la pesada joya, que parecía un ancla que la ataba al suelo.

—Es muy bonito —mintió. Sabía que lo consideraba un grillete.

—No solo es bonito, Eleni. Es una advertencia. —Me incliné, acercando mi rostro al suyo hasta sentir su respiración entrecortada en mi mentón—. Mientras lo lleves puesto, todos sabrán a quién perteneces. Nadie te tocará. Nadie te mirará. Estás bajo mi protección y bajo mi mando.

Ella levantó los ojos hacia los míos. Por primera vez, vi un destello de algo que no era solo miedo. Había una chispa de desafío, o tal vez de desesperación, en lo profundo de esos ojos marrones.

—¿Y si quiero quitármelo? —susurró, tan bajo que solo yo la oí.

Una sonrisa sombría se dibujó en mis labios. La pregunta era absurda, pero su valor de hacerla me intrigó.

Le apreté la mano, solo un poco, como advertencia física.

—No te lo quitarás. La única forma de que ese anillo salga de tu dedo es que yo te lo quite. O que te corte la mano. ¿Entendido?

Palideció aún más, si es que era posible, pero asintió.

—Entendido.

Le solté la mano y la dejó caer a un lado de su cuerpo, pesada por la nueva carga.

Me volví hacia Yannis, que observaba la escena con una mezcla de admiración y miedo.

—La boda es dentro de dos días. Prepárate, Eleni. El coche vendrá a recogerte a las diez.

—Allí estaré —respondió ella.

Le di la espalda y caminé hacia la salida, sintiendo su mirada ardiente en mi nuca.

Cuando entré en el coche blindado y la puerta se cerró, aislándome de nuevo en mi mundo de silencio y seguridad, solté el aire que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba conteniendo.

Miré mi propia mano, la que había tocado la suya. Aún podía sentir el rastro de su piel suave y fría contra mi palma.

—A la mansión, Ilias —ordené, cerrando los ojos.

La marca estaba hecha. Ella era mi prometida. Sin embargo, su imagen, pequeña y temblorosa en la escalera oscura, con ese enorme zafiro en el dedo, quedó grabada en mi mente. Parecía una muñeca a punto de romperse y, lo peor de todo, yo sería el responsable de romperla.



Eleni
KOURIS

Capítulo 8

La seda mikado era fría contra mi piel, deslizándose como agua helada, mientras las maquilladoras terminaban de abrochar los infinitos botones de mi espalda.

Me sentía como dentro de una armadura. El vestido, que días antes había visto como un sudario, en ese momento parecía una prisión de alta costura. El corsé me apretaba las costillas, limitando cada respiración, impidiendo que el pánico expandiera mis pulmones por completo.

Levanté la mano izquierda. El zafiro de mi dedo anular captaba la luz de la lámpara, brillando con una malicia azul. El anillo que Athan me había puesto en el dedo dos días antes.

Aún podía sentir su tacto. Su mano era grande, cálida y áspera, y envolvía la mía. Su voz, grave y desprovista de cualquier emoción, resonaba en mi mente: *"Mientras lo lleves puesto, todos sabrán a quién perteneces".*

Yo no era una novia. Era un ganado marcado.

—Está lista, *mademoiselle*.

La maquilladora se apartó y finalmente me miré en el espejo de cuerpo entero.

La mujer que me devolvía la mirada era deslumbrante e irreconocible. Mi cabello castaño estaba recogido en un moño bajo y elaborado, adornado con perlas. El maquillaje suave resaltaba mis ojos, que parecían demasiado grandes y asustados. El vestido blanco, con su cuello alto y mangas de encaje, me daba un aire de realeza intocable.

Parecía una reina caminando hacia la guillotina.

Se me formó un nudo en la garganta, tan apretado que me dolía tragar. Recordé los ojos de Athan (ese azul gélido que no revelaba nada) y su postura de depredador en el vestíbulo de mi casa. Él no quería una esposa; quería obediencia. Yo no sabía cómo dársela sin perder lo poco que me quedaba de alma.

—¿Eleni?

La voz de mi padre en la puerta rompió el hechizo, o la maldición. Me giré lentamente, sintiendo cómo el peso del vestido me dificultaba el movimiento.

Yannis Kouris estaba allí de pie, vestido con un esmoquin que olía a naftalina y whisky matutino. A su lado, apoyado en el marco de la puerta con expresión de aburrimiento y resaca, estaba mi hermano, Leandros. Llevaba un traje gris que parecía caro, pero estaba arrugado, y tenía los ojos rojos.

Mi padre me miró de arriba abajo, no con orgullo, sino con el alivio de un deudor que ve su cheque cobrado.

—Estás aceptable —dijo Yannis, mirando su reloj de pulsera con impaciencia—. ¡Vamos! El coche te está esperando. Galanis no tolera los retrasos.

—Intenta no tropezar, Eleni —se burló Leandros, alejándose de la puerta y ajustándose la corbata floja—. Nuestra vida depende de tu actuación hoy. No lo estropees todo.

Tragué el sabor amargo de mi boca y tomé mi ramo de rosas blancas, sujetando los tallos con tanta fuerza que sentí una espina perforarme el pulgar a través de la cinta de raso. Una gota de sangre, minúscula y roja, manchó la cinta blanca.

Un escalofrío me recorrió la espalda, como si anunciara un presagio.

Bajé las escaleras de la casa donde crecí por última vez. Con cada escalón, sentía que dejaba atrás una parte de mí. La niña que soñaba con París, que reía con Thalia en la nieve, se quedó arriba.

En el vestíbulo, antes de salir al sol brillante de Atenas, mi padre me agarró del brazo. No fue un gesto cariñoso.

—Escucha bien, Eleni —susurró, con los ojos inyectados en sangre fijos en los míos, mientras Leandros abría la puerta principal y salía, encendiendo un cigarrillo—. Cuando llegues a esa iglesia, sonríe. Cuando él hable, obedece. No me avergüences y, por el amor de Dios, sé una buena esposa. Si fallas, si él te devuelve, no tendremos adónde huir. ¿Entendido?

Sentí un escalofrío recorriendo mi espalda. No se estaba despidiendo, sino que me estaba arrojando a la boca del lobo y cerrando la tapa.

—Lo entiendo, padre —respondí, sin saber cómo luchar—. Me has dejado perfectamente claro lo que valgo.

Me soltó el brazo y señaló la salida.

El calor de Atenas me golpeó, pero me sentía helada.

En la entrada de grava, dos coches nos esperaban. Una limusina negra blindada, con la discreta bandera de los Galanis en el parachoques, y un sedán negro justo detrás.

Un conductor de hombros anchos, al que no conocía, me abrió la puerta trasera de la limusina.

—Señorita —me saludó sin mirarme a los ojos.

—Nosotros iremos en el coche de atrás —anunció mi padre, tirando de Leandros por el brazo hacia el sedán—. El novio exige que la novia llegue sola. Por protocolo de seguridad, dijo.

Observé a mi padre y a mi hermano subir al otro coche, dejándome allí, parada en la acera. Ni siquiera miraron atrás. Me estaban despachando como si fuera un paquete.

Entré sola en la limusina negra. El interior era lujoso, con cuero color crema y champán helado, pero el silencio y los cristales oscuros lo hacían parecer un coche fúnebre.

El vehículo se deslizó por las calles, alejándose de la decadencia de mi antiguo barrio. Observé la ciudad pasar por la ventana oscurecida. Vi parejas caminando de la mano, turistas tomando fotos, personas viviendo sus vidas libres y banales. No sabían que, dentro de ese coche blindado, una vida estaba terminando.

Mi corazón se aceleró, a un ritmo de miedo. Cerré los ojos, tratando de invocar la imagen de Athan para prepararme, pero solo veía oscuridad.

—Estamos entrando en la avenida Syngrou, señorita —dijo el conductor, un hombre de hombros anchos al que no conocía—. Faltan diez minutos hasta la catedral.

Diez minutos. Me quedan seiscientos segundos de libertad.

De repente, un sonido agudo rasgó el aire. No tuve tiempo de pensar. El sonido del metal al ser aplastado fue ensordecedor. Sentí un impacto violento en el lateral del coche. La limusina, que parecía un tanque de guerra, fue lanzada hacia un lado como si fuera un juguete. Mi cuerpo salió disparado contra la puerta. El cinturón de

seguridad se trabó, cortándome el hombro, mientras el mundo me daba vueltas.

El cristal se hizo añicos. El techo se convirtió en suelo. El suelo se convirtió en techo.

Oí gritos y el olor acre a goma quemada y gasolina invadió mis fosas nasales.

Cuando el movimiento se detuvo, estaba colgada del cinturón de seguridad, boca abajo. Mi visión estaba borrosa, salpicada de puntos negros. Mi cabeza latía con un dolor agudo.

—¡Señorita!

El conductor estaba sangrando, tratando de liberarse.

—Salga... Tiene que salir... —gemía.

Antes de que pudiera procesar lo que estaba pasando, oí otro sonido seco y rápido.

Pah-pah-pah. Disparos.

Un pánico frío y eléctrico me recorrió las venas, ahuyentando el dolor. Me desabroché el cinturón de seguridad con manos temblorosas y caí sobre el techo del coche volcado. Mi vestido de novia, antes inmaculado, estaba roto por el dobladillo y manchado de hollín y cristales.

Me arrastré hacia fuera por la ventana rota, cortándome las manos con los cristales. El asfalto estaba caliente.

Cuando logré sacar la cabeza, vi el caos. Un camión había bloqueado la avenida. Hombres con pasamontañas negros bajaban de una camioneta, armados con rifles. No disparaban al aire, disparaban al coche, apuntándome a mí.

—¡Ahí! ¡Agarren a la chica! —gritó uno de ellos en griego, señalándome.

El terror puro se apoderó de mí. No pensé, ni razoné. Mi instinto animal de supervivencia me gritó: *¡CORRE!*

Me levanté, ignorando el mareo. Agarré la pesada falda del vestido de novia con ambas manos, levantando la voluminosa tela, y corrí lejos del coche, lejos de los disparos, zigzagueando entre los coches parados en el tráfico.

—¡Deténganla! —Oí gritar detrás de mí, seguido del zumbido de una bala pasando cerca de mi oreja.

Me ardían los pulmones. Mis zapatos de tacón se habían quedado en el coche y mis pies descalzos golpeaban el asfalto caliente y sucio. Sentí algo caliente correr por mi sien. Me llevé la mano a la cara mientras corría y vi mis dedos rojos. Sangre.

Estaba sangrando y me perseguían el día de mi boda.

Miré hacia atrás por una fracción de segundo. Dos hombres enmascarados corrían detrás de mí, con armas en la mano, empujando a peatones aterrorizados.

—¡Socorro! —intenté gritar, pero mi voz salió ahogada.

Nadie se detuvo, el pánico se había apoderado de la avenida. Yo era solo una mancha blanca salpicada de rojo corriendo por mi vida.

Giré por una calle estrecha, buscando refugio, cualquier lugar donde esconderme. El llanto rompió mi garganta, mezclado con la falta de aire.

Athan.

Su nombre surgió en mi mente, no como el monstruo que temía, sino como la única fuerza capaz de detener aquello. *¿Dónde estás? ¿Por qué está pasando esto?*

Tropecé con el dobladillo del vestido y caí de rodillas sobre el áspero cemento. El dolor fue agudo, desgarrándome el encaje y la piel. Oí pasos pesados que se acercaban. Botas golpeando el suelo.

Estaban cerca.

Me levanté tambaleándome, sintiendo cómo la sangre me corría por el ojo, cegándome parcialmente. No iba a morir de rodillas. *Hoy no.*

Volví a correr, sumergiéndome en el laberinto de Atenas, mientras el sonido de la muerte me seguía de cerca.



Athan
GALANIS

Capítulo 9

La Catedral Metropolitana de Atenas olía a incienso, cera derretida e hipocresía.

Estaba de pie en el altar, rígido como una de las columnas de mármol que sostenían la bóveda. Mi traje negro era una armadura; mi expresión era una máscara de indiferencia. A mis espaldas, el coro susurraba cánticos litúrgicos que me provocaban dolor de cabeza. Frente a mí, cientos de invitados: políticos, magnates y criminales "jubilados" esperaban el espectáculo.

Miré mi Patek Philippe[6] por tercera vez. Las diez y doce minutos...

Eleni llegaba tarde.

Una ola de irritación subió por mi cuello almidonado. Odio los retrasos, significan falta de disciplina o falta de respeto. Viniendo de la hija de Yannis Kouris, bien podría ser incompetencia genética.

—¿Está haciendo una entrada triunfal o se ha escapado? —susurró Alex a mi lado, manteniendo la sonrisa de "padrino feliz" para las cámaras, pero con los dientes apretados.

—Si ha huido, la arrastraré de vuelta por el pelo antes del mediodía —murmuré sin mover los labios.

Mis ojos recorrieron la primera fila. Mi madre, Cassandra, estaba sentada con la postura de una esfinge, pero vi cómo apretaba los dedos contra su bolso de terciopelo. Ella también lo sabía. Doce minutos no son un retraso nupcial; son un problema.

Busqué a Yannis Kouris. Su asiento estaba vacío. Debía de estar en un coche justo detrás.

¿Dónde diablos estaban?

Entonces lo vi.

Las puertas laterales de la iglesia se abrieron. No para la novia, sino para Kostas.

Mi jefe de seguridad nunca entraba en escena a menos que se acabara el mundo. Caminó por el pasillo lateral, ignorando las miradas curiosas, moviéndose con una urgencia que me erizó el vello de la nuca.

Andreas, que estaba a mi otro lado, se tensó inmediatamente.

—Athan... —advirtió Andreas con voz grave.

Kostas subió los escalones del altar. No saludó al sacerdote, vino directamente hacia mí. Su rostro, normalmente impasible, estaba pálido. Tenía una mancha de sudor en la frente.

Se inclinó hacia mi oído. Su susurro fue más fuerte que la campana de la catedral en mi cabeza.

—Jefe. Hemos tenido un código rojo.

Sentí que mi sangre se detenía y, a continuación, hervía.

—Habla —ordené.

—La limusina de la novia ha sido atacada.

El mundo a mi alrededor se quedó en silencio. El coro, los murmullos, el olor a incienso... todo desapareció, quedando solo una visión roja.

—¿Atacada? —Mi voz salió en un gruñido que hizo que el sacerdote diera un paso atrás—. ¿Por quién?

—El coche volcó, Athan. Está destrozado. El conductor está muerto.

Mi corazón latía con fuerza, pesado y doloroso contra las costillas. No por tristeza, sino por una furia tan violenta que tenía ganas de derribar el altar con mis propias manos. Alguien se atrevió, el día de mi boda, a atentar contra mi novia y contra mí.

—¿Y Eleni? —pregunté con una voz peligrosamente baja.

Kostas tragó saliva.

—No está entre los restos. Encontraron sangre en el asiento trasero y rastros de sangre en el asfalto. Huyó a pie, jefe. Pero los tiradores la persiguieron.

Estaban cazando a mi mujer como a un animal por las calles de Atenas.

La máscara se me cayó. El "Don" civilizado desapareció.

Arranqué la flor blanca de la solapa de mi traje y la tiré al suelo, aplastándola con el zapato. Me volví hacia la congregación, que estaba en absoluto silencio, dándose cuenta de que algo terrible estaba sucediendo.

—La boda queda suspendida. —Mi voz retumbó por la nave de la iglesia, amplificada por la perfecta acústica.

Hubo un grito ahogado colectivo, pero nadie se movió.

Me giré hacia mis hermanos. No hacía falta decir nada. Ya habían cambiado del "modo fiesta" al "modo guerra".

—¡Andreas! —grité—. Reúne al equipo Alfa. Quiero la avenida Syngrou cerrada. Rodeen el perímetro a cinco kilómetros. Nadie entra, nadie sale, sin nuestro permiso.

—Considéralo hecho —Andreas ya se estaba quitando la corbata y sacando la pistola que escondía en la funda axilar, allí mismo, sobre el altar. Bajó corriendo los escalones, gritando órdenes a sus hombres que estaban disfrazados entre los invitados.

—Alex. —Me giré hacia mi hermano menor—. Controla la narrativa. Di que fue un accidente mecánico. No quiero que la policía federal se involucre hasta que tenga en mis manos al responsable de esto, y rastrea las cámaras de tráfico. Encuéntrala.

—Estoy en el sistema. —Alex ya tenía el móvil en la oreja, caminando rápidamente hacia la salida lateral.

Bajé del altar y mi madre me interceptó al final del pasillo. Estaba pálida, pero sus ojos ardían.

—Athan... —comenzó.

—Estamos en guerra.

—Tráela de vuelta —dijo, agarrándome del brazo con una fuerza sorprendente—. Viva.

—La traeré —prometí—. Y traeré la cabeza en una bandeja de quien la haya tocado.

Salí de la iglesia al sol cegador del mediodía. El calor era sofocante, pero yo sentía frío.

Entré en mi coche, ignorando al chofer, y me subí al asiento del conductor. Kostas se sentó a mi lado, con un rifle en el regazo.

Pisé el acelerador, haciendo chirriar los neumáticos y dejando una estela de humo blanco tras de mí.

Mi mente trabajaba a mil por hora. Ella estaba sola, asustada, corriendo con ese ridículo vestido que yo le había comprado, descalza sobre el asfalto caliente.

La imagen de ella, frágil y temblorosa en la escalera de la casa de su padre, invadió mi mente. Le dije que la protegería. Le puse el anillo de la familia en el dedo y juré posesión, y alguien había escupido sobre esa promesa.

Apreté el volante hasta que el cuero crujió.

No era amor, ni siquiera la conocía. Era orgullo, propiedad y la furia primitiva de un macho al que le habían invadido su territorio.

Sin embargo, mientras me abría paso entre el tráfico a 180 km/h, una única certeza latía en mis venas, más fuerte que cualquier lógica mafiosa: si alguien le hubiera tocado un solo pelo, si ella estuviera herida, no solo mataría a los responsables. Quemaría toda Atenas hasta los cimientos y esparciría las cenizas sobre el mar Egeo.



Eleni KOURIS

Capítulo 10

Mi respiración era como cristales rotos en mis pulmones.

Corrí por las estrechas callejuelas de Plaka, el barrio antiguo a los pies de la Acrópolis. Lo que debería ser un pintoresco escenario turístico (paredes encaladas, buganvillas rosas y tiendas de recuerdos), se había convertido en un laberinto de terror.

El vestido de novia, antes una obra de arte de miles de euros, se había convertido en un trapo pesado y sucio. El dobladillo de encaje se había rasgado en el asfalto, arrastrando polvo y basura. El corsé me aplastaba las costillas, haciendo que cada paso fuera una agonía.

—¡Se ha ido a la izquierda! ¡Cortenle el paso por el callejón! —gritó una voz áspera en griego, justo detrás de mí.

El sonido de unas botas pesadas golpeando las piedras antiguas resonó, acercándose.

No miré atrás. Sabía que, si lo hacía, caería y moriría.

Mis pies descalzos sangraban, cortados por fragmentos y piedras, dejando huellas rojas en el suelo claro. La sangre que brotaba de mi frente ya se había secado en mis pestañas, nublando mi visión con un filtro escarlata.

Doblé en una esquina cerrada, resbalando, y me topé con una pequeña plaza sin salida, rodeada de ruinas.

El pánico subió por mi garganta como bilis. Giré el cuerpo, buscando desesperadamente una puerta abierta, una rendija, cualquier cosa. *Nada*. Solo muros de piedra demasiado altos para escalar con ese maldito vestido.

Los pasos se detuvieron.

Me giré lentamente hacia la entrada de la plaza. La sombra de un hombre apareció en la esquina. Sostenía una pistola negra. Un pasamontañas le cubría el rostro, pero sus ojos eran agujeros negros de maldad.

Se rió, jadeando.

—Fin del trayecto, princesita.

Di un paso atrás, golpeándome la espalda contra la fría pared de una antigua columna. Cerré los ojos, esperando el disparo, el dolor.

Pero, en lugar del disparo, oí el rugido de un motor.

Un coche negro chirrió los neumáticos en la entrada de la plaza, subió a la acera y casi atropella al tirador, que tuvo que saltar a un lado. La puerta del conductor se abrió antes incluso de que el coche se detuviera por completo.

Athan Galanis descendió.

Parecía el mismísimo Dios de la Guerra bajando del Olimpo para traer el apocalipsis. Su traje negro estaba desabrochado, su corbata había desaparecido y su pelo, habitualmente impecable, le

caía sobre la frente sudorosa. Sin embargo, fue su expresión la que me heló la sangre.

No había humanidad en el rostro de Athan. Solo había una furia blanca, calculada y terrible. Sus ojos azul hielo se encontraron con los míos durante una milésima de segundo y luego se fijaron en algo detrás de mí.

Levantó el brazo derecho. En su mano, una pistola plateada brillaba bajo el sol de Atenas, y la apuntó directamente a mi cara.

El tiempo se detuvo, el mundo se quedó en silencio, el sonido del tráfico lejano, el viento, mi propia respiración... todo cesó.

Va a matarme, pensé, con una claridad entumecida. *Mi padre me vendió para que muriera. El atentado falló, así que él vino a terminar el trabajo.*

Miré el cañón del arma. Vi cómo apretaba el gatillo.

—No... —susurré, una súplica inútil.

¡BANG!

El sonido fue ensordecedor, explotando a mi alrededor.

Me encogí, gritando y cubriéndome la cabeza con los brazos, esperando que la bala me desgarrara la piel. Esperando la oscuridad.

Pero el dolor no llegó.

Lo que vino fue un golpe sordo detrás de mí y luego, el sonido de algo pesado deslizándose por la pared de piedra.

Abrí los ojos, temblorosa.

Athan todavía tenía el arma levantada y salía humo del cañón. No me miraba a mí, sino por encima de mi hombro.

Giré la cabeza lentamente. Detrás de mí, escondido en la sombra de la columna en la que me apoyaba, había un segundo tirador. No lo había visto. Tenía un cuchillo levantado, listo para cortarme el cuello. En ese momento, había un agujero en medio de

su frente. El hombre se deslizó hasta el suelo, muerto antes de tocar las piedras.

Volví a mirar a Athan.

El primer tirador (el que se había reído de mí) estaba en el suelo, rendido por uno de los hombres de los Galanis, que habían aparecido justo detrás del coche.

Pero Athan solo tenía ojos para mí.

Bajó el arma y caminó hacia mí. Sus pasos eran largos, devorando la distancia entre nosotros. Pisó la sangre del suelo sin dudar.

Quería correr, pero mis piernas cedieron, pero antes de que tocara el suelo, él ya estaba allí.

Athan dejó caer el arma al suelo, con un ruido metálico que nunca olvidaré, y me tendió la mano.

Su mano era grande, firme y segura.

Miré mi propia mano, sucia de polvo y sangre seca. Miré el anillo de zafiro en mi dedo, brillando intocable en medio de la suciedad.

—Levántate, Eleni —me ordenó.

No tuve otra opción. Mi instinto me gritaba que ese hombre era un monstruo, pero también que era lo único sólido en un mundo que se desmoronaba.

Extendí el brazo y le tomé la mano.

Athan me levantó con fuerza bruta, pegando mi cuerpo contra el suyo. El impacto me dejó sin aliento. Su traje era áspero contra mi piel expuesta, y sentí el calor que irradiaba, quemándome a través de la seda rasgada de mi vestido.

No me soltó. Un brazo fuerte rodeó mi cintura, sujetándome allí, posesivamente. La otra mano subió a mi cara, sujetándome el mentón, obligándome a mirar hacia arriba.

—Estás viva —constató con voz ronca, como si estuviera comprobando el contenido de una caja fuerte que acababa de ser forzada.

—Ellos... ellos querían matarme —sollocé, sintiendo que el shock finalmente daba paso a las lágrimas y que el temblor se apoderaba de mis rodillas—. Athan, yo...

No me dejó terminar.

Athan no pidió permiso, ni dudó, solo bajó la cabeza y capturó mi boca con un hambre salvaje, aplastando sus labios contra los míos en un impacto que hizo vibrar mi columna vertebral.

No fue un beso romántico. No hubo la dulzura de los libros que yo leía, ni la gentileza con la que soñaba para mi primera vez. Fue un beso de adrenalina, de sangre y de posesión absoluta.

Sentí su mano subir por mi nuca, entrelazando los dedos en mi cabello, sujetándome allí, obligándome a aceptar su invasión. Su lengua se abrió paso entre mis labios, caliente, gruesa y dominante, barriendo mi boca con una urgencia profana. No me estaba cortejando; me estaba marcando. Athan probaba mi miedo y mi sabor, reclamando cada respiración mía como si fuera suya por derecho.

Gemí contra su boca, aturdida, agarrándome de las solapas de su chaqueta para no caerme. El mundo me daba vueltas, oliendo a pólvora y peligro, pero su sabor (café amargo, furia y masculinidad pura) era lo único real.

Ese fue mi primer beso. El momento sagrado que guardé durante veinte años, robado entre cadáveres y tomado por un monstruo. Nunca imaginé que sería tan caótico, tan sucio y, que Dios me perdone, tan abrumador.

Athan se apartó solo un centímetro, lo suficiente para que nuestras frentes quedaran juntas, pero no lo suficiente para que yo pudiera escapar. Ambos jadeábamos, mezclando nuestro aliento. Su

pulgar, áspero y caliente, limpió una lágrima mezclada con sangre de mi mejilla con una presión firme.

—¿Por qué? —susurré, sintiendo mis labios hinchados y hormigueantes, la mente girando en una confusión febril—. ¿Por qué lo hiciste?

Sus ojos helados ardían en los míos, dilatados, intensos y oscuros como el fondo del mar.

—Porque el contrato está firmado, Eleni. —Su voz era un gruñido bajo, vibrando contra mi piel—. Y estoy sellando el acuerdo.

Me apretó más fuerte contra él, pegando mi cuerpo tembloroso al suyo, mirando por encima de mi cabeza a los hombres muertos y a los curiosos que comenzaban a aparecer, desafiando a cualquiera a acercarse.

—Nadie me quita lo que es mío. Nadie...

Allí, en los brazos del Diablo, cubierta de sangre, con la boca marcada por su beso y vestida de novia, lo supe. El disparo no me había matado. Pero ese beso acababa de sellar mi destino para siempre.

Yo era suya.



Athan
GALANIS

Capítulo 11

La adrenalina aún bombeaba en mis venas, caliente y violenta, mientras empujaba a Eleni al asiento trasero de mi coche blindado. Temblaba tanto que le castañeteaban los dientes. El vestido blanco, antes inmaculado, estaba manchado de grasa, polvo y la sangre suya y de mis enemigos.

—A la mansión —le ordené a Kostas, que se había puesto al volante—. Andreas se queda para limpiar el desastre. Quiero que haya un médico esperando cuando lleguemos.

—¡No!

La voz vino de afuera, dura como el acero.

Me giré, dispuesto a sacar el arma de nuevo, pero era mi madre. Cassandra Galanis había salido de su coche, que se había detenido justo detrás del mío en el caos de la calle bloqueada. Caminó entre los policías que empezaban a llegar y los cadáveres en el suelo sin siquiera mirar hacia abajo.

Se detuvo en la puerta abierta de mi coche, mirando a Eleni, acurrucada en el asiento, y luego a mí.

—No vamos a la mansión, Athan.

Me limpié una gota de sangre que me había salpicado la cara con el dorso de la mano.

—¿Has perdido la cabeza, *Mitéra*? —gruñí—. Intentaron ejecutarla en plena calle. El protocolo de seguridad exige el confinamiento inmediato.

—El protocolo de seguridad es para cobardes —replicó ella, con los ojos azules centelleantes—. Si corremos a casa ahora y nos encerramos tras las puertas, ellos ganarán. Los rumores comenzarán antes del atardecer. Dirán que los Galanis han huido. Que el nuevo rey no puede proteger a su propia novia y que somos débiles.

Se inclinó hacia el interior del coche y me agarró del brazo.

—Vamos a volver a la iglesia. ¡Ahora mismo!

La miré como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Volver? ¿A la iglesia? —Señalé a Eleni—. ¡Mírala, mamá! Está en estado de shock. El vestido está rasgado, cubierto de sangre y suciedad. Está en un estado lamentable. No puedo ponerla en un altar así. Parece que haya salido de una zona de guerra.

Cassandra miró a Eleni. La chica tenía la mirada perdida, abrazándose las rodillas, ajena a nuestra discusión. Tenía un corte en la frente y hollín en la mejilla.

Mi madre no mostró piedad. Solo pragmatismo.

—Exactamente —dijo Cassandra—. Salió de una zona de guerra y sobrevivió. Ese es el mensaje que vamos a transmitir.

—Es una locura —argumenté, aunque una parte fría de mi cerebro, la parte estratega que heredé de ella, empezaba a ver la lógica.

—No es una locura, es poder —insistió—. Si se casan ahora, con la sangre aún fresca, les demostraremos a todos los que están en esa iglesia y a los espías que seguramente están allí, que somos inquebrantables. Que pueden dispararnos e intentar matarnos, pero no pueden detener a la dinastía Galanis. La boda se celebra. El contrato se cumple. Nada nos afecta.

Me soltó el brazo.

—Sube al coche, Athan. —Era una orden—. Kostas, da la vuelta. Llévanos a la entrada lateral de la catedral. Vamos a terminar lo que hemos empezado.

Resoplé, frustrado, sintiendo la ira arder en mi pecho, pero reconociendo la estrategia. Me metí en el asiento trasero y cerré la pesada puerta, aislándonos del mundo exterior.

El coche se convirtió en una cápsula de silencio mientras Kostas maniobraba para salir del bloqueo.

Eleni se acurrucó contra la otra puerta, lo más lejos posible de mí. Parecía una muñeca rota, sucia y temblorosa. El olor a pólvora y sudor se impregnaba con el aire acondicionado.

Cassandra se sentó en el asiento delantero, rígida, tecleando frenéticamente en su móvil, probablemente ordenando a Alex que mantuviera a los invitados dentro de la iglesia a cualquier precio.

Miré a mi prometida. El corte en su frente aún sangraba un poco, un hilo rojo que bajaba por su pálida sien. Su vestido de novia estaba arruinado.

—¿Puedes hacerlo? —le pregunté, con una voz más dura de lo que pretendía.

Eleni levantó los ojos lentamente. Había terror allí. Sin embargo, había algo más. Una profunda resignación.

—¿Tengo otra opción? —susurró, con la voz quebrada.

—No —respondí con sinceridad—. Ninguno de nosotros la tiene.

El coche se deslizó por las calles de Atenas, regresando por el camino que debería haber sido de celebración, pero que se había convertido en un campo de batalla. Cada minuto de silencio aumentaba la tensión. Podía ver las manos de Eleni apretando la tela rasgada del vestido hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Hemos llegado —anunció Kostas.

El coche se detuvo en la entrada lateral de la catedral, lejos de los paparazzi y de la entrada principal.

Cassandra bajó inmediatamente y abrió la puerta trasera del lado de Eleni.

—Vamos, señorita. ¡Levántese!

Eleni dudó, mirando la puerta abierta como si fuera la boca de un abismo.

—Athan —llamó mi madre, impaciente.

Bajé por el otro lado y rodeé el coche. Le tendí la mano a Eleni.

—Ven —le ordené.

Ella tomó mi mano. Su piel estaba helada, pero la chica salió del coche.

En cuanto pisamos la acera, vi un movimiento cerca de la puerta de la sacristía. Yannis y Leandros Kouris estaban allí, pálidos y sudando en sus trajes baratos. Debían de haber llegado en el coche de atrás, escapando por poco del accidente.

—¡Está viva! —exclamó Yannis, corriendo hacia nosotros, pero deteniéndose bruscamente cuando le lancé una mirada de advertencia. Se llevó la mano al pecho y soltó un tembloroso suspiro de alivio que olía a alcohol—. Gracias a Dios, pensé que el acuerdo había muerto en la avenida.

—El acuerdo respira mientras ella respire, Yannis —respondí con desdén, sintiendo cómo el cuerpo de Eleni se tensaba a mi lado.

Leandros, apoyado contra la pared con un cigarrillo en la mano, exhaló un humo nervioso y se rió, con un sonido sin humor.

—Tienes suerte, papá —se burló su hermano, mirando el vestido rasgado y manchado de sangre de Eleni como quien evalúa un coche accidentado—. La mercancía está un poco dañada, pero aún funciona. Nuestras deudas siguen pagadas.

Sentí un repentino deseo de romperle los dientes allí mismo, pero mi madre intervino antes de que pudiera moverme. Agarró con fuerza el brazo de Eleni, alejándola de sus parientes buitres y colocándose entre ellos y la novia.

—Llévenla a la sacristía —dijo mi madre, mirándome con ojos de general e ignorando por completo la existencia de los Kouris—. Tú te quedas aquí fuera, Athan. Nadie ve a la novia antes de la entrada.

—Está cubierta de sangre, madre. ¿Qué vas a hacer? ¿Un milagro?

Cassandra miró el vestido rasgado y la cara sucia de la chica. Una sonrisa fría y calculadora se dibujó en sus labios.

—No necesito milagros. Necesito cinco minutos. —Tiró de Eleni hacia la puerta lateral de la iglesia, pasando junto a Yannis y Leandros como si fueran invisibles—. Voy a convertir esta suciedad en una declaración de guerra. Espera en el altar, hijo mío. Tu reina estará lista.

Observé mientras mi madre arrastraba a Eleni al interior de la iglesia, desapareciendo en las sombras del pasillo lateral.

Yannis se secó la frente con un pañuelo, con una expresión de alivio patético en el rostro.

—Entremos, Leandros.

Entraron apresuradamente en la iglesia, aliviados, no por la vida de su hija y hermana, sino porque su cajero automático había sobrevivido al tiroteo.

Me pasé la mano por el pelo, sintiendo cómo el agotamiento y la furia luchaban por tomar mi control. Me ajusté la chaqueta, limpié una mancha de polvo de la manga y miré a Kostas.

—Avísale a Alex. Dile al organista que toque la música más alta que pueda.

Respiré hondo, poniéndome de nuevo mi máscara de frialdad.

El show debía continuar.



Eleni KOURIS

Capítulo 12

La sacristía de la catedral olía a madera antigua, incienso y miedo.

Cassandra Galanis cerró la pesada puerta detrás de nosotras, amortiguando el sonido de los inquietos invitados en la nave principal. El silencio cayó sobre mí como una piedra, y el shock, que hasta entonces había sido contenido por la adrenalina, rompió el dique.

Mis piernas cedieron. Me deslice hasta sentarme en un banco de terciopelo rojo, con las manos temblando incontrolablemente en mi regazo. Bajé la mirada. El vestido de seda mikado estaba arruinado. Había manchas de grasa en el dobladillo, rasgaduras donde el asfalto había mordido la tela y salpicaduras de sangre que manchaban el corpiño como rubíes macabros.

—Levanta la cabeza, Eleni. —La voz de Cassandra no era un consuelo. Era una orden.

Mojó un paño de lino en una palangana de plata que había sobre la mesita auxiliar y se acercó a mí. No había delicadeza en sus movimientos, solo una eficiencia brutal.

—Casi muero... —El sollozo se escapó de mi garganta, desgarrándome el pecho—. Dispararon al coche. El conductor... gritaba... y luego aquel hombre en el callejón...

Mis lágrimas calientes volvieron a correr por mi rostro, mezclándose con la suciedad. Me sentía como una niña perdida, deseando a mi madre, mi cama en el internado, cualquier cosa que no fuera esa pesadilla.

—Deja de llorar. —Cassandra me sujetó el mentón con fuerza, impidiéndome apartar la mirada. Me pasó el paño húmedo por la cara, limpiándome con energía el hollín y la sangre—. Las lágrimas estropean el maquillaje y demuestran debilidad. Hoy no puedes permitirte ninguna de las dos cosas.

—¿Cómo puedes ser tan fría? —susurré, horrorizada—. ¡Han intentado matarme!

Cassandra se detuvo. Sus ojos azul hielo, tan idénticos a los de Athan, se clavaron en los míos. Por un segundo, vi algo más allá de la frialdad. Vi cicatrices invisibles.

Me soltó el mentón y me sujetó la cara con ambas manos, rozando mis heridas con sus guantes de cuero suave.

—Escucha bien lo que voy a decirte, niña. —Su voz bajó, volviéndose ronca e intensa—. Has entrado en la familia Galanis. Ahora eres el objetivo permanente de todos nuestros enemigos.

—No quiero eso...

—No importa lo que quieras. Importa quién eres ahora. —Me apretó ligeramente las mejillas—. Siempre intentarán matarte, Eleni. Ya sea por envidia, por venganza o por poder. Lo que te hace fuerte no es esquivar la bala. Es cuántas veces sobrevives a ella y sigues en pie.

Tragué las lágrimas, paralizada por su intensidad.

—Hoy has sobrevivido —continuó—. No entres en esa iglesia como una víctima. Entra como alguien a quien la muerte no ha podido llevar.

Se apartó y sacó un pintalabios rojo del bolso.

—Abre la boca.

Obedecí, temblorosa. Me pintó los labios con ese color vibrante. En el antiguo espejo de la sacristía, vi la transformación. El rojo era como sangre fresca, una herida de guerra convertida en vanidad.

—El cabello —dijo ella, quitándome las últimas horquillas que sujetaban mi moño deshecho.

Mi cabello castaño cayó en ondas desordenadas sobre mis hombros, cubriendo parte de mi cuello y suavizando la palidez de mi rostro.

—El vestido está roto —murmuré, mirando el encaje destrozado.

—Deja que vean lo que intentaron hacer y cómo fracasaron.

Me tendió la mano.

—Ahora levántate. Athan te está esperando y un Galanis no espera.

Respiré hondo, tragándome el terror, y le tomé la mano.

Las grandes puertas de la nave se abrieron.

El órgano estalló en una triunfante marcha nupcial, pero el sonido que llenaba la iglesia no era de celebración. Era de pura tensión.

Decenas de cabezas se giraron simultáneamente. Oí los suspiros de sorpresa. Vi los ojos muy abiertos de las mujeres de la alta sociedad y los susurros de los hombres de negocios. Veían el

vestido sucio, la sangre seca en el dobladillo y el pelo suelto. Sin embargo, mantuve el mentón alto, como me había ordenado Cassandra.

Caminé sola por el largo pasillo. Mi padre estaba sentado en un banco de la iglesia, demasiado asustado para levantarse y enfrentarse a Athan, mientras yo caminaba sola hacia mi destino.

En el altar, Athan me esperaba.

Estaba inmóvil, como una estatua de oscuridad y poder. El traje negro contrastaba con el dorado excesivo de los iconos ortodoxos detrás de él. Sus ojos se encontraron con los míos y no me abandonaron. No había sonrisa, pero sí reconocimiento. Vio el pintalabios rojo, la postura y, por un breve instante, vi un destello de aprobación en esa mirada gélida.

Me acerqué a él. El olor a sándalo, pólvora y café amargo me envolvió, dándome una extraña sensación de seguridad en medio del peligro.

El sacerdote, un anciano con pesadas vestiduras doradas, nos miraba con nerviosismo, pero comenzó la ceremonia.

En la tradición ortodoxa, no hay intercambio de votos. No hay "sí, quiero". Solo hay coronación. El peso del destino se posa sobre nuestras cabezas.

—Las siervas de Dios son coronadas para los siervos de Dios...

El padrino, Alex, se acercó. Sostenía las *Stefana* (las dos coronas de flores blancas y naranjas, unidas por una larga cinta de raso blanco).

Sentí la corona posarse sobre mi cabeza. Alex cambió las coronas tres veces sobre nuestras cabezas, entrelazando nuestros destinos. La cinta blanca nos unía físicamente. Estaba atada a Athan.

Lo miré. Llevaba su corona con la naturalidad de un rey nato. Yo quizás parecía una prisionera adornada para el sacrificio.

El sacerdote nos ofreció el cáliz común. Vino tinto.

Athan bebió primero, con los ojos fijos en los míos por encima del borde del cáliz de oro. Luego, me ofreció el cáliz y sus manos rozaron las mías.

Bebí el vino con sabor a hierro, o tal vez era el sabor de la sangre que aún tenía en la boca desde el accidente.

—*Isaías, baila...* —cantó el sacerdote.

Comenzamos la procesión ceremonial. Athan me tomó de la mano y me guió en tres vueltas alrededor de la mesa del altar.

Cada paso era una promesa silenciosa. *Primera vuelta:* por la supervivencia. *Segunda vuelta:* por el deber. *Tercera vuelta:* por la eternidad.

Sentía el peso de la corona en mi cabeza, pero sentía aún más el peso de su mano en la mía. No solo me estaba tomando de la mano; me estaba sujetando. Sabía que, si tropezaba ahora, él no me dejaría caer. No por amor, sino porque yo era suya.

Cuando terminó la ceremonia y se retiraron las coronas, el sacerdote bendijo la unión.

—Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

Athan se giró hacia mí. No hubo orden de besar a la novia, pero él se inclinó. No fue el beso salvaje y sangriento del callejón. Fue un toque breve y seco de labios contra labios. Un sello oficial en un documento.

—Vamos —susurró, con voz ronca, solo para mí—. Se acabó.

Me giré hacia la congregación. Cassandra estaba en la primera fila, con la cabeza alta, la mirada seca y orgullosa.

Había sobrevivido al atentado y a la ceremonia. Me había convertido en Eleni Galanis y el verdadero peligro no había hecho

más que empezar.



Athan
GALANIS

Capítulo 13

La fiesta no era una celebración, sino una demostración de fuerza.

El salón de baile de la mansión Galanis se había transformado en algo sacado de Versalles. Candelabros de cristal gigantescos, arreglos de rosas blancas que costaban más que un coche popular y una orquesta tocando suaves valses en un rincón.

Sin embargo, el olor en el aire no era de flores. Para mí, olía a miedo disfrazado de perfume caro.

Caminé por el salón con Eleni a mi lado. Mi mano estaba firmemente apoyada en la curva de su cintura, presionando mis dedos contra la tela de ese vestido arruinado. Sentía la rigidez de su cuerpo, la tensión en cada músculo, como una cuerda de violín tensada al punto de romperse, pero ella se mantenía en pie.

—Sonríe —le susurré al oído, mientras nos acercábamos a un grupo de políticos corruptos que bebían nuestro champán—. Están

buscando fisuras. No les des esa satisfacción.

Eleni levantó el mentón. El pintalabios rojo que mi madre le había puesto parecía una herida abierta en la palidez de su rostro, pero ella curvó los labios en una tenue sonrisa. No era una sonrisa feliz, ni mucho menos. Era la sonrisa de alguien que sabe que está en la boca del lobo y decide mostrar los dientes, aunque sean de leche.

—Senadores —saludé con voz tranquila y letal—. Permítanme presentarles a mi esposa. Eleni Galanis.

Los hombres tragaron saliva. Miraron el vestido rasgado, la sombra de un hematoma que comenzaba a aparecer en su sien bajo el maquillaje, y luego me miraron a mí. Sabían lo que había pasado en la avenida Syngrou. El hecho de que estuviéramos allí, bebiendo y charlando horas después de un atentado, era el mensaje más aterrador que podía enviar.

Somos intocables.

—Una... una ceremonia inolvidable, señor Galanis —tartamudeó el ministro de Transportes, extendiendo su mano sudorosa hacia Eleni—. La señora se ve... radiante.

Eleni miró su mano. Por un segundo, pensé que iba a desmayarse o gritar. Había corrido descalza por el asfalto caliente y había visto morir a hombres ese día, sin embargo, mi joven esposa extendió su mano enguantada y aceptó el saludo.

—Gracias, ministro. —Su voz era baja, ronca, pero no temblaba—. Ha sido un día ajetreado. Pero la hospitalidad de los Galanis lo aguanta todo.

Sentí que una de mis cejas se levantaba involuntariamente. *¿Ajetreado?* Ella llamó "día ajetreado" a un intento de ejecución.

La alejé del grupo y la guié hacia el centro del salón.

—Mientes muy bien —murmuré, acercándola más a mí.

—Aprendo rápido —respondió, sin mirarme a los ojos—. El profesor es exigente.

La miré. La observé de verdad, no como una mercancía o un problema logístico, sino como a una persona.

Era pequeña, frágil y había sido criada en internados suizos, lejos de la violencia de mi mundo. Cualquier otra mujer en su lugar estaría histérica, drogada con tranquilizantes o encerrada en una habitación oscura, negándose a salir. Sin embargo, Eleni estaba allí. Exhibida como un trofeo de guerra, con el vestido manchado de sangre a modo de bandera, sosteniendo una copa de cristal sin derramar una gota.

Una admiración reticente, algo que rara vez sentía, comenzó a crecer en mi pecho.

Esperaba una muñeca de porcelana que se rompería al primer impacto. En cambio, parecía que me había casado con algo hecho de vidrio templado. Podía agrietarse, pero no se rompía fácilmente.

—Bailemos —decreté.

—Athan, por favor...

—Tú puedes. Yo te sostengo.

La arrastré a la pista de baile. La orquesta, al darse cuenta del movimiento, cambió a un vals lento.

Puse una mano en su espalda y tomé su mano izquierda con la mía. Todo el salón se detuvo para mirar. Éramos el centro del universo en ese momento. El Rey y su Reina superviviente.

Empezamos a movernos. Ella tropezó en el primer paso, con las piernas fallándole. Inmediatamente, apreté mi brazo contra su cintura, prácticamente cargando su peso contra mi cuerpo. Para quienes miraban desde lejos, parecía un abrazo apasionado y posesivo. En realidad, yo era lo único que la mantenía en pie.

—Respira —le ordené, sintiendo el corazón de mi esposa latir frenéticamente contra mi pecho—. Nadie te disparará aquí dentro. Mis hombres están en cada salida. Andreas está en el tejado. Estás a salvo.

Levantó la cara para mirarme. Sus ojos marrones estaban húmedos, llenos de lágrimas no derramadas.

—¿A salvo? —susurró, con una amargura que me sorprendió —. Dijiste que habías cerrado un trato. No soy tu esposa, Athan. Soy tu escudo humano. ¿Dispararon al coche porque me iba a casar contigo o porque soy el punto débil?

La pregunta era incisiva y me sorprendió por su inteligencia.

La giré por el salón, haciendo girar la falda rasgada del vestido.

—No eres un escudo, Eleni. Los escudos son desechables. — Me incliné, rozando mis labios en su oreja, sintiéndola estremecerse —. Tú eres la caja fuerte y mataré a cualquiera que intente robarla.

Ella apretó mi mano con fuerza, clavándome las uñas en la palma a través del guante.

—¿Eso debería consolarme?

—Te mantendrá con vida. Es suficiente por hoy.

La música terminó. La mantuve en mis brazos un segundo más de lo necesario, absorbiendo la extraña sensación de tenerla allí. Olía a miedo y al caro perfume que mi madre le había rociado, pero debajo de eso había ese dulce aroma a vainilla que parecía ser su esencia.

La solté lentamente, pero mantuve mi mano en su espalda, posesivamente.

Miré alrededor del salón. Vi el respeto en los ojos de los hombres, la envidia en los ojos de las mujeres y el miedo en los ojos

de nuestros enemigos. Vieron que habían intentado quebrarnos y habían fracasado.

Eleni había superado la prueba de fuego.

—El espectáculo ha terminado —le anuncié, viendo cómo el cansancio finalmente comenzaba a vencer a la adrenalina en el rostro de Eleni, pesando sus párpados—. Vamos a subir.

—¿Subir? —El pánico volvió a sus ojos en un instante—. ¿A... a la habitación?

—Sí.

Se quedó paralizada.

—Athan...

La miré, viendo el terror genuino de alguien que pensaba que iba a ser violada después de casi ser asesinada. La admiración que sentí antes se mezcló con algo que no supe identificar. ¿Piedad? No... Los Galanis no sienten piedad. Quizás honor.

—No te preocupes, *baby* —murmuré, guiándola hacia la gran escalera mientras los invitados aplaudían nuestra salida—. No necesito tomar lo que ya es mío. Esta noche, dormirás. Mañana, veremos si sigues intacta.

Subimos al piso de arriba, dejando atrás la fiesta y el ruido. Había vencido a la noche. Pero, al mirar a la mujer temblorosa a mi lado, tuve la inquietante sensación de que la verdadera batalla, la que tendría lugar dentro de aquellas paredes, no había hecho más que empezar.



Eleni KOURIS

Capítulo 14

La puerta del dormitorio se cerró con un suave clic, aislándome del resto del mundo.

Por primera vez en horas, el silencio no era amenazador; era simplemente silencio.

El dormitorio principal de la mansión Galanis era más grande que un apartamento entero. Las paredes eran de un gris pálido, decoradas con obras de arte abstractas, y la cama king size parecía una invitación al pecado con sus sábanas de seda negra. Sin embargo, lo que me llamó la atención fueron las maletas en una esquina. Eran las mías.

Caminé hacia ellas, tocando el cuero gastado de mi vieja maleta. Alguien ya había desarmado parte de ellas. Mis novelas estaban apiladas en la mesita de noche, pareciendo intrusas coloridas en ese ambiente monocromático y masculino.

Exhalé el aire que retenía en los pulmones y me acerqué al espejo de cuerpo entero.

La imagen que me miraba era la de una extraña. El pintalabios rojo seguía ahí, como un desafío en mi boca, pero el vestido era un mapa de la tragedia. Había sangre seca, polvo y rasgaduras.

Empecé a desabrochar la pesada tela con manos temblorosas. Cuando la seda mikado cayó a mis pies, formando un charco blanco y sucio en el suelo de madera oscura, sentí un alivio físico.

Me quedé solo con la ropa interior, mirando mi reflejo. Tenía un corte en la frente y un hematoma morado floreciendo en la cadera, donde se me había enganchado el cinturón de seguridad.

Toqué mi piel magullada. Me dolía, pero el dolor era la prueba de que estaba viva.

Mi mente viajó de vuelta al callejón. Al momento en que vi a Athan salir del coche. Parecía la muerte en persona. Sin embargo, cuando extendió la mano y me levantó del suelo, no sentí miedo de él, sino que me sentí anclada.

Un escalofrío me recorrió la espalda, pero no era por el frío.

Me pasé la vida soñando con novelas de época, con príncipes gentiles que me recitarían una poesía. Sin embargo, ese día, frente al cañón de un arma, descubrí que la poesía no detiene las balas, pero Athan sí.

Quizás había ganado la oportunidad de vivir algo que nunca imaginé: peligroso, volátil e infinitamente más real que mis sueños en el internado.

Me puse una camisola de satén color champán que encontré en el cajón, tratando de cubrir mi desnudez y mis confusos pensamientos.

La puerta se abrió.

Me giré sobre mis talones, con el corazón acelerado.

Athan entró. Se había quitado la chaqueta y la corbata. Llevaba la camisa blanca desabrochada en el cuello y las mangas, que se había arremangado hasta los codos, dejando al descubierto unos brazos fuertes, marcados por venas prominentes y un discreto tatuaje en la muñeca que no había notado.

Se detuvo al verme y sus ojos recorrieron mi cuerpo cubierto por el fino satén. De repente, la habitación quedó pequeña para los dos.

No dijo nada. Caminó hasta la barra en la esquina de la habitación, se sirvió un vaso de agua fría y se acercó a mí.

—Bebe —dijo, extendiéndome el vaso. Su voz grave estaba rasgada por el cansancio.

Tomé el vaso y nuestros dedos se rozaron. El agua bajó helada, aliviando mi garganta seca.

—¿Estás bien? —preguntó. No había dulzura en la pregunta, solo una comprobación de los hechos.

Le devolví el vaso vacío e intenté sonreír, pero mi sonrisa salió torcida y torpe.

—Después de que me dispararan, me persiguieran, me cosieran un vestido roto y me exhibieran ante doscientos políticos... —Respiré hondo—. Creo que estoy... —exhalé fuerte—... entera.

Athan dio un paso adelante, invadiendo mi espacio personal. Contuve la respiración. Levantó la mano y, con una delicadeza que no sabía que poseía, apartó un mechón de pelo que se me había caído sobre el corte de mi frente.

—Hoy has sangrado por mi culpa —murmuró, con los ojos fijos en mi herida—. Eso no volverá a pasar.

Nos quedamos mirándonos. La energía entre nosotros crepitaba, eléctrica y pesada. Mis pezones se endurecieron bajo el

satén, traicionando la reacción de mi cuerpo ante su proximidad.

Athan lo vio. Su mirada bajó hasta mi pecho y volvió a mis ojos, oscureciéndose. Entonces, se apartó bruscamente, dándome la espalda.

—Duerme, Eleni. Voy a darme una ducha en la otra habitación.

Se marchaba, dándome la distancia que me había prometido. Sin embargo, en ese momento, con la adrenalina aún corriendo por mis venas, la distancia me parecía errónea y fría.

—Espera —le pedí, con mi voz saliendo más alta de lo que pretendía, y crucé el espacio que nos separaba.

Athan se detuvo. Observó mi mano agarrando la suya y luego levantó la mirada hacia mi rostro, con una ceja levantada en señal de interrogación.

Tragué saliva, sintiendo cómo el calor me subía por el cuello.

—Abajo dijiste que yo era una caja fuerte.

Él asintió con el rostro impasible.

—Sí.

Di un paso hacia él, impulsada por un valor que no era mío, sino de la superviviente que había nacido ese día.

—Las cajas fuertes son para guardar cosas, ¿no, Athan? —susurré—. Para guardar lo que es precioso. Para que no estén vacías...

Me miró fijamente durante un segundo, procesando la audacia y el doble sentido de mi frase, y entonces algo sucedió.

Athan echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

No fue una risa educada. Fue un sonido ronco, genuino, que salió de su pecho. El sonido me golpeó como una onda expansiva.

Nunca imaginé que un hombre tan frío, tan hecho de sombras y hielo, pudiera sonreír de esa manera.

Fue como si el sol hubiera entrado en la habitación en mitad de la noche. Las duras líneas de su rostro se suavizaron, sus ojos brillaron y pareció, si es posible eso, aún más devastadoramente guapo.

—No te das cuenta del peligro, *baby* —dijo, con la sonrisa aún jugando en sus labios, acortando la distancia entre nosotros de nuevo—. Ese es un juego de palabras muy arriesgado para alguien tan frágil. ¿Estás invitando al diablo a entrar?

Levanté el mentón, sosteniendo su mirada.

—No quiero seguir siendo frágil —declaré—. La fragilidad casi me mata hoy.

Su sonrisa desapareció, sustituida por un intenso deseo que hizo que mis rodillas se debilitaran. Me agarró por la cintura con ambas manos y me atrajo hacia su pecho. Sentí su miembro duro contra mi vientre.

—Ten cuidado con lo que deseas, Eleni —me advirtió en un susurro peligroso—. Soy el lobo feroz de todos los cuentos que te contaron cuando eras niña. Yo no juego. Yo devoro.

El corazón me latía en la garganta, pero no retrocedí.

—Lo sé —respondí, rozando con los dedos los botones de su camisa—. Y sé que no puedo escapar de ser la presa.

Me miró fijamente y sus pupilas dilatadas se tragaron el azul de sus ojos.

—No... No puedes.

La tensión estalló.

Athan tomó mi boca.

Si el beso en el callejón fue caótico, este fue nuclear.

No pidió permiso; lo tomó. Su lengua invadió mi boca como un látigo dominante, recorriendo cada rincón, saboreándome, reclamándome. Fue un beso profundo, húmedo y sucio, que me robó todo el oxígeno y me dejó mareada.

Sentí sus manos recorrer mi cuerpo, posesivas y ávidas. Sus palmas eran cálidas, suaves en algunos lugares, pero callosas en la base de los dedos, marcas de quien pasaba horas sosteniendo hierro en el gimnasio y acero frío en tiroteos. La textura áspera contra la seda de mi camisón me hizo gemir en su boca.

Sus grandes manos bajaron por mi espalda, apretando mi columna, y luego agarraron mis nalgas con fuerza, levantándome del suelo para pegarme aún más a él. Sentí la presión de sus dedos en mi carne, un dolor delicioso que se mezcló con el placer.

Enredé mis piernas en su cintura instintivamente.

—Athan... —suspiré cuando bajó los besos hasta mi cuello, mordiéndome la sensible piel de allí.

No respondió con palabras. Sus manos subieron por mis muslos, contorneando mis curvas como si fuera un territorio por cartografiar, ascendiendo como lava caliente hasta encontrar mis tetas. Las apretó a través del satén, con los pulgares rozando mis pezones endurecidos con una precisión que me hizo arquear la espalda.

Yo tenía la boca seca, los labios hinchados y palpitantes, pero quería más. Me quemaba por dentro. Ese hombre era fuego y, por primera vez en mi vida, quería que me consumiera.

Volvió a mi boca, mordiéndome el labio inferior y tirando de él, antes de besarme de nuevo con una intensidad que prometía no solo placer, sino destrucción. Si él era un terremoto, yo quería ser la tierra arrasada.

Ya no era la chica del internado. En esa habitación, en los brazos de mi marido, estaba descubriendo que el peligro tenía un sabor adictivo.

Sin romper el contacto de nuestros labios, Athan me guió hasta la cama. El colchón se hundió bajo nuestro peso cuando me tumbó, cerniéndose sobre mí como una tormenta a punto de estallar.

No tenía prisa. A pesar del hambre que veía en sus ojos. Sus manos comenzaron una tortura lenta y deliberada. Deslizó sus grandes palmas por mis piernas, subiendo el dobladillo del camisón centímetro a centímetro. La tela de satén rozaba mi piel sensible, pero era el tacto de los callos en las yemas de sus dedos lo que me hacía estremecer.

Athan besó mi rodilla, luego la parte interna de mi muslo. Su barba incipiente arañaba mi suave piel, en una fricción áspera que contrastaba con la cálida humedad de su boca.

—Athan... —susurré con voz entrecortada.

Ignoró mi llamada, concentrado en su tarea. Mordisqueó la sensible piel de la parte interna de mi muslo, subiendo cada vez más alto. Era como si unos fuegos artificiales estuvieran explotando bajo mi piel, el calor irradiando desde mi vientre al resto del cuerpo. Me retorcí, abriendo instintivamente más las piernas para él.

Entonces, sus manos se aferraron a mis caderas. Oí cómo se rasgaba la tela. El ruido fue fuerte en el silencio de la habitación. Abrí los ojos, asustada, mirando la parte superior de su cabeza. Había rasgado mis bragas de encaje como si fueran de papel.

—¿Athan? —Mi respiración se detuvo.

Levantó la cara por un segundo. *El Lobo...* No había nada civilizado en su expresión.

—Te dije que te devoraría —gruñó en voz baja.

Luego bajó la cabeza y me mordió.

Mi mundo se salió de su eje. Mi cabeza cayó hacia atrás sobre la almohada y mis ojos se voltearon en sus órbitas cuando su lengua tocó mi clítoris. No hubo preliminares suaves. Él sabía exactamente

dónde tocar, cómo lamer, cómo chupar con una presión que rozaba el dolor y el placer absoluto.

Agarré las sábanas de seda negra, tirando de ellas con fuerza hasta que mis nudillos se pusieron blancos. ¿Cómo? ¿Cómo un hombre tan sombrío, tan hecho de muerte y violencia, podía conocer los secretos de mi cuerpo mejor que yo misma?

Su lengua era incansable, un instrumento de dominio. Me llevaba al borde del abismo y me arrastraba de vuelta, controlando mi placer con la misma maestría con la que controlaba su imperio.

—Athan, por favor... Voy a... —gemí, con las caderas buscando desesperadamente su boca.

Ningún toque que me hubiera dado a mí misma. Ningún sueño delirante al amanecer. ¡Nada se comparaba con aquello!

Aumentó el ritmo y me derrumbé. El clímax me golpeó con la fuerza de un maremoto, haciéndome gritar su nombre, mientras mi cuerpo se convulsionaba en oleadas de puro y cegador placer.

Aún palpitando, sentí su cuerpo subir sobre el mío. Athan no me dio tiempo a recuperar el aliento. Con un movimiento brusco, agarró el escote de mi camisón y tiró de él. El satén cedió, rasgándose y dejando mis tetas expuestas al aire acondicionado frío y a su mirada ardiente.

Athan no me tocó de inmediato. Me miró. La posesividad en su mirada era casi tangible. Luego bajó la cabeza y lamió un pezón erecto, antes de morderlo y chuparlo ligeramente. Arqueé la espalda, dejando escapar un gemido ahogado de mi garganta.

Athan se apartó y se quedó de pie junto a la cama. Con movimientos rápidos y eficientes, comenzó a desvestirse.

La camisa blanca cayó al suelo. Luego el cinturón y los pantalones.

Por primera vez, lo vi. Realmente lo vi.

Era magnífico y aterrador. Su cuerpo era una escultura de músculos rígidos y definidos, piel bronceada estirada sobre la fuerza bruta. Pero no era la perfección de un modelo; era el cuerpo de un guerrero. Tenía cicatrices pálidas que le cruzaban las costillas y el abdomen; historias de cuchillos y balas que no habían conseguido matarlo. Pequeños tatuajes en griego antiguo marcaban sus bíceps y sus caderas, símbolos que no podía descifrar.

Entonces, mi mirada bajó. Contuve la respiración.

En el internado, entre risitas y secretos, habíamos visto fotos robadas de revistas médicas o de la lenta conexión a Internet de la biblioteca. Pero nada, absolutamente nada, me había preparado para la realidad de un hombre excitado. Athan tenía una verga enorme. Gruesa, venosa e intimidante.

Un miedo instintivo, primitivo, hizo que mi corazón fallara. *¿Cómo iba a caber eso en mí?*

Athan vio mi mirada y mi miedo, pero no se detuvo.

Se subió a la cama, se colocó sobre mí y se acomodó entre mis piernas abiertas.

—Mírame, Eleni —ordenó.

Levanté mi mirada hacia sus fríos ojos azules.

—Te dolerá —me advirtió, sin mentiras ni promesas vacías—. Pero después, serás mía en todos los sentidos.

No podía hablar. Solo asentí, y una lágrima solitaria de anticipación y miedo se deslizó por el rabillo de mi ojo.

Dirigió su miembro hacia mi entrada y sentí la presión, la invasión. Athan empujó.

Un grito ahogado murió en mi garganta cuando rompió la barrera. El dolor fue agudo, desgarrándome por dentro. Cerré los ojos con fuerza, clavándole las uñas en los hombros.

El olor metálico de la sangre, *mi* sangre, esta vez, no de un atentado, sino de una unión, se mezcló con su perfume en el aire.

Athan se detuvo. Se quedó inmóvil, enterrado profundamente dentro de mí, esperando a que mi cuerpo se acostumbrara a la intrusión. Besó la lágrima que corría por mi sien, en un gesto extrañamente tierno en medio de la brutalidad del acto.

—Respira —susurró contra mis labios.

Respiré y, poco a poco, el dolor agudo comenzó a transformarse en una sensación de plenitud. De pertenencia. Estaba llena de él. Estirada, invadida, colmada.

—Athan... —lo llamé, abriendo los ojos.

Él comenzó a moverse.

Primero despacio, luego con un ritmo que me robó la razón. El dolor disminuyó, dando paso a una deliciosa fricción que encendía nervios que ni siquiera sabía que tenía.

Sus grandes manos bajaron hasta mis nalgas, apretando la suave carne, tirando de mí hacia él con cada embestida, asegurándose de que llegara lo más profundo posible. El toque era posesivo, marcando mi piel.

Ser tocada así, ser deseada con tanta ferocidad, era embriagador.

Envolví mis piernas alrededor de su cintura, atrayéndolo hacia mí, queriendo más. Queriendo todo. La vergüenza desapareció, sustituida por un instinto primitivo. Yo era la presa, sí. Pero en esa cama, con la sangre y el sudor uniéndonos, descubrí que me encantaba ser cazada por el lobo.



Athan
GALANIS

Capítulo 15

El silencio posterior al coito en la mansión Galanis era generalmente el momento en que mi mente volvía a los negocios. Con otras mujeres (las experimentadas que conocían el juego o las vírgenes que yo agarraba por capricho pasajero) el sexo era una transacción. Placer intercambiado, tensión aliviada, y luego cada uno a su lado de la cama, o fuera de la habitación.

Pero en ese momento, el silencio tenía peso.

Estaba de pie junto a la cama *king size*, ya vestido con pantalones negros de vestir, abrochándome la camisa blanca, pero mis dedos se detuvieron en el tercer botón.

Mis ojos no podían apartarse de ella.

Eleni dormía profundamente, agotada por el trauma, el miedo y el placer que la había obligado a sentir. Acurrucada entre las sábanas de seda negra, parecía aún más pequeña de lo que era. Su cabello castaño estaba esparcido por la almohada como un halo

desordenado. Su pálida piel estaba marcada: tenía el morado del cinturón de seguridad en la cadera, el corte en la frente y las marcas rojizas de mis dedos en los brazos y los muslos.

Parecía la superviviente de un naufragio que el mar había devuelto a la arena.

Me acerqué a la cama de nuevo, silencioso como una sombra.

El olor en la habitación era embriagador. Almizcle, sudor, su dulce perfume de vainilla y el inconfundible olor metálico de la sangre.

Mi mirada se posó en la sábana negra bajo las caderas de Eleni. Había una mancha oscura y húmeda donde la había desflorado. La sangre de la virginidad.

Apreté la mandíbula, sintiendo un sabor amargo en la boca.

Ya había despojado de su inocencia a otras mujeres antes. Nunca me importó. Era un trofeo, una barrera que había que derribar. Pero ver la sangre de Eleni allí, mezclada con el recuerdo de su sangre en el asfalto de la avenida Syngrou, me golpeó con una fuerza física.

Sangró demasiado por mí en un solo día.

Sangró por la violencia de mis enemigos y sangró por la violencia de mi deseo.

Extendí la mano, flotando sobre su rostro, pero no la toqué. Era demasiado delicada, demasiado frágil para mi mundo de hormigón y acero. ¿Cómo podría traerla a esta vida sin destrozarla por completo?

Sin embargo, ella había gemido mi nombre y se había aferrado a mí mientras la invadía, no con repulsión, sino con una entrega que me desarmó.

—Basta—susurré a la habitación vacía, en una promesa solemne hecha a las sombras—. Ya no sangras más, Eleni. A partir

de hoy, son ellos los que sangran.

Terminé de abrocharme la camisa, cubriendo las marcas de uñas que ella había dejado en mi pecho. Tomé mi funda del sillón y me ajusté la pistola al costado del cuerpo. El peso familiar del arma me devolvió a la realidad. No era un marido admirando a su esposa. Era un Don en tiempos de guerra.

Le eché un último vistazo, asegurándome de que estuviera cubierta y abrigada, y salí de la habitación, cerrando la puerta con un suave clic.

El pasillo estaba en penumbra y, apoyado contra la pared opuesta, con los brazos cruzados y una sonrisa cínica jugando en sus labios, estaba Alex.

—Por el silencio sepulcral seguido de *movimientos* interesantes —Alex se separó de la pared, ajustándose el impecable traje de lino—, apuesto a que la mejor fiesta de boda tuvo lugar dentro de esta habitación, y no abajo, en el salón.

El comentario, que en cualquier otro día habría sido solo una broma grosera entre hermanos, me afectó como un insulto. La imagen de Eleni expuesta, virgen y vulnerable en mi cama, era algo privado, sagrado, de una manera retorcida, y escuchar a Alex trivializarlo hizo que mi sangre hirviera al instante.

Me abalancé sobre él.

Fue rápido. En un segundo estaba en la puerta, en el siguiente había empujado a Alex contra la pared del pasillo, apretando mi antebrazo contra su cuello.

La sonrisa de Alex desapareció, sustituida por una mirada de auténtico shock.

—Eh, tranquilo...

—Cuidado con lo que dices, Alex —gruñí, con mi cara a centímetros de la suya. La bestia dentro de mí, que acababa de saciar, aún estaba al acecho, protectora y territorial—. Ella es mi

esposa. No es una de tus conquistas de discoteca y no es tema para tus chistes de vestuario.

Apreté mi brazo un poco más contra su tráquea, solo para enfatizar.

—Mantén la lengua dentro de la boca cuando hables de ella. O te la cortaré.

Lo solté y di un paso atrás, ajustándome los puños.

Alex tosió ligeramente, pasándose la mano por el cuello y ajustándose el cuello de la camisa. Me miró y, por primera vez en años, vi cómo el cinismo daba paso a una seriedad analítica. El *Estratega* estaba evaluando al *Rey*.

—Entendido —dijo con voz ronca, pero sin miedo. Mi hermano menor levantó las manos en señal de rendición—. El territorio está marcado. No volveré a cruzar la línea, Athan.

Sabía que no estaba bromeando. Y sabía que algo había cambiado radicalmente en las últimas horas.

—¿Dónde está Andreas? —pregunté, cambiando el tono de la conversación al modo "guerra". Proteger a Eleni implicaba encontrar a quien había intentado matarla.

La expresión de Alex se endureció. El brillo de "Golden Boy" desapareció, dando paso a la frialdad del consejero de la mafia.

—Aún no ha vuelto. Sigue en la calle.

—¿Y?

—Y nada —suspiró Alex, frustrado—. Nuestro Sabueso está poniendo Atenas patas arriba, pero las pistas se han enfriado. El tirador del callejón era un mercenario albanés sin afiliación clara. El conductor de la furgoneta del accidente quedó irreconociblemente quemado.

Me pasé la mano por el pelo, sintiendo cómo la tensión volvía a mis hombros.

—Nadie ataca a los Galanis el día de una boda real sin dejar rastro—murmuré—. Eso requiere planificación, dinero y un desprecio demencial.

—O conocimiento interno —apuntó Alex, bajando la voz.

Intercambiamos una mirada intensa. La sospecha del "traidor interno" se cernía sobre nosotros desde la muerte de nuestro padre.

—¿Quién estaría tan loco? —pregunté, mirando la puerta cerrada de mi habitación, pensando que mi esposa ahora es el objetivo de mis enemigos.

—Andreas lo descubrirá —dijo Alex—. Ahora mismo está interrogando a sus contactos en el puerto. Si alguien sabe algo, hablará. Aunque Andreas tenga que arrancarle las palabras junto con los dientes.

Asentí.

—Dile que no pare. Quiero un nombre, Alex. Antes del amanecer.

—¿Y tú? —preguntó, mirando la puerta de mi habitación con un nuevo respeto cauteloso—. ¿Vas a volver con ella?

—No —respondí, girándome hacia las escaleras. La noche de bodas había terminado. El trabajo sucio me llamaba—. Voy a la oficina, mientras ella duerme, tengo que asegurarme de que mañana se despierte viva.

Bajé las escaleras, dejando atrás el silencio del pasillo. La fragilidad de Eleni había despertado en mí algo que no sabía que existía: el terror de perder algo que ni siquiera sabía que quería, y ese terror solo podía combatirse con sangre.



Eleni
KOURIS

Capítulo 16

Me desperté lentamente, emergiendo de un sueño profundo y sin sueños, como si estuviera subiendo a la superficie de un lago oscuro.

Mi cuerpo parecía pesado y diferente. Me revolví en la enorme cama, buscando instintivamente una fuente de calor. Mi mano tanteó la sábana de seda negra a mi lado, esperando encontrar piel cálida, músculos rígidos y el peso de un brazo protector.

Solo encontré el frío vacío.

Abrí los ojos, parpadeando contra la luz del sol que intentaba atravesar las pesadas cortinas. La habitación estaba en silencio. Athan no estaba allí.

Un gemido ahogado escapó de mi garganta y me retorcí entre las sábanas, acercando su almohada a mi cara. Respiré hondo. Su olor impregnaba la tela: sándalo, ese café amargo que parecía beber todo el día y el inconfundible almizcle del sexo.

El recuerdo de la noche anterior me golpeó como un tren de carga.

El miedo. El dolor. La invasión y el fuego.

Volví a cerrar los ojos, sintiendo cómo se me calentaba la cara. Debería estar traumatizada. Debería estar llorando en la ducha, sintiéndome utilizada. Al fin y al cabo, me vendieron, casi me asesinan y luego me poseyó el hombre al que todos llamaban el Diablo. Pero, mientras me revolcaba en la cama que aún olía a él, lo único que sentía era necesidad.

Mi cuerpo dolía, sí. Había sensibilidad entre mis piernas, en mis tetas, marcas de dedos en mis caderas. Sin embargo, era un dolor que me anclaba. Athan había cumplido su promesa y sellado el acuerdo. Yo era suya.

Y la idea de que él estuviera lejos ahora me oprimía el pecho con una ansiedad que no sabía cómo nombrar. ¿Era miedo? ¿Era deseo? ¿O era la aterradora percepción de que, sin él cerca, me sentía expuesta de nuevo?

Me levanté, sintiendo las piernas un poco temblorosas, y caminé hasta el baño contiguo.

El espejo me mostró la verdad. El corte en la frente estaba empezando a cicatrizar, el hematoma en la cadera era feo, pero había nuevas marcas. Me chupé el labio inferior, viendo que estaba hinchado y rojo de tanto ser besado y mordido.

Entré en la ducha y abrí el grifo del agua caliente al máximo. Mientras el vapor llenaba la cabina de cristal, me lavé el sudor y los restos de la noche anterior. Sin embargo, al pasar la mano por mi vientre y entre mis piernas, sentí una humedad diferente, una sensación de plenitud que persistía.

Todavía estoy llena de él.

Apoyé la frente en los azulejos fríos, con el agua corriendo por mi espalda. La imagen de Athan sobre mí, con el rostro

contorsionado por el placer y la posesividad, invadió mi mente.

—Una caja fuerte... —susurré al vapor, y una risa nerviosa, casi histérica, brotó de mi garganta.

Recordé su sonrisa. La carcajada ronca cuando hice el juego de palabras. *Las cajas fuertes son para guardar cosas preciosas.* En ese momento, cuando se rió, no parecía un monstruo. Parecía solo un hombre hermoso, peligroso y fascinante.

Me sequé con una toalla mullida, sintiendo la piel sensible. Quizás podría ser algo nuestro. Una broma privada en medio del caos. Quería ser más "caja fuerte". Quería guardar más de él. Si mis novelas románticas estaban en lo cierto, y rezaba para que así fuera, la primera vez siempre era la más difícil. Después vendría la adicción.

Volví a la habitación, vistiéndome una bata de seda que encontré en el armario (todo allí parecía haber sido comprado para una reina). Empecé a rebuscar en mis maletas, buscando una conexión con mi vida anterior.

Encontré mi móvil en el bolsillo lateral del bolso. La batería estaba casi agotada, pero había docenas de notificaciones.

Thalia [Ayer, 14:00]:

¡Eleni! ¡He visto las noticias del accidente! ¡Por el amor de Dios, respóndeme!

Thalia [Ayer, 16:30]:

Vi fotos tuyas entrando en la iglesia. Estabas aterradora e increíble. ¿Pero la sangre era tuya?

Thalia [Hoy, 08:00]:

Si no me respondes en una hora, llamaré a la policía y les diré que te han secuestrado.

Me senté en el sillón de la habitación y le escribí rápidamente.

Yo: Estoy viva, Thalia. Lo siento. Ayer fue un día de locos.

La respuesta llegó en segundos, como si tuviera el móvil en la mano.

Thalia:

¿VIVA? ¡Mujer, estás en todos los periódicos! "Atentado en la boda real del inframundo". ¡Dicen que Athan mató a dos tipos delante tuyo! ¿Estás bien? ¿Te hizo daño?

Miré las marcas moradas en mis brazos. Eran marcas de pasión, no de agresión.

Yo:

Él me salvó. Thalia, al principio fue horrible, pero él apareció.

Mató a los hombres que querían matarme. Y después...

Dejé de escribir y me mordí el labio. ¿Cómo explicarlo?

Thalia:

¿Y después qué? ¿Qué pasó en la noche de bodas?

¿Era él el monstruo que pensábamos?

Respiré hondo y escribí la verdad que apenas podía admitir ante mí misma.

Yo:

Fue intenso. Aterrador. Pero me siento segura con él, Thalia. Es extraño. El mundo exterior quiere matarme, pero aquí dentro, en sus brazos me siento protegida. Como si nada pudiera tocarme.

Esperé la respuesta. Los puntos suspensivos de "escribiendo" aparecieron y desaparecieron varias veces.

Yo:

Y fue caliente.

Thalia:

¿CALIENTE? O_O

Yo:

Muchísimo. De esos que te hacen olvidar tu propio nombre.

Thalia:

¡DIOS MÍO! ¡Eleni Kouris! ¡Estás jugando con fuego! ¡Te estás enamorando del villano de la historia! Sabía que te gustaba el peligro, pero, ¡esto es otro nivel!

Leí el mensaje y, por primera vez en días, solté una carcajada de verdad. ¿Enamorada? No. Era demasiado pronto. Era una locura, pero la atracción era innegable.

Sin embargo, mientras miraba la cama deshecha, el lado vacío donde él dormía, sentí ese nudo en el pecho otra vez.

Yo:

No sé si es pasión, Thalia. Pero ahora es mi marido y, si tengo que vivir en el infierno, prefiero gobernar junto al Diablo que arder sola.

Dejé el móvil cuando oí pasos en el pasillo. El corazón se me aceleró. ¿Sería él?

Me arreglé la bata, me pasé la mano por el pelo y me giré hacia la puerta, lista para enfrentarme a mi Lobo, deseando, en el fondo, que quisiera devorarme de nuevo.



Athan
GALANIS

Capítulo 17

La oficina estaba sumida en la penumbra, iluminada solo por el brillo de las pantallas de seguridad y la punta incandescente de mi cigarro.

Exhalé el humo lentamente, observando cómo ascendía en espirales grises hacia el alto techo. El silencio de la casa era engañoso. Sabía que, en los pasillos y en el perímetro, mis hombres estaban en máxima alerta. Pero allí, solo con mis pensamientos, el ruido era ensordecedor.

Mi mente era un tablero de ajedrez en el que se habían derribado las piezas.

Primero, mi padre. Muerto dentro de casa, envenenado como un perro sarnoso. La fortaleza Galanis había fallado. Luego, la boda. El atentado en la avenida Syngrou. Alguien tuvo la audacia de disparar a mi prometida, en mi propiedad, el día de mi coronación.

¿Quién?

Hice girar el vaso de whisky en mi mano, escuchando el tintineo del hielo. ¿Rusos? ¿Albaneses? ¿Una facción interna descontenta con mi ascenso? Andreas estaba poniendo el inframundo patas arriba, rompiendo dedos y dientes en busca de un nombre, pero hasta ese momento, nada.

Y, en medio de esa tormenta de mierda, estaba *ella*.

Eleni.

La imagen de ella en mi cama, pálida y marcada, con las sábanas manchadas de sangre, invadió mi mente sin permiso. Intenté alejar esa sensación y centrarme en la amenaza, en la estrategia, en la venganza, pero el recuerdo del cuerpo de mi joven esposa retorciéndose bajo el mío, el dulce aroma de su piel, el sonido ahogado de sus gemidos, todo ello se me pegaba al cerebro como alquitrán.

Ella era una distracción, una debilidad, y un rey en tiempos de guerra no puede tener debilidades.

La puerta del despacho se abrió. No me giré. Reconocí el paso ligero y decidido de quien entraba.

—Estás rumiando, Athan.

Cassandra Galanis se acercó a la ventana y se detuvo a mi lado. No me miró a mí, sino a los jardines iluminados que se veían afuera. Incluso a esa hora, estaba impecable, como si el agotamiento fuera algo que solo les pasara a las personas comunes.

—Estoy pensando, *Mitéra*. Hay una diferencia.

—Pensar demasiado paraliza. Actuar define. —Se dio la vuelta, apoyándose en mi mesa de caoba—. La boda fue un éxito mediático. Las fotos de ustedes bailando en el salón ya están en todos los periódicos. La versión oficial es que el accidente fue un fallo mecánico y que ustedes, como la poderosa pareja que son, no dejaron que eso empañara la celebración.

—Bonitas mentiras —murmuré, tragando humo del cigarro—. Pero nosotros sabemos la verdad. Quieren matarla a ella.

—¡Exacto! Por eso no pueden quedarse aquí, encerrados en esta mansión como ratas asustadas.

Fruncí el ceño y giré la silla para mirarla.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Una luna de miel.

Solté una risa seca, sin humor.

—Has perdido la cabeza por completo. ¿Quieres que lleve a la chica de paseo mientras hay asesinos sueltos? Acabo de triplicar la seguridad perimetral. El lugar más seguro para ella es aquí o en un búnker subterráneo, si es necesario.

Cassandra chasqueó la lengua, impaciente.

—Esconderse es señal de debilidad, Athan. Si encierras a tu novia ahora, los enemigos percibirán el miedo. Sabrán que el atentado te ha afectado. —Apoyó las manos sobre la mesa, inclinándose con esa mirada de estratega militar—. Tienen que parecer inquebrantables, intocables. Una pareja joven, enamorada y poderosa que disfruta del comienzo de su vida juntos.

—Es un suicidio exponerla ahora.

—No si es en la isla —replicó ella—. La isla privada en las Cícladas. Es una fortaleza natural. El acceso está restringido por mar y aire.

—Aun así...

—Deja que vengan los tiburones, hijo mío. —Ella sonrió con frialdad, helando el aire—. Si creen que están aislados y vulnerables en una isla paradisíaca, intentarán atacar. Saldrán de sus madrigueras y ahí es donde los atraparemos.

Entendí su plan. No era un viaje romántico. Era una trampa.

—Yo soy el cebo —constaté.

—Tú y ella. —Cassandra asintió—. Andreas colocará un equipo de élite en la isla antes de que lleguen. Estará allí, escondido en las sombras con el arpón, esperando a que aparezcan los tiburones. Mientras tanto...

Hizo una pausa y su mirada bajó hasta mi regazo y luego volvió a mis ojos, llena de significado.

—Mientras tanto, tú tienes un trabajo que hacer.

—Ya estoy al mando de la operación, madre.

—No me refiero a la mafia, Athan. Me refiero a la Dinastía. —Bajó la voz, volviéndose más íntima y peligrosa—. Vi que cambiaban las sábanas esta mañana. Sé que el matrimonio se ha consumado.

Sentí que se me cerraba la mandíbula. La red de espionaje de mi madre dentro de nuestra propia casa era irritante.

—Eso es asunto mío.

—Es asunto de la familia. Quitarle la virginidad fue el primer paso, pero no es suficiente. —Rodeó la mesa y se detuvo detrás de mi silla, poniendo las manos sobre mis hombros—. Necesitamos un heredero. Un hijo sellará la alianza con los Kouris de forma permanente y garantizará la sucesión si te pasa algo en esta guerra.

La mención de mi propia mortalidad no me asustó. Pero la idea de dejar embarazada a Eleni...

Su imagen volvió a mi mente. Su cuerpo suave, su piel frágil que se marcaba tan fácilmente bajo mis dedos. La idea de verla con el vientre redondeado, llevando a mi hijo, me provocó una descarga eléctrica en la entrepierna, tan intensa que tuve que ajustar mi posición en la silla.

—Es joven —dije, tratando de alejar la imagen—. Y demasiado delgada.

—Es fuerte. Ayer sobrevivió, ¿no? —Cassandra me apretó los hombros—. Llévala a la isla. Haz que el mundo crea que están viviendo un cuento de hadas. Deja que Andreas cace a los asesinos. Y tú, concéntrate en poner un bebé en el vientre de esa chica.

Cassandra se apartó y se dirigió hacia la puerta.

—Alex ya se está ocupando de los trámites del puerto y de la liberación del yate. Le encantan esos detalles aburridos, ya lo sabes. Se asegurará de que tu salida mañana sea invisible para los enemigos, pero lo suficientemente visible para la prensa.

Se detuvo en el umbral y me miró por última vez.

—No la decepciones, Athan, y no me decepciones a mí.

Cuando se cerró la puerta, me quedé solo de nuevo.

Apagué el cigarro en el cenicero de cristal con excesiva fuerza, aplastando las brasas.

Un heredero.

Debería ser solo otra obligación. Otro contrato. Pero, mierda, Dios me ayude, la idea de tenerla solo para mí en medio del mar, con la excusa de "procrear", me estaba volviendo loco.

Recordé el sabor de su boca. El sonido que hizo cuando la tomé. Cómo se aferró a mí, confiando en que el monstruo la salvaría de la pesadilla.

Una muñequita de porcelana no debería tener ese poder sobre mí. Y mucho menos hacerme querer abandonar la guerra para volver a la cama.

Me levanté, furioso con mi propio cuerpo, y me acerqué a la ventana. Miré hacia el ala este de la casa, donde ella estaba.

—¿Quieres un heredero, *Mitéra*? —susurré al frío cristal—. Entonces te daré uno.

Si eso significaba pasar los próximos días metiéndole la verga a mi esposa hasta que no pudiera caminar y yo no pensara en nada

más, ¡que así fuera! Sería un sacrificio que estaba más que dispuesto a hacer.



Eleni KOURIS

Capítulo 18

Mi corazón latía con fuerza cuando giró el picaporte de la puerta. Acababa de tirar el móvil sobre la cama, ajustándome nerviosamente la bata de seda, esperando ver la imponente figura de Athan llenar el umbral de la puerta. Preparé una sonrisa, preparé una defensa, preparé mi cuerpo para reaccionar al suyo.

Pero cuando se abrió la puerta, no fue el Lobo quien entró.

—Disculpe, señora Galanis... ¡Oh!

Una joven, vestida con un uniforme blanco y negro de sirvienta, se detuvo bruscamente en la entrada, sosteniendo una pila de toallas limpias. Parecía tener mi edad, quizá un poco más, con ojos curiosos y un moño medio suelto en la coronilla.

Exhalé, sintiendo una confusa mezcla de alivio y decepción.

—Hola —murmuré, acercándome más la bata al cuerpo.

La chica se sonrojó violentamente, sus ojos recorrieron la habitación desordenada, deteniéndose por un segundo en la cama deshecha y las sábanas revueltas que contaban la historia de nuestra noche, antes de volver a mi rostro.

—Perdóneme, señora. El señor Athan ya había bajado, pensé que usted estaba despierta. Vine a ordenar la habitación y...

—No pasa nada —la interrumpí, tratando de ser amable. La formalidad de "señora" me sonaba extraña—. Puedes entrar. Ya estaba levantada.

Entró, moviéndose con cautela.

—Soy Zoe, señora. Despina, la ama de llaves, me ha encargado que me ocupe personalmente de su ala.

—Encantada, Zoe. Soy Eleni. —Sonreí—. Y, por favor, no seas tan formal cuando estemos solas. Me siento como una anciana de ochenta años.

Zoe soltó una risita nerviosa y relajó los hombros.

—Es que... bueno, el señor Athan es muy estricto con las normas. Nadie quiere cometer errores.

Su nombre flotó en el aire, pesado. Noté el tono de reverencia y temor en su voz.

—¿Dónde está Athan? —pregunté, tratando de parecer casual, mientras caminaba hacia el tocador.

—Está en la oficina con sus hermanos desde temprano, señora. El ambiente en la casa es tenso. Por el atentado. —Bajó la voz, como si las paredes tuvieran oídos—. Pero Despina me ha pedido que le pregunte si desea que le sirvan el desayuno aquí o en la terraza.

Miré la enorme habitación. Era preciosa, pero solitaria sin él. Y mi estómago rugió, recordándome que no había comido nada decente desde antes de ponerme ese maldito vestido de novia.

—En realidad... —Se me ocurrió una idea. Pasé años comiendo sola en comedores o en mi habitación en la casa de mi padre. No quería más soledad—. ¿Dónde está la cocina?

Zoe abrió mucho los ojos.

—¿La cocina? ¿Quiere ir allí?

—¡Sí! El aroma del café viene de algún sitio y huele delicioso. ¿Me acompañas?

Extrañada por mi reacción, asintió con la cabeza y señaló hacia el pasillo.

Bajar las escaleras de la mansión Galanis a la luz del día fue una experiencia diferente. El lugar seguía siendo imponente, con sus fríos mármoles y estatuas clásicas, pero había vida. Vi guardias de seguridad en el jardín, empleados puliendo barandillas. Era un ecosistema que giraba en torno al poder de un hombre.

Cuando Zoe empujó la puerta batiente de la cocina, me golpeó una ola de calor y aromas que me hizo cerrar los ojos y suspirar. Olía a azúcar, masa horneada, orégano y café fuerte.

Una mujer robusta, con un delantal blanco manchado de harina y mejillas sonrosadas, amasaba con vigor. Al verme, se detuvo y se limpió las manos en el delantal.

—*¡Panagia mou!* (¡Santa María!) —exclamó, acercándose a mí con una sonrisa que iluminó la habitación—. ¡La novia ha bajado! ¡La sobreviviente!

—Buenos días —dije tímidamente—. Soy Eleni.

—¡Sé quién eres, muchacha! Soy María. —Sin ceremonias, me tomó el rostro con sus manos calientes y salpicadas de harina, girándome de un lado a otro—. ¡Qué delgada y pálida! Ese hombre te ha agotado, ¿verdad?

—¡María! —Zoe se atragantó, escandalizada.

Me sonrojé hasta la raíz del cabello, pero no pude evitar sonreír. Su franqueza era acogedora.

—Siéntate aquí, ahora mismo. —María acercó una silla a la mesa rústica de madera que había en el centro de la cocina, lejos de la frialdad del comedor formal—. Necesitas energía. ¡Zoe, trae el café!

En cuestión de segundos, me pusieron delante un plato humeante. Eran *koulouria*: rosquillas cubiertas de sésamo, crujientes por fuera y blanditas por dentro, acompañadas de queso feta fresco y aceitunas.

—Come —ordenó María, sirviéndome una taza de café griego fuerte—. Más tarde te haré *loukoumades*. Las mías son las mejores de toda Grecia, con miel de tomillo y canela. Athan, cuando era niño, me las robaba del plato antes de que se enfriaran.

Me detuve con el trozo de pan a medio camino de la boca.

—¿Athan? —pregunté, curiosa—. ¿Le gustaban los dulces?

Al mencionar su nombre, el ambiente de la cocina cambió sutilmente. Un jardinero anciano que acababa de entrar por la puerta trasera se quitó la gorra e inclinó la cabeza respetuosamente.

—*Kyrie* Athan era un niño diferente —dijo María, bajando la voz un tono y poniéndose más seria—. Antes de que su padre lo endureciera. Hoy en día, apenas siente el sabor de la comida. Come para mantenerse en pie. Es un hombre que lleva el mundo a sus espaldas, señora. Lo respetamos, pero...

No terminó la frase, pero el jardinero la completó mientras se lavaba las manos en el fregadero:

—Le tenemos miedo, señora Eleni. Todos nosotros. Es justo, paga bien, protege a los suyos. Pero su mirada es gélida. Si cometes un error, no hay segunda oportunidad.

Miré el vapor que se elevaba de mi taza.

Miedo. Eso era lo que todos sentían. El mundo veía a Athan Galanis como un monstruo, un tirano, una máquina de matar. Mi padre temblaba ante él. Mis secuestradores huyeron de él. Los empleados bajaban la mirada. Sin embargo, mi mente volvió a la noche anterior, a nuestro momento en la habitación.

Recordé su carcajada. No era la risa de un villano. Era la risa de un niño, ronca y sorprendida, provocada por un chiste tonto sobre cajas fuertes. Recordé cómo me apartó el pelo de mi frente con delicadeza y cómo esperó a que me acostumbrara al dolor.

"Estás invitando al diablo a entrar", me había dicho.

Pero el diablo me había sonreído.

Mordí el *koulouri*, sintiendo cómo el sésamo crujía entre mis dientes. Una sensación cálida se extendió por mi pecho, y no era solo por el café.

Ellos no conocían al Athan que yo conocí anoche. Esa parte de él (la parte que sonreía, que protegía, que besaba con pasión y no solo con furia) estaba encerrada bajo llave.

Y yo, aparentemente, era la única que tenía la combinación de la caja fuerte.

—No es tan aterrador como parece —murmuré, casi para mí misma.

Zoe y María intercambiaron una mirada escéptica, pero no me contradijeron.

—Si usted lo dice... —Maria sonrió y puso otra loncha de queso en mi plato—. Entonces quizá usted sea el milagro que esta casa necesita. Porque desde que murió el viejo, estas paredes solo han visto sombras.

Miré alrededor de la cocina calentita. Vi a Zoe riéndose de algo que había dicho Petros. Vi a María tarareando mientras volvía a la masa.

Por primera vez en años, no me sentí como una mercancía, la "hija del deudor" o la "alumna becada".

Yo era la señora Galanis. Este era mi hogar. Esta era mi gente. Y el hombre de arriba, el "monstruo" al que todos temían, me había dado todo eso.

El matrimonio, que yo creía que era mi sentencia de muerte, empezaba a parecerme algo muy diferente.

Una bendición.

Terminé mi café sintiéndome fuerte. No solo iba a sobrevivir a Athan Galanis. Iba a descubrir qué más escondía dentro de esa caja fuerte blindada que él llamaba corazón.



Athan
GALANIS

Capítulo 19

La mansión estaba demasiado silenciosa.

Después de pasar horas encerrada en la oficina con Andreas y Alex, analizando cada fotograma de las cámaras de seguridad de la avenida Syngrou y sin encontrar nada más que callejones sin salida, necesitaba aire. O tal vez necesitaba otra cosa.

Subí al dormitorio principal. Estaba vacío. La cama estaba hecha, pero su olor, ese maldito aroma a vainilla e inocencia que parecía impregnado en las paredes, seguía allí.

Miré el reloj. Las diez de la mañana.

Bajé las escaleras, siguiendo el suave sonido de voces que venía del fondo del pasillo. *¿Risas?*

Me detuve en la puerta de la cocina.

La escena que tenía ante mí era tan doméstica, tan normal, que parecía una alucinación.

Eleni estaba sentada en la mesa rústica de madera, con un trozo de pan en la mano y una mancha de azúcar en la comisura de los labios. María, nuestra cocinera, gesticulaba animadamente mientras Zoe se reía de algo. Incluso Petros, el viejo y gruñón jardinero, estaba apoyado en el fregadero con una media sonrisa.

Empujé la puerta.

El efecto fue inmediato. Las risas se apagaron.

María se puso rígida, limpiándose las manos nerviosamente en el delantal. Zoe bajó la cabeza, mirando al suelo como si quisiera desaparecer. Petros se quitó la gorra en un rápido gesto de respeto y miedo. El aire de la cocina se enfrió. Yo era el invierno que llegaba para matar la primavera.

Pero Eleni no bajó la cabeza.

Se giró en la silla y sus ojos marrones se encontraron con los míos. Entonces hizo algo que nadie, absolutamente nadie, hacía cuando yo entraba en una habitación con mi cara de guerra.

Ella sonrió.

No fue una sonrisa educada de *esposa trofeo*. No fue una sonrisa nerviosa de miedo. Fue una sonrisa genuina, abierta, que iluminó su rostro e hizo brillar sus ojos.

—Athan —dijo mi nombre suavemente, como si fuera un saludo de bienvenida y no el nombre del monstruo que todos temían.

Sentí un impacto físico en el pecho, como si me hubieran dado un puñetazo sin protección. Me quedé parado en la puerta, momentáneamente desarmado. Era como si, la noche anterior, la hubiera despojado no solo de la ropa, sino de todo el miedo que sentía por mí. Me miraba como si tuviéramos un secreto. Como si yo fuera humano.

Eso era peligroso.

Recordé el informe de Andreas. Los francotiradores. El objetivo en su espalda. Esa sonrisa... esa dulzura... era un error. Ella no podía permitirse el lujo de relajarse. Nosotros no podíamos. Estábamos en guerra, y yo estaba allí parado, admirando la curva de la boca de mi esposa como un idiota enamorado.

Apreté la mandíbula, eliminando cualquier rastro de dulzura que pudiera haber aparecido en mi rostro.

—Eleni, ven conmigo. ¡Ahora!

Su sonrisa se desvaneció, pero se levantó inmediatamente, dejando el pan sobre la mesa. El personal permaneció inmóvil, conteniendo la respiración.

Le di la espalda y caminé hacia el pasillo, esperando a que me siguiera.

En cuanto la puerta de la cocina se cerró detrás de nosotros, aislándonos en el frío pasillo de mármol, me giré hacia ella.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le pregunté, con más brusquedad de la que pretendía.

Ella parpadeó, confundida.

—Estaba tomando café. María me invitó y...

—Te estás exponiendo —la interrumpí, dando un paso hacia ella, utilizando mi altura para intimidarla—. ¿Crees que esto es un hotel de vacaciones? ¿Crees que, porque sobreviviste ayer, el peligro ha pasado? No deberías estar riendo y bajando la guardia, deberías estar alerta.

Sus ojos se abrieron como platos. La sonrisa desapareció por completo, sustituida por ese pánico familiar que tanto odiaba y que, paradójicamente, necesitaba que sintiera para mantenerla con vida. Dio un paso atrás, golpeándose la espalda contra la pared, con el pecho subiendo y bajando rápidamente.

—Lo siento —susurró con voz temblorosa—. Es solo que pensé que aquí dentro...

Ver el miedo volver a sus ojos fue como recibir una puñalada. Yo había puesto ese miedo allí. Yo era el responsable de apagar la luz que acababa de ver en la cocina.

Un impulso que no pude controlar se apoderó de mi cuerpo.

Antes de que pudiera pensar, mis manos se movieron. Le sostuve la cara, rozando mis pulgares en sus pálidas mejillas.

—No pasa nada —murmuré con voz ronca, sorprendiéndome a mí mismo. Yo no era el tipo de hombre que consolaba a las chicas asustadas. Yo era el tipo de hombre que causaba el susto. Pero allí, tocando su suave piel, no podía ser Don—. Respira, Eleni.

Ella contuvo la respiración y me miró como si fuera un enigma que intentaba descifrar.

—Athan... —La forma en que pronunció mi nombre, en un suspiro entrecortado, fue la gota que colmó el vaso.

La tensión que había ido creciendo desde que la vi sonreír en la cocina estalló.

Bajé la cabeza y tomé su boca.

No hubo delicadeza. Fue un beso hambriento, salvaje y desesperado. Mi lengua invadió la boca de Eleni, reclamando el sabor a café y azúcar que había visto en sus labios. Ella gimió, con un sonido bajo que escapó de su garganta, y me agarró los brazos, acercándome más a ella.

Mis manos bajaron del rostro de mi esposa. Una se dirigió a su pecho, apretando la suave carne a través de la fina tela de la bata, sintiendo cómo el pezón se endurecía instantáneamente bajo mi tacto. La otra bajó a su culo, apretándolo con fuerza, atrayéndola hacia mi entrepierna, dejando claro lo mucho que la deseaba. Lo mucho que estaba excitado por ella.

Pegada a la pared, abrió las piernas, encajándose en mí. Estaba listo para levantar esa bata. Listo para meterle la verga a mi esposa allí mismo, en el pasillo, contra el papel pintado de seda, y mandar al mundo al infierno.

—Disculpe, señor...

El sonido de unos pasos y una voz tímida nos dejó paralizados.

Me alejé de Eleni como si estuviera en llamas. Ella jadeó, cubriéndose la boca hinchada con la mano, con los ojos dilatados y oscuros de deseo.

Uno de los guardias de seguridad estaba parado al final del pasillo, mirando al techo con un interés repentino y fascinante en las molduras de yeso.

—¿Qué pasa? —gruñí, ajustándome la chaqueta, tratando de controlar la respiración y la ira por la interrupción.

—El coche está listo, señor Galanis. Tal como lo ordenó.

Asentí con la cabeza, despidiéndolo con un gesto brusco. El guardia desapareció más rápido de lo que había aparecido.

El silencio volvió al pasillo, pero estaba cargado de electricidad estática y vergüenza. Eleni seguía apoyada contra la pared, con el pecho subiendo y bajando y la bata desarreglada. Parecía una diosa del caos. *Mi diosa.*

Carraspeé la garganta, tratando de recuperar algún vestigio de autoridad.

—Ve a la habitación —ordené, con la voz aún ronca por el deseo insatisfecho—. Prepárate ropa para una semana. Ropa ligera.

Ella parpadeó, todavía aturdida por el beso.

—¿Nos... nos vamos?

—Sí —confirmé, mirando su boca y obligándome a no volver a atacarla—. Atenas se ha quedado pequeña para nosotros dos. Estate

lista en treinta minutos.

Le di la espalda y me dirigí al despacho, necesitando desesperadamente una ducha fría o un vaso de whisky. O probablemente ambas cosas. Porque si una simple sonrisa suya podía hacerme perder el control de esa manera, estaba jodido.



Eleni
KOURIS

Capítulo 20

Me senté en el asiento trasero del Maybach blindado, sintiéndome mareada.

Aún no sabía adónde íbamos. Ilias había metido mis maletas en el maletero sin decir una palabra y me habían sacado de la mansión con una prisa que me había dejado desorientada.

Me acurruqué contra el frío cuero del asiento, mirando la mansión a través de la ventana oscurecida. Apenas había terminado mi primer desayuno "en familia", acababa de ver el lado humano de mi marido, ¿y ya estábamos huyendo de nuevo?

¿Había hecho algo mal, o mi sonrisa en la cocina había sido un error?

Me llevé la mano a los labios, que aún hormigueaban. El beso en el pasillo no me pareció un error. ¡Fue maravilloso! Caliente, sucio y desesperado, de una manera que me hacía contraer el vientre solo con recordarlo. A pesar de la vergüenza de que nos pillara el guardia

de seguridad, una parte de mí, que empezaba a reconocer como peligrosa, deseaba que no hubiéramos parado.

La puerta del otro lado se abrió, dejando entrar el calor del mediodía y una bocanada de aire que olía a él.

Athan entró.

Parecía enorme en el espacio confinado del coche. El traje estaba impecable de nuevo y la máscara de frialdad había vuelto a su lugar, pero había una tensión en su mandíbula que delataba lo que estaba pasando bajo la superficie. Cerró la puerta con fuerza, aislándonos del mundo exterior.

Mis ojos se abrieron como platos y mi corazón se aceleró, golpeando contra mis costillas como un pájaro atrapado. No se sentó lejos de mí, sino que ocupó todo el espacio, rozando mi pierna con la suya.

Athan hizo un breve gesto al conductor a través del espejo retrovisor. El coche comenzó a moverse suavemente y entonces, con solo pulsar un botón en el reposabrazos, Athan subió la mampara de cristal negro que separaba la cabina de los pasajeros del conductor.

El zumbido eléctrico del cristal al subir fue lo único que rompió el pesado silencio, dejándonos completamente solos. En una caja de metal y cuero en movimiento.

Tragué saliva, sintiendo cómo mi valor volvía poco a poco.

—Athan... —Mi voz salió en un susurro—. ¿Adónde vamos?

Se giró hacia mí. Sus ojos azules estaban oscuros, dilatados, fijos en mi boca con una intensidad depredadora. En ese momento no parecía el estratega ni el rey de Atenas, sino un animal sediento que había encontrado agua en el desierto.

—Eso no importa ahora —gruñó.

Antes de que pudiera procesar la respuesta, se movió.

Athan se inclinó sobre mí, inmovilizándome contra la esquina del coche. No me dio tiempo para pensar ni respirar. Sus grandes manos me sujetaron la cara y su boca bajó hasta mi cuello, mordiendo la sensible piel de allí con una fuerza que me hizo arquear la espalda y soltar un gemido ahogado.

—Te va a doler —me advirtió contra mi piel, con su voz ronca vibrando directamente en mis huesos.

No era una amenaza, era una promesa y, Dios me ayude, no quería que fuera amable, deseaba el fuego.

Asentí con la cabeza, incapaz de articular palabras complejas.

—Está bien —susurré.

Era la señal que él esperaba.

Su mano caliente, grande y pesada, se deslizó por mi muslo, subiendo por debajo de la ligera tela de mi vestido de viaje. Sentí los callos de sus dedos rozando mi piel desnuda, subiendo cada vez más alto, posesivos y ávidos.

Encontró la barrera de mis bragas. No tuvo paciencia para quitármelas. Athan tiró de la tela hacia un lado con un movimiento brusco, exponiéndome completamente a su tacto.

—Athan... —lo llamé, pero el nombre fue tragado por su boca, cubriendo la mía de nuevo.

Nuestras lenguas se enredaron en un combate frenético, húmedo y caliente. Tenía sabor a puro deseo. Sentí su mano preparándome, sus dedos rudos y experimentados encontrando mi humedad, lo que le hizo soltar un gruñido de aprobación contra mi boca.

Se acomodó, abriéndose la cremallera de los pantalones con la mano libre, sin romper nunca el beso. Sentí la dureza de su verga presionando contra mi entrada, caliente e insistente.

Cuando empujó, el dolor fue agudo, un destello blanco detrás de mis párpados, pero no fue lo que esperaba. Con cada centímetro que me penetraba, el dolor se mezclaba con una necesidad casi hambrienta que despertaba en mi bajo vientre.

Me llenó por completo. Me estiró, me tomó, me reclamó allí mismo, en el asiento trasero de un coche en movimiento.

Lo agarré por los hombros, clavándole las uñas en el caro traje, tirando de él para acercarlo más, si es que eso era posible. Su ritmo era brutal, dictado por la urgencia que había contenido desde el pasillo de la cocina.

Con cada impacto de su cuerpo contra el mío, sentía que mi mundo daba vueltas. El coche se balanceaba, el conductor delante debía saber exactamente lo que estaba pasando, pero no me importaba. Lo único que importaba era el peso de Athan sobre mí, su respiración en mi oído y la absoluta certeza de que, no importaba adónde fuéramos, mientras él estuviera dentro de mí, yo ya había llegado a mi destino.

Clavé las uñas en la costosa piel del asiento, sintiendo cómo crujía el material bajo mi desesperado apretón, mientras sentía a Athan deslizarse hacia fuera solo para volver a hundirse profundamente. El dolor de estar siendo abierta, estirada más allá de mi límite, seguía ahí, en una punzada aguda con cada embestida, pero venía acompañada de algo abrumador.

Un calor líquido se extendía desde mi vientre, transformando la incomodidad en una fricción eléctrica. Era bruto, primitivo y yo, que siempre había soñado con caricias suaves, descubrí que mi cuerpo respondía a la tormenta.

De repente, el movimiento del coche cesó. Nos detuvimos.

Mi corazón dio un vuelco, el miedo a que nos vieran invadió la niebla del placer, pero la puerta no se abrió. Ilias, el conductor, permaneció inmóvil en la parte delantera, como si adivinara, o

supiera por experiencia, que no se debía interrumpir al jefe. La privacidad de aquel cubículo de cristal y metal era absoluta.

Athan no se detuvo. Al contrario, la inmovilidad del coche le dio más velocidad.

—Athan... —gemí, echando la cabeza hacia atrás contra la tapicería.

Él soltó un gruñido ronco y bajó la mano, insinuándose entre nuestros cuerpos sudorosos. Cuando sus dedos callosos encontraron mi clítoris hinchado y sensible, me volví loca.

Mi visión se volvió blanca.

Él mantuvo el ritmo de las embestidas, mientras su pulgar comenzaba un movimiento circular e implacable en ese punto de nervios expuestos. Fue demasiado. Mi cuerpo se arqueó, levantándome del asiento, buscando más contacto, más fricción.

—Eso... —gruñó en mi oído, mordiéndome el lóbulo—. Acaba para mí, Eleni.

Las oleadas de placer comenzaron en mis dedos de los pies y subieron, violentas e incontrolables. Grité su nombre, ahogado por la mano que puso sobre mi boca en el último segundo, mientras explotaba. Me contraje a su alrededor, con espasmos, sintiendo cada pulsación, cada gota de sensación que me arrancaba.

Sentí que Athan se ponía rígido, daba dos embestidas más profundas y brutales, y luego se detenía, con la respiración pesada e irregular contra mi cuello, su cuerpo temblando ligeramente sobre el mío.

Nos quedamos así un momento, en el silencio del coche aparcado, solo el sonido de nuestras respiraciones jadeantes llenaban el aire.

Lentamente, Athan se apartó. El frío del aire acondicionado golpeó mi piel húmeda cuando salió de adentro mío.

Me sentí vacía y, sorpresivamente, extrañé su peso.

Athan se ajustó los pantalones con movimientos rápidos y eficientes. Sacó un pañuelo de lino blanco del bolsillo de la chaqueta y, sin ninguna ceremonia romántica, lo pasó entre mis muslos, limpiando el semen y los restos de nuestra apresurada unión.

El gesto fue práctico, casi clínico, pero había un brillo oscuro en sus ojos mientras observaba mi intimidad expuesta y marcada.

—Arréglate —ordenó con voz ronca, pero recuperando el tono de mando—. Hemos llegado.

Athan tiró el pañuelo en un compartimento discreto, abrió la puerta del coche y salió a la luz del sol como si nada hubiera pasado, ajustándose los puños de la camisa.

Me quedé allí unos segundos, aturdida, tratando de que mis piernas dejaran de temblar. Me subí las bragas y alisé el vestido arrugado. Me hormigueaba la piel, tenía los labios hinchados y me sentía increíble.

Respiré hondo y me arrastré hasta la puerta abierta.

Athan estaba fuera, esperándome, y me tendió la mano.

Miré su mano. La misma mano que me había dado placer y que ayer había empuñado un arma. Tardé un segundo más en aceptarla, procesando la dualidad de aquel hombre.

Cuando finalmente puse mis dedos en los suyos, Athan cerró la mano con firmeza y me sacó fuera.

El olor a mar y sal invadió mis pulmones.

Levanté la vista y volví a quedarme sin aliento.

Estábamos en un puerto deportivo privado y exclusivo. El agua turquesa del mar Egeo brillaba bajo el sol y, ante nosotros, decenas de embarcaciones de lujo se balanceaban suavemente. Pero una destacaba.

Un yate negro, enorme y elegante, dominaba el muelle. Parecía un depredador flotante, muy parecido a su propietario.

Suspiré, maravillada. Nunca había pisado un barco como ese. Mi vida no había transcurrido más que dentro de muros de piedra y nieve.

Miré el yate y luego a Athan, que observaba la embarcación con orgullo posesivo.

Si vivir con él fuera así, peligroso, intenso y lleno de nuevos horizontes, tal vez, solo tal vez, este viaje podría ser aún más increíble de lo que imaginaba.

—Vamos —dijo él, guiándome hacia la rampa de acceso—. El mar nos espera.



Athan
GALANIS

Capítulo 21

El *Odisea* surcaba las olas del Egeo como un cuchillo caliente en la mantequilla. El zumbido de los motores era un sonido constante, amortiguado por el lujo, pero lo suficientemente potente como para alejarnos de Atenas y de sus miradas curiosas.

Estaba sentado en la mesa de reuniones de la cubierta inferior, un espacio cerrado con cristales antibalas que ofrecía una vista panorámica del mar infinito. Ante mí, un mapa holográfico del archipiélago de las Cícladas brillaba sobre la mesa de caoba.

Pero mis ojos no estaban en el mapa.

Estaban fijos en la figura solitaria de la cubierta exterior.

Eleni estaba de pie junto a la barandilla, sosteniendo un enorme sombrero de paja que le protegía el rostro del fuerte sol. El ligero vestido de lino blanco, que delineaba sus curvas, le golpeaba las piernas con el viento. Parecía perdida, mirando la espuma que

dejaba atrás el yate, tal vez pensando en la vida que acababa de perder o en la incertidumbre que le esperaba.

—¿Athan? —La voz de Alex me trajo de vuelta a la mesa.

Me giré. Mis hermanos estaban allí. La "Trinidad" reunida, lejos de los oídos de las paredes de la mansión.

—El plan del vuelo falso ha funcionado —dijo Alex, haciendo girar un bolígrafo entre los dedos—. La prensa está acampada en el aeropuerto esperando a que el avión privado despegue hacia París. Nadie sabe que estamos en el mar.

—Nadie, excepto quien intentó matarnos —corregí con voz grave—. Si hay un traidor interno, sabe que el avión es un señuelo y que estamos en el agua.

Andreas, que estaba afilando un cuchillo de combate con una piedra de afilar (un hábito irritante que tenía cuando estaba aburrido o ansioso), detuvo el movimiento.

—Que vengan —gruñó—. La isla está fortificada. He colocado francotiradores en los acantilados y sonares en la bahía. Si alguien se acerca en un radio de cinco millas, se convertirá en comida para los peces antes de ver el color de la arena.

—La isla es la trampa —le recordé, señalando el punto rojo en el mapa—. Nosotros somos el cebo. La luna de miel es solo una puesta en escena para atraerlos.

—Un teatro caro —murmuró Alex—. Pero eficaz. La pregunta es: ¿quién apretó el gatillo en la avenida? ¿Los rusos?

—Los rusos son brutos, pero no estúpidos —analicé—. Atacar una boda real es una declaración de guerra total. Eso huele a desesperación. O a odio personal.

—Nuestro padre... —dijo Andreas, volviendo a afilar el cuchillo—. Quien lo mató conocía su rutina y se acercó demasiado. Dentro de nuestra casa, Athan.

El silencio se apoderó de la mesa. La sombra de la muerte de Konstantin Galanis se cernía sobre nosotros como una nube de tormenta.

Mis ojos, traicionando mi disciplina, volvieron a la ventana. A Eleni.

Se había dado la vuelta y caminaba por la cubierta. El viento pegaba su vestido a su cuerpo, delineando las curvas que había explorado con tanta avidez en el coche, menos de una hora antes. El recuerdo de su sabor, de la forma en que se derritió en mis brazos, hizo que mi sangre se calentara.

Me di cuenta de que no era el único que la miraba.

Andreas había vuelto a dejar el cuchillo. Estaba recostado en la silla, con los ojos verdes entrecerrados, fijos en mi esposa a través del cristal. Una sonrisa de apreciación masculina, sucia y directa, curvó sus labios.

—Tengo que admitirlo, hermano... —comentó Andreas con voz arrastrada—. El viejo Kouris era un cabrón, pero hizo algo bueno. La chica es una obra de arte. Con ese vestido transparente contra el sol, se entiende por qué tardaste tanto en el coche.

El comentario fue como una cerilla en un tanque de gasolina.

La posesividad, oscura y violenta, explotó en mi pecho. Eleni no era una "obra de arte" para ser apreciada. Era mía. Exclusivamente mía. Y la idea de que otro hombre, incluso mi hermano, la mirara con deseo, imaginando lo que había debajo de ese vestido, me cegó.

Con un movimiento fluido y brutal, me levanté y estiré el brazo sobre la mesa.

Agarré a Andreas por la nuca, cerrando mis dedos con fuerza en su cabello, y golpeé su frente contra la madera maciza de la mesa.

El ruido fue seco y fuerte.

Andreas gruñó, pero no tuvo tiempo de reaccionar antes de que lo inmovilizara allí, aplastando su cara contra el mapa digital de las Cícladas.

—¡Ay! ¡Maldita sea! —gritó mi hermano, llevando instintivamente las manos a la mesa, pero sin intentar atacarme. Sabía que no debía hacerlo.

Me incliné sobre él, dejando mi cara a centímetros de la suya, y solté un rugido bajo y letal.

—Mantén tus ojos en el maldito mapa, Andreas. Si te pillo mirándola así otra vez, si veo un pensamiento sucio pasar por esa cabeza hueca que tienes, acabarás ciego. ¿Entendido?

Andreas jadeó, con la cara roja de rabia y sorpresa, pero vio la seriedad en mi mirada. Vio que no era una amenaza en vano.

—¡Entendido! ¡Maldita sea, Athan! ¡Suéltame! ¡Solo es una mujer!

—No. —Apreté más su cabeza contra la mesa—. Es *mi* mujer. La diferencia es vital para tu integridad física.

Lo solté con un empujón brusco.

Andreas se recostó en la silla, frotándose la frente, donde ya empezaba a aparecer un chichón rojo. Me miró con una mezcla de furia y sorpresa.

Al otro lado de la mesa, Alex soltó una risita nerviosa, rompiendo la tensión.

—Vaya. El Rey está territorial hoy. Creo que Cupido usó una flecha envenenada.

Dirigí mi mirada hacia Alex. No tuve que gritar ni golpear. Solo lo miré fijamente, lanzándole la "mirada helada" que me enseñó mi madre, la mirada que hacía llorar a los hombres adultos.

La sonrisa de Alex se borró al instante. Carraspeó la garganta, se ajustó la corbata y bajó la mirada inmediatamente hacia los

papeles que tenía delante.

—Centrándonos en el mapa —dijo Alex, con voz cada vez más débil—. Rutas de escape.

Me arreglé la chaqueta, sintiendo la respiración pesada. Volví a mirar hacia fuera. Eleni seguía allí, ajena a la violencia que su simple existencia había provocado dentro de la cabina.

—Nadie la toca —les advertí a ambos, con una promesa de muerte en cada sílaba—. Nadie la mira. Nadie la codicia. El próximo que se olvide de esto no saldrá de esta mesa caminando.

Volví a sentarme, con el corazón aún latiendo al ritmo de la guerra. Andreas resopló, aún frotándose la cabeza, pero mantuvo la mirada fija en el mar, lejos de ella.

Eran mis hermanos. Moriría por ellos. Sin embargo, si intentaban cruzar la línea que acababa de trazar en el suelo con la sangre de mis celos, los mataría.

Porque Eleni Galanis no solo era parte de la familia. Era la única parte de mí que no estaba dispuesto a compartir.



Eleni KOURIS

Capítulo 22

La isla de Galanis surgió en el horizonte como un espejismo esculpido por los dioses.

No era solo un pedazo de tierra en medio del Egeo; era una fortaleza de belleza salvaje. Los acantilados de piedra blanca se elevaban sobre el mar turquesa, protegiendo una bahía privada de arena dorada. En la cúspide del promontorio más alto, dominando el paisaje, estaba la casa.

O mejor dicho, el santuario.

No era una construcción clásica con columnas, como yo esperaba. Era una obra maestra moderna de vidrio, hormigón y madera, diseñada para fundirse con la roca, asomándose al abismo como si desafiara la gravedad.

Cuando el yate atracó en el muelle privado y bajamos por la rampa, el sol comenzaba a ponerse, tiñendo el cielo de tonos violeta y naranja quemado. El aire era puro, salado y cálido.

Athan me tomó de la mano para ayudarme a bajar al muelle de madera. Su tacto era firme y posesivo.

—Bienvenida a *Nisos Aetos* —dijo—. La Isla del Águila.

—Es irreal —suspiré, mirando a mi alrededor. No había ni rastro de otra alma viviente. Solo nosotros, el mar y el viento.

Un carrito de golf nos esperaba para subir por la sinuosa carretera hasta la casa. Athan condujo en silencio, con una mano en el volante y la otra descansando en el respaldo de mi asiento, acariciando mi cabello suelto.

Cuando llegamos a la entrada de la casa principal, volví a quedarme sin aliento.

Las puertas de cristal estaban abiertas, permitiendo que la brisa marina circulase libremente. Sin embargo, lo que me paralizó no fue la arquitectura, sino el interior.

Alguien, no Athan, había transformado el espacio frío y moderno en un escenario de ensueño.

Cientos de velas blancas de diferentes tamaños estaban encendidas en el suelo, en las mesas y en los peldaños de la escalera flotante, creando un camino de luz titilante. Enormes jarrones con orquídeas blancas y ramas de olivo estaban esparcidos por la sala, perfumando el aire con una fragancia suave y embriagadora.

Era romántico y perfecto.

Caminé hacia el centro de la sala, sintiendo el frío suelo de piedra bajo mis pies descalzos (me había quitado las sandalias en el barco). Giré lentamente, absorbiendo la atmósfera.

—Athan... —susurré, girándome hacia él, que estaba de pie en la puerta, mirándome con esa expresión indescifrable y las manos en los bolsillos de sus pantalones de lino—. ¿Qué vamos a hacer aquí? ¿Por qué todo esto?

Se acercó a mí, con sus pasos resonando suavemente. La luz de las velas bailaba en sus ojos azules, calentando el hielo habitual.

—¿Cómo que "qué vamos a hacer"? —Se detuvo frente a mí, levantando la mano para acariciar mi rostro, trazando la línea de mi mandíbula con el pulgar—. Esto es una luna de miel, Eleni, y en la luna de miel, el marido se dedica por completo a su esposa.

Mi corazón dio un vuelco y luego se aceleró, como un pájaro batiendo las alas contra el pecho. *Luna de miel.* La palabra sonaba dulce, prometedora y peligrosa.

En el fondo, sabía que Athan no había encargado las flores, que probablemente había sido obra de alguna asistente eficiente. Sin embargo, en ese momento, no importaba. Lo que importaba era que él estaba allí. Que me había traído a su refugio secreto. Que estábamos solos, aislados del mundo que había intentado matarme.

—Es precioso —murmuré, inclinando la cara contra la palma de su mano.

—Ponte cómoda —dijo con voz ronca—. El dormitorio principal está arriba, la última puerta a la derecha.

—¿Y tú?

—Tengo que revisar el perímetro y descargar algunas cosas del barco. —Se inclinó y me besó la frente con un beso largo y cálido —. Sube. Yo te alcanzaré pronto.

Obedecí, subiendo las escaleras flotantes con el corazón ligero.

El dormitorio principal era enorme. Tres de las cuatro paredes eran totalmente acristaladas, lo que ofrecía una vista de 180 grados del mar infinito. La cama era gigantesca, baja, con sábanas de lino blanco que parecían nubes.

Había más velas y una botella de champán en hielo.

Caminé hacia la pared de cristal. El sol se había sumergido en el mar, dejando solo un rastro de fuego en el oscuro horizonte. Las primeras estrellas comenzaban a aparecer.

Me abracé a mí misma, sintiendo la seda del vestido contra mi piel.

Una semana. Siete días enteros en esta isla desierta con Athan Galanis. Sin reuniones de la mafia, sin cenas políticas, sin disparos. Solo nosotros dos.

Recordé lo que había pasado en el coche. Su fuego y su hambre. Si era capaz de hacerme sentir así en el asiento trasero de un coche blindado, ¿qué haría conmigo en esta cama, con todo el tiempo del mundo?

Mi corazón se aceleró, bombeando anticipación y deseo por todo mi cuerpo. Ya no le tenía miedo al monstruo, sino que estaba ansiosa por que subiera esas escaleras y cerrara la puerta con llave.

El paraíso podía ser una isla griega, pero mi infierno particular tenía ojos azules y yo estaba deseando arder en él.



Athan
GALANIS

Capítulo 23

—El perímetro norte está despejado. Sensores térmicos activos. Si una gaviota aterriza en esa playa sin permiso, lo sabré. —La voz de Andreas crepitó en la radio encriptada que sostenía en la terraza lateral de la casa, lejos de los oídos de Eleni.

—Mantén los drones en rotación aleatoria —ordené, recorriendo con la mirada el horizonte que comenzaba a dorarse—. No quiero patrones que puedan estudiarse.

—Relájate, hermano. —Andreas sonaba aburrido, lo que normalmente significaba que tenía todo bajo control—. Alex ya ha vuelto a Atenas para lidiar con los buitres de la prensa. Yo estoy aquí, en las sombras. La isla es un refugio seguro. Céntrate en la chica.

—Lo haré —respondí, apagando la radio y guardándola en el bolsillo.

Respiré hondo, dejando que el aire salado limpiara mi mente de tácticas de guerra. Cambié mi piel de general por la de marido. O, al menos, por la de un hombre hambriento.

Caminé hacia la terraza principal, donde se serviría la cena.

Me detuve en la entrada, observando la escena antes de que ella me viera.

El escenario parecía un cuadro. La casa blanca, típica de las Cícladas, brillaba bajo la luz de la "hora dorada". Una pérgola de madera rústica se extendía sobre la terraza, cubierta de buganvillas de un rojo vibrante que colgaban como cascadas de sangre y rubí.

Al fondo, el mar Egeo se extendía hacia el infinito, reflejando el sol poniente que teñía el agua de oro líquido y naranja quemado y, en el centro de todo, sentada a la pequeña mesa de madera puesta para dos, estaba Eleni.

Llevaba un vestido de tirantes finos, del color del marfil, que dejaba sus hombros expuestos al sol poniente. El viento jugaba con los mechones sueltos de su cabello. Mi esposa miraba al horizonte, sosteniendo una copa de champán, pareciendo parte de ese paisaje divino.

Me acerqué, con mis pasos amortiguados por el suelo de terracota.

—La vista es preciosa —dije, anunciando mi presencia.

Eleni se dio la vuelta y la sonrisa que me dedicó fue más cálida que el sol en mi espalda.

—Es impresionante.

Acerqué la silla de madera y me senté frente a ella. La mesa era sencilla, rústica, con una jarra de agua fría y platos de cerámica local. Sin la fastuosidad de la mansión de Atenas. Solo nosotros y el mar.

—No me refería al mar —la corregí, con los ojos fijos en ella.

Eleni se sonrojó y ese hermoso rubor le subió por el cuello.

—Es usted muy galante cuando quiere, señor Galanis.

—No es coquetería. Es una observación.

La cena fue servida por un empleado invisible que dejó las bandejas y desapareció. Comimos queso feta a la parrilla, aceitunas, pan fresco y pescado capturado esa misma mañana. Sin embargo, la comida era secundaria.

Durante toda la cena, la tensión entre nosotros creció como la marea. Nuestras miradas se cruzaban y tardaban en separarse. Mi mano, apoyada sobre la mesa de madera rugosa, se deslizó hasta encontrar la de Eleni.

Rocé su pulgar con la palma de mi mano, sintiendo la suavidad de su piel. Eleni se estremeció y sus ojos se oscurecieron. No retiró la mano, sino que entrelazó sus dedos con los míos, apretándolos en una invitación silenciosa.

El sol comenzó a sumergirse en el mar, creando una explosión de colores detrás de ella. El mundo se tiñó de naranja, dorado y rojo.

Eleni dejó la copa sobre la mesa, la empujó ligeramente hacia un lado y se levantó.

Pensé que se dirigía al dormitorio, pero rodeó la mesa y se detuvo a mi lado.

—Athan... —susurró.

Giré la silla para mirarla. Se inclinó y, con una audacia que hizo que mi sangre hirviera, me tomó la cara y me besó.

No fue un beso tímido. Fue un beso de vino y deseo. Su boca era dulce, cálida. Sentí su lengua rozar la mía, provocándome. Mis manos se posaron instantáneamente en su cintura, atrayéndola hacia el hueco de mis piernas. Cuando se apartó, jadeando, con los labios húmedos e hinchados, supe que no llegaríamos al dormitorio.

Me levanté bruscamente.

—¿Athan? —jadeó, sorprendida por mi movimiento repentino.

No respondí. Con un amplio movimiento del brazo, aparté los platos, los cubiertos y la jarra de agua hacia un lado. El sonido de la cerámica tintineando y cayendo sobre la hierba debajo de la terraza fue la única advertencia que tuvo.

—La mesa... —comenzó a decir, pero ya la había agarrado por la cintura.

La levanté como si no pesara nada y la deposité sobre la madera rústica.

—Olvídate de la mesa —gruñí.

Le separé las piernas, colocándome entre ellas. Su vestido se subió, dejando al descubierto sus muslos pálidos y suaves, bañados por la luz dorada del sol.

La imagen era profana y sagrada al mismo tiempo. Mi esposa, abierta sobre la mesa, con el cielo en llamas detrás de ella y las flores rojas de las buganvillas enmarcando su cabeza como una corona.

—Ábrete más —le ordené con voz ronca.

Ella obedeció, temblorosa, apoyándose en los codos, echando la cabeza hacia atrás, ofreciéndose a mí y al cielo.

No perdí tiempo. Me arrodillé ante ella, quedando a la altura perfecta. Su olor (sal, excitación y esa esencia femenina única) llegó a mi rostro, más embriagador que cualquier droga.

Agarré sus caderas con mis grandes manos, sujetándola.

—Mira la puesta de sol, Eleni —le susurré contra la piel cálida de su muslo interno—. Porque yo solo te miraré a ti.

Entonces la probé.

Mi lengua encontró su clítoris con una presión firme e implacable. Eleni gritó, con un sonido alto y libre que se llevó el viento del mar.

La devoré. Lamí, chupé y mordisqueé con un hambre que no sabía que tenía. Sabía a vida y a redención.

Sentí sus manos en mi cabello, tirando, agarrando, anclándose, mientras la llevaba al borde del abismo. Su cuerpo se retorcía sobre la dura mesa, con las caderas buscando mi boca, suplicando por más.

La luz naranja del sol poniente iluminaba cada detalle de su piel, cada escalofrío, cada contracción. Era la visión más hermosa que jamás había visto.

—Athan... Athan, ¡por favor! —suplicó, tartamudeando.

Aumenté el ritmo, mi lengua trabajando con precisión quirúrgica en su punto más sensible. Sentí cómo su tensión alcanzaba el punto álgido, los músculos de sus muslos se tensaban bajo mis dedos.

Cuando llegó al orgasmo, fue como una tormenta de verano. Se arqueó, gritando mi nombre al mar vacío, temblando violentamente contra mi boca mientras yo bebía cada gota de su placer.

Me quedé allí un momento, sintiendo cómo sus pulsaciones disminuían y saboreando su sabor en mi lengua.

Lentamente, me puse de pie.

Eleni yacía sobre la mesa, con el pecho subiendo y bajando rápidamente, el pelo esparcido sobre la madera, el vestido arrugado en la cintura. Sus ojos estaban vidriosos, perdidos en el éxtasis.

El sol finalmente desapareció en el horizonte, dejando la terraza en la suave penumbra del crepúsculo.

Pasé el pulgar por mi labio inferior, limpiando su humedad. Contemplé a la mujer que tenía delante. Mi esposa. Mi conquista.

—Deliciosa —murmuré, rompiendo el silencio con mi voz grave.

Eleni abrió los ojos y encontró los míos. Había vergüenza, sí, pero había mucho más deseo.

—Eres insaciable —susurró, tratando de bajarse el vestido.

Le agarré la mano, impidiéndoselo.

—Aún no hemos terminado, *baby*. La cena solo ha sido el entrante.

La levanté de la mesa y la llevé en brazos hacia la casa mientras la noche caía sobre nuestra isla. Iba a cumplir la promesa que le había hecho a mi madre. Iba a darle un heredero a esta familia. Pero, sobre todo, iba a asegurarme de que Eleni Galanis nunca volviera a olvidar mi nombre.

Abrí de una patada la puerta del dormitorio principal, que se abrió con un estruendo que resonó en la casa vacía. La habitación estaba sumida en la penumbra azulada del atardecer, las velas que había mandado encender más temprano en ese momento eran ahora charcos de cera derretida, pero algunas aún titilaban, proyectando largas sombras en las paredes.

Caminé hasta la cama *king size* y deposité a Eleni en el borde del colchón. Se hundió en el suave lino, con el vestido marfil subiéndole por los muslos y el cabello en un glorioso desorden alrededor de su rostro sonrojado.

Me miró, con los labios hinchados y rojos por mi beso, el pecho subiendo y bajando. Había expectación allí, y miedo. Ese miedo delicioso que me ponía duro como una roca.

No me uní a ella en la cama. En cambio, me quedé de pie entre sus piernas abiertas, dominándola con mi altura.

Mis manos se dirigieron a la hebilla de mi cinturón. El sonido del cuero deslizándose y del metal tintineando resonó en el silencio de la habitación.

—Athan... —susurró, con los ojos fijos en mis manos.

—Shhh... —Abrí la cremallera y liberé mi verga pesada y palpitante, exigiendo atención—. Lo pasaste muy bien ahí fuera, Eleni. Pero ahora quiero ver cómo me la chupas.

Ella miró mi miembro erecto y tragó saliva. Sabía que era inexperta y que la única referencia que tenía era nuestra noche apresurada y brutal en la mansión.

—Yo no sé si sé hacerlo —admitió con voz temblorosa, pero sin apartar la mirada. La curiosidad brillaba en medio de la timidez.

—Entonces aprenderás —decreté.

Apoyé la mano en su nuca, entrelazando mis dedos en sus mechones castaños, y apliqué una ligera presión hacia abajo.

—¿De rodillas? —preguntó, confundida.

—No. Quédate ahí. —Guié su cara hacia mi entrepierna—. Abre la boca.

Ella obedeció, abriendo los labios con vacilación. Su aliento cálido rozó mi piel sensible, enviando una descarga eléctrica por mi espina dorsal.

—Saca la lengua —le ordené—. Pruébame.

Eleni dudó un segundo, con sus grandes ojos fijos en los míos, buscando permiso o tal vez valor. Entonces se inclinó y pasó la punta de la lengua por la punta de mi miembro.

Fue un toque ligero, tímido, casi como una mariposa.

Gemí, echando la cabeza hacia atrás.

—Más —gruñí—. No le tengas miedo, mi verga es tuya.

Animada por mi reacción, se atrevió más y la agarró con una mano. Su tacto era suave, inseguro, y empezó a lamer con más ganas, explorando la textura y el sabor salado de mi piel.

Miré hacia abajo, observando. La visión era lo más erótico que había presenciado jamás. Mi inocente esposa, de rodillas en el borde de la cama, aprendiendo a darme placer. El contraste entre mi piel bronceada y su boca rosada era hipnótico.

—Eso... —la animé, acariciándole el pelo—. Ahora métela en la boca. Cuidado con los dientes.

Ella abrió más la boca y me aceptó.

La sensación fue de calor húmedo y apretado. No sabía lo que estaba haciendo, no tenía técnica, pero su entusiasmo, la forma en que intentaba acomodarme, chupando con fuerza, mientras sus ojos me observaban, era devastador.

Mis caderas se movieron instintivamente, buscando más profundidad en su garganta. Ella se atragantó un poco, pero no retrocedió. Eleni intentó relajarse, permitiéndome entrar más.

Mi mente, nublada por el placer, intentó luchar.

El heredero...

La voz de mi madre resonó en lo más profundo de mi cerebro. *Pon un bebé en su vientre.*

Tenía que penetrarla. Tenía que eyacular dentro de ella, profundamente, plantar mi semilla y asegurar el futuro de la dinastía. Esto solo era el calentamiento. Debía apartarla, darle la vuelta en la cama y terminar el trabajo como debe hacer un marido.

Pero entonces ella emitió un sonido, un gemido ahogado y vibrante contra mi verga, y me apretó el culo con sus pequeñas manos.

La lógica se hizo añicos.

—Maldita sea, Eleni... —gruñí, agarrándole el pelo con más fuerza, marcando el ritmo.

No podía parar. La visión de sus ojos, muy abiertos, asustados por el tamaño y la intensidad, pero brillando con una excitación innegable, me cautivó. Le encantaba el poder que tenía sobre mí, sin saber siquiera que lo tenía.

—No pares —ordené, olvidándome del heredero, olvidándome de la estrategia y de todo; excepto de la necesidad de explotar en su boca—. ¡Chúpamela! Con fuerza.

Me perdí. El placer subió como una marea violenta, demasiado rápido e incontrolable.

Cuando sentí que llegaba el clímax, intenté, vagamente, alejarme, pensar en el deber. Sin embargo, mi cuerpo traicionó a mi mente.

—Espera —advertí, con la voz convertida en un gruñido animal.

Sujeté su cabeza en su sitio y me dejé llevar.

Eyacular en su boca fue una rendición absoluta. Sentí cada chorro saliendo de mí, mientras ella luchaba por tragar, por acomodarlo todo, con los ojos llorosos, pero fijos en los míos.

Cuando finalmente terminé, mis piernas temblaban.

Me aparté lentamente, saliendo de su boca.

Eleni tosió un poco, llevándose la mano a los labios. Había un hilo de saliva y semen en la comisura de su boca. Parecía destrozada, y hermosa.

Levantó su cara hacia mí. Esperaba ver repulsión. Pero lo que vi fue triunfo.

Se pasó el pulgar por la comisura de los labios, limpiándose, y luego se chupó el dedo, con los ojos clavados en los míos con una intensidad que no sabía que poseía.

—¿Te ha gustado, Athan? —susurró con voz ronca.

Me quedé allí parado, jadeando, con el deber olvidado y el corazón latiendo con fuerza. Había fracasado en mi misión de dejarla embarazada esa noche. Sin embargo, mirando a mi esposa de rodillas en la cama, con los labios hinchados y la mirada de quien acababa de descubrir un nuevo poder, no podía arrepentirme ni por un segundo.

—Aprendes rápido, esposa —respondí, inclinándome para besarla, saboreando mis fluidos en su boca—. Muy rápido.



Eleni
KOURIS

Capítulo 24

El amanecer en la isla tenía un color diferente. No era negro, sino un azul profundo y aterciopelado que entraba por las paredes de cristal de la habitación, tiñéndolo todo de una serenidad que contrastaba con la tormenta que se agitaba en mi interior.

No podía dormir.

Estaba tumbada de lado, acurrucada entre las sábanas de lino que aún conservaban el calor de nuestros cuerpos, observando al hombre que dormía a mi lado.

Athan Galanis parecía casi humano cuando dormía.

Las duras líneas de tensión que marcaban su frente durante el día habían desaparecido. La boca, siempre lista para dar una orden o una sonrisa cínica, estaba relajada, entreabierta, exhalando una respiración rítmica y pesada. Un brazo fuerte estaba echado sobre mi cintura, manteniéndome pegada a él incluso en la inconsciencia.

Extendí la mano, vacilante, y tracé el contorno de su hombro con la punta de los dedos, rozando apenas la piel para no despertarlo.

¿Quién es este hombre?

¿Era el monstruo que mi padre temía? ¿El asesino que mató a dos hombres delante de mí sin pestañear? ¿O era el amante insaciable que me había devorado en una mesa al atardecer y luego me había enseñado, con una paciencia ronca y excitante, a descubrir mi propio poder sobre él?

Mi mente volvió a las horas anteriores.

Recordé su sabor. La textura de su piel contra mi boca. Recordé el sonido que hizo, ese gemido gutural de rendición, cuando lo llevé al límite.

Me criaron para temer a hombres como él. Me enseñaron que la virtud era el silencio y la distancia. Sin embargo, Athan había roto todas las reglas. No quería mi silencio; quería mis gritos. No quería distancia; sino estar tan dentro de mí que no supiéramos dónde empezaba uno y terminaba el otro.

¿Y lo más aterrador de todo? Yo también lo quería.

Sentí un nudo en el pecho, un dolor dulce y agudo.

No era solo deseo, era más.

La forma en que me miró después, limpiándome la boca con el pulgar. Era la seguridad que sentía cuando él estaba cerca, como si el mundo entero pudiera explotar ahí fuera y nada me afectaría mientras estuviera a su alcance.

Era la admiración que veía en sus ojos cuando no retrocedía. No quería quebrarme, me di cuenta de repente. Quería que fuera lo suficientemente fuerte como para estar a su lado.

Una lágrima solitaria resbaló por mi nariz y cayó sobre la almohada.

—Estoy perdida —susurré a la oscuridad.

Me estaba enamorando de mi marido arreglado. Del diablo de Atenas.

Debería ser mi peor pesadilla. Sin embargo, al mirar sus pestañas oscuras contra su piel bronceada, al sentir el calor de su cuerpo irradiando hacia el mío, parecía lo único correcto que me había pasado nunca.

Athan se movió durante el sueño, murmurando algo ininteligible, y apretó el brazo que me rodeaba, acercándome más a él, pegando mi espalda a su pecho. Enterró la cara en mi pelo, inspirando profundamente, como si mi olor fuera su oxígeno.

Me quedé inmóvil, sintiendo los latidos de su corazón contra mi espalda. *Tum-tum. Tum-tum.* Un ritmo constante y fuerte.

Cerré los ojos, aceptando la derrota. No iba a luchar contra eso. El mundo ya luchaba lo suficiente contra nosotros.

Si amar a Athan Galanis era un pecado, entonces estaba lista para ser condenada. Porque en ese momento, acurrucada en los brazos del lobo, nunca me había sentido tan en paz.



Athan
GALANIS

Capítulo 25

El sol de la mañana en las Cícladas no pedía permiso; irrumpía.

Abrí los ojos tan pronto como la luz alcanzó la almohada, mi reloj biológico se despertó con la precisión militar de siempre. Eran las seis de la mañana. Cualquier otro día, ya estaría en el gimnasio o gritando órdenes por teléfono. Sin embargo, ese día, mi cuerpo estaba pesado. Pero era *un peso agradable.*

Miré a mi lado.

Eleni dormía boca abajo, con la cara hundida en la almohada, un brazo colgando fuera de la cama y las sábanas de lino blanco enredadas en la cintura, dejando al descubierto su espalda desnuda. Había débiles marcas rojas en la pálida piel de sus omóplatos*... Marcas mías.*

La visión despertó algo posesivo y satisfecho en mi pecho. Parecía destrozada, en el mejor sentido de la palabra.

Extendí la mano y tracé la línea de su columna con la yema del dedo, sintiendo su piel caliente. Se movió, murmurando algo ininteligible, y se acurrucó más en el colchón.

Me incliné sobre ella, rozando mis labios en su hombro.

—Duerme —le susurré contra su suave piel—. Vuelvo enseguida.

No se despertó, solo suspiró.

Me levanté de la cama, sintiendo el aire fresco de la mañana en mi piel. Fui al baño y me di una ducha rápida y fría para quitarme el sueño y agudizar los sentidos. Me puse unos pantalones de lino grises y una camisa blanca, dejándola por fuera de los pantalones y desabrochada en la parte superior. Era lo más "casual" que podía ser.

Antes de salir de la habitación, tomé mi pistola de la mesita de noche y la metí en la funda que llevaba a la espalda, oculta bajo la camisa. El paraíso podía ser bonito, pero yo nunca iba desarmado.

Bajé las silenciosas escaleras de la casa. El aroma del café recién hecho ya flotaba en el aire. El equipo invisible que Andreas había traído trabajaba con una eficiencia fantasmal.

Encontré a mi hermano en la terraza este, inclinado sobre una *tablet*, con unos prismáticos al alcance de la mano. Andreas parecía no haber dormido.

—Buenos días, Bella Durmiente —me saludó sin apartar la vista de la pantalla, que mostraba imágenes térmicas del perímetro de la isla.

—Dime el informe del día —pedí, sirviéndome café negro de la termo que había sobre la mesa.

Andreas soltó la tableta y se frotó la cara.

—Silencio total. El mar está en calma, como un espejo. No hay ningún barco no autorizado en un radio de veinte millas. Los

drones no han detectado nada más que delfines y un yate con turistas borrachos que pasó lejos, al norte.

Fruncí el ceño y tomé un sorbo de café.

—Está demasiado tranquilo.

—Estoy de acuerdo —Andreas miró hacia el horizonte—. Si hubieran querido atacar, anoche habría sido el momento ideal. Estábamos distraídos.

Me lanzó una mirada significativa, probablemente refiriéndose al hecho de que pasé toda la noche ocupado con mi esposa. Ignoré la provocación.

—¿Y Alex? —pregunté.

—Habló conmigo hace diez minutos. Atenas está alborotada con las fotos de la boda, pero en el hampa, nada. Nadie ha reivindicado el atentado, ni se está jactando en los bares. Es como si los tiradores fueran fantasmas.

Apreté la taza con fuerza. Los fantasmas no existen. Los hombres con dinero y motivación, sí.

—Manténganse alerta —ordené—. El silencio es cuando el depredador se posiciona para atacar. Están esperando a que nos relajemos.

—Yo nunca me relajo, hermano. —Andreas sonrió, con esa sonrisa de lobo que mostraba todos los dientes—. Ve a desayunar con la jefa. Yo me encargo de las trincheras.

Le di una palmada en el hombro y volví adentro.

La mesa del desayuno estaba puesta en la terraza principal, el mismo lugar donde, la noche anterior, le había metido la verga a Eleni sobre la madera rústica. En ese momento, la mesa estaba impecable, con mantel de lino, fruta fresca, yogur y miel.

Eleni ya estaba allí.

Estaba de pie junto al murete, mirando al mar. Llevaba un vestido de verano amarillo claro, suelto y ligero, que flotaba con la brisa. Llevaba el pelo recogido en una coleta floja y parecía luminosa.

Me detuve un segundo, simplemente observándola. Su inocencia contrastaba tan violentamente con la conversación sobre la muerte que acababa de tener con Andreas que resultaba desconcertante.

—Buenos días —dije, anunciando mi presencia.

Eleni se giró rápidamente. La sonrisa que se dibujó en su rostro cuando me vio no denotaba miedo. Solo denotaba bienvenida.

—Buenos días —respondió.

Me acerqué a ella. No retrocedió. Al contrario, dio un pequeño paso hacia mí.

La agarré por la cintura y le besé la frente, inhalando el aroma a jabón y mar.

—¿Has dormido bien?

—Como un tronco —admitió, sonrojándose ligeramente. Sus ojos bajaron hasta mi pecho, donde la camisa abierta dejaba al descubierto la piel, y luego volvieron a los míos, más oscuros—. ¿Y tú?

—Mejor que en mucho tiempo.

Le acerqué la silla.

—Siéntate. Necesitas comer.

Mientras nos servíamos, el silencio entre nosotros era cómodo, desprovisto de la extraña tensión de los primeros días.

—Este lugar es increíble, Athan —dijo ella, partiendo un trozo de pan—. Nunca había visto un azul así. Es diferente a las playas cercanas a Atenas.

—Está protegida —le expliqué—. La corriente aquí mantiene el agua limpia. Si quieres, podemos bajar a la playa después. El agua está caliente.

Sus ojos brillaron.

—Me encantaría.

La observé comer una fresa, con sus labios rojos envolviendo la fruta. La imagen me trajo recuerdos de la noche anterior, de su boca sobre mi verga, de la voracidad con la que aprendió a darme placer.

Sentí que mi cuerpo reaccionaba al instante.

—¿Todo bien? —preguntó de repente, rompiendo mi trance erótico con la realidad.

La miré, sorprendido. Era observadora.

—Sí. Todo está bien.

—No pareces muy convencido.

Me limpié la boca con la servilleta, volviendo a ser el estratega.

—La paz me hace sospechar, Eleni. Soy un hombre de guerra. Cuando no hay disparos, me pregunto quién está recargando el arma.

Ella extendió la mano sobre la mesa y cubrió la mía. Su mano era pequeña, suave, sin callos, sin sangre.

—Quizás... —dijo suavemente—. Tienen miedo de ti y se han dado cuenta de que se han metido con el hombre equivocado.

La miré, observé la fe absoluta que parecía tener en mi capacidad para destruir el mundo por ella.

Le estreché la mano, entrelazando nuestros dedos.

—Esperemos que sí —respondí—. Pero si no es así, estaré preparado.

Me levanté, atrayéndola.

—Ya basta de hablar de guerra. Dijiste que querías ver la playa.

Ella sonrió y, en ese momento, con el sol de la mañana iluminando el rostro de mi esposa, me permití olvidar, aunque solo fuera por una hora, que había lobos merodeando por las puertas de mi casa. Porque el mayor peligro no estaba ahí fuera. Estaba en el hecho de que estaba empezando a disfrutar demasiado de la paz que ella me proporcionaba.



Eleni KOURIS

Capítulo 26

La playa privada de Eagle Island parecía un secreto que el mundo se había olvidado de contar.

Bajamos por un sinuoso sendero esculpido en el acantilado blanco, rodeado de arbustos de romero silvestre que perfumaban el aire cálido. Cuando mis pies tocaron la arena, era fina, dorada y cálida, un delicioso contraste con la fría piedra de la casa.

Ante nosotros, el mar Egeo se extendía en un hipnótico degradado de turquesa, zafiro y azul marino profundo. El agua era tan cristalina que podía ver las piedras blancas del fondo, incluso a metros de la orilla.

—Es perfecto —suspiré, protegiéndome los ojos del sol con la mano.

Athan se detuvo a mi lado. Ya se había quitado la camisa de lino por el camino y la sostenía en una mano, mientras que con la otra descansaba sobre la pistola que había sacado de la funda y

envuelto en la tela, depositando el "paquete" sobre una reposera a la sombra de un árbol.

Incluso en el paraíso, el guerrero no descansaba.

Pero cuando se giró hacia mí y empezó a desabrocharse los pantalones, el guerrero desapareció, dando paso al hombre*. ¡Y, Dios mío, qué hombre!*

Ya había visto su cuerpo en la penumbra de la habitación, pero a la luz del día, bajo el sol griego, Athan Galanis era una visión que me secaba la garganta.

Era puro músculo esculpido y bronceado. Hombros anchos, pectorales definidos cubiertos por una ligera capa de vello oscuro que descendía en una tentadora línea hasta la cintura de su bañador negro. Las cicatrices que marcaban sus costillas brillaban como líneas plateadas, mapas de violencia que formaban parte de su belleza.

Me pilló mirando y una sonrisa arrogante y cómplice se dibujó en sus labios.

—¿Le gusta lo que ve, señora Galanis?

Sentí que se me calentaba la cara, pero no aparté la mirada. La noche anterior había aprendido que le gustaba mi atrevimiento.

—Es una vista interesante —lo provoqué, quitándome la bata de playa y quedándome solo con el bikini blanco que había elegido.

Los ojos de Athan se oscurecieron al instante. Recorrió mi cuerpo con la mirada, deteniéndose en mis tetas, mi cintura, mis piernas. Su mirada era física y pesada, como una caricia.

—Interesante no es la palabra que yo usaría para describirte. —Acabó con la distancia entre nosotros en dos largos pasos—. Deslumbrante. Esa es la palabra.

Athan me agarró por la nuca y me besó. Un beso lento, perezoso, con sabor a café y promesas.

—Vamos al mar —susurré contra su boca—. El agua se ve divina.

Corrimos hacia el mar como dos niños, levantando espuma. El agua estaba fresca, un delicioso choque contra la piel calentada por el sol. Me sumergí de cabeza, sintiendo cómo la sal lavaba mis pensamientos, y emergí metros más adelante, apartándome el pelo de la cara.

Athan apareció a mi lado, cortando el agua con poderosas brazadas. Se detuvo donde el agua le golpeaba el pecho, y el agua le resbalaba por el pelo mojado, las pestañas gruesas y los labios. Parecía Poseidón emergiendo de su reino.

—Ven aquí —ordenó, extendiendo los brazos.

Nadé hacia él y enrosqué mis piernas en su cintura. La flotabilidad del agua lo facilitaba todo. Pegué mi cuerpo al suyo, sintiendo su piel mojada deslizarse contra la mía y el contraste de su pecho duro contra mis pechos blandos.

Athan me sujetó los muslos bajo el agua, apretando mi carne con posesividad.

—Eres preciosa, Eleni —dijo con voz ronca, con los ojos fijos en los míos con una intensidad que me dejaba sin aliento—. Tan preciosa que duele mirarte.

—Athan...

Me calló con un beso. El beso en el agua fue diferente. Fue fluido, resbaladizo, desesperado. Nuestras lenguas bailaban, nuestros cuerpos se frotaban con la ayuda de las suaves olas. Sentí su dureza presionando contra mi vientre a través de la fina tela de nuestros trajes de baño.

Me besó hasta que me mareé y el mundo se redujo al sabor de la sal y Athan.

—Quiero hacerlo —gruñó, mordiéndome el cuello mojado.

—¿Aquí? —jadeé, mirando la playa desierta.

—En todas partes.

Caminó conmigo en brazos hacia la arena, con el agua bajando a nuestro alrededor. Cuando llegamos a la zona poco profunda, donde las olas rompían suavemente, me tumbó en la arena mojada.

El agua iba y venía, lamiendo nuestros cuerpos entrelazados. La arena era suave en mi espalda. Athan se cernió sobre mí, bloqueando el sol, y me besó con un hambre voraz. Sus manos exploraban cada curva, bajando los tirantes de mi bikini, exponiendo mis tetas al aire libre y a su boca.

—Eres mía —murmuró contra mi piel, chupando un pezón endurecido por el agua fría y el deseo—. Solo mía.

Gemí alto, mezclándome con el sonido del mar. Sus manos bajaron, apretando mi culo, acercándome a él, creando una fricción descomunal.

Pero la arena empezó a molestarme, entrando donde no debía. Athan se dio cuenta de mi incomodidad.

Se levantó con un movimiento fluido y me atrajo hacia sus brazos, llevándome en brazos.

—¿Adónde vamos? —pregunté, rodeándole el cuello con los brazos, sintiéndome pequeña y protegida.

—Allí.

Athan caminó hacia una estructura de madera de teca al fondo de la playa, protegida por la sombra de los acantilados. Una enorme cama balinesa, con un grueso colchón impermeable y cortinas de gasa blanca que bailaban con la brisa.

Me depositó sobre el mullido colchón. La tela blanca contra mi piel bronceada, la fresca sombra, el sonido del mar, era el escenario perfecto.

Athan se subió a la cama, gateando sobre mí como el depredador que era. Se quitó el bañador mojado en un segundo, mostrándome su enorme verga, lista para metérmela bien adentro.

Me quité el resto del bikini, quedando desnuda ante él, ante el viento y ante la isla.

Él se colocó entre mis piernas.

—Mírame —me pidió, agarrándome las manos y sujetándolas por encima de mi cabeza en el colchón.

Lo miré fijamente. Sus ojos azules estaban dilatados, vulnerables de una forma que nunca había visto.

—Nunca quise esto, Eleni —confesó, con voz grave y sus ojos ardientes clavados en los míos—. Nunca quise necesitar a nadie. Pero te miro y siento que podría quemar el mundo solo para mantenerte sonriendo.

Mi corazón se detuvo. Eso era lo más parecido a una declaración de amor que un hombre como él podía hacer.

—Entonces ámame, Athan —le pedí, levantando las caderas hacia él, con la necesidad palpitando en mis venas.

Pero él no me la metió. Todavía no...

Athan sonrió, en un acto lascivo que prometía tormento antes que alivio. Bajó su cuerpo sobre el mío, pero en lugar de unir nuestras caderas, bajó la cara hacia mi pecho.

El aire salado de la playa acariciaba mi piel desnuda, y la vergüenza de estar tan expuesta, a la luz del día, intentó apoderarse de mí. Cualquiera con prismáticos en el mar podría vernos.

—Eres perfecta a la luz del día —murmuró contra mi piel, antes de cerrar su boca caliente sobre mi pecho izquierdo.

Arqueé la espalda, soltando un grito atrapado en la garganta. La sensación de su boca, cálida y húmeda, contra mi pezón endurecido por la brisa fresca, fue un choque térmico de placer.

Athan chupó con fuerza, con su lengua áspera jugando con la sensible punta, mientras su gran mano amasaba mi otro pecho con una posesividad que dejaba marcas.

—Athan, estamos al aire libre... —gemí, tratando de recordar por qué eso debía estar mal, pero mi cuerpo traicionaba a mi mente, ofreciéndose más a él.

—Deja que el sol te vea —respondió, pasando al otro pecho, mordisqueando la suave piel—. Deja que las gaviotas se pongan celosas. ¡Eres mía!

La excitación inundó mi organismo, barriendo cualquier rastro de pudor. Él quería que me vieran. Quería que el universo supiera que yo le pertenecía.

Las manos de Athan bajaron por mi cuerpo, trazando el camino desde mis costillas hasta mi cintura, sus dedos callosos arañaban ligeramente mi sensible piel. Separó más mis piernas, exponiéndome completamente a la brisa marina.

Rozó la punta de su miembro húmedo y caliente en mi entrada, provocándome, deslizándose arriba y abajo por mi clítoris hinchado, sin entrar. La fricción era enloquecedora.

—Por favor... —supliqué, clavándole las uñas en los hombros, sintiendo los músculos tensos como cuerdas de acero bajo la piel.

—Di que lo quieres —exigió, con la mirada fija en la mía, dominante.

—Te quiero dentro mío.

No esperó más, me penetró.

Fue lento, profundo y abrumador. Un suspiro largo y tembloroso se escapó de ambos al mismo tiempo. La penetración fue perfecta, era una invasión que parecía completar un espacio que ni siquiera sabía que estaba vacío. Al principio se movió lentamente, saboreando la conexión, la fricción piel con piel y el sonido de nuestra respiración mezclada con el ruido rítmico de las olas

rompiendo en la arena. Sin embargo, la calma no duró. La pasión se apoderó de nosotros, bruta y urgente.

El ritmo se aceleró. Athan comenzó a empujar con fuerza, golpeando sus caderas contra las mías con un sonido húmedo y carnal. La cama balinesa crujía suavemente bajo nuestro peso y nuestro frenético movimiento.

—Mírame, Eleni —gruñó, entrelazando nuestros dedos y sujetando mis manos por encima de mi cabeza de nuevo.

Lo miré. Su rostro era una máscara de placer y concentración. El sudor brillaba en su frente, mezclando la sal del mar con el sudor del esfuerzo.

Athan me amó con su cuerpo, con sus manos que apretaban mis muslos, dejando sus huellas en mi piel. Me amó con su boca, que bajó para devorar la mía en un beso que sabía a mar y a eternidad. Y yo le correspondí, arañándole la espalda, envolviéndolo con mis piernas, tratando de atraerlo más profundamente, entregándole todo lo que era y todo lo que podía ser.

La vergüenza había desaparecido. Allí, bajo el techo de gasa y el cielo azul, yo era pura sensación. Fuego y agua.

Cuando llegó el final, fue explosivo, blanco y cegador como el sol del mediodía.

—¡Athan!

Grité su nombre hacia los acantilados, con mi cuerpo convulsionando a su alrededor, apretándolo en deliciosos espasmos.

Sentí que perdía el control. Athan soltó mis manos para sostener mi rostro, mirándome profundamente a los ojos mientras se derramaba en mí. Rugió mi nombre contra mi cuello, sellando nuestra unión no con sangre esta vez, sino con vida y silenciosas promesas de eternidad.

Nos derrumbamos en los brazos del otro, con los corazones latiendo descoordinados, la piel pegada por el sudor y el agua del

mar.

Nos quedamos allí tumbados durante mucho tiempo, envueltos en las cortinas blancas y en los brazos del otro, escuchando el mar y recuperando el aliento. Sabía que, pasara lo que pasara en Atenas, ese momento, en esa isla, era nuestro, y nadie, ni siquiera el destino, podría arrebatárnoslo.



Athan
GALANIS

Capítulo 27

El salón de la casa estaba sumido en la penumbra, iluminado solo por el tenue resplandor de las luces de la piscina exterior y por la luna que comenzaba a salir.

Después de pasar horas en la playa, habíamos vuelto arriba, con la piel salada y los cuerpos agotados, pero saciados. Eleni se puso una bata corta de seda que apenas cubría lo esencial y se quedó de pie frente a la gran puerta de cristal, mirando el horizonte oscuro donde el mar se encontraba con el cielo.

Yo estaba en el sofá, con un vaso de whisky en la mano, observándola.

Parecía una estatua. La brisa que entraba por la rendija de la puerta agitaba la seda, revelando el contorno de sus piernas que, hacía poco, estaban envueltas alrededor de mi cintura. Su cabello, aún húmedo y lleno de sal, caía en ondas salvajes por su espalda.

Era hermosa. No tenía la belleza pulida de las socialités de Atenas, sino una belleza cruda, elemental.

Dejé el vaso en la mesa de centro de cristal. El hielo tintineó contra el cristal, el único sonido en la silenciosa habitación.

Me levanté. Mis pies descalzos se hundieron en la alfombra mullida mientras caminaba hacia ella, como un depredador silencioso. El hambre que sentía no se había saciado en la playa, solo se había avivado. Quería tomarla allí mismo, en el sofá de cuero blanco, y demostrarle que por mucho que la tomara, nunca sería suficiente.

Estaba a dos pasos de ella y podía sentir el calor. Extendí la mano para tocar su hombro desnudo...

Cric.

El sonido fue mínimo. Como el crujido de una rama seca al pisarla. O tal vez el roce de una tela contra una piedra.

Me detuve. Mi mano se congeló en el aire.

El instinto, agudizado por años de guerra y paranoia, gritó una alerta roja en mi cerebro. Ese sonido no venía del mar, sino de dentro, del pasillo que llevaba a la cocina.

Andreas había dicho que el perímetro era seguro, pero mi instinto se puso en alerta máxima.

El sonido se repitió, más cerca, en una respiración contenida.

Cambié de postura en una milésima de segundo. La lujuria se evaporó, sustituida por una frialdad letal.

—Eleni —susurré, con una voz tan baja que apenas debió oírme—. ¡Al suelo! ¡Ahora!

Ella se dio la vuelta, confundida, abriendo la boca para preguntar qué, pero no hubo tiempo.

Una sombra emergió de la oscuridad del pasillo. Una figura vestida de negro, rápida y silenciosa, invadió mi santuario.

No esperé a ver el arma, ni a hacer preguntas.

Avancé.

Recorrí la distancia que nos separaba como un rayo. El intruso, sorprendido por mi velocidad, intentó levantar el brazo y vi el brillo de un cuchillo, pero yo ya estaba sobre él.

Le agarré la muñeca con la mano izquierda, retorciéndola con tanta fuerza que se oyó el crujido del hueso o del cartílago. Él gruñó y el cuchillo cayó al suelo con un ruido sordo.

Con la derecha, le di un brutal puñetazo en la garganta, cortándole el aire de los pulmones.

—¡Athan! —El grito de Eleni rompió el silencio.

El intruso intentó reaccionar, dándome un rodillazo en las costillas, pero yo estaba cegado por la furia. Había entrado en mi casa. Se había acercado a ella.

Lo agarré por el cuello y el cinturón y, utilizando el impulso de su cuerpo contra mí, lo lancé hacia atrás. Voló por la sala y su cuerpo chocó contra la mesa de centro de cristal macizo.

El sonido del cristal rompiéndose fue explosivo. La mesa cedió bajo el peso, rompiéndose en mil pedazos afilados. El hombre cayó entre los cristales rotos, gritando de dolor.

No me detuve.

Salté sobre él, ignorando los cristales que podían cortarme los pies. Me monté sobre su pecho, inmovilizándole los brazos con las rodillas.

Le di un puñetazo. *Una vez.* Sentí cómo se le rompía la nariz bajo mis nudillos.

Dos veces. Su cabeza golpeó el suelo de piedra, rebotando.

Tres veces. La sangre comenzó a empapar su máscara.

—¿Quién te envió? —gruñí, golpeándolo de nuevo—. ¿Quién?

Intentó hablar, atragantándose con su propia sangre, pero no le di oportunidad. La furia era un tambor en mi cabeza. *Había tocado mi santuario y amenazado a mi mujer.*

Seguí golpeándolo. Izquierda, derecha. Metódico y brutal. Hasta que dejó de forcejear, los brazos le cayeron flácidos a los lados del cuerpo y la respiración se convirtió en un silbido irregular.

Me detuve, con el puño levantado para dar otro golpe y el pecho subiendo y bajando violentamente.

El silencio volvió a la habitación, pero se veía interrumpido por el sonido de mi respiración y el olor a sangre fresca que se mezclaba con el perfume de las flores del exterior.

Me levanté lentamente, limpiándome su sangre de los puños.

Me giré hacia Eleni.

Estaba acurrucada contra la puerta de cristal, con las manos cubriéndose la boca y los ojos muy abiertos por el terror. Mi esposa miraba al hombre inconsciente y sangrando en medio de la sala destrozada; y luego a mí: al monstruo que acababa de liberar.

—Athan... —susurró con voz temblorosa.

Di un paso hacia ella, pero me detuve cuando vi que se estremecía.

Estaba manchado de violencia otra vez, haciendo que el paraíso se evaporara.

Caminé hacia el cuerpo inerte, aparté el cuchillo de una patada y saqué mi móvil del bolsillo. Marqué el número de Andreas.

—Se ha violado el perímetro —dije con una voz fría como el hielo del Ártico—. Tengo un paquete en la sala de estar. Ven a recoger la basura y trae el kit de interrogatorio.

Corté la llamada y volví a mirar a Eleni.

—Ve al dormitorio —le ordené, sin acercarme—. Cierra la puerta con llave y no salgas hasta que yo te lo diga.

Vacilante y temblorosa, asintió con la cabeza para obedecerme.

La guerra había llegado a la isla.

Andreas llegó cinco minutos después. Entró tácticamente, con el arma en la mano, chequeando el área con dos hombres del equipo Alpha justo detrás.

Cuando vio el cuerpo en medio de la sala destrozada y la sangre en mis manos, bajó el arma. La expresión de mi hermano era una máscara de furia contenida.

—¿Cómo sucedió? —fue lo único que preguntó.

—Dímelo tú, Andreas —gruñí, apartando con el pie un trozo de cristal roto—. Dijiste que el perímetro era impenetrable. Sensores térmicos, drones, y me encuentro a un asesino en mi salón, a tres metros de mi esposa.

Andreas se pasó la mano por el pelo, con los ojos verdes brillando de frustración.

—Los sensores no fallaron, Athan. Acabo de revisar los registros. No se activó nada. Lo que significa que no vino por tierra ni por la superficie.

—Un buzo —deduje—. Vino por debajo del agua, escaló el acantilado por el lado ciego con equipo militar.

—Exacto. —Andreas hizo una señal a los hombres—. Llévenlo al cobertizo de los botes. Átenlo. Quiero que se despierte.

Los guardias arrastraron el cuerpo inerte hacia fuera, dejando un rastro de sangre en el suelo de mármol.

Seguí a Andreas fuera de la casa, bajando por el oscuro sendero hacia el anexo de piedra cerca del muelle. El aire de la noche, antes perfumado y romántico, había adquirido un sabor a ceniza.

En el cobertizo, el olor a mar se mezclaba con el de aceite de motor y óxido. Los hombres arrojaron al intruso en una vieja silla de metal y lo ataron con bridas de plástico industriales.

Andreas tomó un cubo de agua de mar y se lo echó en la cara al hombre.

El intruso se atragantó, tosió violentamente y abrió los ojos. Eran ojos oscuros, vacíos, entrenados para no sentir dolor. Tenía la nariz desviada y la cara hinchada por mis puñetazos.

—Bienvenido de nuevo —dijo Andreas, acercando una silla y sentándose frente a él, girando el cuchillo de combate en su mano —. Vamos a saltarnos los preliminares. ¿Quién te contrató?

El hombre escupió sangre en el suelo y me miró.

—Galanis... —susurró—. Golpeas fuerte.

Me acerqué y lo agarré por el cuello.

—Irrumpiste en mi casa. Amenazaste a mi familia. Te arrancaré cada uña, te romperé cada hueso del cuerpo, hasta que me des un nombre.

—Ya estás muerto. —Sonrió el hombre, ensangrentado y destrozado—. Todos ustedes. Se acabó el tiempo.

La ira me cegó. Le di un puñetazo en el estómago y sentí cómo se le rompían las costillas. Gruñó y se dobló, pero no gritó.

—¡Habla! —grité.

Andreas intervino, sujetándome del brazo.

—Está entrenado, Athan. El dolor no funcionará lo suficientemente rápido.

Andreas se acercó y colocó la punta del cuchillo bajo la uña del pulgar del hombre.

—No tengo prisa —dijo Andreas, con voz suave y terrible—. Puedo hacer que esto dure toda la noche. Un corte a la vez. Un

nervio a la vez. ¿Quién te envió? ¿Fue el Sindicato? ¿Fueron los rusos?

El hombre respiraba con dificultad, con un silbido en el pecho. Miró a Andreas, luego a mí. Había algo en su mirada. No era miedo. Era resignación.

—El legado... —susurró.

—¿Qué? —Me incliné para escuchar. —¿Qué legado?

Pero los ojos del hombre se pusieron en blanco. Su cuerpo tuvo un espasmo violento, la espalda se arqueó contra la silla y luego se relajó. La cabeza cayó hacia adelante.

Andreas maldijo y comprobó el pulso en el cuello del hombre.

—¡Mierda!

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Un paro cardíaco o una cápsula de veneno. Quizás le perforaste un pulmón y se ahogó en su propia sangre. —Andreas soltó el brazo del muerto con repugnancia—. Se ha ido.

Pateé la silla, tirando el cuerpo y el mueble al suelo con un estruendo.

—"El Legado" —repetí, pasándome la mano por la cara, frustrado—. ¿Qué diablos significa eso?

—No lo sé —Andreas se levantó, limpiando el cuchillo en sus pantalones—. Pero significa que no estamos lidiando con aficionados, Athan. Este tipo prefirió morir antes que entregar a su jefe.

Miré el cadáver a mis pies. El misterio no había disminuido, sino que se había profundizado, con un cadáver en mi isla privada y una esposa aterrorizada en la casa principal, la luna de miel había terminado oficialmente.

—Deshazte del cuerpo —ordené, dándole la espalda—. Quémalo. Arroja las cenizas al mar. No quiero dejar rastro.

Salí del cobertizo y volví a la casa bajo la luz de la luna. Había eliminado la amenaza inmediata, pero el sabor del fracaso amargaba mi boca. Se estaban acercando. Y tenía que descubrir quiénes eran, antes de que volvieran a estar cerca de Eleni.



Eleni KOURIS

Capítulo 28

La habitación principal, que horas antes parecía un nido de amor con vistas al paraíso, en ese momento parecía una celda de cristal.

Estaba sentada en el borde de la cama, con las rodillas pegadas al pecho y los ojos fijos en la puerta cerrada. Cada sombra fuera, cada crujido de la madera de la casa enfriándose por la noche, hacía que mi corazón se acelerara.

Sabía que Athan era fuerte y peligroso. Sin embargo, la imagen de aquel hombre vestido de negro irrumpiendo en la habitación, la violencia repentina y el sonido del cristal rompiéndose, todo ello me trajo de vuelta el terror de la avenida Syngrou.

El miedo no era por mí. Era por él.

¿Y si hubiera más enemigos? ¿Y si Athan estaba herido ahí fuera, sangrando en la oscuridad mientras yo estaba allí, a salvo e indefensa?

Cuando giró el picaporte, dejé de respirar.

La puerta se abrió y Athan entró.

Parecía más grande que nunca, llenando el espacio con un aura oscura y pesada. La camisa blanca estaba sucia de polvo y había una mancha oscura en la manga. *¿Sangre?* Al menos no parecía ser suya. Tenía el pelo revuelto, pegado a la frente por el sudor, y mi marido respiraba de forma audible, con el pecho subiendo y bajando a un ritmo controlado, pero intenso.

Me levanté de un salto y corrí hacia él.

—¡Athan!

Me detuve a pocos centímetros de él, chequeando cada centímetro de su cuerpo con la mirada, buscando heridas, cortes o cualquier señal de que estuviera herido.

—¿Estás bien? —le pregunté, tensa, con las manos suspendidas sobre su pecho, temerosa de tocarlo y encontrar una herida oculta—. Ese hombre... ¿qué pasó?

Athan no respondió de inmediato. Me miraba, pero parecía no verme. Sus ojos azules estaban distantes, fríos y enfocados en algo horrible que solo él podía ver. Mi marido olía a humo, a mar y a muerte.

No me importó. La necesidad de sentirlo vivo era mayor que el miedo. Me lancé hacia él, rodeándole la cintura con mis brazos y hundiendo mi rostro en su pecho. Su corazón latía fuerte y rápido contra mi oído.

—Gracias a Dios... —sollocé, abrazándolo con fuerza.

Sentí su cuerpo tensarse contra el mío. Athan no me abrazó. Sus brazos permanecieron inmóviles a los lados de su cuerpo, tensos como barras de hierro.

Por un segundo, mi marido pareció luchar contra sí mismo. Sentí su mano subir, flotando sobre mi espalda, como si quisiera

consolarme, pero la retiró antes de tocarme. En cambio, me agarró por los hombros y me apartó.

No fue un empujón violento, pero fue lo suficientemente firme como para poner distancia entre nosotros. Lo suficientemente frío como para hacerme sentir rechazada.

—¿Athan? —Lo miré, confundida y dolida.

Él dio un paso atrás, creando una barrera invisible, cerrando la "caja fuerte" de nuevo. El hombre que me había amado en la playa había desaparecido y *el Don* había vuelto.

—¿Estás bien? —preguntó con voz áspera y clínica. Me examinó el rostro con la mirada, buscando daños físicos.

Tragué saliva, tratando de entender el cambio repentino.

—Ahora sí —respondí con sinceridad—. Porque has vuelto.

Apretó la mandíbula. Desvió la mirada, como si mi respuesta le molestara o le doliera. Se pasó la mano por el pelo, frustrado, y se acercó a la ventana, mirando la oscuridad exterior, donde Andreas probablemente estaba limpiando los restos de la violencia.

—No te acostumbres a la paz, Eleni —dijo, dándome la espalda—. Es un lujo que no nos podemos permitir.

—¿Qué quieres decir?

Se dio vuelta con una expresión impenetrable.

—La luna de miel ha terminado.

El anuncio cayó sobre la habitación como una sentencia.

—Pero acabamos de llegar —murmuré, sintiendo cómo el sueño de las Cícladas se me escapaba entre los dedos.

—Nos han descubierto —respondió él con dureza—. La isla está comprometida. Ya no es segura. Si uno ha entrado, otros pueden hacerlo. No voy a arriesgarme a mantenerte aquí como un blanco fijo mientras juego al ajedrez con fantasmas.

Se acercó al armario, sacó una maleta y la tiró sobre la cama.

—Prepara tus cosas. Solo lo esencial. Mi equipo traerá el resto más tarde.

—¿Nos vamos ahora? ¿En mitad de la noche?

—Sí. El *Odisea* está abastecido y listo.

Me quedé parada, mirándolo, mientras cerraba las maletas y revisaba el arma, volviendo al modo operativo. La intimidad, las risas en la cocina, la pasión en la arena. Todo parecía haber sucedido en otra vida.

—Athan... —lo llamé, tratando de alcanzar al hombre detrás del soldado.

Se detuvo, con la mano en el picaporte de la puerta, listo para salir y dar órdenes. No miró atrás.

—Date prisa, Eleni. Salimos en veinte minutos.

La puerta se cerró de golpe.

Me quedé sola en la habitación silenciosa. Miré la cama deshecha y las velas apagadas. El paraíso había sido violado y la burbuja había estallado.

Con el corazón encogido, empecé a doblar mi ropa. Volvíamos a casa. Sin embargo, al ver la postura rígida de mi marido, sentí que volvía sola a la guerra.



Athan
GALANIS

Capítulo 29

El mar Egeo por la noche era un abismo de tinta negra. Sin luna ni estrellas, solo la oscuridad infinita y el sonido del casco del *Odisea* cortando las olas.

Yo estaba al mando. Había despedido al capitán y tomado el timón tan pronto como salimos de la isla. Mis instintos me gritaban que confiar la vida de mi esposa a cualquier otra persona, incluso a un empleado leal, era un error que no podía cometer esa noche.

Eleni estaba sentada en el asiento de cuero de la cabina de mando, abrazándose las rodillas y con la mirada fija en la oscuridad exterior.

El radar giraba en la pantalla frente a mí, en una línea verde que barría el vacío.

Bip... Un punto apareció en el borde de la pantalla.

Fruncí el ceño.

Un segundo punto apareció justo detrás del primero. Se movían demasiado rápido para ser barcos pesqueros o cargueros.

Venían directamente hacia nosotros, sin transpondedor[7] ni identificación.

—Andreas —llamé por la radio interna—. Puente de mando. ¡Ahora!

—¿Problemas? —La voz de mi hermano llegó con interferencias.

—Tenemos sombras. Dos lanchas rápidas en ruta de interceptación.

Eleni levantó la cabeza, con las pupilas dilatadas por el miedo.

—¿Athan?

—Mantén la calma —le ordené, sin apartar la vista del radar.

Andreas entró en la cabina segundos después. No traía preguntas, sino un rifle de precisión McMillan TAC-50, negro mate, con una mira térmica acoplada.

Miró la pantalla del radar.

—Están cerrando el cerco —constató mi hermano—. Uno por la proa, otro intentando cortar la popa. Quieren abordarnos.

—No lo conseguirán. —Giré bruscamente el timón a estribor —. Voy a forzar los motores. ¡Prepárense!

El *Odisea* se inclinó violentamente con la maniobra. Eleni resbaló en el asiento.

—¡Eleni! —grité, por encima del rugido de los motores que aumentaban su potencia—. ¡Al suelo! ¡Ahora!

Ella no dudó. Se deslizó del asiento y se tumbó en la alfombra de la cabina, cubriéndose la cabeza con los brazos y acurrucándose contra la base del panel de control.

—Apaga todas las luces —le ordené a Andreas—. Vamos a hacernos invisibles.

El yate se sumergió en la oscuridad total, pero ellos sabían dónde estábamos.

El sonido de las ametralladoras rasgó la noche.

Vimos los destellos de los disparos en la oscuridad, dos puntos de fuego a nuestra izquierda. Las balas impactaron en el casco reforzado del yate como granizo metálico. Una bala alcanzó el cristal blindado de la cabina, justo a la altura de mi cabeza. El cristal aguantó, pero se formó una telaraña blanca en el punto de impacto.

Eleni gritó, un sonido ahogado por el ruido de la guerra.

—Están usando calibre 5,56 —analizó Andreas, tranquilo como si estuviera comentando el clima del día—. Voy a subir a la cubierta superior. Necesito ángulo.

—El mar está agitado, Andreas. Va a ser un tiro difícil.

—Solo mantén el barco estable durante dos segundos, hermano. Yo haré el resto.

Andreas salió al viento y al caos, subiendo la escalera exterior con el rifle a la espalda.

Agarré el timón con fuerza y aceleré, lanzando el yate contra las olas, haciendo que la embarcación de doscientas toneladas saltara sobre el agua. Tenía que dificultarles la puntería.

Las lanchas enemigas eran más rápidas y más pequeñas. Zigzagueaban, tratando de ponerse a la altura para lanzar los ganchos de abordaje.

—Athan... —La voz de Eleni llegó desde el suelo, temblorosa.

—¡Quédate agachada! —rugí, mientras otra ráfaga de balas barría la cubierta, destrozando una lámpara exterior.

Estaban demasiado cerca. No podía despistarlos solo con velocidad. Teníamos que cegarlos.

Abrí el compartimento de emergencia a mi lado y tomé la pistola de bengalas.

—¡Andreas! —grité por la radio—. ¡Voy a iluminar el escenario! ¡Prepárate!

—*Estoy listo. Adelante.*

Abrí la ventana lateral blindada lo justo para pasar la mano.

Apunté con la pistola de bengala no hacia el cielo, sino directamente hacia la lancha más cercana, que se acercaba por la izquierda.

Apreté el gatillo.

El proyectil de fósforo rojo salió silbando. Explotó a pocos metros por encima de la lancha enemiga, bañando el mar y su cubierta con una luz roja, cegadora e intensa.

Los pilotos de la lancha, que debían llevar gafas de visión nocturna, quedaron instantáneamente cegados por el destello. La lancha giró violentamente hacia la derecha, perdiendo el control.

Era la oportunidad que Andreas necesitaba.

El sonido del rifle de precisión de mi hermano fue diferente. Más grave y potente. Un trueno único.

Afuera, vi explotar el motor de popa de la segunda lancha. Andreas había dado en el tanque de combustible o en el bloque del motor con precisión quirúrgica.

Una bola de fuego naranja iluminó la noche. La lancha se detuvo bruscamente, girando en círculos, envuelta en humo negro.

La primera lancha, a la que yo había cegado, intentó dar la vuelta para rescatar a sus compañeros o huir, pero lancé el *Odisea* contra ellos, como una pared de acero que venía a aplastarlos. Se desviaron en el último segundo, abandonando la persecución y huyendo hacia la oscuridad.

—Objetivo neutralizado —dijo Andreas por la radio, con satisfacción.

Respiré hondo, con el corazón latiendo con fuerza contra las costillas. Reduje la velocidad, pero no me detuve.

—¿Eleni? —la llamé, mirando al suelo.

Ella levantó la cabeza lentamente. Estaba pálida, temblando, con los ojos fijos en la telaraña de cristal donde había impactado la bala.

—¿Se acabó? —susurró.

—Por ahora —respondí, extendiendo la mano para ayudarla a levantarse y tirando de ella hacia mi regazo mientras controlaba el barco con una mano—. Lo has hecho perfecto. Te has agachado.

Ella enterró la cara en mi cuello, llorando en silencio. El olor a pólvora de la bengala aún permanecía en mi mano.

***

La llegada al puerto del Pireo fue sombría.

La caravana de vehículos blindados nos llevó a la mansión en un tiempo récord. La adrenalina de la batalla naval había dado paso a una furia fría y calculadora.

Cuando llegamos, la fortaleza estaba cerrada.

—Lleva a la señora a la habitación —le indiqué a Despina en el vestíbulo—. Nadie debe entrar en esa ala.

Eleni me miró, agotada.

—¿No vienes conmigo?

—Tengo trabajo que hacer.

En cuanto ella subió, me dirigí a la puerta del despacho.

—Trae a Alex —le ordené a Kostas.

Diez minutos después, la “Trinidad” estaba reunida.

La oficina estaba llena de humo de cigarrillo y de una tensión eléctrica, de esas que preceden a las tormentas.

Alex estaba sentado en el sillón de cuero, girando una copa de coñac en la mano, con el rostro pálido y sin su habitual sonrisa. Andreas estaba de pie junto al mapa de Atenas que colgaba de la pared. Todavía llevaba el traje táctico, pero no solo estaba manchado de hollín, sino también de sal y aceite de armas. El olor a pólvora quemada emanaba de él como un perfume macabro.

—Fue un cerco perfecto —dijo Andreas con voz ronca, pasándose la mano por el pelo endurecido por la sal marina—. El intruso en la isla era solo el explorador. Esas lanchas eran el escuadrón de la muerte.

—¿Eran profesionales? —pregunté, sentándome en mi silla detrás de la mesa, sintiendo el peso del cansancio en los huesos.

—Mercenarios navales. —Andreas se encogió de hombros, pero sus ojos brillaban con la adrenalina residual—. Usaban tácticas de interceptación militar. Sin luces, sin transpondedor. Si no hubieras cegado a ese piloto con la bengala, Athan, ahora estaríamos nadando. O hundiéndonos.

—¿Qué querían? —preguntó Alex con voz aguda—. ¿Un secuestro?

—Ejecutarnos —respondí, frío—. Dispararon a matar. El cristal de la cabina donde estábamos Eleni y yo tiene marcas de calibre 5,56. Querían hundir el *Odisea* con todos nosotros dentro.

—El hombre de la isla —continuó Andreas—, antes de morir, dijo dos palabras: "El Legado".

Alex frunció el ceño e inclinó el cuerpo hacia delante.

—¿El Legado? ¿Qué significa eso? ¿El testamento del padre? ¿La herencia?

—O una organización —sugerí, encendiendo un cigarro para calmar mis nervios—. Alguien que cree que tiene derecho a lo que

es nuestro y tiene recursos para financiar lanchas rápidas y mercenarios serbios.

—La cuestión principal no es *quién* —interrumpió Alex, con su mente de abogado trabajando a toda velocidad—. Es *cómo*.

Se levantó y empezó a caminar.

—El viaje a la isla se mantuvo en absoluto secreto. Yo difundí las noticias falsas sobre París. Pero el ataque en el mar... —Alex nos miró, asustado—. No solo sabían dónde estaban ustedes. Sabían la hora exacta de la salida. Conocían la ruta de escape. Sabían que no teníamos escolta de apoyo.

—Alguien habló. —La voz de Andreas era un gruñido bajo—. Tenemos una filtración, Athan, y no es una filtración pequeña. Es una hemorragia. Alguien de adentro está guiando sus misiles.

El silencio se apoderó de la sala. La idea de un traidor en nuestro círculo íntimo era un veneno que ya sospechábamos, pero la precisión del ataque naval confirmaba el peor escenario.

—¿Quién? —pregunté, sintiendo el sabor de la bilis—. ¿Kostas? ¿Ilias?

—Ilias conducía el coche que nos trajo desde el puerto. Estaba dispuesto a morir si nos seguían —se defendió Andreas inmediatamente—. Y Kostas te es leal como un perro. No son los jefes de seguridad. Es alguien invisible. Alguien que escucha detrás de las puertas.

—O alguien que tiene acceso a los datos —añadió Alex, dirigiéndose al ordenador—. Las coordenadas de navegación del *Odisea* se introdujeron en el sistema digital. Alguien accedió al plan de ruta en tiempo real.

—Rastréalo —le ordené a Alex—. Revisa cada cuenta, cada mensaje cifrado y cada empleado de la casa y de la empresa. Quiero saber quién vendió mi cabeza y la de mi esposa por unas pocas monedas de plata.

—¿Y mientras tanto? —preguntó Andreas, limpiándose una mancha de aceite de la mano—. ¿Qué hacemos? ¿Nos quedamos aquí sentados esperando el próximo ataque? Han fallado en el mar, Athan. Lo volverán a intentar en tierra.

Me levanté y caminé hacia la ventana, mirando la oscuridad del jardín. La misma oscuridad que parecía esconder monstruos en cada arbusto.

—No —respondí, viendo mi reflejo cansado, pero decidido, en el cristal blindado—. Vamos a atacar. Si quieren "El Legado", les mostraremos lo que realmente significa el legado Galanis.

Me giré hacia mis hermanos.

—Andreas, duplica la seguridad alrededor de Eleni. Quiero sombras sobre ella las 24 horas del día. Si va al baño, quiero un guardia en la puerta. Nadie entra en esta casa sin ser registrado hasta los huesos.

—Hecho.

—Alex, utiliza tus contactos en Interpol. Averigua si hay alguna mención a un grupo llamado "El Legado". Y presiona a los rusos. Si ellos no están involucrados, saben quiénes lo están.

—Voy a hacer algunas llamadas que van a salir caras —dijo Alex, levantándose—. Pero lo conseguiré.

—¿Y tú, Athan? —preguntó Andreas.

Miré al techo, sabiendo que, justo encima de mi cabeza, mi esposa intentaba dormir en una cama vacía, traumatizada por la batalla que acababa de presenciar.

—Yo me encargaré de la casa. Limpiaré este lugar. Y si encuentro al traidor... —Apreté los dientes, recordando el miedo en los ojos de Eleni cuando las balas impactaron en el cristal—. Haré que la muerte de mi padre parezca misericordiosa en comparación con lo que le haré.

La guerra había cambiado de fase. Ya no se trataba de territorio ni de dinero. Era algo personal. Habían convertido mi luna de miel en un campo de batalla y lo pagarían con sangre.



Eleni KOURIS

Capítulo 30

La mansión Galanis se había convertido en una fortaleza.

En los tres días que siguieron a nuestro apresurado regreso de la isla, no vi el sol. Las ventanas estaban cubiertas con persianas de seguridad, las puertas cerradas con llave y el jardín patrullado por hombres armados que no sonreían.

Athan se había convertido en un fantasma. Sabía que estaba en casa, podía oír sus pesados pasos en el pasillo a altas horas de la noche, o sentir el olor a cigarro que provenía de su oficina cerrada con llave, pero no venía a nuestra habitación. Dormía en la oficina o, tal vez, no dormía.

Yo estaba a salvo. Athan había cumplido su promesa. Sin embargo, la seguridad tenía un precio: la libertad.

Intenté salir al jardín esa mañana, solo para sentir la brisa en la cara. Kostas, la sombra silenciosa de Athan, se materializó en la puerta de cristal antes de que pudiera tocar el picaporte.

—Lo siento, señora —dijo con su voz monótona de siempre—. El jefe ha ordenado un confinamiento total. Nadie sale, ni siquiera al jardín.

—¡Solo es el jardín, Kostas! —protesté, sintiendo cómo la claustrofobia me oprimía la garganta—. ¡Hay muros de tres metros ahí fuera!

—Y hay rifles de largo alcance que recorren hasta tres kilómetros, señora. Por favor, vuelva adentro.

Retrocedí, frustrada y sofocada. La casa era preciosa, llena de obras de arte y lujos, pero sofocante; parecía un mausoleo. Necesitaba vida, y algo que no fuera de frío mármol ni acero balístico.

Seguí el único olor que me reconfortaba en esa casa.

Cuando empujé la puerta de la cocina, me recibió una nube de vapor perfumado que olía a canela, clavo de olor y carne asada.

—*¡Panagia mou!*[8] —exclamó María al verme, limpiándose las manos en el delantal—. ¡Estás pálida como un fantasma! ¿Te están matando de hambre arriba?

Sonreí, sintiendo cómo se relajaban mis hombros por primera vez en todo el día.

—No, María. Solo es aburrimiento.

—¡El aburrimiento es un pecado cuando se tiene la cocina llena! —Me acercó una silla a la mesa rústica—. Siéntate. Acabo de sacar la *moussaka* del horno y he hecho *spanakopita* fresca.

La mesa ya estaba llena, como si estuviera esperando a un batallón, y no a una mujer de cincuenta kilos. Había fuentes de *moussaka* humeante (la lasaña griega de berenjena y carne), cestas con pan *de pita* caliente, cuencos de *tzatziki* con mucho ajo y pepino, y una tarta de espinacas y queso feta (*spanakopita*) que parecía divina.

—Quieres engordarme —la acusé, pero ya estaba tomando un tenedor.

—A los hombres griegos les gusta tener algo a lo que agarrarse. —Maria guiñó un ojo mientras me servía una generosa porción—. Y *Kyrie* Athan necesita fuerzas. Hoy no ha comido nada. Ese hombre vive a base de café y odio.

Zoe, que estaba puliendo los cubiertos en un rincón, se acercó con un paño en la mano, ansiosa por cotillear.

—El tiempo está horrible ahí fuera, ¿verdad, señora? —preguntó con los ojos muy abiertos—. He oído a Ilias decir que han encontrado un cadáver en el mar. Dicen que la guerra está a punto de empezar.

—¡Zoe! —la reprendió María, golpeando la mesa con una cuchara de madera—. No le llenes la cabeza a la niña con esas historias. Déjala comer en paz.

—No pasa nada, María —dije, masticando un delicioso trozo de berenjena—. Prefiero saberlo. Nadie me cuenta nada. Athan me encierra aquí y cree que con eso basta.

La puerta trasera se abrió y Petros, el jardinero, entró con una cesta llena de naranjas y granadas. El aroma cítrico cortó el aire pesado de la cocina.

—*Kalimera*, señora. —Se quitó la gorra, con los ojos amables arrugados en las comisuras—. Traje las primeras de la temporada. Dicen que las granadas traen fertilidad y suerte a la casa nueva.

Puso una granada roja y brillante delante de mí.

Me sonrojé, recordando la conversación sobre los herederos.

—Gracias, Petros. Creo que necesitamos algo de suerte.

—La suerte la hacemos nosotros, señorita —dijo él, lavándose las manos en el fregadero—. Pero una buena comida ayuda a esperar a que pase la tormenta.

Despina entró en la cocina en ese momento, con su postura rígida de siempre, sosteniendo una *tablet*.

—Buenos días, señora Eleni —saludó formalmente.

—Hola, Despina —respondí—. ¿Quieres sentarte? María preparó comida suficiente para un ejército.

La ama de llaves miró la mesa repleta, a los empleados relajados y luego a mí. Por un segundo, se le cayó la máscara de general.

—Quizás un café —cedió, sentándose en el extremo de la mesa—. Ha sido un día muy largo.

Nos quedamos allí, reunidos alrededor de la mesa de madera, comiendo *moussaka* y terminando con *galaktoboureko* (un postre de masa filo y crema de sémola, bañado en almíbar de limón y naranja) que María trajo triunfante al final.

Mientras escuchaba a Zoe hablar de un nuevo novio y a Petros quejarse de las plagas en los olivos, me di cuenta de algo.

Athan había construido muros para mantenerme dentro. Sin embargo, me dio algo más valioso dentro de esos muros. Me dio una familia extraña, leal y ruidosa.

Me sentía asfixiada por la seguridad, sí. Pero allí, con el dulce sabor de la crema en la boca y el calor de esas personas a mi alrededor, no me sentía sola.

Miré la granada sobre la mesa.

Esperaría a que Athan saliera de su guarida de guerra y, cuando lo hiciera, yo estaría allí, fuerte, alimentada y lista para ser su refugio, al igual que esta cocina estaba siendo el mío.

Cayó la noche, trayendo consigo el pesado silencio de la mansión. Las luces de seguridad del exterior proyectaban largas sombras a través de las persianas cerradas.

No podía dormir. La conversación en la cocina me había calentado el corazón, pero la ausencia de Athan en la cama aún dejaba mi cuerpo frío. Necesitaba desahogar la ansiedad que zumbaba bajo mi piel.

Bajé al salón de música, guiada por la penumbra. El piano de cola parecía brillar en la oscuridad como una luna solitaria.

Me senté en el banco de terciopelo y dejé que mis dedos encontraran las frías teclas.

Empecé despacio. Un Nocturno de Chopin, melancólico y suave. Las notas se elevaban en el aire, llenando el vacío de la enorme casa, resonando contra el mármol y el cristal. Cerré los ojos, dejando que la música dijera lo que yo no podía decir. Hablaba de miedo, de nostalgia y de un deseo prohibido que crecía como una mala hierba en mi pecho.

Estaba tan perdida en la melodía, tan inmersa en la vibración de las cuerdas, que no oí los pasos.

Sentí su presencia antes de verlo. El aire de la sala cambió. Se volvió más denso, cargado de electricidad estática. El olor a sándalo y tabaco llegó hasta mí.

Me detuve, con las manos suspendidas sobre las teclas, el último acorde aún vibraba en el silencio.

Giré la cabeza.

Athan estaba apoyado en la puerta, sumido en la penumbra. Se había quitado la chaqueta y la corbata. La camisa blanca estaba abierta en el cuello, las mangas dobladas revelaban sus tensos antebrazos. Parecía agotado, con ojeras, pero su mirada estaba fija en mí con una intensidad que me hizo temblar.

Ahora no parecía el Don, sino un hombre que había caminado por el desierto y había encontrado un oasis.

—No pares —me pidió con voz ronca y baja—. Sigue.

Volví a tocar. Esta vez, no toqué para mí, sino para él. Cambié la melodía por algo más profundo, más intenso.

Athan se apartó de la puerta y se acercó al piano. Sus pasos eran silenciosos sobre la alfombra. Sentí que el banco se hundía a mi lado cuando se sentó.

Era grande, cálido y sólido. El calor de su cuerpo irradiaba hacia mi brazo, formando una barrera contra el frío de la noche.

Athan no dijo nada, solo se quedó allí, escuchando, observando cómo mis manos se movían sobre las teclas. Sentí su mirada en mi perfil, en mi cuello, en mis manos. Era un contacto sin contacto.

Cuando terminé de tocar el piano, dejé caer mis manos sobre mi regazo. El silencio que siguió no fue vacío, sino lleno de significados no expresados.

Athan extendió la mano. Sus dedos, callosos y cálidos, tocaron mi nuca, subiendo para entrelazarse en mi cabello.

—Eso calma a la bestia —murmuró, inclinándose para rozar con la nariz la curva de mi cuello—. Podía oírlo desde la oficina.

Giré la cara hacia él. Nuestros labios estaban a centímetros de distancia. Podía ver las motas doradas en el azul de sus ojos.

—Necesitas paz, Athan —le susurré, levantando la mano para tocarle la cara y sintiendo cómo su barba incipiente me arañaba la palma.

—Te necesito a ti —me corrigió.

Me besó.

No fue el beso de guerra de la iglesia, ni el beso voraz de la playa. Fue un beso de absoluta necesidad. Profundo, lento y desesperado. El beso de alguien que se estaba ahogando y acababa de encontrar aire.

Sus manos sostuvieron mi rostro como si fuera lo más precioso y frágil del mundo. Mis manos se posaron sobre su pecho, sintiendo los fuertes y descoordinados latidos de su corazón bajo la camisa.

El beso se hizo más profundo. Él gimió contra mi boca, en un sonido de rendición que me hizo derretirme. Athan me atrajo hacia su regazo, mis piernas rodeaban instintivamente la cintura de mi marido, la seda de mi bata se deslizaba contra sus pantalones.

Sin embargo, no intentó quitarme la ropa ni tumbarme en el suelo.

Simplemente me apretó contra él, hundiendo la cara en mi cuello, respirando mi olor, besando mi piel con una devoción que era casi dolorosa.

Era pura intimidad. Sin sexo, pero infinitamente más erótico. Estábamos conectados, perdidos el uno en el otro, en la burbuja de seguridad que la música y la oscuridad habían creado. Por un momento, no había mafia, no había traidores, ni muerte, solo nosotros dos.

—Athan.

La voz seca y cortante de Andreas rompió el encanto como un cristal roto.

Athan se quedó paralizado. Sentí cómo la tensión volvía a su cuerpo al instante, convirtiéndolo en mármol. Respiró hondo, con su frente apoyada en la mía, sus ojos cerrados por un segundo en una expresión de dolor y furia contenida.

Se apartó de mí, pero mantuvo una mano en mi cintura, de manera protectora.

Andreas estaba de pie en la puerta, sosteniendo una *tablet*, con el rostro sombrío iluminado por la pantalla. No se disculpó por la interrupción.

—Lo encontramos —dijo Andreas—. Sabemos quién filtró la ubicación de la isla.

Athan me apartó de su regazo y se levantó. La máscara del Don volvió a su lugar, fría e implacable. La ternura desapareció, sustituida por la letalidad.

—¿Quién fue? —Su voz era hielo puro.

—No te va a gustar —advirtió Andreas.

Athan me miró por última vez. No hubo un beso de despedida. Solo una advertencia silenciosa y urgente en sus ojos: *Quédate aquí. Mantente a salvo.*

Luego se marchó, siguiendo a Andreas hacia la oscuridad del pasillo, llevándose consigo mi paz y el calor de la habitación.



Athan
GALANIS

Capítulo 31

El pasillo que separaba la sala de música de mi despacho parecía tener kilómetros de largo. Con cada paso que daba, alejándome del calor de Eleni, el hielo volvía a cubrir mi piel, capa a capa, hasta que ya no era el marido que besaba con devoción, sino el Don que tenía que ordenar ejecuciones.

Entré en la oficina y cerré la puerta de golpe, poniendo el cerrojo.

El ambiente estaba saturado de humo y tensión. Andreas estaba de pie, caminando de un lado a otro como un animal enjaulado. Alex, que había regresado de Atenas bajo el manto de la noche para reunirse con nosotros, estaba sentado en el sillón de cuero, con el rostro pálido iluminado por la pantalla del ordenador portátil.

—Habla —ordené, yendo directamente a la botella de whisky. Necesitaba algo fuerte para quitarme el sabor dulce de la boca de

Eleni y sustituirlo por la amargura de la realidad.

—La filtración no provino de un teléfono intervenido —dijo Andreas, dejando de caminar y mirándome fijamente—. Y tampoco provino de un hackeo externo a los servidores de la empresa.

Alex giró el portátil hacia mí. En la pantalla, líneas de código y registros de acceso brillaban en verde neón.

—Vino de aquí, Athan —dijo Alex con voz grave—. La señal que envió las coordenadas del *Odisea* y el plano de la casa de la isla se emitió desde el interior de esta mansión. Desde un dispositivo conectado a nuestra red interna encriptada.

La copa de cristal crujió en mi mano bajo la presión de mis dedos.

—¡Imposible! —gruñí—. La red interna está aislada. Solo nosotros tres y mamá tenemos acceso de administrador.

—Y por eso es grave —replicó Alex—. Alguien utilizó una clave de acceso de nivel 2. No es un administrador total, pero es lo suficientemente alto como para ver la logística del transporte.

—¿Quién tiene nivel 2? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta. El sabor del whisky en mi boca se volvió gris.

—Kostas. Ilias. Despina. Y Spiros, del departamento de Tecnología. —Andreas enumeró los nombres como si estuviera leyendo una lista de condenados a muerte.

Sentí un puñetazo en el estómago. Eran las personas que nos habían criado. Las personas que nos habían protegido durante décadas. Kostas había recibido una bala por mi padre. Despina me había limpiado las rodillas raspadas.

—Son leales —insistí, pero la palabra me sonó débil incluso a mí.

—Papá también creía que su catador de comida era leal —respondió Andreas, cruel y directo—. Y mira dónde está ahora. Bajo

tierra, con las tripas derretidas por el arsénico.

La mención de la muerte de nuestro padre hizo que la temperatura de la habitación bajara diez grados.

Recordé aquella noche. Konstantin Galanis sentado en el mismo sillón en el que estaba Alex, agarrándose el pecho, con espuma saliéndole por la boca, los ojos desorbitados por la traición. No murió en un glorioso tiroteo. Acabó ahogado en su propia alfombra, asesinado por alguien que le sirvió una bebida con una sonrisa.

Miré las paredes de caoba del despacho. Parecían cerrarse sobre nosotros.

—El veneno sigue aquí —murmuré, mirando a mis hermanos —. Enterramos el cuerpo, pero la enfermedad permaneció.

—Estamos durmiendo con el enemigo, Athan —dijo Alex, cerrando el portátil con un chasquido seco—. Alguien en esta casa, alguien que nos da los buenos días y nos sirve el café, vendió su cabeza y la de Eleni por dinero. O por odio...

Me acerqué a la ventana blindada y miré el jardín oscuro donde patrullaban los guardias. ¿Cuántos de ellos eran leales? ¿Cuántos estaban esperando la señal para abrir las puertas?

—Nadie es de fiar —decreté, sintiendo cómo la paranoia se apoderaba de mí como una segunda piel—. A partir de ahora, nadie entra ni sale. Corten las comunicaciones del personal. Confisquen los móviles.

—Eso generará pánico —advirtió Alex.

—Deja que entren en pánico. El miedo hace que los culpables cometan errores. —Me giré hacia ellos, con la mirada fría—. Andreas, quiero que revises el pasado de todos. Deudas de juego, amantes secretos, cuentas en el extranjero, familiares enfermos que necesitan tratamientos caros. Todo el mundo tiene un precio. Descubre el precio de quienes nos han traicionado.

—¿Y si es uno de ellos? —preguntó Andreas, con la mano apoyada en la culata del arma que llevaba en la cintura—. ¿Kostas? ¿Ilias?

—Si es uno de ellos... —Mi voz falló por un segundo, pensando en la lealtad canina de Kostas. Entonces, la imagen de Eleni corriendo descalza y sangrando por la avenida invadió mi mente. La imagen de ella en mis brazos, confiando en mí para mantenerla con vida—. Si es uno de ellos, yo mismo apretaré el gatillo.

Alex se levantó y se sirvió una copa. Sus manos, normalmente firmes, temblaban ligeramente.

—Esto es una locura. Nos estamos canibalizando. Es exactamente lo que quiere "El Legado".

—¿Quiénes son, Alex? —pregunté—. El mercenario de la isla mencionó ese nombre. ¿Qué has descubierto?

—Nada concreto —suspiró Alex—. Es un rumor. Una leyenda urbana entre las agencias de inteligencia. Dicen que es una organización antigua, formada por bastardos y exiliados de las grandes familias criminales de Europa. Gente que ha sido desheredada, olvidada. Gente con mucho odio y nada que perder.

Miré al techo, imaginándome a Eleni allí arriba, tocando el piano, creyendo que estaba a salvo, cuando en realidad estaba en el ojo del huracán.

—La casa no es segura —constaté, sintiendo un peso aplastante en el pecho—. El lugar donde nacimos es una trampa mortal.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Andreas.

—Vamos a cazar —respondí—. Al primero que mire hacia otro lado o haga una llamada sospechosa, lo atraparemos.

Caminé hacia la puerta, listo para volver a la habitación y montar guardia en la puerta de mi esposa.

—Y recuerden —dije, mirando a mis hermanos, las únicas dos personas en el mundo en las que aún me atrevía a confiar—. Papá murió porque bajó la guardia dentro de su casa. No cometeremos el mismo error.

Salí del despacho, dejando atrás el humo y la conspiración, y entré en el oscuro pasillo. La mansión Galanis, que siempre había sido mi castillo, en ese momento parecía un laberinto lleno de monstruos, y el peor de ellos no estaba debajo de la cama. Estaba sirviendo la mesa.



Eleni KOURIS

Capítulo 32

El reloj de pared marcaba las dos de la madrugada, pero el sueño parecía un recuerdo lejano.

Estaba sentada en el sillón de terciopelo cerca de la ventana blindada, con las piernas recogidas contra el pecho, observando el jardín sumido en la oscuridad. Las luces de seguridad creaban islas de claridad en el césped y, cada pocos minutos, la sombra de un guardia armado pasaba, recordándome que no estaba en una residencia, sino en una jaula de oro.

Mi mano izquierda descansaba sobre la rodilla y mis ojos se sintieron atraídos, como siempre, por el frío brillo del zafiro en mi dedo anular.

El anillo que había sido de Cassandra. El anillo de la Matriarca.

Pesaba muchísimo... No solo físicamente, ya que la piedra era enorme, sino también simbólicamente. Era un hermoso grillete que

me ataba a un mundo de violencia, secretos y hombres que discutían asesinatos como si discutieran el clima.

Solté un suspiro mientras giraba el anillo en mi dedo, ese gesto inquieto que se me había pegado en los últimos días, con el metal raspando mi piel a modo de recordatorio constante.

Giré hacia la izquierda. Giré hacia la derecha. Y entonces sentí algo extraño.

Hubo un clic minúsculo, casi imperceptible, bajo la montura de la piedra principal.

Me detuve.

Acerqué la mano a los ojos, aprovechando la luz de la lámpara. El zafiro parecía torcido.

—No puede ser... —susurré, sintiendo cómo el pánico me subía por la garganta.

Toqué la piedra con la uña. Se movió.

Mi corazón se detuvo. Había roto el anillo. Había roto la joya familiar que había pertenecido a los Galanis durante generaciones. La joya que Athan había puesto en mi dedo con esa mirada de advertencia. *"Cuídala".*

—Soy una idiota —murmuré, sintiendo cómo las lágrimas de frustración me quemaban los ojos—. ¡Torpe! ¡Estúpida!

Intenté volver a colocar la piedra en su sitio, pero no encajaba. Parecía que una de las garras de platino se había soltado, o tal vez había una bisagra oculta que había accionado sin querer.

Tenía que arreglarlo antes de que Athan lo viera. Antes de que Cassandra lo viera. Ya pensaban que yo era frágil; cuando se dieran cuenta de que había estropeado una joya tradicional de la familia, pensarían que yo era descuidada e indigna.

La manija de la puerta giró.

Di un salto en el sillón, escondiendo instintivamente la mano a la espalda, como un niño que ha roto un jarrón.

Athan entró.

Parecía haber cargado con el peso del mundo sobre sus hombros durante las últimas horas. La chaqueta había desaparecido, la corbata estaba deshecha y colgaba de su cuello, y la camisa blanca estaba arrugada. Había una sombra oscura en su rostro, una mezcla de barba sin afeitar y agotamiento mental.

Se detuvo al verme despierta, con la mano aún en la manija.

—¿Por qué no estás durmiendo? —Su voz era ronca y baja.

—Yo... no pu-pude —tartamudeé—. Athan...

Entró en la habitación y cerró la puerta con llave. Se acercó al bar, se sirvió una copa de whisky y se la bebió de un trago. Parecía tenso, vibrando con una energía contenida y peligrosa.

—Vuelve a la cama, Eleni. Hemos tenido una noche larga.

Athan empezó a desabrocharse la camisa, girándose hacia el baño, sin mirarme siquiera. Iba a darse una ducha, a dormir, y yo me quedaría allí con mi secreto roto.

No. No podía ocultarlo. La honestidad era lo único que tenía para ofrecerle.

—¡Athan, espera! —Me levanté, con las piernas temblando.

Se detuvo y se giró lentamente. Su mirada se posó en mí y vi cómo sus ojos se entrecerraban al notar mi postura culpable y mi mano escondida a la espalda.

Su instinto se puso en alerta. Su mano se dirigió a la cintura, donde descansaba el arma.

—¿Qué pasa? —preguntó con tono cortante—. ¿Ha pasado algo? ¿Ha entrado alguien aquí?

—¡No! No es eso. Soy yo. He hecho algo horrible.

Athan relajó su postura de combate, pero la confusión permaneció. Caminó hacia mí y se detuvo a un paso de distancia.

—¿Qué has hecho?

Respiré hondo, sintiéndome diminuta ante él.

—El anillo —susurré, extendiendo mi temblorosa mano izquierda hacia él, con la palma hacia arriba, mostrando la joya—. Estaba nerviosa... lo estuve tocando y creo que lo rompí. La piedra está suelta.

Cerré los ojos, esperando que me regañara o que me dijera que era una niña irresponsable que no sabía cuidar nada de valor.

Sentí sus dedos agarrar mi mano. No la apretó con furia. Solo la sujetó, firme y cálida.

Abrí un ojo.

Athan estaba mirando el anillo. No parecía enfadado. Parecía intrigado.

Mi marido levantó mi mano hacia la luz, examinando el zafiro. Tocó la piedra con el pulgar, sintiendo el juego, el movimiento que no debería existir en una joya de esa calidad.

—¿No lo has golpeado en ningún sitio? —preguntó, tranquilo.

—¡No, lo juro! Solo lo estaba girando en el dedo e hizo "clic".

Athan frunció el ceño.

—Las joyas de platino macizo no hacen "clic", Eleni. Y las piedras de este tamaño no se sueltan solas.

Sacó una pequeña linterna táctica del bolsillo de sus pantalones y enfocó el potente haz de luz directamente sobre la montura del anillo.

Observé, confundida.

—¿Athan? ¿Podrás arreglarlo?

Mi marido no respondió. Estaba concentrado. Giró el anillo en diferentes ángulos, haciendo que la luz se reflejara en las caras del zafiro.

De repente, se detuvo.

—Hijo de puta... —susurró, en estado de shock.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Es muy grave? —pregunté, asustada por su reacción.

Athan me miró fijamente. Sus ojos ya no estaban cansados. Estaban eléctricos, brillando con un descubrimiento que yo no comprendía.

—Eleni... —dijo, con una voz extrañamente controlada—. No has roto el anillo. Lo has abierto.

—¿Lo abrí?

Sujetó la montura de la piedra con dos dedos y, con un movimiento preciso que yo no me atrevería a hacer, apartó el zafiro hacia un lado.

Se deslizó.

No era un defecto. Era un mecanismo. La piedra giró sobre un eje minúsculo, revelando que la base del anillo era hueca.

Mis ojos se abrieron de par en par.

Dentro, anidado en el espacio donde debería haber oro sólido, había un pequeño rectángulo plateado. Un microchip.

Mi boca se abrió en una "O" perfecta.

—¿Qué es eso? —pregunté sin aliento.

Athan sacó el chip con cuidado y lo sostuvo a contraluz como si fuera la pieza que faltaba en un rompecabezas mortal.

—Esto, mi querida esposa —me miró, y una sonrisa lenta, depredadora y triunfante curvó sus labios—, puede ser la respuesta a todas nuestras preguntas.

Me tomó el rostro y me dio un beso rápido y sonoro en la boca, lleno de adrenalina.

—Eres brillante, Eleni. Brillante.

Me quedé parada en medio de la habitación, mirando su mano que sostenía el chip y el anillo "roto" en mi dedo, dándome cuenta de que, sin quererlo, acababa de cambiar el curso de la guerra.



Athan
GALANIS

Capítulo 33

La oficina subterránea de la mansión, nuestra "sala de guerra", estaba impregnada del zumbido de los servidores y el olor agrio del café frío.

Spiros, el chico del área de Tecnología de la Información, estaba inclinado sobre el terminal principal, con las manos volando sobre el teclado y sudando frío. El pequeño chip plateado que Eleni encontró dentro del anillo estaba conectado a un lector aislado.

Yo estaba de pie detrás de su silla, con los brazos cruzados, observando la barra de progreso en la pantalla. Andreas estaba limpiando un arma en un rincón, pero sus ojos no se apartaban del monitor. Alex se mordía la uña del pulgar, un hábito de la infancia que volvía cuando la tensión era insoportable.

Eleni estaba sentada en una silla giratoria, todavía con la bata de seda puesta, pareciendo pequeña y fuera de lugar en ese ambiente de tecnología y violencia. Sin embargo, no apartó la mirada.

—Lo conseguí —anunció Spiros, con la voz quebrada—. La encriptación era antigua, un estándar militar de hace veinte años.

—Ábrelo —ordené.

Spiros tecleó un comando.

Carpetas y más carpetas aparecieron en la pantalla principal.

No era dinero, ni códigos de lanzamiento de misiles. Era algo mucho más valioso y peligroso.

—¿Qué es eso? —preguntó Andreas, acercándose.

Alex se inclinó para leer los nombres de los archivos.

—"Proyecto Lázaro". "Cuentas suizas - Sector político". "Grabaciones - Ministro de Defensa". —Alex me miró con los ojos muy abiertos—. Athan, esto no es solo chantaje. Es la historia sucia de Grecia en los últimos treinta años.

—Espera —Andreas señaló una subcarpeta aislada en la esquina de la pantalla—. Abre esa. "Linaje".

Spiros hizo clic.

El archivo se abrió, revelando documentos escaneados. Eran informes médicos antiguos.

Mis ojos recorrieron las líneas técnicas. *Marcadores genéticos. Probabilidad de paternidad: 99,9 %.*

—Una prueba de ADN —constaté, sintiendo un sabor amargo en la boca—. Positivo para nuestro padre.

—Pero, ¿quién es el niño? —preguntó Alex, rebuscando en el archivo—. ¿Y la madre?

—Los nombres han sido borrados —dijo Andreas, frustrado—. Tachados en la fuente. No se pueden leer.

—Miren los anexos financieros. —Señalé—. Transferencias mensuales a una cuenta fantasma en las Islas Caimán. Pagos

constantes durante treinta y cuatro años, que se detuvieron exactamente el día en que murió.

El silencio en la sala pesaba toneladas. Las pistas estaban ahí: un hijo bastardo, una doble vida, pagos secretos. Pero eran callejones sin salida. No había nombres, rostros ni ubicaciones. Solo la prueba irrefutable de que Konstantin Galanis nos mentía todos los días.

Lo entendí de inmediato. "El Legado" no era una organización externa. "El Legado" era esto. El seguro de vida de mi padre.

Konstantin Galanis había grabado, documentado y archivado cada soborno, cada asesinato por encargo, cada secreto sucio de los hombres más poderosos de Europa. Tenía atados a su antojo a la mitad del Gobierno. Y, para completar la obra de su vida, había escondido la llave de esa bomba nuclear y la prueba de su infidelidad en el dedo de su propia esposa.

Una furia fría y venenosa subió por mi garganta.

—Utilizó a mi madre —gruñí, mientras la comprensión me golpeaba como un puñetazo—. Durante treinta años, ella anduvo por ahí con una bomba en la mano, sin saberlo. La utilizó como mula para proteger sus secretos y los de ese bastardo. Y luego...

Miré a Eleni.

—Y luego se aseguró de que el anillo pasara a ti. Te puso la bomba a ti.

Eleni palideció y se llevó la mano al pecho.

—Llama a Cassandra —le ordené a Andreas—. ¡Ahora mismo!

—Athan, tranquilo... —Alex intentó intervenir—. Si ella no lo sabía...

—¡HE DICHO AHORA!

Andreas salió de la habitación.

Minutos después, se abrió la puerta. Cassandra entró. Llevaba una bata de terciopelo, con el pelo suelto (algo poco habitual) y parecía haber sido despertada de un sueño profundo. Sin embargo, su postura era erguida.

—¿Qué significa esto? —preguntó, mirándonos a nosotros, a la pantalla llena de datos y al chip sobre la mesa.

Me acerqué a ella, deteniéndome a un paso de distancia. La ira vibraba en mi interior, exigiendo una salida.

—¿Lo sabías? —pregunté, con voz baja y letal.

Cassandra frunció el ceño, confundida.

—¿Saber qué?

Señalé la pantalla.

—La razón por la que intentaron matar a Eleni en la iglesia e invadieron la isla. Todo estaba dentro de tu anillo, madre. Dentro del zafiro que llevaste durante tres décadas. Pruebas de crímenes. Y pruebas de que él tenía otra familia.

Cassandra miró la pantalla, leyendo los nombres de los archivos y viendo el documento de ADN abierto. Se le fue todo el color de la cara. Se tambaleó y se apoyó en una mesa auxiliar.

—¿El anillo? —susurró—. Pero... Konstantin me dio ese anillo cuando nos comprometimos. Dijo que era...

—Te mintió —la interrumpí brutalmente—. Te convirtió en una caja fuerte andante. ¿Sabías que guardaba eso? ¿Sabías que estaba chantajeando al gobierno y manteniendo a un bastardo con nuestro dinero?

Levantó los ojos hacia mí. Vi en ellos una auténtica conmoción y dolor. Un profundo dolor por la traición.

—Sabía que él tenía secretos, Athan. Era la esposa de un Don. Pero esto... usar el anillo... poner mi vida en peligro... la vida de la familia. —Su voz se quebró—. No. No lo sabía. Lo juro por su

memoria. No, su memoria no vale nada ahora. Lo juro por la vida de ustedes. No lo sabía.

Analicé su rostro. Yo sabía leer las mentiras. Ella me había entrenado para ello y, en ese momento, solo vi la devastación de una mujer que se había dado cuenta de que el marido al que había idolatrado y protegido toda su vida la trató como un objeto desechable.

Sin embargo, la furia que sentía dentro de mí aún necesitaba un culpable.

—Tú me diste el anillo —la acusé, irracionalmente—. Insististe en que se lo pusiera a Eleni. ¡Tú la marcaste!

Mi madre se estremeció como si le hubiera pegado.

—Era la tradición... pensé que estaba protegiendo el legado...

—¡Casi la matas!

—¡Athan, detente!

La voz de Eleni cortó el aire, firme y clara.

Me giré, sorprendido. Eleni se había levantado y se había acercado a nosotros, interponiéndose entre mi madre y yo.

Parecía diminuta entre nosotros dos, pero sus ojos marrones estaban en llamas.

—Deja de gritarle —dijo Eleni, poniendo su mano en mi pecho y empujándome ligeramente hacia atrás—. Mírala, Athan. Está diciendo la verdad.

Miré a Cassandra. Mi madre, la Viuda de Hierro, lloraba en silencio. Tenía lágrimas de humillación.

—Fue tu padre quien hizo eso —continuó Eleni, suavizando el tono de voz, pero manteniendo la firmeza—. No ella. Él nos traicionó a todos. Te traicionó a ti, me traicionó a mí y traicionó a su esposa de la forma más cruel posible. Le quitó su dignidad. No le quites el resto.

Miré a Eleni. Su valentía. Defender a la suegra que la había tratado con frialdad. Enfrentarse a su marido en un momento de ira.

La furia se desvaneció de mí, sustituida por un profundo agotamiento.

Eleni soltó mi pecho y se giró hacia Cassandra. Tomó las manos de mi madre (manos que temblaban) y las sostuvo.

—Cassandra —dijo Eleni en voz baja—. Llevaba el anillo porque sabía que era el lugar más seguro del mundo. Porque sabía que nadie se atrevería a tocarla. Él fue un cobarde, pero confió en su fuerza.

Cassandra levantó su rostro mojado. Miró a Eleni como si la viera por primera vez. No como la chica del internado o la nuera arreglada. Sino como a una par.

—Tú... —Cassandra apretó las manos de Eleni—. Tienes un corazón demasiado bueno para esta familia, niña.

—Quizás. —Eleni sonrió con tristeza—. O quizás solo sé lo que es ser utilizada por un padre para pagar deudas.

El silencio se apoderó de la sala. Un entendimiento tácito se estableció entre las dos mujeres. Ambas víctimas de los hombres que debían protegerlas. Ambas sobrevivientes.

Cassandra soltó las manos de Eleni y se secó las lágrimas, recomponiendo su máscara de hierro, aunque ahora había grietas visibles.

Ella me miró.

—¿Qué vamos a hacer con esto? —Señaló el chip.

Respiré hondo, sintiendo por primera vez el peso del liderazgo real. No el liderazgo heredado de mi padre, sino el mío propio.

—Lo usaremos —decreté—. Encontraremos a quienes quieren ese chip y utilizaremos su propia codicia para destruirlos. Mi padre reunió esta información para protegerse. Yo la usaré para cazar.

Me acerqué a Eleni y le rodeé la cintura con el brazo, atrayéndola hacia mí.

—Y a mi familia nadie más la toca.

Cassandra asintió con un gesto lento y solemne.

—Gracias, Eleni —dijo mi madre, y por primera vez, la palabra no sonó como una formalidad.

—Estamos juntas en esto, Cassandra —respondió mi esposa.

Las miré a las dos. El chip era poder, sí. Pero la alianza que acababa de forjarse allí, entre la Matriarca y la Reina, era algo mucho más peligroso para nuestros enemigos.



Eleni KOURIS

Capítulo 34

El aire en la oficina subterránea se estaba volviendo irrespirable. La testosterona, el humo y la electricidad estática de los secretos revelados llenaban el espacio.

Athan y sus hermanos estaban inclinados sobre los monitores, diseccionando los archivos de "El Legado" como cirujanos en un cadáver. Hablaban en clave, con estrategias de ataque, nombrando a políticos que solo vi en los periódicos.

Sin embargo, mis ojos estaban puestos en Cassandra.

La Matriarca estaba sentada en un sillón en la esquina, con la espalda recta, pero sus manos (esas manos siempre firmes) ahora temblaban ligeramente sobre su regazo. Parecía haber envejecido diez años en diez minutos. El hombre al que amó, el imperio que ayudó a construir, todo se había visto manchado por su traición.

Me levanté en silencio.

—Creo que ya hemos visto suficiente sangre por hoy —dije, interrumpiendo el murmullo de los hombres—. Cassandra, ven conmigo.

Athan levantó la cabeza, sorprendido. Iba a protestar, a decir que teníamos que quedarnos allí, pero cuando vio a quién miraba, se calló. Mi marido asintió, con un agradecimiento mudo en los ojos.

Cassandra dudó un instante, con su orgullo luchando contra el agotamiento. Entonces se levantó.

—Un té estaría bien —dijo con voz débil, pero digna.

Salimos de la sala de guerra y subimos las escaleras hacia la luz.

La llevé al pequeño jardín de invierno del ala este, un lugar que había descubierto durante mis días de confinamiento. Era un espacio acristalado, lleno de orquídeas y luz natural, lejos de las sombras de la mansión.

Le pedí a Zoe que trajera té y nos quedamos en silencio hasta que las tazas de porcelana estuvieron frente a nosotros.

Cassandra dio un sorbo, ocultando parte de su rostro con el vapor.

—Debes estar riéndote por dentro —dijo de repente, mirando las flores—. La gran Cassandra Galanis, engañada por su propio marido. Llevando la prueba de la traición en el dedo durante treinta años como una tonta enamorada.

Puse mi taza sobre la mesa.

—No me estoy riendo, Cassandra. Estoy enfadada.

Ella me miró, sorprendida por mi franqueza.

—¿Enfadada?

—Ninguna mujer merece ser utilizada como escudo humano —respondí, tocando el lugar en mi dedo donde solía estar el anillo—.

Él sabía que eras fuerte y que protegerías a la familia con uñas y dientes. Utilizó esa lealtad en tu contra.

Sus ojos azules se llenaron de lágrimas. Parpadeó rápidamente, negándose a dejar que las lágrimas cayeran.

—No fue solo el anillo, Eleni —susurró, con la voz temblorosa por la furia contenida—. ¿Has visto los archivos?

Asentí lentamente. Los había visto de pasada antes de salir.

—Las pruebas de ADN... —murmuré.

—Un hijo —Cassandra pronunció la palabra como si tuviera vidrio roto en la boca—. Tuvo un hijo. El mismo año en que yo estaba embarazada de Athan. Mientras yo llevaba en mi vientre al heredero legítimo, lidiando con náuseas y amenazas de enemigos, él estaba formando otra familia en las sombras.

Dejó la taza con fuerza sobre la mesa, y el té se derramó en el platillo.

—Pagó la pensión durante treinta y cuatro años. Millones de dólares desviados para proteger a ese bastardo. Se aseguró de que ese niño y esa madre fueran intocables, invisibles. —Levantó la mano izquierda, mirando el dedo desnudo donde había estado el anillo durante décadas—. Mientras tanto, él puso una bomba nuclear en mi dedo.

La crueldad de la situación me golpeó de lleno. Konstantin Galanis no solo traicionó a su esposa; eligió a quién proteger. Protegió a su amante y a su hijo ilegítimo con el anonimato y el dinero, y utilizó a su esposa legítima como mula de carga para los sucios secretos que podrían haberla matado.

—Protegió a su hijo —dijo Cassandra con amargura—. Pero no protegió a su esposa. Me hizo ir con la bomba en mi mano para que nadie mirara a su otra familia. Yo fui el señuelo, Eleni, fui la distracción.

Extendí la mano sobre la mesa y tomé la suya. Tenía la piel fina, pero su apretón era fuerte, casi doloroso.

—Fue un cobarde —afirmé, mirándola a los ojos—. No se merece tus lágrimas, Cassandra. Ni siquiera se merece tu odio.

—Lo amaba —confesó con voz ronca—. Konstantin no era un hombre fácil. Pero yo pensaba que éramos socios y que estábamos construyendo esto juntos. Sin embargo, ahora veo que yo estaba construyendo el trono para mis hijos y él estaba construyendo una caja fuerte para sus secretos.

—Su legado está en ese chip sucio. —Señalé la puerta, en dirección a donde estaban sus hijos—. Pero tu legado son ellos. Athan, Andreas y Alex. Son tuyos y te respetan más de lo que respetan ahora la memoria de él.

Cassandra respiró hondo, recomponiéndose. La máscara de hierro volvió a su lugar, pero parecía menos una barrera y más una armadura que ella elegía ponerse para la batalla que se avecinaba.

—Ese bastardo... —murmuró, con los ojos endurecidos—. Sea quien sea ese hijo, si cree que puede venir a quitarme lo que he construido para mis hijos, está muy equivocado. Konstantin pudo haberlo protegido en vida, pero Konstantin está muerto, y yo estoy viva.

—Y no estás sola —añadí.

Me miró, me miró de verdad, por primera vez sin juzgarme.

—Fui dura contigo, Eleni. Cuando Athan dijo que se iba a casar, te elegí a ti porque pensé que serías débil. Dócil.

Sonreí, con una sonrisa triste, pero sincera.

—Lo sé.

—Ya no lo eres. Lo que hiciste ahí abajo, defenderme cuando mi propio hijo estaba cegado por la ira, eso requiere valor. —Me apretó la mano—. Te subestimé. No volveré a cometer ese error.

—No quiero ser tu enemiga, Cassandra. Amo a tu hijo, y tu enemigo es mi enemigo.

Ella asintió.

—Bien. Porque ahora que sabemos lo del ADN, la guerra va a cambiar. Ese "heredero" secreto vendrá a reclamar lo que cree que es suyo y nosotras, las mujeres de esta casa, tendremos que ser la fortaleza cuando los muros tiemblen.

Volvió a agarrar la taza de té, recuperando su porte regio.

Me reí, sintiendo cómo se disipaba la tensión.

—Formaremos un gran equipo, Eleni.

La miré, dándome cuenta de que, a pesar de todo el miedo y la incertidumbre, hoy había ganado algo valioso. La traición de Konstantin había roto el corazón de Cassandra, pero había solidificado nuestra alianza.



Athan
GALANIS

Capítulo 35

—Dime que tienes algo, Spiros. —Mi voz sonó baja, en tono de advertencia.

—Lo estoy intentando, señor Athan —tartamudeó el chico, tecleando furiosamente—. Pero los metadatos del archivo "Linaje" han sido borrados. Quien digitalizó esos exámenes de ADN sabía lo que hacía. Borraron el rastro digital de la creación del archivo.

Golpeé la mesa de cristal, haciendo que las tazas de café temblaran.

—¡No me vengas con excusas técnicas! —rugí—. Tenemos el papel. Tenemos la prueba. Mi padre tuvo un hijo. Un bastardo. ¡Quiero un nombre! ¡Quiero un rostro!

Señalé la gran pantalla, donde se proyectaba el documento de ADN. Los campos "Madre" y "Hijo" estaban cubiertos por franjas negras digitales que parecían impenetrables.

—Treinta y cuatro años de pagos —intervino Alex, con voz cansada—. ¿Millones de dólares desviados a cuentas fantasma y no podemos rastrear al beneficiario final?

—Las cuentas en las Islas Caimán son agujeros negros, Alex —explicó Spiros, sin atreverse a mirarme—. El dinero entraba y se pulverizaba en docenas de *empresas fantasma*. El rastro se enfrió hace tres meses, justo cuando cesaron los pagos.

—Cuando murió mi padre —añadió Andreas, deteniéndose—. El bastardo dejó de recibir la mensualidad y decidió venir a buscar la herencia por la fuerza.

Era la única explicación lógica.

Volví a mirar el documento. 99,9 % de compatibilidad. Tenía un hermano ahí fuera. Alguien con mi sangre, pero sin mi apellido. Alguien que creció en las sombras, alimentado por el dinero de mi padre y, probablemente, por el odio de su madre rechazada.

—Es un fantasma —murmuré, sintiendo cómo la frustración me quemaba el estómago—. Nos atacó en la iglesia. Nos atacó en el mar. Irrumpió en mi casa. Y ni siquiera sabemos cómo es.

—Puede estar en cualquier parte —dijo Alex—. Puede ser cualquiera.

—No cualquiera —lo corregí—. Alguien con recursos y entrenamiento. Los mercenarios que contrató no eran baratos. Su plan es sofisticado.

Me acerqué a Spiros y giré su silla para que me mirara. El chico se encogió.

—Sigue buscando —le ordené, sujetando los brazos de la silla —. No me importa si tienes que hackear el banco central de Suiza o el Vaticano. Encuentra un fallo. El nombre de una mujer, una dirección antigua, una factura de luz pagada con ese dinero sucio. Cualquier cosa.

—S-sí, señor. Intentaré recuperar archivos borrados de la nube privada de su padre. Quizás haya una copia de seguridad...

—Hazlo. —Solté la silla y me giré hacia mis hermanos—. Estamos luchando a ciegas. Mientras no tengamos un nombre, solo estamos reaccionando, y estoy cansado de reaccionar.

—Si él es el jefe de "El Legado" —Andreas enfundó el arma—, cometerá un error. La arrogancia siempre acaba con los bastardos. Cree que es invisible.

—Descubrirá que no lo es —prometí—. Pero hasta entonces... —Miré al techo, pensando en Eleni allí arriba—. Hasta entonces, la seguridad es absoluta. Nadie entra en esta casa sin que se le analice la sangre y se le registre el alma.

Salí de la oficina, dejando a Spiros con su tarea imposible y a mis hermanos con sus armas. No tenía el nombre de mi enemigo, pero tenía su rastro y, tarde o temprano, lo encontraría.



Eleni KOURIS

Capítulo 36

Dos semanas después...

Las náuseas llegaron incluso antes de abrir los ojos.

Fue una oleada repentina y nauseabunda que subió desde mi estómago, haciéndome saltar de la cama y correr al baño contiguo. Caí de rodillas ante el inodoro, con el frío suelo de mármol contra mi piel desnuda, y vacié mi estómago.

Cuando los espasmos cesaron, me quedé allí, temblorosa, apoyando la frente en el brazo.

—Debió de ser la *moussaka* —murmuré para mí misma, lavándome la cara con agua fría—. O el estrés. Definitivamente, el estrés.

La casa parecía vibrar con una tensión silenciosa desde que Athan descubrió los archivos de su padre. Él apenas dormía. Y

cuando lo hacía, era un sueño agitado, siempre con una mano al alcance del arma.

Yo necesitaba salir de ese cuarto, necesitaba aire y música.

Me puse una bata larga de seda y bajé las escaleras. La mansión aún estaba sumida en la penumbra de la madrugada. Mis pies me llevaron automáticamente a la sala de música.

Me detuve en la puerta, con la respiración entrecortada.

El piano antiguo, que tenía algunas teclas desafinadas, había desaparecido. En su lugar, bañado por la tenue luz de la luna que entraba por la ventana, había un monstruo de laca negra. Un Steinway & Sons[9] de cola completa.

Caminé hacia él como en trance. Toqué la superficie pulida, sintiendo la perfección del instrumento. Era un regalo de Athan. Otra disculpa silenciosa. Otra prueba de que, a su manera torpe, me escuchaba.

Me senté en el banco de cuero suave. Mis dedos se posaron en las teclas y el sonido que salió fue claro, rico y profundo. Empecé a tocar una pieza de Debussy, *Clair de Lune*. La música fluyó de mí, disipando las náuseas y el miedo.

Estaba tan perdida en la melodía que no me di cuenta de que él se acercaba, solo sentí el calor.

Athan se detuvo detrás de mí. No dijo nada, no me interrumpió. Solo puso sus manos sobre mis hombros, masajeando la tensión de mi cuello con los pulgares. Su toque era firme, posesivo y cálido.

Seguí tocando, pero el ritmo cambió. Se volvió más intenso, más apasionado, respondiendo a su presencia.

Cuando la última nota desapareció en el silencio de la habitación, Athan se inclinó y besó la curva entre mi cuello y mi hombro.

—Tocas como un ángel —susurró, con la voz ronca por el sueño y el deseo—. Pero pareces un demonio tratando de seducirme.

Me giré en el banco para mirarlo. Mi marido solo llevaba unos pantalones de chándal bajos en las caderas, con el pecho desnudo y marcado por cicatrices expuestas. Sus ojos estaban oscuros, dilatados.

—¿Ha funcionado? —pregunté, pasando mis manos por su pecho.

—Sabes que sí.

Me empujó hacia el borde del banco, abriéndome las piernas y colocándose entre ellas. Su beso fue urgente, hambriento. No había allí la frialdad del estratega; solo estaba el hombre que necesitaba a su esposa.

Athan tomó mi boca con una voracidad que me dejó mareada. Su lengua invadió mi boca, recorriendo cada rincón, saboreándome, dominándome. Me robó el aliento, dejándome la boca seca y los labios hinchados, palpitando con la fricción de su barba sin afeitar.

Sus manos grandes y pesadas bajaron por mis hombros, apartando la bata de seda. La piel áspera de sus palmas, marcada por los callos de quien empuña armas y soporta el peso del mundo, rozó mis tetas desnudas.

—Athan... —jadeé contra su boca cuando apretó con fuerza mi suave carne, rodeando con los pulgares mis pezones endurecidos.

Bajó sus besos hasta mi cuello, chupando la sensible piel de allí, marcando territorio, mientras sus manos bajaban hasta mi cintura y luego hasta mis nalgas. Me apretó con fuerza, empujándome contra su erección, haciéndome sentir lo mucho que me deseaba.

—Me vuelves loca, Eleni —gruñó, con la voz vibrando contra mi piel.

Me veneró allí, sobre el banco del piano, pero la calma pronto dio paso al fuego. La necesidad se volvió insoportable.

Athan se levantó de golpe y me jaló del banco. Con un movimiento fluido, me recostó sobre la alfombra persa y suave bajo el piano.

—Ponte en cuatro patas —ordenó con un comando salvaje.

Obedecí, con el instinto de sumisión mezclado con la excitación. Apoyé los codos en la alfombra, con la bata subiéndome hasta la cintura, dejándome expuesta ante él.

Sentí su peso detrás de mí. Athan me agarró del pelo con una mano, tirando suavemente de mi cabeza hacia atrás, exponiendo mi cuello a su boca, mientras con la otra mano acariciaba mi entrada ya húmeda, preparándome con dedos rudos y experimentados.

—Estás tan húmeda —gruñó, frotando su dureza contra mí, provocándome—. Eres mía.

Me metió su enorme verga de una sola vez.

Grité, con el sonido amortiguado por la alfombra. Fue profundo y animal. Athan estableció un ritmo implacable, golpeando sus caderas contra las mías con fuerza, haciendo que el sonido de su piel contra mi piel llenara la habitación.

Me agarraba el pelo con más fuerza, guiando el movimiento, dominándome por completo. Sus manos recorrían mi espalda, bajaban hasta mis caderas, sujetándome en su sitio para poder penetrarme más profundamente.

¿De cuántas maneras podemos hacerlo?, me pregunté, delirando de placer, con la mente nublada por la intensidad. Podía ser gentil, bruto, técnico o salvaje como en ese momento, y yo quería todas las versiones.

—¡Athan! —grité, sintiendo que el orgasmo se acercaba como una tormenta eléctrica, con todo mi cuerpo tenso.

Él no se detuvo, solo aumentó la velocidad, empujando con una precisión devastadora, tocando lugares que me hacían ver estrellas. Cuando exploté, contrayéndome a su alrededor, sentí que él también se desmoronaba, dejando escapar un rugido bajo de su garganta, mientras se derramaba dentro de mí, llenándome con su semen.

Caí sobre la alfombra, agotada y con el cuerpo tembloroso. Athan salió de adentro mío y se acostó a mi lado, atrayéndome hacia sus brazos y besando mi sudor.

—Te amo —susurré, todavía aturdida.

Él me iba a responder. Lo vi en sus ojos. Pero entonces, el mundo se me dio vuelta.

Intenté sentarme y la sala de música se inclinó violentamente hacia la izquierda. Las náuseas volvieron con toda su fuerza y una oscuridad salpicada de puntos blancos invadió mi visión.

—¿Eleni? —La voz de Athan sonó lejana, como si estuviera debajo del agua.

Me llevé la mano a la cabeza.

—Athan, no me siento bien...

Y me desmayé.

***

Me desperté en nuestra cama.

La habitación estaba iluminada por la luz de la mañana y se oían voces.

Abrí los ojos lentamente. Athan caminaba de un lado a otro al pie de la cama, completamente vestido, con el aspecto de un león enjaulado a punto de atacar. Cerca de él, un hombre con gafas guardaba un tensiómetro en un maletín.

—La presión está un poco baja, pero es normal en su estado —decía el médico.

—¿Normal? ¡Se ha desmayado, mierda! —gruñó Athan—. Está pálida. Si es algún tipo de veneno...

—No es veneno, señor Galanis —dijo el médico con calma—. Es biología.

Me senté en la cama, sintiéndome débil, pero lúcida.

—¿Athan? —lo llamé.

En un abrir y cerrar de ojos, estaba a mi lado, sujetándome la mano con fuerza excesiva. Su rostro estaba pálido por el miedo.

—Estás despierta. ¿Cómo te sientes? Voy a pedir que traigan el coche, nos vamos al hospital ahora mismo.

—Estoy bien —dije, aunque todavía tenía el estómago revuelto. Miré al médico—. ¿Qué tengo? ¿Es un virus?

El médico sonrió amablemente.

—No, señora Galanis. Felicidades. Está embarazada.

El silencio que se apoderó de la habitación fue absoluto.

Instintivamente, me llevé la mano al vientre, paralizada por la sorpresa. *Embarazada.* Un bebé. Un hijo de Athan.

Miré a mi marido.

Athan estaba paralizado. Miraba al médico, luego a mi vientre, luego a mis ojos. Su expresión era indescriptible: conmoción y desconcierto.

Y entonces, una luz.

Una sonrisa lenta, incrédula y absolutamente radiante rompió la máscara del Don. Era una felicidad feroz, abrumadora.

—¿Embarazada? —susurró, con la voz quebrada—. ¿Un hijo?

—Sí —confirmó el médico—. De unas seis semanas.

Athan se arrodilló junto a la cama. Puso su mano grande y callosa sobre mi vientre plano, cubriendo mi mano con la suya. Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas.

—Lo hemos conseguido, Eleni —murmuró con reverencia—. Llevas el futuro en tu interior.

Sentí que mi corazón se desbordaba. Él estaba feliz, lo deseaba tanto como su madre, quizá más.

Pero entonces, en un abrir y cerrar de ojos, la luz de sus ojos cambió.

La felicidad pura se vio contaminada por algo oscuro. Terror.

Miró mi vientre y vi el momento exacto en que su mente procesó lo que eso significaba.

No era solo un bebé. Era un objetivo.

La sonrisa desapareció y su rostro se endureció, convirtiéndose en una máscara de piedra y furia protectora. Se levantó, cambiando su postura de marido a guardaespaldas.

—Fuera —le ordenó al médico, sin mirarlo.

Cuando nos quedamos solos, Athan no me abrazó. Se acercó a la ventana, cerró las persianas con fuerza y sumió la habitación en la penumbra.

—¿Athan? —lo llamé, asustada por el cambio—. ¿No estás contento?

Se giró hacia mí. Sus ojos eran hielo y fuego.

—¿Feliz? —Soltó una risa sin humor—. Estoy aterrorizado, Eleni.

Se acercó a la cama y me sujetó mi rostro con ambas manos, mirándome profundamente a los ojos.

—Hasta hoy, si te hubieran hecho daño, habría perdido a mi esposa. Ahora, si te tocan, matan mi linaje. Matan mi futuro.

Bajó la mano hasta mi vientre, apretándolo ligeramente, posesivo.

—Ahora llevas dos objetivos a cuestas. El mío y el de nuestro hijo.

Sentí un escalofrío. La realidad de nuestra vida cayó sobre mí. El bebé no era solo una bendición; era una debilidad en un mundo de lobos.

Athan apoyó su frente contra la mía.

—Nadie sale de esta casa —juró, en una promesa letal—. Nadie entra. Voy a doblar la guardia. Pondré francotiradores en el tejado. Voy a convertir este lugar en una caja fuerte impenetrable.

Me besó con un beso duro y desesperado.

—Nadie nos tocará, Eleni. Nadie. Aunque tenga que matar a todos los hombres de Atenas para garantizarlo.

El bebé en mi vientre aún era del tamaño de una semilla, pero ya había comenzado una guerra.



Athan
GALANIS

Capítulo 37

El sótano de la mansión Galanis no guardaba vinos. Guardaba la muerte.

Bajé la escalera de caracol metálica, escuchando los ligeros pasos de Eleni detrás de mí. El aire allí abajo era refrigerado, filtrado y olía a aceite de armas y pólvora quemada.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, con la voz resonando ligeramente en las paredes de hormigón acústico.

—A la única sala de clases que importa ahora —respondí, tecleando el código en el panel biométrico de la puerta de acero reforzado.

La puerta se abrió con un chirrido hidráulico, revelando el campo de tiro subterráneo. Era un largo túnel, iluminado por luces fluorescentes blancas, con blancos de papel en forma de siluetas humanas colgados a veinte metros de distancia.

Eleni se detuvo en la entrada, abrazándose a sí misma. Llevaba unos pantalones de yoga y una camiseta holgada mía que me había robado, y parecía pequeña y fuera de lugar en ese ambiente estéril.

—¿Quieres que dispare? —preguntó, mirando las armas dispuestas sobre la mesa metálica.

—Quiero que sobrevivas —la corregí, caminando hacia la mesa.

Tomé una Walther PPK. Pequeña, ligera, con poco retroceso, pero letal a corta distancia. Comprobé el cargador, el sonido del metal deslizándose me resultaba familiar y reconfortante.

—Ven aquí —le ordené.

Eleni se acercó, vacilante.

—Athan, estoy embarazada. El ruido, el estrés...

—El mundo no se va a detener porque estés embarazada, Eleni. Al contrario. —Me giré hacia ella, sosteniendo el arma por el cañón y ofreciéndole la empuñadura—. A los lobos les gustan las presas fáciles, y una mujer embarazada es el blanco más fácil que existe. Yo no voy a estar ahí todo el tiempo. Andreas no va a estar ahí todo el tiempo. Si alguien se nos escapa, tú eres la última línea de defensa.

Ella miró el arma, luego a su vientre aún plano y, por último, a mis ojos. Vi el momento en que la "madre" tomó el control sobre la "niña". El miedo dio paso a una determinación férrea.

Ella tomó el arma.

—¿Cómo lo hago? —preguntó.

Me coloqué detrás de ella. Pegué mi cuerpo a su espalda, envolviéndola.

—Separa las piernas—le susurré al oído—. A la anchura de los hombros. Necesitas una base. Equilibrio.

Ella obedeció. Mi pelvis presionó contra su culo. Sentí el calor de su cuerpo irradiarse hacia el mío. En cualquier otro momento, le habría metido la verga allí mismo, sobre la fría encimera. Pero hoy, el instinto de protección era más fuerte que el de reproducción.

—Extiende los brazos. No bloquees los codos. —Mis manos cubrieron las suyas, ajustando el agarre del arma. Mis manos eran el doble de grandes que las suyas, ásperas y callosas contra su piel suave—. Sujétala con firmeza, pero sin aplastarla. El arma es una extensión de tu cuerpo, no un objeto extraño.

Ajusté su postura, bajando mi mano izquierda hasta su cadera para corregir el ángulo y guiando la mira con mi mano derecha.

—Mira al blanco —le indiqué—. No mires al arma. Concéntrate en el pecho de la silueta. En el corazón.

—¿Y si fallo?

—No fallarás. Yo te estoy sujetando.

Sentí que su respiración se aceleraba. La proximidad, el peligro, el arma... había una tensión erótica en el aire, una mezcla de adrenalina y testosterona que hacía que mi sangre bombease más rápido.

—Respira hondo —le dije, rozando mis labios en su nuca, sintiendo su pulso acelerarse bajo la fina piel—. Exhala lentamente y, en el intervalo entre un latido y otro, aprieta el gatillo. Suavemente. No fuerte. Desliza tu dedo con suavidad.

Eleni inspiró. Su cuerpo se relajó contra el mío, confiando en mi apoyo.

Exhaló.

El disparo resonó en el espacio confinado, y el olor a pólvora invadió nuestras fosas nasales. El arma retrocedió, pero mis manos absorbieron el impacto, manteniéndola firme.

En el blanco de papel, apareció un agujero en el hombro de la silueta.

—No está mal para ser el primer disparo —la felicité, sintiendo una punzada de orgullo salvaje.

—Me sentí poderosa —susurró ella, mirando el arma con nuevos ojos.

—Otra vez. Apunta al centro. Imagina que es el hombre que intentó atraparte en el callejón. Imagina que es alguien que intenta tocar a nuestro hijo.

La mención del bebé endureció su postura.

Tres disparos. Dos en el pecho, uno en el cuello.

Eleni bajó el arma, jadeando. La adrenalina la había dejado sonrojada y con los ojos brillantes. Se giró en mis brazos, quedando frente a mí, con el arma aún en la mano, descansando junto a su cuerpo. Aprendió rápido.

Eleni parecía peligrosa e increíblemente sexy.

—Lo pude hacer —dijo, sorprendida por su propia violencia.

Le sostuve el rostro, mirando fijamente esos ojos marrones que guardaban una sombra de letalidad.

—Ya no eres una víctima, Eleni. Eres una Galanis. Y nosotros no somos cazados. Nosotros cazamos.

Deslicé la mano hasta su vientre, cubriendo el lugar donde crecía mi heredero.

—Llevas el futuro de esta familia dentro de ti —dije con voz grave e intensa—. Si alguien se acerca, si alguien te amenaza a ti o al bebé, no lo dudes. Ni lo pienses. No sientas lástima.

Apreté su cintura, atrayéndola hacia mí para darle un beso brutal, con sabor a pólvora.

—Dispara a matar y deja que yo me ocupe de los cadáveres después.

Eleni asintió, soltando el arma en la encimera y agarrándome por el cuello.

—Mataría por mi hijo —juró contra mi boca— y por ti.

En aquel sótano frío, rodeado de blancos y armas, me di cuenta de que mi esposa acababa de transformarse. No solo me había casado con una mujer; había forjado una leona. Y que Dios ayudara a quien intentara quitarle a sus cachorros.



Eleni KOURIS

Capítulo 38

El hambre se convirtió en mi compañera constante.

No era un simple hambre. Era una urgencia voraz, un agujero en el estómago que exigía ser llenado cada dos horas. El "pequeño Galanis", como Athan había empezado a llamar a mi vientre aún plano, parecía tener el apetito de su padre.

Dejé a Athan en la oficina, donde estaba gritando por teléfono a algún proveedor de seguridad, y bajé a mi refugio favorito: la cocina.

En cuanto abrí la puerta, el olor me envolvió. Berenjenas fritas, carne picada salteada con canela, salsa bechamel gratinada. *Moussaka*. Mi plato favorito.

María estaba frente al horno, tarareando una melodía antigua y triste. Cuando me vio, su rostro se iluminó con esa sonrisa de abuela que siempre me hacía sentir como en casa.

—¡Ah, aquí estás! —Maria se limpió las manos en el delantal —. Sabía que el olor te traería aquí. La nariz de una mujer cambia cuando cambia la vida, ¿no?

Me detuve en seco, sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

María parpadeó y me acercó una silla.

—Niña, crié a tres niños en esta casa. Vi a la señora Cassandra cargar a cada uno de ellos. Conozco ese "brillo". —Sirvió un generoso plato de tarta humeante y lo puso delante de mí—. Estás radiante, Eleni. La piel, el pelo, y ese apetito de leona.

Me senté y tomé el tenedor. El olor era divino.

—Todavía no se lo he contado a nadie, excepto a Athan y Cassandra —confesé, sintiéndome tímida, pero feliz de poder compartirlo con ella—. Es muy reciente.

—Entonces, ¿es verdad? —Maria dejó de moverse. Estaba de espaldas a mí, en el fregadero, sosteniendo un plato de cerámica pintado a mano.

—Sí. —Sonreí, llevándome la mano al vientre—. Estoy embarazada.

Esperaba un grito de alegría. Esperaba que viniera a abrazarme, a llamarme *kori mou* (mi hija), a ofrecerme más comida.

En cambio, oí un chasquido agudo.

El plato de cerámica se le resbaló a María de las manos y se estrelló contra el suelo de piedra, rompiéndose en decenas de pedazos de colores.

Di un salto en la silla, asustada.

—¡María! —Me levanté para ayudarla—. ¿Estás bien? ¿Te has cortado?

María no se movió. Se quedó quieta, mirando los pedazos en el suelo. Sus hombros estaban rígidos, subiendo y bajando con una respiración rápida.

Cuando se giró hacia mí, su sonrisa había desaparecido.

Su rostro estaba pálido, desprovisto de sangre. Sin embargo, fueron sus ojos los que me hicieron detenerme: no estaba allí la alegría que esperaba. Había un pánico oscuro, mezclado con algo que parecía horror.

—Embarazada... —susurró, y la palabra salió como una maldición, no como una bendición.

—¿María? —Di un paso atrás, sintiendo un extraño escalofrío en la nuca—. ¿Qué pasa? Pareces asustada.

Parpadeó, como si se despertara de un trance, y la máscara de amable cocinera volvió a su lugar, pero estaba torcida. La sonrisa que esbozó no llegó a sus ojos.

—¿Asustada? No, no. Fue la sorpresa, querida. Solo la sorpresa. Mis manos están viejas, se me resbalan las cosas.

Se agachó rápidamente para recoger los pedazos, ocultando su rostro.

—Déjame ayudarte —le ofrecí.

—¡No! —Su voz sonó aguda, casi agresiva—. ¡No te acerques! Hay cristales. No debes cortarte.

Retrocedí, obedeciendo su tono urgente. La observé recoger los pedazos con movimientos frenéticos, casi violentos.

—Un bebé... —murmuró en voz baja, como si hablara sola—. La sangre sigue. La sangre siempre sigue. Nunca se acaba.

Fruncí el ceño.

—¿Qué has dicho?

María se levantó y tiró los trozos a la basura con fuerza. Se giró hacia el fregadero y empezó a lavarse las manos, frotándose la piel como si quisiera quitar una mancha invisible.

—He dicho que el linaje continúa —se corrigió, sin mirarme. Su voz estaba más tranquila, pero aún había tensión en el aire—. *Kyrie* Athan debe de estar muy contento. Siempre ha querido asegurar el legado.

—Lo está —respondí, volviendo a sentarme, pero con el apetito un poco disminuido—. Es demasiado protector.

María cerró el grifo y se dio la vuelta, secándose las manos. Me miró y, por un segundo, vi una frialdad en esos ojos oscuros que me recordó a Athan.

—Tiene razón —dijo ella, sombría—. Los niños atraen el peligro a esta familia, Eleni. Los niños son una debilidad, y los enemigos de los Galanis no tienen piedad con las debilidades.

Sentí un escalofrío.

—María, me estás asustando. Esto debería ser una buena noticia.

Ella suspiró y su expresión se suavizó, volviendo a ser la antigua María.

—Perdona a esta vieja supersticiosa. —Se acercó a la mesa y me tocó con su mano, que estaba helada—. Por supuesto que es una noticia feliz. Un milagro. Come tu *moussaka*, niña. Necesitas estar fuerte. El bebé necesita estar fuerte.

Se alejó para revolver ollas que no necesitaban ser removidas.

Volví a comer, tratando de ignorar la sensación de incomodidad que se había instalado en mi pecho. *Ella solo es supersticiosa*, me dije a mí misma. María era de otra época, venía de pueblos donde el "mal de ojo" se tomaba muy en serio. Simplemente estaba preocupada.

Pero, mientras masticaba la comida que ella había preparado con tanto cariño, no podía quitarme de la cabeza la forma en que miró los pedazos en el suelo.

Como si el plato roto representara mi vida.

—La sangre sigue... —susurré para mí misma, repitiendo sus palabras.

Por primera vez en esa cocina, sentí frío.



Athan
GALANIS

Capítulo 39

El olor a almendras amargas llenaba mis pulmones.

Había vuelto al despacho de mi padre. La alfombra persa bajo mis pies parecía arena movediza, empapada de algo oscuro y viscoso. Miré el sillón de cuero detrás del escritorio.

Konstantin Galanis estaba allí, sujetándose la garganta, con espuma blanca deslizándose por sus labios amoratados. Sus ojos estaban clavados en mí, acusadores. *Has fallado*, me decía con la mirada.

Intenté correr hacia él, pero mis piernas no respondían. Entonces, la figura en el sillón cambió.

Ya no era mi padre.

Era Eleni.

Llevaba el vestido de novia desgarrado. Sin embargo, no había solo sangre en el vestido. Había sangre entre sus piernas. Se

sujetaba el vientre con ambas manos, gritando mi nombre sin emitir sonido.

—Athan, ellos se lo llevaron, ellos me lo sacaron...

La sangre se deslizaba del sillón, formando un charco que avanzaba hasta mis pies. Intenté gritar, intenté sacar mi arma, pero mis manos estaban vacías.

—¡No! —El grito me desgarró la garganta.

Desperté con un sacudón violento, incorporándome en la cama, con el pecho subiendo y bajando como un fuelle roto. Mi mano derecha fue instintivamente debajo de la almohada, y mis dedos se cerraron alrededor del frío agarre de mi pistola incluso antes de abrir los ojos por completo.

La habitación estaba oscura y silenciosa. El aire acondicionado zumbaba suavemente. No había olor a almendras. Solo el aroma a vainilla y sueño.

—¿Athan?

Sentí una mano pequeña y cálida tocar mi hombro sudado.

Me giré bruscamente, todavía con el arma en la mano, apuntando hacia la sombra que estaba a mi lado.

—No. Soy yo, Athan.

La voz de Eleni atravesó la niebla de la pesadilla.

Parpadeé, enfocando la vista. Eleni estaba sentada en la cama, con los ojos muy abiertos, reflejando la poca luz que se filtraba por las rendijas de la persiana. Miraba el arma en mi mano, pero no se apartó.

Solté la pistola como si me quemara y la dejé caer sobre el colchón, lejos de nosotros. Me pasé las manos por el rostro, sintiendo el sudor frío en la frente.

—Mierda... —susurré, con la voz áspera—. ¿Te asusté?

—Estabas gritando —dijo ella con suavidad, acercándose. Ignorando el arma, colocó las manos en mi rostro, obligándome a mirarla—. ¿Tuviste una pesadilla?

—Fue un recuerdo —corregí, aunque sabía que era una premonición—. Mezclado con mi peor miedo.

Ella no preguntó cuál era. Lo sabía. Eleni atrajo mi cabeza contra su pecho y me envolvió con sus delgados brazos. Hundí el rostro en la curva de su cuello, inhalando su olor a vida, intentando borrar la imagen de la sangre.

Nos quedamos así durante un largo rato, con su corazón latiendo rítmicamente contra mi oído, calmando mi propio pulso frenético.

—Vi a mi padre —confesé contra su piel, con las palabras saliendo con dificultad—. Y te vi a ti. Vi a nuestro hijo. Muerto.

Eleni se estremeció, pero su abrazo se volvió más firme.

—Fue solo una pesadilla, Athan. Estamos aquí. Estamos vivos.

Me aparté lo justo para mirarla. Mis ojos bajaron hasta su vientre, cubierto por la seda fina del camisón. Todavía era plano, invisible para el mundo, pero para mí cargaba el peso de un universo.

Extendí la mano, dudando. Mis dedos, que sabían romper huesos y apretar gatillos, temblaban levemente.

Apoyé mi palma sobre su vientre.

El calor de su piel quemó la mía. Había vida allí. Una vida que yo había puesto dentro de mi esposa y que también se había convertido en el blanco de todos mis enemigos.

—Es tan pequeño. —murmuré, fascinado y aterrorizado a la vez.

Eleni cubrió mi mano con la suya, presionándola más cerca de ella.

—Va a crecer. Será fuerte como su padre.

La miré fijamente.

—¿Y si no consigo protegerlos? —La pregunta, que nunca le haría a nadie, escapó de mis labios. El miedo dejaba un sabor ácido en mi boca—. ¿Y si hay demasiado veneno en esta casa?

—Entonces nosotros seremos el antídoto —respondió, con una certeza que envidié—. No estás solo en esto, Athan. Yo estoy aquí y voy a proteger lo que llevo con mi vida.

Su valentía, tan desproporcionada frente a su fragilidad, me desarmó por completo.

Una oleada de emoción, que no era rabia ni deseo brutal, sino algo dolorosamente tierno, me inundó el pecho.

—Eleni...

Me incliné y la besé.

No fue como los otros besos. No hubo prisa ni la mordida de la posesividad. Fue un beso lento, suave, reverente, de adoración.

La recosté en la cama, suspendiéndome sobre ella, sosteniendo mi peso en los codos para no aplastarla. Mis manos trazaron el contorno de su rostro, descendieron por su cuello, por sus hombros, como si estuviera memorizando cada curva.

—Eres tan preciosa —susurré, rozando mis labios con su frente—. Tan frágil.

—No voy a romperme —prometió, pasando las manos por mi espalda, dibujando el mapa de mis cicatrices.

—Lo sé. Pero siento que estoy sosteniendo un vidrio sagrado.

La desnudé con una paciencia que no sabía que tenía. Besé cada centímetro de piel revelado, venerándola. Besé sus tetas, que parecían más llenas, más sensibles. Besé sus costillas, el vientre, demorándome allí, susurrando promesas mudas contra su ombligo.

Cuando le metí mi verga, la penetré despacio, mirándola fijamente a los ojos, negándome a romper el contacto visual. No hubo resistencia, solo una aceptación húmeda y cálida que me envolvió como un bálsamo.

La conexión fue absoluta. No era solo fricción de piel contra piel; era fusión de almas. Sentía cada respiración de ella contra mi pecho, cada latido acelerado de su corazón resonando en el mío.

Me moví con un ritmo suave, profundo y constante, dictado no por la lujuria ciega, sino por una necesidad visceral de estar lo más cerca posible. Mis manos, grandes y curtidas, sostenían su rostro, acariciaban sus sienes y descendían hasta su cuello, protegiéndola incluso de mí mismo. Quería que sintiera no solo mi deseo, vasto y hambriento, sino también mi devoción. Quería llenarla, rodearla, ser su muralla y su refugio.

—Athan... —Eleni suspiró mi nombre, un sonido quebrado que vibró directo en mi columna.

Se arqueó para recibirme, con las uñas arañando suavemente mis hombros, atrayéndome hacia ella, anclándome en la realidad de su tacto. Sentí los músculos de Eleni contraerse a mi alrededor, apretándome en un abrazo interno que casi me hizo perder el control.

—Estoy aquí —prometí contra la boca de mi esposa, besándola profundamente, bebiendo sus gemidos—. Estoy contigo.

No hubo la explosión violenta de antes, sino una ascensión lenta y luminosa, como el amanecer tras una larga noche de tinieblas. El placer creció en oleadas cálidas y doradas, envolviéndonos la espalda hasta que ya no pudimos contenerlo. Cuando llegamos al orgasmo, fue una liberación compartida, que nos dejó jadeantes y entrelazados, no como guerreros exhaustos, sino como náufragos que se encontraron a salvo el uno en el otro.

Me quedé dentro de ella durante un largo rato después, negándome a salir, con la frente apoyada en la suya, sintiendo cómo

nuestras respiraciones se sincronizaban en el silencio de la habitación segura.

La pesadilla había retrocedido hacia las sombras. El miedo seguía allí, vigilando desde los rincones oscuros, pero en ese círculo de calor que habíamos creado en la cama no podía tocarnos.

Me aparté solo lo suficiente para mirarla, sonrojada y serena. Deslicé la mano por el cuerpo de Eleni hasta posarla sobre su vientre, cubriéndolo por completo.

Me incliné y besé la piel cálida de su barriga, justo debajo del ombligo.

—Nadie los tocará —repetí mi juramento, con la voz serena de quien ya tomó la decisión final, sellando la promesa en su piel—. Construiré un muro de cuerpos alrededor de esta casa si hace falta. Pero ustedes vivirán.

Eleni sonrió, somnolienta y satisfecha, y cerró los ojos, confiando en mí. Por primera vez en años, me permití cerrar los míos sin sostener un arma. Porque mi verdadera arma, mi razón para luchar, estaba a salvo entre mis brazos.



Eleni KOURIS

Capítulo 40

—¿Qué estás diciendo?

El grito de Thalia casi hizo estallar el altavoz de mi móvil. Tuve que alejarlo de mi oído, riendo nerviosamente mientras miraba la puerta cerrada de la habitación, asegurándome de que nadie entrara.

—Que estoy embarazada, Thalia —repetí la frase, y aún me sonaba extraña en mi lengua. Dulce, pero pesada—. De seis semanas.

Hubo un silencio al otro lado de la línea, seguido de un suspiro largo y dramático.

—Dios mío, Eleni Kouris, o mejor dicho, Galanis. No pierdes el tiempo, ¿eh? —Su voz cambió, volviéndose seria—. ¿Eres feliz? ¿De verdad? Porque tener un hijo con él te ata a esta vida para siempre. No hay vuelta atrás, ni divorcio, ni huida.

Me acerqué a la ventana y toqué el cristal blindado. Miré hacia el jardín, donde los guardias de Athan hacían la ronda con sus fusiles al hombro.

—No quiero huir, Thalia —confesé, y la seguridad en mi voz me sorprendió—. Sé que parece una locura. Sé que es peligroso. Pero él me cuida. Y ahora, con el bebé, está actuando como si yo fuera de cristal sagrado.

—La locura te ha golpeado fuerte, amiga —bromeó Thalia, pero había cariño en su tono—. Pero si te trata bien y no te encierra en una torre (muy alta), ¿quién soy yo para juzgar? Solo ten cuidado. Los bebés de la mafia ya nacen con enemigos.

—Lo sé. Athan ya ha triplicado la seguridad. La casa se ha convertido en un búnker.

—¿Y cómo están las cosas por allí? ¿Además de las armas?

—Raras —admití, bajando el tono de voz—. Parece que las paredes tienen oídos.

Corté la llamada poco después, sintiendo esa peculiar soledad de quien guarda un secreto que todo el mundo parece saber ya.

Salí de la habitación, decidida a tomar un poco de aire en la terraza (el único lugar "al aire libre" al que se me permitía ir sin una escolta de tres hombres).

Mientras caminaba por el pasillo, me crucé con Zoe. La empleada llevaba una pila de sábanas, pero se detuvo en cuanto me vio. Su mirada se posó inmediatamente en mi vientre, que aún estaba plano, y una sonrisa cómplice se dibujó en sus labios.

—Buenos días, señora Eleni —dijo, con una reverencia más profunda de lo normal—. Despina ha mandado cambiar las sábanas por otras de algodón egipcio hipoalergénico. Dice que son mejores para la piel sensible, en esta fase.

Fruncí el ceño.

—¿Despina ha dicho eso?

—Ah, y el jardinero, Petros, ha dejado una cesta de higos en su puerta —continuó Zoe, ignorando mi pregunta—. Dijo que son buenos para el hierro en la sangre.

Le di las gracias y seguí caminando, pero un escalofrío me recorrió la espalda. No se lo había contado a nadie más que a María, y Athan seguramente no iría difundiendo la noticia entre los empleados antes de un anuncio oficial.

¿Cómo lo sabían?

La mansión parecía un organismo vivo, donde la información viajaba por las tuberías.

Bajé a la cocina, buscando la normalidad que solía encontrar allí. María siempre había sido mi refugio, la abuela que nunca tuve.

Empujé la puerta vaivén.

María estaba de espaldas, cortando verduras con un cuchillo grande, a un ritmo frenético.

—¿María? —la llamé.

Se detuvo. Sus hombros se tensaron, pero no se dio la vuelta inmediatamente.

—Señora —respondió. Su voz era seca, fría. No estaba el "querida" o "niña" de siempre.

—He venido. Quería un poco de agua con limón. Estoy mareada.

María se giró lentamente. No sonrió. Su rostro estaba inexpresivo, sus ojos estaban oscuros y hundidos, como si llevara días sin dormir. Me miró y, de nuevo, su mirada se dirigió directamente a mi vientre.

No era una mirada cariñosa. Era una mirada calculadora.

—Las náuseas son normales —dijo, dejando caer el cuchillo sobre la tabla con un ruido metálico—. El cuerpo rechaza lo que le resulta extraño al principio. Luego se acostumbra.

La frase me causó una incomodidad inmediata.

—El bebé no es extraño, María —la corregí, instintivamente colocando mi mano sobre mi vientre—. Es mi hijo.

Ella tomó un vaso y lo llenó de agua, exprimiendo un limón con excesiva fuerza, hasta que el zumo le chorreó por los dedos.

—Es un Galanis —murmuró, entregándome el vaso sin tocarme—. Su sangre es fuerte. Domina todo lo que toca.

Tomé el vaso, evitando sus dedos. La María que me preparaba *moussaka* y se reía de los chismes de Zoe parecía haber desaparecido, sustituida por esa mujer sombría.

—¿Estás bien? —le pregunté, preocupada—. ¿Ha pasado algo?

María se limpió las manos en el delantal y desvió la mirada hacia la ventana, hacia el jardín donde Athan conversaba con Andreas.

—El tiempo está cambiando, Eleni. —Usó mi nombre sin el título, pero sonó como una advertencia—. Se avecinan tormentas. Será mejor que te prepares. Lo que nace en la sangre, muere en la sangre.

Volvió a la tabla de cortar y reanudó el violento ritmo con el cuchillo.

Retrocedí hacia la puerta, con el vaso de agua temblando en mi mano.

Salí de la cocina con el corazón acelerado. Algo estaba mal. Muy mal. La sensación de acogida se había evaporado, dejando tras de sí un rastro de superstición y hostilidad que no lograba comprender.

Subí corriendo las escaleras, buscando la seguridad de los brazos de Athan. Porque, de repente, la cocina, que era mi refugio, parecía el lugar más frío de la casa.



Athan
GALANIS

Capítulo 41

—Rotundamente no. —Mi voz resonó en el despacho, definitiva e innegociable.

Tiré la invitación de papel grueso y letras doradas de vuelta a la mesa, como si estuviera contaminada.

Alex suspiró, tomó la invitación de la "Fundación Benéfica de Atenas" y la giró entre sus manos.

—Athan, es el evento del año. El primer ministro estará allí. Los embajadores. La mitad de nuestros inversores legítimos. Papá nunca se ha perdido un baile de estos.

—Papá no tenía una esposa embarazada y un blanco en la espalda del tamaño de la Acrópolis —repliqué, levantándome y caminando hacia la barra—. Eleni no sale de esta casa. Y punto.

—Si no vamos, dirán que nos estamos escondiendo —argumentó Alex, con la voz tranquila de quien está acostumbrado a

negociar con terroristas y jueces—. Dirán que el atentado te ha asustado, que la Casa Galanis está débil y la debilidad atrae a los depredadores, hermano. Lo sabes.

Me serví un vaso de agua, ignorando el whisky. Necesitaba estar sobrio. Siempre.

—Deja que hablen. Prefiero que me llamen cobarde a que mi mujer se exponga en un salón con quinientas personas, donde cualquier camarero puede llevar un cuchillo en el bolsillo.

La puerta del despacho se abrió.

No tuve que darme la vuelta para saber quién era. El clic de los tacones de Cassandra en el suelo de madera era inconfundible. Pero había otro paso, más ligero, que la acompañaba.

—Alex tiene razón —dijo mi madre, entrando en la oficina como si fuera la dueña—. Iremos al baile.

Eleni estaba justo detrás de ella. Llevaba un sencillo vestido de algodón que disimulaba su aún pequeño vientre, pero sus ojos tenían ese brillo desafiante que estaba empezando a reconocer y a temer.

—Mamá... —comencé, con una clara advertencia en mi voz.

—No empieces, Athan —me interrumpió Cassandra—. Ya he elegido su vestido. Un corte imperio, suelto en la cintura. Nadie notará el embarazo y, si lo notan, solo dirán que ha ganado el "peso de recién casada".

Miré a Eleni. Ella cruzó los brazos sobre el pecho, a la defensiva.

—Quiero ir, Athan.

Me acerqué a ella, deteniéndome a centímetros de su rostro. Mi presencia física solía intimidarla. Sin embargo, en ese momento, solo levantó el mentón.

—No tienes ni idea del riesgo que corres —le susurré, para que solo ella me oyera—. Llevas a mi hijo. ¿Crees que voy a dejar que te pasees entre lobos?

—Ahora soy una loba, ¿recuerdas? —replicó, usando mis propias palabras en mi contra—. Tú me enseñaste a disparar. Me enseñaste a no tener miedo. Si nos quedamos encerrados aquí, ellos ganarán. Quiero mirarlos a la cara. Quiero que vean que estoy viva y entera.

Su valentía era irritante y excitante.

Me pasé la mano por la cara, frustrado. Estaba rodeado. Alex con la estrategia, Cassandra con la política y Eleni con la terquedad.

—Si pasa algo... —comencé, con la amenaza flotando en el aire.

—No pasará nada —aseguró Alex—. La seguridad del evento corre a nuestro cargo. Andreas ya ha colocado a hombres en el equipo de camareros, en el servicio de aparcacoches y en la orquesta. El lugar estará más seguro que el Pentágono.

Miré a los tres. Mi familia. Mi talón de Aquiles y mi mayor fortaleza.

—Está bien —cedí, a regañadientes—. Iremos. Pero será bajo mis reglas.

Me giré hacia Alex.

—Quiero que revisen la lista de invitados tres veces. Si hay algún nombre sospechoso, no lo dejen entrar. No me importa si es el Papa.

Finalmente, me giré hacia Eleni.

—Y tú, ven conmigo.

La llevé a la caja fuerte empotrada en la pared detrás de un cuadro falso. Tecleé la combinación y la puerta de acero se abrió.

Dentro, entre montones de dinero y documentos, había una caja de terciopelo negro, larga y delgada.

Tomé la caja y la abrí delante de ella.

Eleni jadeó.

Era un collar de diamantes. Una delicada gargantilla, pero las piedras eran grandes y brillaban con una luz fría y pura. En el centro colgaba un diamante en forma de gota, pesado y magnífico.

—Es precioso, Athan —susurró, extendiendo la mano para tocarlo.

—No es solo una joya —le expliqué, sacando el collar de la caja—. Date la vuelta.

Ella se dio la vuelta, levantándose el cabello de la nuca.

Le coloqué el collar en el cuello. El metal frío tocó su piel caliente. Cerré el broche, que hizo un clic audible, diferente al de un broche común.

—Este collar está hecho a medida —le susurré al oído, con las manos aún en su cuello, posesivas—. Dentro del engaste de la piedra central hay un rastreador GPS de nivel militar. Tiene su propia batería con una duración de un año. Es indetectable por los escáneres comunes.

Eleni tocó la piedra en su pecho, sorprendida.

—¿Un rastreador?

—Si te secuestran, si nos separamos aunque sea por un segundo, sabré dónde estás. Te encontraré, Eleni. No importa dónde te escondan.

La giré hacia mí. El collar brillaba en su cuello, un collar de millones de dólares.

—No te lo quites nunca. ¿Entendido? —Le agarré la cara—. Ni para dormir, ni para bañarte. Lo llevarás puesto hasta que yo te diga que es seguro quitártelo.

Ella miró el collar en el espejo del despacho y luego me miró a mí. Había una pesadez en su mirada, la comprensión de que ese regalo no era romántico. Era una medida desesperada de un hombre desesperado.

—Te lo prometo —dijo—. No me lo quitaré.

Le besé la frente, sellando el pacto.

—Estupendo. Entonces, vístase para la guerra, señora Galanis. Porque esta noche vamos a cenar con el enemigo.



Eleni
KOURIS

Capítulo 42

El salón de baile del Hotel Grande Bretagne parecía un sueño febril bañado en oro y cristal.

Cientos de máscaras venecianas giraban bajo las gigantescas lámparas de araña, ocultando los rostros de políticos, magnates y miembros de la alta sociedad. La orquesta tocaba un vals vienés, y el sonido de los violines llenaba el aire perfumado con costosas flores y champán.

Yo estaba parada en lo alto de la escalera, con la mano de Athan firmemente en mi cintura.

Mi vestido era una obra de arte de seda esmeralda, con un corte imperio que caía suelto desde debajo del busto, disimulando perfectamente la pequeña curva de mi vientre. En mi cuello, el collar de diamantes brillaba, frío y pesado, un collar de lujo que me mantenía conectada a él.

—Respira —me susurró Athan al oído, sintiendo mi tensión—. Esta noche eres la reina. Compórtate como tal.

Levanté el mentón, asumiendo el papel. Athan tenía razón. Ya no era la niña asustada. Llevaba al heredero Galanis.

Bajamos las escaleras. Todas las miradas se giraron hacia nosotros. La máscara de Athan era negra, minimalista, cubriendo solo los ojos, lo que hacía que su boca y su mandíbula rígida resultaran aún más intimidantes. La mía era de encaje negro y cristales, a juego con el misterio que intentábamos proyectar.

La noche fue un torbellino de saludos falsos y copas de agua con gas que yo fingía que eran gin-tonics. Athan no se apartó de mi lado en toda la hora, gruñendo respuestas cortas a quienes intentaban acercarse a nosotros.

Entonces, el primer ministro llamó a Athan a un rincón reservado.

—Cinco minutos —me dijo Athan, apretándome la mano—. Quédate aquí. Kostas está a tres metros, en la columna de la derecha. Andreas está en el bar. No hables con extraños.

Se alejó, sumergiéndose en la multitud.

Me quedé sola junto a una mesa de aperitivos, observando el baile. Me sentía poderosa. Tenía un secreto que nadie allí conocía. Una vida creciendo dentro de mí que cambiaría el juego del poder en Atenas. Pasé discretamente la mano por mi vientre, sonriendo bajo la máscara.

—La sonrisa de una mujer que sabe que ha ganado. —La voz era suave, culta, con un acento que no pude identificar de inmediato.

Me di la vuelta.

Un hombre estaba de pie a mi lado. Era alto y vestía un esmoquin de terciopelo azul. Su máscara era plateada y le cubría todo el rostro, excepto la boca y el mentón.

—¿Perdón? —pregunté, educada pero distante.

Hizo una reverencia exagerada, tomó mi mano enguantada y la besó en el aire, sin tocar la piel.

—Damon Vargas —se presentó—. Un humilde inversor y admirador de la familia Galanis.

—Encantada, señor Vargas. Soy Eleni Galanis.

—Sé quién es usted, querida. —Sonrió. Era una sonrisa encantadora, llena de dientes blancos y perfectos—. La novia que sobrevivió al fuego. La mujer que domó a la bestia. Atenas no habla de otra cosa.

Intenté retirar mi mano, pero él la retuvo un segundo más de lo que permitía el decoro.

—Es usted muy amable —dije fríamente—. Si me disculpa...

—Espere —dijo, dando un paso lateral para bloquearme el paso, pero haciéndolo parecer un movimiento de baile—. Solo una observación, si me permite la osadía.

Se inclinó hacia mí, invadiendo mi espacio personal. Su perfume era caro, pero había algo metálico debajo.

—Está radiante, señora Galanis —susurró, y sus ojos, detrás de la máscara plateada, bajaron hasta mi cintura, ignorando el corte del vestido, ignorando el disfraz—. ¿Es el brillo de la maternidad, tal vez?

El mundo se detuvo. El sonido de la orquesta desapareció. Las risas de los invitados se convirtieron en un zumbido lejano. Sentí cómo se me iba la sangre de la cara. Mis piernas se quedaron heladas.

—¿Qué ha dicho? —Mi voz salió susurrada.

Damon retrocedió, ampliando su sonrisa, que se volvió depredadora.

—Oh, perdóneme. ¿Es un secreto? —Inclinó la cabeza, con burla—. Imaginé que, con seis semanas, ya estarían listos para anunciar la buena noticia. Al fin y al cabo, un heredero es todo lo que Athan necesita para consolidar el imperio, ¿no?

Me quedé paralizada.

Él sabía la fecha exacta.

Nadie lo sabía. Nadie más que Athan, Cassandra, el médico y los empleados de la casa.

¿Cómo lo sabía ese extraño?

El terror se apoderó de mí. Ese hombre no era un inversor, era una amenaza.

—¿Quién es usted? —pregunté, dando un paso atrás, buscando a Kostas con la mirada, buscando a Athan.

—Solo alguien que presta atención a los detalles —respondió Damon, ajustándose los gemelos—. Dígale a su marido que le dejo un gran saludo y que estoy ansioso por ver si el niño tendrá sus ojos o los míos.

Parpadeó, dejando ver un ojo azul brillante a través de la rendija de la máscara, y se dio la vuelta, desapareciendo entre la multitud como el humo.

Me quedé paralizada, con la mano protegiendo instintivamente mi vientre.

Sus ojos. Eran azules, como los de Athan.

El pánico estalló en mi pecho. Tenía que encontrar a mi marido. Porque el enemigo no solo estaba acechando. Estaba bailando en nuestro salón.



Athan
GALANIS

Capítulo 43

El salón de baile quedó atrás, con su suave música y sus máscaras pulidas, pero la amenaza aún latía en mi sangre.

Había perdido a Damon entre la multitud. Había tocado a mi esposa. Le había susurrado veneno al oído y, en ese momento, necesitaba sacarla de allí antes de que decidiera hacer algo peor que solo hablar.

—Vamos por la parte de atrás —le ordené a Kostas, agarrando el brazo de Eleni con tanta fuerza que le dejé marcas, guiándola a través de la multitud hacia la puerta de servicio que usaban los camareros—. No quiero que la prensa ni nadie vea su rostro ahora.

Eleni estaba pálida, tropezando con su vestido esmeralda y protegiéndose el vientre con una mano. No hacía preguntas, solo me seguía, confiando ciegamente en mi dirección.

Empujé la puerta doble.

El ruido de la orquesta se interrumpió abruptamente, sustituido por el caos organizado de la cocina del Hotel Grande Bretagne: olor a salsa, vapor y gritos de chefs.

Pasamos entre ellos como un huracán. Algunos cocineros se detuvieron para mirar al hombre de esmoquin y a la mujer de gala corriendo entre las encimeras de acero inoxidable, pero la mirada de Kostas los mantuvo alejados.

Llegamos al pasillo de servicio, un largo túnel de hormigón pintado de color beige, iluminado por frías luces fluorescentes, que conducía a la salida de carga en la calle lateral.

Estaba vacío. Demasiado silencioso.

Mis instintos gritaron.

Me detuve bruscamente, haciendo que Eleni chocara contra mi espalda.

—¿Athan? —susurró ella.

—Kostas —alerté en voz baja.

Al final del pasillo, cerca de la salida, cuatro hombres salieron de las sombras. Llevaban uniformes de camareros, pero las chaquetas les quedaban demasiado ajustadas en los hombros anchos. Y su postura no era la de quienes sirven canapés. Era la de quienes rompen huesos.

Bloquearon la salida.

—Damon te envía saludos —dijo el más alto de ellos, sacando un cuchillo táctico de la bandeja que sostenía.

No había tiempo para sacar el arma. El pasillo era estrecho y Eleni estaba justo detrás de mí. Si sacaba la pistola, uno de ellos podría disparar antes, y una bala perdida en ese pasillo de hormigón sería fatal para ella.

Esto tendría que resolverse a la fuerza.

Me giré hacia Eleni y la empujé hacia un pequeño hueco donde había apiladas unas sillas adicionales.

—¡Quédate ahí! —grité—. ¡No salgas!

Me giré justo a tiempo para ver al primer mercenario avanzar.

Kostas interceptó al de la izquierda, chocando contra él con la fuerza de un toro.

Los otros tres se abalanzaron sobre mí.

El primero intentó cortarme la garganta. Retrocedí el torso, sintiendo el viento de la hoja pasar a centímetros de mi cuello. Agarré un carrito de servicio metálico que estaba a mi lado y se lo lancé contra las piernas. Tropezó. Aproveché la oportunidad. Avancé, ignorando la etiqueta y el caro esmoquin. Le di un puñetazo en la garganta, aplastándole la tráquea. Cayó, ahogándose.

El segundo vino con nudillos de bronce.

Bloqueé el golpe con mi antebrazo izquierdo y el dolor se extendió hasta mi hombro, pero el hueso aguantó. Con la mano derecha, agarré una pesada bandeja de plata que estaba sobre una encimera.

Usé la bandeja como escudo para bloquear el segundo golpe y luego como arma. Giré el cuerpo y le golpeé la cara con el borde de metal macizo.

El sonido de narices y dientes rompiéndose resonó en el pasillo. La sangre salpicó mi camisa blanca y la pared beige.

El tercer hombre, el que había hablado, aprovechó que yo estaba ocupado y avanzó con el cuchillo, apuntando a mi costado.

—¡Athan! —Oí el grito aterrorizado de Eleni.

Me giré en el último segundo. La hoja rasgó la tela de mi chaqueta y me cortó superficialmente el costado, dejando una línea de fuego caliente.

Le agarré la muñeca con ambas manos.

Era fuerte. Estábamos equilibrados en una lucha de fuerza, con la punta del cuchillo temblando a centímetros de mi hígado.

Lo miré a los ojos. Vi la confianza de un asesino profesional.

Pero cometió un error. Amenazó a la madre de mi hijo delante de mí.

Solté una de mis manos y, con un movimiento rápido y brutal, le agarré el pulgar y se lo retorcí hacia atrás hasta que tocó la muñeca.

Su grito fue satisfactorio. El cuchillo cayó y, antes de que tocara el suelo, le di una patada en la rodilla, dislocándole la articulación. Cayó de rodillas.

No me detuve. Le agarré la cabeza y la golpeé contra la pared de hormigón. Una vez. Dos veces. Hasta que dejó de moverse.

Me giré, jadeando, con el pecho subiendo y bajando.

Kostas estaba limpiando la sangre de un cuchillo que le había quitado a su oponente, que ahora yacía inmóvil en el suelo.

El pasillo volvió a quedar en silencio, salvo por los gemidos del hombre con la tráquea aplastada.

Miré hacia el nicho. Eleni estaba allí, acurrucada entre las sillas. Tenía los ojos muy abiertos, fijos en mí. Lo había visto todo. Había visto la violencia cruda, la sangre salpicando, el sonido de los huesos rompiéndose. Había visto al monstruo sin la máscara social.

Le tendí la mano. Tenía los nudillos pelados y sangrando. Mi esmoquin estaba rasgado. Tenía sangre en la camisa.

—Vamos —dije con voz ronca—. El coche está fuera.

Ella dudó un segundo, mirando al hombre caído a mis pies. Luego me miró y, para mi sorpresa, no retrocedió. Corrió hacia mí, agarrando mi mano ensangrentada con desesperada fuerza.

Salimos por la puerta de carga, saliendo a la cálida noche de Atenas.

El conductor, al ver nuestro estado, ya tenía el coche en marcha y la puerta abierta.

Empujé a Eleni al asiento trasero y me tiré a su lado.

—¡Vamos! —grité—. ¡Ahora!

El coche chirrió con los neumáticos al salir del callejón y entrar en el tráfico de la ciudad.

Recosté la cabeza en el asiento, tratando de controlar la adrenalina que aún pedía más violencia. Me ardía el costado donde me habían cortado con el cuchillo.

Me giré hacia Eleni. Estaba temblando, pero no lloraba. Estaba en estado de shock.

La atraje hacia mi regazo, sin importarme la sangre. Necesitaba sentirla.

—¿Qué te dijo? —le pregunté, sosteniendo su rostro, recordando la razón por la que todo había comenzado en el salón—. ¿Qué te dijo Damon allí dentro?

Eleni negó con la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas, y se llevó la mano al vientre.

—No me amenazó, Athan. Él lo sabía.

—¿Sabía qué?

—Me preguntó por el bebé.

Me quedé paralizado. Mis manos se detuvieron en su rostro. La pelea en el pasillo de repente me pareció un juego de niños comparada con el terror que me provocó esa frase.

—¿Qué?

—Él sabía el tiempo, Athan. Me dijo: *"Imaginé que, con seis semanas, ya estarían listos para anunciar la buena noticia".*

La frase resonó en mi mente, más fuerte que los disparos y los puñetazos.

Nadie fuera de esa casa debía saberlo.

La sangre de mi camisa se enfrió.

El enemigo no solo estaba enviando mercenarios al pasillo del hotel. El enemigo estaba cenando en nuestra mesa.

—El traidor está en la casa —dije, con una voz que sonaba como la sentencia de muerte que era—. Y está mucho más cerca de lo que imaginábamos.

El coche aceleró en la noche, llevándonos de vuelta a la fortaleza que parecía más una trampa que un hogar. Sin embargo, esta vez sabía lo que estaba buscando.

La rata acababa de hacer ruido y yo estaba listo para aplastarla.



Eleni
KOURIS

Capítulo 44

La habitación estaba sumida en una oscuridad casi total, solo rota por la luz naranja de las farolas del jardín que se filtraba por las rendijas de las persianas blindadas.

Athan se había ido hacía una hora. No me dijo adónde iba, solo me besó con una fuerza desesperada, cerró la puerta con llave y dejó a dos guardias en el pasillo.

Estaba a salvo. Eso era lo que él decía.

Pero, sentada en medio de la cama *king size*, abrazándome las rodillas, nunca me había sentido tan expuesta.

Me llevé mi mano al cuello y toqué el frío diamante del collar que él me había regalado. Antes, el rastreador me parecía una exageración posesiva. En ese momento, parecía la única línea de vida que me conectaba con el mundo.

Mi mano bajó del cuello al vientre.

Apreté la fina tela de la camisola contra mi piel, tratando de sentir algo, un cambio o una prueba física de que había vida allí dentro. Todavía era demasiado pronto, sin embargo, todo el mundo parecía saber lo que estaba pasando allí dentro.

—Seis semanas... —susurré en el silencio, con la voz de Damon Vargas resonando en mi memoria.

¿Cómo lo sabía?

Cerré los ojos y visualicé la casa. La cálida cocina de María. Los pasillos por los que Zoe pasaba con sábanas limpias. El jardín donde Petros podaba las rosas.

Eran personas que me sonreían, que me daban de comer y me decían "buenos días".

Uno de ellos era un monstruo.

Uno de ellos me había mirado, había visto mi felicidad, había escuchado la confirmación del médico y había corrido a vender esa información al hombre que quería destruirnos.

Sentí un escalofrío violento y tiré de la colcha hacia arriba, cubriéndome hasta el mentón.

Acaricié mi vientre de nuevo, con un movimiento circular, lento y protector.

—Lo siento —le susurré al bebé que aún era solo una promesa—. Quería que vinieras en tiempos de paz y que fueras celebrado, no perseguido.

Recordé los ojos azules de Damon. Se parecían tanto a los de Athan que me sorprendía.

¿Se movió el bebé? No, era imposible. Solo era mi estómago revolviéndose por los nervios y el hambre.

El hambre. Ese agujero sin fondo que parecía aparecer en los momentos más inoportunos.

Miré el reloj digital de la mesita de noche. Las 3:15 de la madrugada.

Necesitaba agua, leche, o algo para calmar la acidez de mi estómago.

Miré la puerta cerrada.

Podría llamar a alguien. Podría llamar a la puerta y pedirle al guardia que llamara a una camarera. Pero la idea de ver cualquier rostro de ese equipo me daba náuseas. ¿Quién vendría? ¿Zoe? ¿Despina?

¿Y si era el traidor? ¿Y si pedía un vaso de agua y me lo traían con veneno, como le hicieron al padre de Athan?

No. No confiaría en nadie.

Pero la sed era insoportable. Y la sensación de estar encerrada, impotente, empezaba a ahogarme. Athan dijo que ahora era una loba. Las lobas no se acurrucan en la cama esperando a ser sacrificadas.

Me levanté.

Caminé hasta la puerta y probé la manija. Cerrada con llave, como sabía que estaría.

Apoyé la frente contra la fría madera.

—Athan... —llamé en voz baja.

Sabía que no estaba al otro lado. Él estaba cazando, revolviendo la vida de todos, buscando al ratón.

Volví a la cama, pero no me acosté. Me senté en el borde, con la mano en el vientre y los ojos fijos en la oscuridad, esperando. Esperando a que saliera el sol, o esperando a que el monstruo saliera de debajo de la cama.

No sabía quién era el enemigo. Sin embargo, sabía una cosa: respiraba el mismo aire acondicionado que yo y esa certeza convertía cada sombra de la habitación en una amenaza mortal.

Apreté mi vientre.

—Nadie te tocará —repetí la promesa de Athan, convirtiéndola en una oración—. Mamá no lo permitirá.

Allí, en la oscuridad, vigilante y aterrorizada, sentí cómo mi instinto maternal se endurecía, transformándose de amor suave en acero frío. Si el traidor entraba por esa puerta, descubriría que Athan no era el único Galanis capaz de matar.



Athan
GALANIS

Capítulo 45

El sótano de la mansión estaba en silencio, salvo por el zumbido constante de los servidores y el sonido rítmico de mis dedos tamborileando sobre la mesa de cristal.

Tres horas...

Hacía tres horas que habíamos regresado del baile y que yo había encerrado a mi esposa en la habitación como una prisionera de lujo y había bajado a este agujero para encontrar al ratón que amenazaba con arrebatarle su vida.

—Nada —murmuró Alex, frotándose los ojos rojos de cansancio. Tiró una pila de informes de llamadas sobre la mesa—. He comprobado los móviles de todos los empleados. Nada. Ni un mensaje sospechoso, ni una llamada a números desconocidos. El historial de navegación del wifi también está limpio.

—No usaron el móvil —afirmé, con una certeza gélida en el estómago—. Damon se enteró del embarazo en tiempo real. La

información salió de aquí al instante. Si no fue digital, ¿cómo fue? ¿Señales de humo?

Spiros, el chico de informática, estaba encogido frente a una pared de monitores que mostraban el espectro de frecuencias de la casa. Parecía estar a punto de tener un ataque de pánico, pero sus ojos estaban fijos en las ondas que bailaban en las pantallas.

—Señor Athan... —Su voz temblaba—. Hay una posibilidad.

Me acerqué a él y me quedé detrás de la silla.

—Habla.

—Si el traidor es inteligente, y si es alguien de la vieja escuela, puede que no esté usando la red. La red deja rastros. IP, registros, metadatos. Pero las ondas de radio...

—¿Radio? —Alex frunció el ceño—. ¿Como un walkie-talkie?

—Frecuencia de onda corta —corrigió Spiros, tecleando un comando—. Es tecnología antigua, señor. Analógica. Nuestros bloqueadores de señal digital no funcionan porque operan en frecuencias de teléfonos móviles y wifi. Pero si alguien está usando un transmisor de ondas cortas modificado...

—Sería invisible para el sistema de seguridad estándar —añadí, entendiendo la lógica. Era brillante y sencillo.

—Exactamente.

—¡Chequea todo el espectro! —ordené—. ¡Ahora!

Spiros inició el programa. La pantalla se llenó de estática visual.

Nos quedamos en silencio, observando. El tiempo pasaba lentamente.

De repente, un punto. Una línea verde saltó en la pantalla, un pico de actividad en medio del ruido blanco.

—¡Ahí! —señaló Spiros—. 14,2 megahercios. Alguien acaba de abrir un canal.

La señal duró solo tres segundos. Un pulso corto.

—¿Fue una transmisión de datos? —preguntó Alex.

—No. —Spiros negó con la cabeza—. Fue un clic. Una señal de "activo". Alguien está probando la línea. O avisando de que está listo para transmitir.

Apreté con fuerza el hombro del chico.

—Localízalo.

—La señal es débil, de corto alcance. —Spiros trabajó en los controles, triangulando el origen basándose en los receptores repartidos por la propiedad—. Está dentro del perímetro principal. Ala de servicio. Planta baja...

Un mapa de la mansión apareció en la pantalla lateral. Un punto rojo parpadeaba sobre el plano.

No estaba en las habitaciones del servicio. No estaba en la sala de seguridad.

Era en la cocina.

Más concretamente, en la despensa grande, donde estaban los congeladores y las reservas de comida seca.

—La cocina... —murmuré.

La imagen de María me vino a la mente. La cocinera maternal. La mujer que me daba *lukumadas* a escondidas cuando era niño. La mujer que alimentaba a mi esposa embarazada.

¡No! No podía ser.

—¿Puede ser un error? —preguntó Alex, leyendo mi vacilación.

—Las matemáticas no mienten, señor Alex —dijo Spiros—. La señal vino de allí.

Enderecé el cuerpo, sintiendo cómo la fría furia sustituía a la duda. Si la mujer que nos había cuidado toda la vida era la serpiente que envenenó a mi padre y vendió a mi hijo...

Saqué mi pistola y comprobé la recámara.

—Andreas —llamé por radio—. Código Rojo. Reúnete conmigo en el pasillo de servicio. Tenemos un objetivo.

—¿Quién? —La voz de Andreas llegó entre interferencias.

—La rata está en la despensa —respondí, caminando hacia la puerta—. Y vamos a cerrar la trampera.

Miré a Alex.

—Quédate aquí con Spiros. Vigila esa señal. Si hay alguna transmisión, grábala. Quiero pruebas antes de ejecutar.

Alex asintió con el rostro sombrío.

Salí de la oficina subterránea y subí las escaleras hacia la planta baja. La casa estaba oscura y silenciosa, pero sabía que el silencio era una mentira. Había un enemigo despierto y yo iba a enfrentarlo.

***

Encontré a Andreas en la esquina del pasillo que llevaba a la cocina. Estaba camuflado en las sombras, con la Glock en la mano y el rostro convertido en una máscara de concentración letal.

—¿Está ahí dentro? —susurró Andreas, apenas moviendo los labios.

—La señal vino de la despensa —confirmé, apoyándome en la pared junto a él.

Andreas hizo un ademán de avanzar, listo para derribar la puerta y acabar con aquello, pero lo agarré del brazo. Una idea fría y cruel acababa de cristalizarse en mi mente.

Si entrábamos, atraparíamos al traidor, mataríamos al soplón, pero no sabríamos quién estaba al otro lado de la línea. No sabríamos qué planeaban hacer a continuación y Damon seguiría en las sombras, riéndose de nosotros.

—Espera —le ordené en voz baja.

—¿Qué? —Andreas frunció el ceño, impaciente—. Entremos y hagamos el trabajo, Athan.

—¡No! —Le agarré del brazo—. Si matamos ahora, cortaremos la cabeza de la serpiente, pero el cuerpo seguirá vivo. Lo quiero todo, Andreas. Quiero darles exactamente lo que quieren, para que vengan a nosotros.

Miré hacia la puerta entreabierta de la cocina al final del pasillo.

—Vamos a tender una trampa.

Andreas lo entendió inmediatamente. El brillo de sus ojos pasó de asesino a cazador.

—¿Qué tienes en mente?

Me acerqué a su oído.

—Les daremos una oportunidad "perfecta".

Me ajusté la chaqueta y le hice una señal a Andreas para que guardara el arma.

—Sigue mi juego. Habla alto.

Salimos de las sombras y comenzamos a caminar por el pasillo hacia la cocina, haciendo que nuestros pasos resonaran en el suelo de mármol, anunciando nuestra presencia de forma descuidada.

—¿Estás seguro de que es fiable? —preguntó Andreas, alzando la voz con tono de preocupación fingida, siguiendo mi señal.

Me detuve justo delante de la puerta de la cocina. Sabía que la despensa estaba justo detrás y que las paredes eran finas. Si el traidor estaba allí con la radio, oiría cada palabra.

—No tengo otra opción, Andreas —respondí con voz firme y clara, cargada de una frustración calculada—. Eleni está histérica. Insiste en ir al médico mañana por la mañana para que le revisen el bebé. Dice que no confía en el médico que vino aquí.

—Envía una escolta completa —dijo Andreas.

—Ella se ha negado —mentí—. Dice que los coches blindados llaman demasiado la atención. Quiere ir en un coche de civil. A solas con el chofer. A las nueve de la mañana. A la Clínica Higea.

Andreas soltó un suspiro exasperado, actuando a la perfección.

—¿Sola? Eso es un suicidio, Athan.

—Es terquedad. Pero ella es la madre. Si se lo prohíbo, se pondrá nerviosa, y el estrés es peor para el embarazo. —Hice una pausa dramática—. Dejemos que vaya. Es una ruta sencilla por la avenida principal, sin seguridad visible. Es la única forma de tranquilizarla.

—Tú mandas —cedió Andreas—. Mañana a las nueve. Coche de civil.

—Volvamos a la oficina —concluí la escena—. Necesito beber algo.

Dimos la espalda a la cocina y caminamos de vuelta por el pasillo, pisando fuerte hasta doblar la esquina.

En cuanto estuvimos fuera del alcance del oído, el silencio volvió, pesado y peligroso.

Andreas me miró, con una sonrisa sombría curvando sus labios.

—Eres un manipulador despreciable, hermano.

—Lo sé —respondí, sacando mi móvil y enviando un mensaje a Alex: *Prepara la grabación*—. Ahora, veamos si el ratón muerde el queso.

Volvimos a la sala de seguridad en absoluto silencio. Alex y Spiros nos esperaban con los ojos pegados a las pantallas.

—La señal está activa —susurró Spiros en cuanto entramos—. Alguien acaba de empezar a transmitir.

Me acerqué al monitor principal. Una de las cámaras de seguridad, que habíamos instalado en secreto dentro de un detector de humo en la despensa (una redundancia que ni siquiera el personal sabía que existía), mostraba una imagen granulada en infrarrojos.

Había una figura allí dentro, encogida entre las estanterías de aceite y harina.

La figura sostenía un pequeño dispositivo cerca de la boca.

Mi corazón se endureció. Reconocí la silueta y el pañuelo en la cabeza.

—Sube el volumen —ordené, sintiendo el sabor de la bilis en la boca.

La voz salió por los altavoces, chirriante, pero inconfundible.

—...mañana... nueve en punto... Clínica Higea... ella va sola... coche de civil... es la oportunidad... maten al bastardo que lleva en su vientre...

Cerré los ojos por un segundo, el dolor de la traición fue rápidamente sustituido por la necesidad de justicia.

Era María...

La mujer que me vio crecer estaba, en ese preciso momento, ordenando la muerte de mi hijo.

Abrí los ojos.

—Tenemos la confirmación —dije, frío como la muerte—. Ahora, esperemos. Dejemos que termine y selle su propio destino. Cuando salga de esa despensa —miré a Andreas— la estaremos esperando.



Eleni KOURIS

Capítulo 46

La sed era un desierto en mi garganta.

Me desperté tosiendo, con la boca seca y un deseo insano de agua helada con limón. El reloj digital marcaba las 05:40 de la mañana.

Miré a mi lado. La cama estaba vacía. La almohada de Athan estaba fría. No había vuelto.

Suspiré, sentándome en la cama y pasando la mano por mi vientre. Al "pequeño Galanis" no parecía gustarle dormir. O tal vez sentía la tensión que vibraba en las paredes de aquella casa.

—Papá está trabajando —le susurré a mi vientre, tratando de convencerme de que todo estaba bien—. Está protegiéndonos.

Pero la sed persistía y, con ella, una inquietud que no podía explicar.

Me levanté y fui hacia la puerta. Giré el picaporte, esperando encontrarla cerrada con llave como antes.

Para mi sorpresa, cedió. Abrí la puerta lentamente. El pasillo estaba vacío. No había guardias en mi puerta.

Fruncí el ceño. ¿Dónde estaban? Athan había dicho que se duplicaría la seguridad. ¿Quizás había habido un cambio de turno? ¿O quizás Athan había llamado a todos para alguna emergencia abajo?

El silencio de la casa era absoluto y pesado.

Decidí bajar. Solo era un vaso de agua. La cocina estaba a dos tramos de escaleras. Iba a ir, tomar una botella y volver corriendo a la seguridad de mi habitación antes de que Athan se diera cuenta de que había salido.

Bajé las escaleras descalza, sintiendo el mármol frío bajo mis pies. La casa estaba sumida en profundas sombras, pareciendo una boca abierta lista para tragarse a cualquiera que se atreviera a caminar por ella de noche.

Llegué a la planta baja. Todo parecía normal.

Caminé hacia la cocina. La puerta estaba entreabierta y por ella se colaba un haz de luz amarillenta. Había alguien allí.

Una sonrisa de alivio se dibujó en mis labios. *María.* Solía levantarse temprano para hornear pan. Quizás estuviera allí y pudiera conseguir no solo agua, sino también una de esas galletas de almendra que me guardaba.

Empujé la puerta lentamente, sin hacer ruido.

La cocina estaba en penumbra, iluminada solo por la tenue luz de la despensa, cuya puerta también estaba abierta. Di unos pasos hacia dentro, dirigiéndome hacia la nevera. Fue entonces cuando oí la voz.

No era la voz cantarina de María. Era un susurro ronco, sibilante, lleno de veneno. Parecía provenir del interior de la despensa.

—... sí, el idiota picó el anzuelo.

Me quedé paralizada, con la mano en el mango de la nevera.

La voz era la de María. Pero el tono era irreconocible.

—Él cree que tiene el control —continuó la voz, hablando rápidamente, como por radio—. La enviará sola. En un coche civil por la avenida principal.

Mi corazón se detuvo. ¿Estaba hablando de mí? Pero Athan no me había dicho nada sobre ir sola al médico.

Me acerqué a la despensa, movida por un horror que me paralizaba las extremidades. Miré por la rendija de la puerta.

María estaba allí, sentada en un taburete entre sacos de harina. Sostenía un viejo y voluminoso transmisor de radio negro cerca de la boca. Su rostro, iluminado por la pequeña luz roja del aparato, era una máscara de odio.

—Mañana, a las nueve —ordenó—. Intercepten el coche en el cruce de Syngrou. No quiero errores esta vez.

Hizo una pausa, escuchando la respuesta chirriante al otro lado y luego dijo las palabras que mataron a la niña ingenua que aún existía dentro de mí.

—No —replicó María, impaciente—. Maten al bastardo que lleva en su vientre. Arránquenlo si es necesario. Quiero ver a Athan llorar sangre. Pero traigan a la chica viva. Damon quiere jugar con ella antes de acabar con todo.

El mundo me dio vueltas. El suelo se me desapareció.

Maten al bastardo que lleva en su vientre.

Se refería a mi hijo, a mi bebé. La mujer que me alimentaba, que me llamaba hija, quería arrancarme a mi hijo.

El shock fue físico. Mis dedos, entumecidos, perdieron la fuerza.

El vaso de cristal que había tomado de la mesa de la cocina se me resbaló de la mano.

El sonido del cristal rompiéndose contra el suelo de piedra fue como un cañonazo en el silencio de la madrugada.

En la despensa, María giró la cabeza tan rápido que le crujió el cuello.

Nuestras miradas se cruzaron.

No vi arrepentimiento en sus ojos, ni miedo a ser descubierta. Solo vi pura oscuridad. La mirada de un depredador que ha sido descubierto, pero que sabe que su presa está acorralada.

Dejó la radio y se levantó lentamente. Su mano se dirigió a la encimera de al lado, donde un cuchillo para deshuesar brillaba bajo la tenue luz.

—No deberías haber bajado, querida —dijo con voz tranquila y aterradora.

Retrocedí, tropezando con mis propios pies, protegiéndome instintivamente el vientre. Estaba sola en la cocina con el monstruo y Athan no estaba allí.



Athan
GALANIS

Capítulo 47

En la sala de seguridad, el mundo se reducía a una pantalla de diez pulgadas en blanco y negro.

Estaba inclinado sobre el hombro de Spiros, observando la imagen granulada de la despensa. María acababa de apagar la radio. La trampa estaba tendida. Ella había mordido el anzuelo.

—La tenemos —dijo Andreas a mi lado, con voz dura de satisfacción.

—Espera —ordené, con los ojos fijos en el monitor—. Veamos qué hace a continuación. Quiero saber dónde esconde la radio.

Pero entonces, algo sucedió en la pantalla.

La puerta de la despensa se abrió más. Una sombra entró en el campo de visión de la cámara oculta. Una sombra pequeña, vestida con una bata larga.

Mi corazón se detuvo. Literalmente. Sentí que el músculo se bloqueaba en mi pecho, negándose a latir.

—Eleni... —El nombre salió de mi boca en un susurro de horror.

—¡¿Qué está haciendo ahí?! —gritó Alex.

En la pantalla, vi el momento exacto en que el vaso se resbaló de la mano de Eleni y María se dio la vuelta, con una expresión que pasó de conspiradora a asesina.

Maria tomó el cuchillo.

El mundo se tiñó de rojo.

No lo pensé. No lo planeé. Simplemente actué.

—¡Muévete! —rugí, empujando a Andreas con tanta fuerza que lo lancé contra la pared.

Salí de la sala de seguridad como un proyectil disparado. Subí las escaleras del sótano volando, saltando tres escalones a la vez.

Ella la va a matar. Va a matar a mi hijo.

El pensamiento era un tambor ensordecedor en mi cabeza.

Crucé el vestíbulo principal, con mis zapatos resbalando sobre el mármol pulido. La cocina parecía estar a kilómetros de distancia.

—¡NO! —grité, con mi voz resonando por la casa vacía: una advertencia, una amenaza, una súplica...

Llegué a la puerta de la cocina. Estaba cerrada.

No me detuve a girar el picaporte. Pateé la madera maciza con todas las fuerzas que tenía en el cuerpo.

La puerta explotó hacia dentro, con las bisagras cediendo con un estruendo de madera astillada.

La escena se desarrolló ante mí en cámara lenta.

Eleni estaba acorralada contra la nevera, con las manos protegiendo su vientre y los ojos muy abiertos por el terror. María estaba a un paso de ella, con el cuchillo de deshuesar en alto, brillando bajo la luz fluorescente, lista para atacar.

La hoja ya estaba bajando.

—¡Athan! —gritó Eleni.

Me lancé al aire.

Mi cuerpo chocó contra el de María con la fuerza de un tren de mercancías. Oímos el sonido de unas costillas rompiéndose cuando golpeamos el duro suelo. El cuchillo salió volando de su mano, deslizándose por el suelo hasta detenerse debajo de la mesa.

María gruñó, tratando de arañarme y luchar, pero yo estaba poseído por un demonio.

Le di un puñetazo en la cara.

No vi a la mujer que me hacía dulces, ni a la anciana. Solo vi la amenaza.

—¡Ibas a matarla! —rugí, golpeándola de nuevo—. ¡Ibas a matar a mi hijo!

Andreas y Alex entraron corriendo en la cocina, con armas en mano.

—¡Athan! ¡Basta! —gritó Andreas, tirándome de los hombros —. ¡La necesitamos viva! ¡Tiene que hablar!

Respiré hondo, con el aire silbando en mis pulmones, y dejé que me arrastraran lejos de María, que gemía en el suelo con la cara ensangrentada.

Me giré inmediatamente hacia Eleni.

Ella seguía apoyada contra la nevera, temblando violentamente, con los brazos cruzados sobre el vientre como un escudo.

—Eleni... —Me arrodillé frente a ella, con las manos manchadas de sangre suspendidas sobre ella, sin saber dónde tocarla—. ¿Te ha hecho daño? ¿Estás herida?

Eleni negó con la cabeza, incapaz de hablar. Se lanzó a mis brazos, sollozando.

La apreté contra mí, hundiendo mi rostro en su cuello y oliendo su aroma. La rabia que sentía hacia María solo era superada por el terror de lo que casi había sucedido.

—Átenla —ordené a mis hermanos, con la voz ahogada por el cabello de Eleni—. Aten a esa perra a la silla. ¡Ahora mismo!

Cinco minutos después, la cocina se había convertido en una sala de interrogatorios improvisada.

María estaba atada con cinta adhesiva industrial a una silla de madera en el centro de la habitación. Alex había traído un botiquín de primeros auxilios para limpiarle la cara lo justo para que pudiera hablar.

Eleni estaba sentada en una silla más alejada, con Andreas de pie a su lado como una torre protectora. No quería que ella viera aquello. Pero se negó a marcharse. *"Necesito saberlo",* había dicho, con voz débil pero firme.

Me quedé de pie frente a María, la mujer que me vio crecer y que cuidó de mi madre cuando murió mi padre.

—¿Por qué? —pregunté, sintiendo que la pregunta pesaba una tonelada.

María escupió sangre en el suelo. Levantó la cabeza y, por primera vez en mi vida, vi su verdadero rostro. No había servidumbre, sino odio. Un desprecio antiguo, destilado durante décadas.

—Porque era la única manera de corregir el error —susurró.

—¿Qué error? —preguntó Andreas—. Te dimos todo. Un techo, un salario, respeto.

María se rió. Una risa gutural y desagradable.

—¡Me dieron migajas! —gritó—. Mientras ustedes vivían como príncipes, comiendo en platos de oro, mi hijo, el verdadero primogénito, ¡vivía en las sombras!

Fruncí el ceño.

—¿Tu hijo?

—Damon —dijo el nombre con reverencia—. Damon es mi hijo.

El impacto silenció la sala.

—¿Y quién es el padre? —preguntó Alex, aunque yo creía que ya sabíamos la respuesta.

María me miró directamente, con un triunfo enfermizo en los ojos.

—Konstantin.

Sentí como si el suelo se hubiera desvanecido bajo mis pies.

—Tú eras la amante —constaté, con náuseas. —La mujer a la que él pagaba para que se callara.

—¡Yo era la mujer que él amaba! —gritó, forcejeando con las ataduras—. ¡Antes que tu madre! ¡Antes que Cassandra, su dinero y su apellido noble! ¡Yo estaba allí! ¡Yo le di su primer hijo! Pero él no podía casarse con la cocinera, ¿verdad? Tenía que casarse con la heredera para construir el imperio.

Ella miró a Eleni con un desprecio venenoso.

—Él me había prometido que Damon sería reconocido. Me prometió que cuidaría de nosotros, pero mintió. Escondió a mi niño como si fuera un secreto sucio y cuando intentó cortarme la pensión,

cuando intentó abandonar a Damon para siempre, hice lo que tenía que hacer.

—Lo envenenaste —dije con voz fría—. Mataste al hombre al que decías amar.

—¡Maté al hombre que traicionó a mi hijo! —replicó ella—. Los habría matado a todos. Uno por uno. Damon es el heredero legítimo. ¡Su sangre es más antigua que la tuya, Athan!

Ella miró el vientre de Eleni.

—Y ese bebé, esa cosa que lleva dentro, es solo otro obstáculo. Otro usurpador que quiere robarle lo que le pertenece a mi Damon. Iba a arrancárselo. Iba a enviarte su cabeza en una caja.

El horror de sus palabras llenó la habitación.

Ya no había dudas.

María no era una empleada descontenta. Era la artífice de nuestra destrucción. Había alimentado el odio de Damon, le había abierto las puertas, había intentado matar a mi esposa y a mi hijo, no por dinero, sino por una venganza generacional.

La miré y luego miré a Eleni.

Mi esposa estaba pálida, con la mano protectora sobre su vientre. Sin embargo, no apartaba la mirada. Estaba mirando al monstruo.

Me giré hacia María.

—Has alimentado a mi familia durante treinta años —dije, sacando mi arma—. Y hoy has intentado devorarla.

—No tienes las agallas —me desafió María, aunque vi cómo el miedo comenzaba a aparecer en sus ojos al ver la pistola—. Te cambié los pañales, Athan.

—Y has intentado matar a mi hijo.

Quité el seguro del arma.

No hay perdón para quien amenaza al heredero. Esa es la primera ley de la selva y la primera ley de los Galanis.

Apunté con el arma a su frente.

—Saluda a mi padre en el infierno —murmuré—. Y dile que estoy limpiando el desastre que dejó.

—Damon te destruirá...

BANG.

El disparo fue seco y definitivo.

El cuerpo de María cayó hacia atrás en la silla, devolviendo el silencio a la cocina con el olor acre de la pólvora.

Bajé el arma. Mi mano no tembló.

Me giré hacia Eleni. Esperaba ver repulsión y que huyera de mí, del asesino que acababa de ejecutar a su "abuela" delante de ella. Sin embargo, Eleni se levantó. Caminó hacia mí, esquivando el charco de sangre que se formaba en el suelo.

Se detuvo frente a mí y me tomó la mano libre. Su mano estaba caliente.

—¿Se acabó? —preguntó, mirando el cuerpo y luego a mí.

—La traición ha terminado —le respondí, envolviéndola en mis brazos, protegiéndola de la visión de la muerte—. Pero la guerra contra su hijo, contra mi hermano que no sabía que tenía, acaba de empezar.

Eleni apoyó su cabeza en mi pecho, sobre mi corazón que latía con fuerza.

—Vamos a ganar —dijo.

En ese momento, cubierto de sangre y traición, la creí.



Eleni KOURIS

Capítulo 48

El olor a sangre en la cocina no era como el olor a *moussaka* o canela que había aprendido a amar. Era metálico, crudo y nauseabundo.

Estaba sentada en una silla de madera, con los brazos cruzados sobre el pecho, observando a la mujer atada frente a mí.

María...

Ella, que me acogió y me alimentó. La mujer que me sonrió y me dijo que tenía un brillo especial.

En ese momento, escupía verdades venenosas en el suelo de mármol.

—... Iba a arrancárselo. Iba a enviarte su cabeza en una caja.

Sus palabras flotaban en el aire, cerniéndose sobre nosotros como una nube tóxica. Estaba hablando de mi bebé. Del ser diminuto e inocente que crecía dentro de mí.

Miré a Athan. Estaba de pie, era una torre de tensión y furia, con el arma en la mano. Pero dudó. Por una fracción de segundo, me miró.

Vi el miedo en sus ojos. No miedo a María, sino miedo *de mí*, a que yo me derrumbara. Temblaba ante la posibilidad de que yo viera al monstruo que él tenía que ser, y huyera horrorizada. Esperaba que yo pidiera clemencia. Esperaba que la "chica del internado" suplicara por la vida de la vieja cocinera.

Pero la niña del convento había muerto en la despensa, en el momento en que escuchó la orden de ejecución de su propio hijo.

Me levanté.

Mis piernas estaban firmes. Las náuseas habían desaparecido, sustituidas por una claridad fría y cristalina.

Caminé hacia ellos. El sonido de mis pies descalzos en el suelo era el único ruido, aparte de la respiración irregular de María.

Me detuve junto a Athan. Él estaba tenso, listo para protegerme de la visión, listo para echarme.

Miré a María.

Buscaba algún rastro de arrepentimiento. Algún vestigio de la "abuela" que fingía ser. Pero no había nada, solo odio, destilado por décadas de envidia y silencio. Ella miraba mi vientre con repugnancia.

Si la dejaba vivir, si Athan la dejaba vivir, nunca se detendría. Encontraría la manera, envenenaría mi comida, abriría las puertas a los asesinos, quemaría la casa con todos nosotros dentro.

El mundo era cruel. Había pasado veinte años intentando ignorarlo, escondida en los libros y la música. Pero la verdad estaba en mi cocina, amenazando lo único que era verdaderamente mío.

La bondad era una máscara que ya no podía usar.

Toqué el brazo de Athan. Sus músculos estaban rígidos como piedras bajo la camisa.

—Athan —lo llamé, con voz baja y firme.

Se giró hacia mí, con el arma aún apuntando a María.

—Eleni, vete de aquí. No tienes por qué ver esto.

—Sí que tengo que verlo —le corregí—. Necesito verlo.

Me giré hacia María por última vez.

—Me diste té —le dije—. Me diste consuelo y, mientras tanto, afilabas tu cuchillo.

María me sonrió, con una sonrisa sangrienta.

—Los sentimientos son debilidades, niña. Lo aprenderás por las malas cuando Damon te atrape.

No sentí pena ni tristeza, solo un hielo protector cubriendo mi corazón, convirtiéndolo en diamante.

Miré a Athan.

—Ella quería matar a nuestro hijo —dije, y las palabras salieron duras, sin temblor—. Ella no es *familia*. Ella es el enemigo.

Athan parpadeó, sorprendido por la frialdad de mi voz. Vio el cambio. Vio que no estaba pidiendo misericordia. Estaba dándole permiso.

—Haz lo que sea necesario —susurré—. Protege nuestro hogar.

Athan asintió con un movimiento breve y solemne. El alivio en sus ojos era evidente; no tenía que ser el único villano. Ahora éramos cómplices.

Se giró hacia María.

—Saluda a mi padre en el infierno.

El disparo fue ensordecedor.

No cerré los ojos. Vi el impacto y la vida abandonando los ojos de María, antes de que el cuerpo cayera al suelo.

El silencio que siguió fue pesado, pero no era opresivo, sino el de un problema resuelto.

Athan bajó el arma y se giró hacia mí inmediatamente, bloqueando la visión del cuerpo con su tamaño. Buscó signos de trauma en mi rostro, esperando el colapso y las lágrimas histéricas.

Pero yo seguía en pie.

Extendí mi mano y agarré la suya, la que no sostenía el arma. Entrelacé nuestros dedos.

—¿Se acabó? —pregunté.

—La traición ha terminado —respondió con voz ronca—. Pero la guerra...

—La guerra continúa —añadí.

Le apreté la mano.

Ya no era solo su esposa. Ya no era la rehén. Era la madre del heredero Galanis y mataría a cualquiera que intentara tocarlo.

—Vamos a limpiar esto —dije, mirando la sangre en el suelo de mi cocina—. Y después, vamos a encontrar a su hijo.

Athan me miró con una mezcla de sorpresa y ferviente adoración. Llevó mi mano a sus labios y besó mis dedos, sobre el anillo de zafiro.

—Sí, mi reina. Lo haremos.



Athan
GALANIS

Capítulo 49

Miré el cuerpo de María tirado en el suelo de mármol. La silla se había volcado con el impacto. La sangre se había esparcido, oscura y espesa, manchando las juntas blancas.

No sentí remordimiento, solo un frío vacío en el estómago.

Esa mujer me había limpiado las rodillas cuando me caí de la bicicleta y me había hecho sopas cuando estaba enfermo. Sin embargo, con esas mismas manos, había puesto veneno en la bebida de mi padre y había empuñado un cuchillo para matar a mi esposa y a mi hijo nonato.

La traición tiene un precio y, en mi casa, ese precio es único.

Me giré hacia Andreas y Alex, que estaban de pie cerca de la puerta, con el rostro sombrío. Ellos también sentían el peso de aquello. María era una constante en la vida de los tres. Matarla era como quemar un álbum de fotos de la infancia.

—Andreas —llamé, con voz ronca—. Deshazte de ella.

Andreas se separó de la pared. Su mirada era dura, desprovista de la emoción que sabía que estaba reprimiendo.

—¿Dónde la llevo?

—Al mismo lugar al que ella envió a mi padre. Al olvido. —Señalé el cuerpo—. Sin tumba. Sin nombre. Ella perdió el derecho a ser recordada cuando levantó la mano contra mi sangre.

Andreas asintió e hizo una señal a dos guardias que esperaban en el pasillo. Entraron, envolvieron el cuerpo en una sábana negra y se lo llevaron.

Me quedé observando mientras limpiaban la sangre del suelo. Alex se acercó y dio una patada a un trozo del plato roto que aún estaba allí.

—Damon —dijo Alex, pronunciando el nombre como si fuera una enfermedad—. El "Inversor". El hombre de la máscara plateada.

—Nuestro hermano —lo corregí, sintiendo el amargo sabor de la ironía—. Hermanastro. El bastardo que nuestro padre ocultó y que su madre convirtió en un arma.

—Estaba en el baile —Alex se pasó la mano por el pelo, nervioso—. Tocó a Eleni, sabía que estaba embarazada y estuvo a centímetros de nosotros, Athan.

—Ese maldito estaba probando nuestras defensas —dije, caminando hacia el lavabo para lavarme las manos, aunque no estaban manchadas de sangre visible. El agua fría me ayudó a concentrar mis pensamientos—. Utilizó a María para espiarnos, para intentar debilitarnos por dentro. Ahora, ha perdido la vista y los oídos en esta casa.

—Sabrá que está muerta. —Andreas regresó por la puerta trasera, limpiándose las manos en sus pantalones tácticos.

—Sí, y eso lo dejará desesperado o furioso. —Cerré el grifo y me giré hacia ellos—. Damon Vargas ya no es un fantasma ni un rumor de inteligencia. Es un objetivo. ¿Quiere mi puesto? ¿Quiere a mi mujer? Que venga a buscarme.

Andreas chasqueó los dedos, con un sonido seco propio de alguien dispuesto a la violencia.

—Lo cazaré, Athan. Lo juro. Pondré Atenas patas para arriba. Voy a apretar a todos los contactos, todos los proveedores, todos los narcotraficantes callejeros hasta que descubra dónde duerme ese cabrón.

Miré a mi hermano mediano. El Ejecutor. La Bestia. Necesitaba esto: un objetivo para canalizar el dolor de la traición de María.

—Es tuyo, Andreas —concedí—. Tráemelo. Vivo, si es posible. Muerto, si es necesario. Pero tráemelo.

—¿Y Eleni? —preguntó Alex, mirando hacia la puerta por la que había salido mi esposa, escoltada por Despina (cuya lealtad ahora había sido probada por la prueba de fuego).

—Eleni permanecerá encerrada en esta fortaleza hasta que la cabeza de Damon esté en una estaca —decreté—. A partir de hoy, estamos en estado de sitio. Cancelen todas las reuniones. Detengan las operaciones del puerto que no sean esenciales. El único negocio de la familia Galanis ahora es la guerra.

Mis hermanos asintieron. La Trinidad estaba unida, cohesionada en torno a un objetivo común. Nuestro padre había mentido. La cocinera nos había traicionado. Pero nosotros tres éramos sólidos.

—Voy a mi habitación —les dije—. Tengo que asegurarme de que mi esposa entienda que, a partir de ahora, la única ley que existe es mi protección.

Salí de la cocina, que olía a productos de limpieza y pólvora, dejando atrás una infancia manchada de sangre y caminando hacia el futuro por el que tendría que luchar para mantenerme con vida.



Eleni KOURIS

Capítulo 50

La habitación estaba sumida en la penumbra, pero no podía cerrar los ojos.

Cada vez que parpadeaba, veía el cuerpo de María tirado en la cocina, oía el sonido del disparo y sentía el olor a sangre que parecía haber impregnado toda la casa.

Sabía que Athan había hecho lo que era necesario. Yo misma le había dado permiso. Sin embargo, saberlo y sentirlo eran cosas diferentes. La realidad de la violencia, cuando afecta a alguien que conocías, a quien abrazabas, deja cicatrices.

La puerta del dormitorio se abrió.

Me levanté del sillón donde estaba acurrucada, con el corazón acelerado.

Athan entró.

Parecía haber envejecido años en la última hora. Su rostro estaba pálido bajo la barba sin afeitar. Sus ojos azules estaban oscuros y tempestuosos. Se había quitado la chaqueta y la camisa blanca estaba desabrochada en el cuello y las mangas dobladas de cualquier manera. No tenía sangre visible en las manos, pero su aura estaba manchada de muerte.

Se detuvo en la puerta, mirándome. Había una tensión vibrante en él, como una cuerda de violín a punto de romperse. Parecía esperar que gritara, que lo acusara, que hubiera cambiado de opinión sobre ser la esposa de un asesino.

No esperé.

Corrí hacia él.

—Athan...

Me choqué contra su pecho, rodeando su cintura con mis brazos, abrazándolo con todas mis fuerzas.

Se quedó rígido por un segundo, sorprendido.

—Eleni... —Su voz era un susurro ronco—. No he tenido tiempo de ducharme. Huelo a pólvora.

—No me importa —susurré contra su pecho, escuchando los latidos descompasados de su corazón—. Has vuelto. Eso es lo único que importa.

Su rigidez se desvaneció. Athan soltó un largo y tembloroso suspiro y sus brazos me envolvieron, apretándome contra él. Enterró la cara en mi cuello, inspirando profundamente, como si se estuviera ahogando y yo fuera el aire.

—Ella iba a matarlo —murmuró contra mi piel, con la voz quebrada por una emoción cruda que nunca había escuchado en él —. Iba a quitarnos a nuestro hijo.

—Lo sé. —Le acaricié la nuca, entrelazando mis dedos en su cabello oscuro—. Se acabó, Athan. Estamos aquí. Estamos vivos.

Se apartó lo suficiente para mirarme a la cara. Sus manos me sujetaron las mejillas, con los pulgares rozando mi piel con una reverencia desesperada. Me miró a los ojos, a la boca y al alma.

—Nunca tuve miedo —confesó, con los ojos brillantes y sospechosamente húmedos—. En treinta y cuatro años, me enfrenté a armas, cuchillos, ejércitos. Nunca sentí miedo de verdad. Hasta hoy. Hasta ver ese cuchillo cerca de ti.

—Nuestro bebé está bien —le aseguré, cubriendo sus manos con las mías.

—No lo entiendes. —Sacudió la cabeza con intensidad—. No es solo por el bebé. Es por ti.

El silencio cayó entre nosotros, pesado y cargado.

—Pensaba que eras una debilidad —continuó, bajando la voz hasta convertirla en un susurro ronco—. Pensaba que amar a alguien me haría vulnerable. Pero cuando te vi allí abajo, cuando me tomaste la mano y me dijiste que hiciera lo que fuera necesario, me di cuenta de que no eres mi debilidad, Eleni. Eres mi fuerza.

Mi corazón se detuvo.

—Athan...

Él apoyó su frente contra la mía y cerró los ojos.

—Yo también te amo —dijo. Las palabras salieron como una rendición. Como si estuviera entregando su arma más peligrosa en mis manos—. Te amo, Eleni. Más que a mi propia vida. Más que a este maldito imperio.

Las lágrimas brotaron de mis ojos, cálidas y felices.

—Repítelo —le pedí, necesitada de oírlo, necesitada de creerlo.

Athan abrió los ojos. El azul de ellos ya no era hielo, era fuego.

—Te amo y voy a pasar el resto de mis días demostrándotelo.

Me besó.

No fue un beso suave. Fue un beso apasionado, de necesidad y de hambre. Tomó mi boca como si quisiera fundir nuestras almas. Sentí el sabor de su desesperación, y él sintió el mío.

—Te necesito —gruñó contra mi boca, bajando las manos hasta mi cintura y levantándome del suelo—. Ahora.

Enrosqué mis piernas alrededor de su cintura.

—Ámame —le ordené.

Me llevó hasta la cama, cayendo conmigo sobre el mullido colchón sin romper el beso.

La ropa se convirtió en un obstáculo insoportable. Arrancamos botones, tiramos de telas, desesperados por sentirnos piel contra piel. Cuando quedamos desnudos, el contacto fue eléctrico.

Athan se cernió sobre mí, mirando mi cuerpo como si fuera un milagro. Pasó la mano por mi vientre, donde crecía nuestro hijo, y luego subió a mis tetas, a mi cuello, a mi cara.

—Eres mía —susurró—. Eres mi vida.

Cuando me metió su enorme verga, no hubo dolor, no hubo preparación lenta. Solo hubo un encaje perfecto y urgente.

Gemí su nombre, arqueando la espalda, recibiéndolo y envolviéndolo. Él llenaba todos los vacíos, curaba todas las heridas invisibles de aquella noche.

Hicimos el amor con una intensidad que rayaba en el dolor. Era una afirmación de la vida frente a la muerte que acabábamos de presenciar. Con cada embestida, con cada caricia, él me decía lo que sentía sin usar palabras. Él me necesitaba para sentirse humano de nuevo y yo lo necesitaba a él para sentirme segura.

—Athan... por favor... —No sabía lo que estaba pidiendo, solo sabía que quería más, lo quería todo.

—Estoy aquí —respondió con voz entrecortada, con el sudor goteando de su frente a mi pecho—. Nunca me iré.

El orgasmo nos llegó como una explosión de luz blanca, barriendo el miedo, la culpa y la sangre. Grité, agarrándole por los hombros, sintiéndolo temblar violentamente sobre mí mientras se derramaba, entregándose por completo.

Permanecimos tumbados allí durante mucho tiempo, con los corazones latiendo al unísono y la respiración calmándose. Athan no se apartó de mí; rodó hacia un lado, pero me mantuvo sujeta entre sus brazos, con su pesada pierna sobre las mías, con la cara hundida en mi cabello.

—Estás a salvo —murmuró, ya medio dormido, el agotamiento finalmente venció al guerrero—. Estamos a salvo.

Cerré los ojos, sintiendo el reconfortante peso de su brazo. El mundo exterior seguía en guerra. Damon seguía libre. Pero aquí, en esta cama, con el hombre al que amaba y que acababa de entregarme su corazón, sabía que habíamos ganado la batalla más importante.

Nos teníamos el uno al otro y eso era una fortaleza que ningún enemigo podría derribar.



Athan
GALANIS

Epílogo

El sol de la mañana invadió la habitación, pintando las paredes de un pálido dorado.

La tormenta había pasado. Al menos, dentro de esta casa.

Eleni dormía profundamente, con el rostro sereno y una mano descansando de manera protectora sobre su vientre. Parecía un ángel agotado, descansando después de una batalla que nunca pidió librar, pero que ganó con un coraje que me dejaba sin aliento.

Me levanté de la cama sin hacer ruido, vestido solo con los pantalones del pijama. Me acerqué a la ventana y abrí una rendija en la persiana.

Abajo, en el jardín, vi a Andreas coordinando el cambio de guardia. El equipo de limpieza ya se había marchado. El cuerpo de María había desaparecido, al igual que las manchas de sangre en la cocina. La mansión estaba impecable de nuevo, como si la traición y la muerte nunca hubieran entrado allí.

Pero yo lo sabía, y Eleni también.

Volví a la cama y me senté en el borde, observando a mi esposa.

Mi mano se posó sobre su vientre. El calor que emanaba de allí era lo único puro que quedaba en mi mundo.

Me arrodillé en la alfombra, a la altura de su vientre. Era un gesto de reverencia. Un rey arrodillándose ante el futuro.

Posé mis labios sobre su piel caliente, justo debajo de su ombligo, donde se había subido la tela de la camisola. Besé el lugar donde crecía mi hijo, ajeno al caos, protegido por el cuerpo de su madre.

—Construiré un mundo donde puedas vivir en paz —susurré, con la promesa vibrando en mi garganta, solemne como un juramento de sangre—. Levantaré muros tan altos que ninguna sombra podrá saltarlos. Quemaré las espinas antes de que te arañen.

Levanté la cabeza y miré el rostro dormido de Eleni.

—Aunque tenga que matarlos a todos —añadí—. Uno por uno.

El silencio sagrado del momento se rompió con el zumbido de mi móvil en la mesita de noche. Un timbre largo e insistente.

Fruncí el ceño. Eran las seis de la mañana. Solo las emergencias sonaban a esa hora.

Me levanté y tomé el teléfono. La pantalla mostraba "Número desconocido".

Mi instinto, afilado como una cuchilla, gritó.

No contesté inmediatamente. Miré a Eleni por última vez, asegurándome de que el sonido no la había despertado. Salí al balcón de la habitación, cerrando la puerta de cristal detrás de mí, aislando su paz de la guerra que estaba a punto de comenzar.

Deslicé el dedo por la pantalla.

—¿Quién es? —Mi voz sonó fría, sin emoción.

Hubo un segundo de silencio al otro lado y luego, una risa apagada. Una risa que nunca había oído, pero que tenía un eco familiar, con un timbre que me recordaba al mío.

—Hola, Athan.

Sentí cómo se me erizaba el vello de la nuca.

—Damon —pronuncié el nombre.

—Veo que ya me han presentado. —Su voz era suave, culta, pero cargada de un veneno destilado—. *Mi madre no era muy buena guardando secretos al final, ¿verdad?*

Apreté el móvil, y los nudillos se me pusieron blancos.

—Tu madre está muerta.

—Lo sé. La radio se quedó en silencio. —Su tono cambió. La suavidad desapareció, sustituida por un odio frío y cortante—. *Me quitaste a mi madre, hermano. La única persona que me quería.*

Miré hacia el horizonte de Atenas, donde el sol salía sobre una ciudad que ahora parecía un tablero de ajedrez listo para la partida final.

—Ella intentó matar a mi hijo —respondí—. Pagó el precio. Y tú serás el siguiente.

Damon se rió de nuevo, pero esta vez el sonido era seco, sin humor.

—¿Crees que se ha acabado? ¿Crees que has ganado porque has matado a la cocinera? Athan, no tienes ni idea de lo que se avecina. Ahora no solo quiero tu dinero o tu puerto.

Oí el sonido de un encendedor al otro lado de la línea.

—Ahora la guerra es personal —susurró Damon—. *Cuida bien de tu reina y de tu heredero, hermanito. Porque te quitaré todo lo*

que amas y te dejaré con vida solo para que lo veas.

La línea se quedó en silencio.

Bajé el móvil lentamente.

El sol me daba en la cara, pero no sentía calor.

Miré dentro de la habitación a través del cristal. Eleni se había movido. Se estaba despertando, con la mano tanteando el colchón en busca de mi cuerpo.

Guardé mi móvil en el bolsillo.

La luna de miel había terminado. El duelo había terminado.

¿Damon quería una guerra personal? La tendría.

Abrí la puerta del balcón y entré en el dormitorio, listo para abrazar a mi esposa y empezar a planear la muerte de mi hermano.

Agradecimientos

Me gustaría dejar constancia de lo mucho que mi corazón rebosa gratitud por cada persona que decide acompañarme, sobre todo ahora, cuando abrimos las puertas a una nueva familia mafiosa. Gracias por embarcarse conmigo en este universo lleno de poder, peligro, deseo y lealtad. Compartir cada escena, cada secreto y cada emoción con ustedes es un privilegio que nunca doy por sentado.

Escribir esta historia mientras caminaba por Grecia, sintiendo el mismo viento que toca a los personajes, observando la luz dorada que incide sobre el mármol como si el mundo entero fuera un escenario preparado para ellos, ha hecho que todo sea aún más especial porque los tengo a ustedes conmigo. Gracias por permitirme compartir cada detalle de este viaje helénico, desde los callejones hasta las islas, desde los mitos hasta la realidad, y por hacer de este proceso algo vivo, intenso e inolvidable.

Agradezco con inmenso cariño a cada lector y lectora, en Brasil y en todo el mundo, que abre su corazón a mis historias. Ustedes son mi fuerza diaria, la razón por la que pongo mi alma en cada línea.

Mi gratitud también a todos los que me siguen en las redes sociales. Cada "me gusta", cada comentario y cada mensaje resuenan aquí dentro con un calor que me acompaña incluso en los días más difíciles.

Y, por supuesto, mi amor desbordante por el grupo más increíble de WhatsApp. Ustedes transforman mi día a día, me inspiran y me recuerdan constantemente por qué escribo. Gracias, mis queridas: Juliana Lélis, Camila Perna, Jessyka, Thaty, Fran Barbosa, Claudia Garcia, Dani Bispo, Ilza Mendes, Eglaia, Mariana Telles, Rosana de Souza, Amélia Luize, Gardênia Feitosa, Ivana

Sandes, Elaine Martins, Gaby, Sophia, Ticyanne, Elisandra, Nedja, Elenice Cristina, Mi, Cleusa Santana, Kaliandre, Bruna Correia, Angela, Cris Tiemi, Ilza Mendes, Alexsandra, Pri, Beatriz, Maristela, Lidiane.

Ustedes son mi refugio, mi motivación, mi familia literaria.

Mi cariño infinito a mi amiga y compañera Rosi, presencia constante, fuerza silenciosa y mano derecha en cada batalla. Tu apoyo es parte estructural de todo lo que construyo.

Mi agradecimiento a Jackeline, con su visión aguda y su estrategia impecable, que sostiene mi carrera con profesionalismo y cuidado.

Al Grupo Editorial Portal y a todo el equipo dedicado, gracias por hacer realidad mi sueño día tras día.

A mi amado Gabriel, mi puerto seguro, gracias por anclarme cuando el mundo gira demasiado rápido. Y a mi dulce Aurora, que con su alegría e imaginación ilumina todo lo que escribo.

Por último, honro con profundo respeto a mis mentores y guardianes espirituales, que guían mis pasos y bendicen cada nueva historia que nace.

Gracias por formar parte de esta familia mafiosa. Gracias por acompañarme por las calles de Grecia. Gracias por existir.

Sobre la autora

Jéssica Macedo, escritora y emprendedora brasileña, está rompiendo barreras y conquistando al público nacional e internacional con sus historias envolventes y personajes cautivadores. Una de las mayores revelaciones de la literatura contemporánea brasileña, ahora es oficialmente la autora brasileña más leída en Kindle Unlimited, según Amazon. Con libros que abarcan el romance, la fantasía y el suspenso, Jéssica se ha destacado por su capacidad para crear historias que cautivan a lectores de diferentes edades, lo que se refleja en su creciente número de fans y en su reconocimiento como una de las "Forbes Under 30". Este hito refleja el impacto de su obra, consolidando su espacio entre los grandes nombres de la literatura digital.

Con una trayectoria notable, Jéssica se dio a conocer por obras como "Rejeitada no Altar" y "Virgem Prometida", sin embargo, cuenta con casi 300 obras, publicadas en 6 idiomas. Esta posición refleja el éxito de Jéssica en Brasil y en otros países, consolidándola como una autora independiente de gran impacto.

Reconocida por el público joven y adulto, Jéssica no solo ha conquistado Brasil, sino que ha ampliado su público global a través de la autoedición y ya figura entre los más vendidos en mercados de gran visibilidad como España, Francia, Italia y Alemania. Según datos recientes de Amazon, Jéssica es la brasileña más leída en Kindle Unlimited, una posición que marca una era para la literatura nacional en el extranjero.

Para más información sobre otros libros de la autora, síguela en las redes sociales.

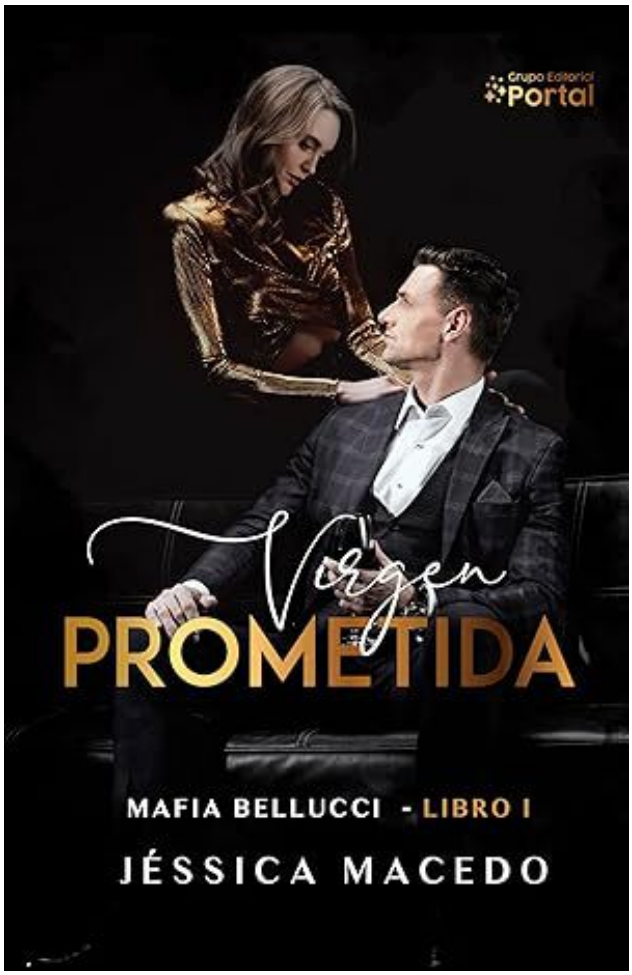
Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram -www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página de la autora en Amazon - https://amzn.to/2MevtwY


Jéssica
Macedo
escritora

Lee también:



Enlace=> https://amzn.eu/d/6ETK4Or

Marco Bellucci, el venerado jefe de la mafia italiana, llevaba consigo las estrictas normas de sangre y honor desde sus días de formación. Era un líder que gobernaba con puño de hierro y sabía que no había nada más importante que la familia. Su vida siempre giró en torno a la mafia y sabía que todas las decisiones debían tomarse pensando en su familia, incluido el matrimonio.

En el siglo XXI, los matrimonios seguían siendo contratos, las mujeres no tenían voz ni voto y eran tratadas como moneda de cambio que favorecía a los hombres de la mafia. Laís contaba apenas con once años cuando la envolvieron en un acuerdo

destinado a asegurar la protección de su familia en Portugal y favorecer los intereses italianos. Siendo aún una niña, se convirtió en propiedad del jefe. Llevada a Italia, fue internada en un convento hasta que cumplió veintiún años y pudo casarse con un hombre quince años mayor que ella, el líder de una de las mayores organizaciones criminales del mundo.

La virgen prometida sólo sabía lo que contaban de su futuro marido, la faceta más oscura del cruel criminal. En el camino hacia la boda, tomó la arriesgada decisión de huir, sólo para descubrir que la vida fuera del convento no se parecía en nada a lo que ella imaginaba.

Cuando fue abandonado en el altar por una joven ingenua que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, Marco se enfrentó a dos opciones: continuar con la alianza y buscarla, o desatar una guerra.



Enlace=> https://amzn.eu/d/aTZqXgM

ENEMIES TO LOVERS , DE ENEMIGOS A AMANTES ,

SECUESTRACIÓN, VIRGEN Y MAFIOSO, ROMANTICISMO OSCURO

Pietro Bellucci nació en el corazón de la mafia italiana y fue enviado por el Don al lujo y el caos de Las Vegas tras la destrucción del motoclub que controlaba la ciudad. Decidido a enfrentarse a cualquier amenaza con tal de cumplir su misión de expandir su imperio criminal, Pietro estaba preparado para todo, excepto para la inesperada atracción de una joven indefensa que se cruzó en su camino.

Daniela vio cómo su mundo se ponía patas arriba cuando la separaron de su hermana y acabó en un terrible cautiverio. No esperaba ser rescatada por Pietro y acabar envuelta al peligroso italiano. Atrapada entre el deseo y el miedo, se vio enroscada en un mundo oscuro donde la violencia era la moneda de cambio y la lealtad una cuestión de vida o muerte. A medida que el vínculo entre Pietro y Daniela se intensificaba, tuvieron que navegar por una red de traiciones, enfrentándose a enemigos mortales y secretos devastadores.

Cuando La Santa, una organización enemiga, amenazó con hacerse con el control de Las Vegas, Pietro se vio dividido entre proteger a Daniela y eliminar a sus adversarios. En un mundo donde el poder era la moneda más valiosa, Pietro y Daniela descubrieron que el amor podía ser tanto una debilidad como una fuerza incontrolable.

[1] Pateras es griego (πατέρας) y significa "padre". En este contexto, Athan no lo está llamando "papá" de forma cariñosa, sino usando la palabra griega para padre, algo más formal, respetuoso y propio de una familia de origen griego dentro de un ambiente mafioso.

[2] "Mitéra" es también griego (μητέρα) y significa "madre".

[3] Conjunto de bienes y derechos aportados por la mujer al matrimonio, que tiene como finalidad atender al levantamiento de las cargas comunes y que le deberá ser devuelto una vez disuelto aquel.

[4] Viene del griego "Κύριε" y significa "Señor".

[5] GQ (antes *Gentlemen's Quarterly*) es una revista internacional muy conocida sobre moda, estilo de vida, cultura, celebridades, etc.

[6] Patek Philippe es una prestigiosa manufactura suiza de relojes de lujo, fundada en 1839 por Antoni Patek y Adrien Philippe, conocida por su exclusividad, artesanía excepcional, innovación técnica y por ser una de las pocas casas relojeras independientes y familiares de Ginebra, creando piezas codiciadas, consideradas obras de arte y de gran valor histórico

[7] Un transpondedor es un dispositivo electrónico que recibe una señal y automáticamente emite otra señal de respuesta, combinando las funciones de un transmisor y un respondedor, crucial en aviación para la seguridad, en automoción para la inmovilización, y en satélites para la comunicación, usando tecnología RFID para identificarse o transmitir datos codificados en respuesta a una interrogación.

[8] "Panagia mou" (Παναγιά μου) es una frase en griego que significa "¡Mi Virgen María!" o "¡Virgen Santísima mía!".

[9] Steinway & Sons es una de las marcas de pianos más prestigiosas y caras del mundo, usada en conciertos profesionales.